



Hasta la cima
de la montaña

Arne



Lectulandia

En plena celebración de un partido de fútbol, un joven es atacado con una jarra de cerveza en un popular *pub* de Estocolmo y muere allí mismo. Parece un crimen sin importancia, al menos hasta que entra en juego la intervención del Grupo A, la unidad especial formada por detectives de élite para la resolución de crímenes internacionales, disuelta desde el último caso. La investigación se asigna a Paul Hjelm y Kerstin Holm. Conforme interrogan a los testigos, Hjelm y Holm empiezan a darse cuenta de que había algo más tras una escena del crimen aparentemente accidental. Además de estar conectados con unos crímenes ocurridos en Suecia durante el verano, en un futuro cercano, un ataque terrorista entra en escena. Ese caso pondrá a prueba la eficacia del Grupo A, dándoles, al final, una segunda oportunidad.

Lectulandia

Arne Dahl

Hasta la cima de la montaña

Grupo A - 03

ePub r1.0

Rob_Cole 12.03.2018

Título original: *Upp Till Toppen av Berget*
Arne Dahl, 2000
Traducción: Mónica Corral & Martin Lexell
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

—No vi nada.

Paul Hjelm lanzó un profundo suspiro.

—¿No viste nada?

Intentó captar su mirada, pero los jóvenes ojos porfiaban por mantenerse bajos.

¿Porfiar? ¿Cuándo fue la última vez que había utilizado esa palabra? Realmente, a lo largo de su vida, ¿la había usado en alguna ocasión?

Se sintió viejo.

—Vamos a intentarlo de nuevo —continuó tranquilo—. O sea, que se armó una bronca tremenda justo a tus espaldas y no viste nada. ¿Correcto?

Silencio.

Paul Hjelm volvió a suspirar. Levantó los nudillos de la mesa, estiró la espalda y miró a su compañera, que se apoyaba en una de las tristes paredes de cemento de la sala de interrogatorios.

Cuando sus miradas se cruzaron, se dio cuenta de la dualidad de sentimientos que tenía en esos instantes: por una parte, su traslado a la brigada antiviolencia de la policía de Estocolmo, distrito Centro, con lo que eso significaba de contacto diario con la tediosa violencia común de la calle; por otra, el regreso a la capital de su compañera favorita, Kerstin Holm.

Y el primer caso que les había caído en suerte a los dos expertos inspectores al verse por fin reunidos era una vulgar pelea en un bar.

Paul Hjelm suspiró una vez más y volvió a su desganado testigo:

—¿No miraste ni un momento hacia atrás?

El joven sonrió ligeramente: una sonrisa pálida y ensimismada.

—No, nunca —respondió.

—¿Por qué?

Por primera vez, el chaval cruzó su mirada con la de Hjelm. Sus ojos eran de un azul claro y lo observaron con una inesperada agudeza, como si estuviera a punto de pronunciar unas palabras muy distintas de las que finalmente articuló:

—Porque estaba leyendo.

Paul Hjelm se lo quedó mirando fijamente.

—A ver si lo entiendo: Hammarby acaba de empatar a dos contra Kalmar en casa, lo que les lleva a ser colistas en la liga, y tú te vas al bar más Hammarby de toda la ciudad... ¿a leer? ¿Me estás diciendo que en mitad del follón de un Kvarnen hasta arriba de hinchas frustrados, el señor Per Karlsson, de veinte años de edad, se sienta allí en medio, solo, con un libro en las manos? ¡Vaya lugar más extraño para leer!

Per Karlsson mostró de nuevo la misma tenue y ensimismada sonrisa.

—Cuando llegué estaba tranquilo —fue su único comentario.

Hjelm se acercó la silla ruidosamente y se dejó caer en ella.

—Ahora sí que me ha entrado la curiosidad —dijo—. ¿Qué libro era ese que captó tu atención hasta tal punto que no sólo conseguiste ignorar los berridos y apretujones de la gente sino también una pelea en la que mataron a un hombre estampándole una jarra de cerveza en la cabeza?

—¿Mataron?

—Sí, mataron. Se desangró allí mismo. Cayó muerto en el acto. Perdió dos litros de sangre en veinte segundos. Le manaba a borbotones, las venas abiertas de par en par. Se llamaba Anders Lundström, era de Kalmar y por alguna incomprensible razón había ido a parar al Kvarnen, que debe ser lo más parecido al infierno que hay para un seguidor del equipo visitante. Y, efectivamente, un hincha del Hammarby se lo cargó con una jarra de cerveza. Pero, claro, tú de esto no te enteraste porque estabas leyendo. Por cierto, ¿qué libro? La verdad es que me interesa.

Per Karlsson parecía impresionado. Murmuró:

—No creo que lo conozca...

—*Try me* —replicó Paul Hjelm con acento neoyorquino.

Kerstin Holm se movió por primera vez desde que Per Karlsson entrara en la sala de interrogatorios. Se acercó hasta la mesa silenciosamente para sentarse al lado de Hjelm.

—Ahí donde lo ves, el compañero controla más literatura de lo que tú crees —dijo—. La última vez que nos vimos, hace casi un año, estabas con Kafka, ¿no?

—*K* —contestó Paul Hjelm con ambigüedad.

Kerstin Holm dejó escapar una carcajada corta, con un toque de amargura.

—*K* —confirmó ella, también con acento neoyorquino—. *So try him.*

El joven parecía desconcertado. Estaban en pleno verano pero llevaba ropa negra que le tapaba casi todo el cuerpo. La melena rubia se veía despeinada y enmarañada. ¿Un intelectual en ciernes? No. La mirada esquiva, como herida... Las sonrisas ensimismadas... Estaba claro que no se trataba de un estudiante universitario. Quizá se habían topado con un joven que leía porque quería cultivarse.

Un bicho raro.

—Ovidio —dijo la rareza—. *Las Metamorfosis* de Ovidio.

Paul Hjelm soltó una risotada. Se le escapó sin querer. Lo último que pretendía era burlarse de Per Karlsson. Pero así fue. Cada vez le pasaba más a menudo.

Los estandartes de la amargura.

Porfiar.

A Hjelm le invadió un repentino sentimiento de asco hacia sí mismo que, por suerte, desapareció enseguida.

Holm intervino:

—Y sí, en efecto, de una metamorfosis se trató. Para Anders Lundström de Kalmar. La más definitiva de todas. La transformación de las transformaciones. Oye, Paul, ¿cuál de las metamorfosis de Ovidio encaja en el destino de Anders Lundström?

¿La de Orfeo?

—Sí, ¿por qué no? —respondió Hjelm con cansancio—. Orfeo, que fue despedazado por las bacantes tracias.

Per Karlsson, indignado de pronto, levantó la vista y los miró.

—No —protestó—. Orfeo no.

Hjelm y Holm se contemplaron con cierta sorpresa.

—Vaya, vaya —dijo Hjelm al final—. Así que resulta que ese «no vi nada» es mentira. Una mentira que al parecer acaba de pasar por una metamorfosis. Venga, Per, cuéntanos desde el principio lo que viste. A partir de ahora vamos a conducir esto como un interrogatorio en toda regla. Te llamas Per Karlsson, naciste el 12 de abril de 1979 en Danderyd, vives en Aspudden, estás en paro y tienes el graduado escolar pero no el bachillerato. ¿Correcto?

—Sí —contestó débilmente Per Karlsson.

—Hoy es 24 de junio y son las ocho y trece de la mañana. Dinos lo que presenciaste en el restaurante Kvarnen de la calle Tjärhovsgatan a las nueve y cuarenta dos minutos del 23 de junio. O sea anoche.

A Per Karlsson se le veía pálido. Tenía los ojos clavados en la mesa y no paraba de toquetearse los dedos.

—¿Lo están grabando? —preguntó.

—Se ha grabado todo desde que entraste en la sala, y por supuesto ahora también.

—Bueno, pues cuando llegué al Kvarnen estaba bastante vacío. No tenía ni idea de que había partido esa tarde, si lo hubiera sabido, no habría ido. Se estaba tranquilo, así que me senté a leer. Luego empezó a llegar la gente. Los primeros hinchas entrarían sobre las nueve, nueve y algo, y poco a poco se fue llenando. Intenté seguir leyendo. Más o menos lo conseguí. Me concentro con bastante facilidad. Estaba de espaldas a la barra, casi al lado de la ventana, un poco lejos de lo que pasó, y por lo tanto más que ver, oía. Pero sí, claro, de vez en cuando me daba la vuelta.

—¿Y por qué nos dijiste que no habías visto nada? —quiso saber Kerstin Holm.

Paul Hjelm añadió:

—¿Qué pasa...? ¿Que ahora cuando se habla con la policía se responde de manera automática: «No vi nada»? ¿A ese punto hemos llegado?

—En cualquier caso, eso es lo que más nos dicen —completó Kerstin Holm.

—¿Continúo? —preguntó Per Karlsson confundido.

—Tú qué crees... —respondieron Hjelm y Holm al unísono.

Jalm y Halm, la famosa pareja de cómicos americanos.

—Un grupo de seguidores del Hammarby de unas seis o siete personas vieron que había cuatro tíos que hablaban con acento de Småland. Estaban todos junto a la barra. Empezaron a meterse con ellos, aunque insistían en que vivían en Estocolmo y que iban con el Hammarby. Se notaba que estaban asustados. Y que mentían. Los hinchas se dieron cuenta y se pusieron más agresivos. Dos de los de fuera consiguieron marcharse, pero los otros dos no pudieron salir de allí. El ambiente se enrareció.

Otros hinchas que seguramente presintieron lo que iba a ocurrir se acercaron para intentar calmar los ánimos. Al final uno de los chicos de Småland trató de escapar, pero al hacerlo le dio un empujón a uno que cayó al suelo. Entonces, tres tíos lo cogieron y lo aplastaron contra la barra, y el que se había caído se levantó, agarró una jarra de cerveza y se la estampó en la cabeza.

—¿Lo viste?

—No, en realidad, no. Sólo lo vi a ratos, giraba un poco la cabeza de vez en cuando. Pero lo oí. Me volví al escuchar el golpe. Un ruido horrible. Como cuando el cristal se rompe aunque diferente, supongo que era la cabeza lo que se partía. ¡Joder! El cráneo, las venas... Me di la vuelta justo cuando la jarra acababa de impactar. Se había formado un corro a su alrededor y el pobre tipo se apretaba las manos contra la cabeza, pero la sangre salía a borbotones, entre los dedos, por los brazos. ¡Joder, qué asco! Y de repente se fue al suelo, así, sin más, como un saco de patatas. La pandilla de hinchas se abalanzó hacia la salida y se largaron. El que lo golpeó todavía tenía en la mano el mango de la jarra, lleno de sangre. Un montón de gente pudo salir antes de que los porteros reaccionaran y bloquearan la puerta. Poco después llegó la policía. El otro chico de Småland estaba en el suelo intentando parar la hemorragia con su jersey, uno de los del Hammarby trató de ayudarlo, creo, aunque no había nada que hacer. ¡Hostia! Había sangre por todas partes.

Per Karlsson estaba blanco como la pared.

Hjelm y Holm intentaban ordenar la información.

—Pues para alguien que no vio nada viste bastante —comentó Hjelm.

—Bueno, ya vale ¿no? —replicó arisco Per Karlsson.

—Así que, ¿un montón de gente pudo salir? —repitió Holm—. ¿Hinchas del Hammarby?

—La mayoría, pero también había otra gente.

—¿Cuántos?

—Bueno, es que yo estaba más pendiente de... la víctima...

La víctima.

A Hjelm le dio un escalofrío. Per Karlsson continuó:

—Yo diría que unos diez del Hammarby se piraron. Y el primero de todos el perpetrador.

El perpetrador.

Esa dichosa pseudoterminología que se hacía sitio en el idioma para tapan lo individual. *El testigo. La víctima. El perpetrador.*

—¿Con el mango de la jarra en la mano? —inquirió Holm.

—Sí —respondió Per Karlsson.

—¿Éste? —preguntó Hjelm mientras sostenía en el aire una bolsa de plástico que contenía el asa de una jarra de cerveza.

Estaba cubierta de sangre. Ésta se había extendido y coagulado por toda la bolsa.

Per Karlsson arrugó la nariz y asintió con la cabeza.

—Lo encontramos en Folkungagatan, así que debió de doblar la esquina, pasar por delante del hotel Malmen y de la boca de metro de Medborgarplatsen. No está fichado; las huellas dactilares no están registradas. Por tanto es vital que nos ayudes a identificar... al perpetrador. ¿No oirías por casualidad algún comentario sobre adónde se dirigía?

—No.

—Volvamos atrás —dijo Kerstin Holm—. ¿Cuántos lograron salir antes de que bloquearan la puerta? Has dicho que unos diez seguidores del Hammarby, pero también otras personas, ¿no?

—Supongo. De la mesa junto a la entrada desaparecieron unos cuantos. Y algunos más.

—Como te puedes imaginar, estamos buscando a los testigos imparciales que puede haber entre la gente que se ha esfumado. Entonces, ¿los que ocupaban la mesa más próxima a la puerta no eran del Hammarby?

—No, llegaron antes, cuando todavía se estaba jugando el partido. Pero entre la mía y la suya había un par de mesas que se llenaron bastante rápido. En cualquier caso, eran cinco tíos. Ahora que lo pienso, uno se quedó. Uno con la cabeza afeitada y un bigote rubio.

—¿Y los demás se marcharon después del... homicidio?

—Creo que sí.

—¿Qué impresión te dieron? ¿Te parecieron compañeros de trabajo, por ejemplo?

—Quizá. No les presté mucha atención. Aunque no hablaban mucho entre ellos.

—¿No hablaban? ¿Y qué hacían? ¿También leían *Las Metamorfosis* de Ovidio?

—Ya vale, ¿no? Tienen a uno. El de la cabeza rapada. Hablen con él.

—De acuerdo. ¿Alguien más? Si lo he entendido bien, mirando desde la barra, tu mesa no estaba en la fila de la ventana sino en la siguiente y era la segunda desde la pared de la derecha. Y el grupo del que hablábamos estaba a la izquierda, al otro lado del pasillo. ¿Y las mesas que había entre vosotros?

—Como ya les he dicho, se ocuparon antes de que los hinchas llegaran. Que yo recuerde, cuando aparecieron sólo les quedaban libres unos sitios cerca de mí. Un grupo se sentó a mi mesa. Un par de ellos consiguieron largarse después del homicidio.

—¿Y en las mesas de la ventana? Estabas sentado mirando en esa dirección, ¿no?

—Un grupo de chicas. Habían cogido las dos mesas de la esquina. Creo que era una despedida de soltera. En su fase final. Llevaban un pedo... Y después se quedaron de un impresionado que no veas. Ninguna salió. Joder, si apenas podían caminar.

—¿Algo más? ¿Justo a tu lado? ¿En la pared de la derecha?

—No sé. No me acuerdo.

—¿No te acuerdas? Pues por lo que nos has contado hasta ahora parece que tu memoria funciona a la perfección.

—Lo siento, no sé. Puede que hubiera alguien allí, pero no me fijé.

—De acuerdo. ¿Y a tu espalda? ¿En las mesas hacia la barra? Te volviste unas cuantas veces, ¿no?

—En la más próxima a la barra había un hombre que no hacía más que mirarme todo el rato. Un tipo de unos cincuenta años que debía de medir cerca de dos metros. Diría que marica. Pero tienen su nombre porque no se fue. Y era el que estaba más cerca de lo que pasó. De las otras mesas no me acuerdo muy bien. Un grupo de cultuquetas con pinta de cantautores progres. Dos parejas de mediana edad. Y de las de más allá ni idea.

Per Karlsson se quedó callado. Hjelm y Holm también. Al final, Holm rompió el silencio:

—¿Recapitulamos? Vamos a hacer un pequeño croquis. La barra, o sea el lugar del crimen, está en la pared de enfrente de la puerta. Delante de la barra hay unas mesas de las que no sabes nada porque estabas sentado demasiado lejos. Mirando desde la barra a las ventanas que dan a Tjärhovsgatan el local tiene el siguiente aspecto: a la izquierda la puerta y junto a ella una mesa muy larga en esa pared. Luego tenemos el pasillo y nueve mesas bastante grandes en filas de tres. Tú estabas en la segunda fila, en la mesa de en medio, sentado a la derecha, de cara a las ventanas. Antes de que los hinchas entraran en tropel pasadas las nueve había las siguientes personas en el restaurante: en la fila de la ventana estaba el grupo de la despedida, que ocupaba las dos mesas de la derecha. ¿Y después? ¿En la misma fila pero al otro lado, en la mesa más cercana a la puerta...?

—No sé. Allí había gente, pero no tengo ni idea de quiénes eran. Aunque, bueno, no importa porque no se marcharon.

—¿Y en tu fila?

—Como ya he dicho, a la derecha no sé. Luego yo y al cabo de un rato llegaron los siete u ocho hinchas del Hammarby. En la mesa a mi izquierda había un grupo de estudiantes, creo.

—¿Y en la fila más cercana a la barra?

—¡Por Dios! ¡Pero si ya se lo he dicho! En la primera mesa, la que está más cerca de la barra y más a la derecha: las dos parejas y el marica alto que no me quitaba ojo. En la segunda: los cuatro cultuquetas progres. En la tercera: ni idea. Y en la mesa junto a la puerta: el grupo de cinco hombres, de los cuales cuatro se largaron.

—Vale —dijo Hjelm—. Ahora le toca al perpetrador.

Se sintió contento de haber sido capaz de pronunciar la palabra sin hacer una pausa antes.

—En realidad, lo que mejor recuerdo son las bufandas de los hinchas —empezó Per Karlsson—. Uno de ellos también llevaba una bandera, enrollada, con los típicos cuadros verdes y blancos. El perpetrador era rubio, con una media melena bastante sucia. Apenas lo vi más que de espaldas, pero creo que tenía un pequeño bigote de macarra. No sé, un tío que parecía mecánico de coches o algo así, ya me entienden,

¿no? Yo soy de Danderyd, y allí con su pinta enseguida dirían que es de los extrarradios del sur. Un macarra de Farsta, o algún sitio así...

Hjelm y Holm lo observaron fijamente.

—Lo sé, prejuicios —continuó—. Ahora el que vive allí soy yo. En paro, sin estudios y residente en «los extrarradios del sur». Una descripción llena de prejuicios, sí, vale, pero es la mejor que puedo hacer...

—Hay algo más que puedes hacer —indicó Kerstin Holm—. Acompáñame a ver al dibujante de la policía. Ahora trabaja con ordenador, así que no tardará mucho.

Se levantó. Per Karlsson también. Es más alta que él, constató Hjelm sin saber muy bien por qué hacía esa reflexión.

—¿Y no tienes nada más que añadir, Per? —le preguntó.

Per Karlsson negó con la cabeza mirándolo de soslayo. Con esa curiosa, paradójica, claridad.

—¿No? De acuerdo. Gracias.

Desaparecieron.

Paul Hjelm también desapareció, aunque en el difuso mundo irreal de los ensueños. Per Karlsson. Nacido en Danderyd hace veinte años. Muy raro ser de una zona como ésa y ni siquiera haber estudiado el bachillerato. En paro y, sin embargo, leía clásicos de la Antigua Roma en el bar más emblemático, y tristemente célebre, del barrio de Södermalm. ¿Qué le habría pasado? Difícil hacerse una idea. ¿Un *outsider* en el colegio? ¿Lo echaría papá de la empresa? ¿Deprimido pero en vías de recuperación? ¿Un ataque de rebeldía contra el padre? ¿Alguien que, simplemente, es obstinado? ¿Ex drogadicto? ¿Corto de mollera?

No.

Quizá lo otro, pero eso no. No, tonto no era. De eso se había dado cuenta Paul Hjelm, pese a que él sí se sentía un poco zoquete.

Degradado al desconsolado limbo de las vulgares peleas de los bares.

Paradise lost.

No, corto de mollera no. Más bien dotado de una sorprendente capacidad de observación. Aunque ahora debía borrarlo de su cabeza, porque les tocaba seguir con la pesada rutina del interrogatorio, abriéndose paso a través de un resacoso paisaje humano, y por tanto Per Karlsson tenía que ser desplazado a otros bancos de memoria diferentes a los suyos. Sólo su declaración como testigo debía permanecer.

Hjelm bostezó pero sus pensamientos no le daban tregua: pensó en los meses en la comisaría de la policía local, en la brigada antiviolencia del distrito Centro. La calle de Bergsgatan. Su despacho temporal que en realidad pertenecía a un tipo que estaba de baja y se apellidaba Gunnarlöv —no Löv— y de nombre Gunnar, como creía Hjelm. Y no fue hasta que un antiguo compañero de Gunnarlöv entró y preguntó por Nils que entendió por qué siempre se hacía un silencio al otro lado del teléfono cuando contestaba: «Despacho de Gunnar Löv, le atiende Paul Hjelm». La gente simplemente necesitaba recuperarse de su extraña forma de pronunciar el

apellido. Se quedó boquiabierto al buscar el nombre en el directorio interno y ver escrito: «Nils Gunnarlöv».

¿Estaba permitido tener un apellido así? ¿No había ninguna ley al respecto? ¿No era como llamar Heroína a un niño? ¿No era eso lo que había intentado una familia que vivía en una comuna en Gnesta? ¿Heroína Lindgren? Como era de esperar, las autoridades competentes les denegaron la petición, lo que dio lugar a toda una serie de cartas al director en la prensa local en las que los afectados cargaron contra la represiva y autoritaria sociedad sueca.

Dicho sea de paso, ese tal Gunnarlöv estaba de baja porque un día, durante el horario de trabajo, había ido a hacer una gestión a la sucursal del Föreningsparbanken en la plaza de Stureplan. Mientras se hallaba en el banco una joven e histérica atracadora, de no más de catorce años, irrumpió a la carrera empuñando una pistola de grapas y exigió, palabras textuales: «¡Las acciones con mayores dividendos! ¡Venga, todas! ¡Ya!». Pero las engrapadoras funcionan con corriente de alta tensión, ¿no?, pensó Gunnarlöv, y se acercó tranquilamente a la chica con la intención de mencionarle ese hecho. Acto seguido, y para su gran asombro, recibió nada menos que treinta y cuatro disparos de grapas repartidos por la cara. De milagro ninguno le dio en el ojo. Las primeras palabras que pronunció cuando despertó fueron: «Pero las engrapadoras funcionan con corriente de alta tensión, ¿no?». Su mujer, los ojos enrojecidos por el llanto, miró la cabeza vendada de su marido y contestó: «Ya las hay portátiles y con batería recargable».

La historia de las aventuras y desventuras de Nils Gunnarlöv.

Nils en el País de las Maravillas.

Aunque bueno, la historia del propio Paul Hjelm tampoco es que fuera mucho mejor. A decir verdad, todo lo contrario; al menos la de Nils contaba con cierto valor anecdótico.

Kerstin Holm regresó hojeando un cuaderno.

—Bienvenida a la realidad —dijo Paul Hjelm con sequedad.

—No creas que Gotemburgo es mucho mejor.

—El ano de Suecia.

—¿Cómo? —replicó Kerstin con su bien humorado acento gotemburgués.

—Perdón. No lo digo yo. Fue algo que apareció en los medios de comunicación hace unas semanas. Por lo visto, lo grabaron en su contestador automático los ultras del AIK antes de la final de Copa contra el Gotemburgo en el estadio de Ullevi. En fin, una malsana combinación de la arrogancia holmiense y el odio que cultivan los hinchas de fútbol.

—Ya, y aquí está otra vez. La arrogancia holmiense y el odio de los hinchas gamberros. Pero en versión más grave. ¿Llegaste a verlo?

—¿A Anders Lundström de Kalmar? Sí, lo vi. Horrible. La cabeza hecha una mierda. Increíble que una jarra de cerveza pueda causar tanto daño.

—¿Por qué es así? ¿Qué razones hay?

Paul Hjelm miró a Kerstin Holm. Compartían un pasado que hacía que ninguna mirada fuera inocente.

—¿Lo preguntas en serio? —dijo él, medio en serio.

—Sí, la verdad es que sí. ¿Por qué aumenta la violencia?

Él suspiró.

—Bah, vete tú a saber. En cualquier caso llevo una buena temporada viéndola de cerca. Más de seis meses. La violencia más gris y vulgar del centro de la ciudad. No contribuye precisamente a fomentar las tendencias más filantrópicas de uno. ¿Y tú qué? ¿Has vuelto para quedarte?

—Bueno, estuve cedida. Ya sabes cómo es en el fútbol; que ceden a los futbolistas a otros equipos porque les pasa algo. Pero ya ves, ahora me han recuperado.

—O sea que has vuelto para quedarte. ¿Qué tal en tu tierra?

—Ahora mi tierra está aquí; eso lo tengo claro. Pero poco más.

—¿Y cómo te va? ¿Bien?

—Bueno, tirando. Ni más ni menos. Todo bajo control. Pero algo más tiene que haber, ¿no?

—Y que lo digas. A mí me pasa igual. Me parece que estoy en los inicios de la crisis de los cuarenta. ¿Esto es todo? ¿No hay nada más? Ya sabes.

—Sí, creo que sí.

—Pero, bueno, veamos lo positivo del asunto. Estamos juntos otra vez y vamos a darles una perfecta solución integral para eso que los medios ya han denominado «El homicidio del Kvarnen», ¿no te parece?

Kerstin Holm se rió ligeramente y se puso una porción de *snus* debajo del labio superior.

—¿Y eso? —dijo Hjelm, señalando la cajita de tabaco.

—Renovación vital —replicó Kerstin Holm sin inmutarse.

Ella continuó en otra dirección, la del pasado:

—¿Y los demás cómo están? Con Gunnar he mantenido el contacto todo el tiempo y sé que le va muy bien.

—Pues sí. Nuestro buen amigo Gunnar Nyberg... El único al que no echaron de la policía criminal. Sin duda, el premio por negarse a participar en la fase final de la caza del Asesino de Kentucky. Y luego va a parar a su nueva unidad en pleno desenlace de la operación «Pederast University».

—Me lo puedo imaginar perfectamente —sonrió Kerstin Holm mientras hojeaba su pequeño cuaderno—. Acaba de retomar el contacto con sus hijos y su pequeño nieto y justo le toca enfrentarse al mundo de los pederastas en internet. Se habrá puesto como una locomotora a toda máquina.

—Fijo.

Dos imágenes en dos pares de retinas. Seguro que casi idénticas. Un gigante con la cabeza vendada, resoplando y entregado en cuerpo y alma a la caza de pedófilos.

—Bueno —continuó Hjelm, adusto—. Y a los demás nos dieron nuestro merecido castigo. Quien siembra sangre...

—Quedamos en que nunca más lo diríamos.

—Es verdad. Nunca más.

—¿Y los otros?

—Pues como me trasladaron a esta tediosa comisión de servicios en la policía local, solo, al maldito «teléfono de Gunnar Löf», no he tenido mucho contacto con ellos desde que el Grupo A se disgregó. No me cabe la menor duda de que ha sido un castigo; creo que en realidad me responsabilizan a mí personalmente del fracaso con el Asesino de Kentucky. Aunque la cabeza de turco oficial fue Jan-Olov, claro.

—¿Sabes algo de él?

—No. Desapareció sin más. Retirado de forma no voluntaria. El jubilado comisario de la policía criminal Jan-Olov Hultin. Creo que hasta ha dejado de jugar al fútbol. El legendario Hultin el Patapalo cuelga las botas. Söderstedt y Norlander acabaron en la brigada antiviolencia de la policía de Estocolmo y Chávez volvió a clase.

—¿A la Academia?

—Sí. Tiene grandes planes para su carrera. ¿Todavía existen los cursos para comisario? Si es así, está haciendo uno de esos.

—Vaya, vaya. ¿Y nuestros despachos? ¿Y «el cuartel general del alto mando»?

—Me parece que ahora están ocupados por personal administrativo.

Permanecieron sentados en silencio un rato, observándose. Habían pasado por tantas cosas juntos... Durante un instante, una mano encontró a otra y se dieron un rápido apretón. De momento tendrían que conformarse con eso. Había mucho trabajo por delante. Kerstin Holm miraba su cuaderno mientras Paul Hjelm hojeaba los mediocres informes de los interrogatorios realizados por el personal del turno de noche. Juntos contemplaron el pequeño croquis del restaurante Kvarnen.

—Nos esperan —dijo Kerstin antes de suspirar.

—Sí. Venga. Que pase el próximo paciente —dijo Paul antes de suspirar también.

Capítulo 2

Cielo.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio?

En Suecia hay cincuenta y siete cárceles con más de cuatro mil plazas. Están divididas en seis categorías de seguridad, de las cuales la F indica que se trata de una institución de régimen abierto. Los centros desde la clase A hasta la E son todos cerrados, y entre éstos los del tipo A son prisiones de máxima seguridad que albergan a los reclusos más peligrosos. En Suecia hay dos de esta última categoría: Hall y Kumla.

Ahora podía ver el cielo de verdad, sin barrotes de por medio. Volvió la vista hacia la verja que se cerraba tras él. Por un instante fue como si abandonara su cuerpo y se uniera con el cielo. Toda la llanura se extendía allí abajo, toda la planicie de Närke con sus cuadrados campos de color verde, marrón y amarillo, y el centro penitenciario perfilándose como dos más entre todos los terrenos cuadrangulares.

Los muros no se veían.

La perspectiva los disolvía.

Y entonces bajó.

A tierra firme.

Con los pies en el suelo.

Se volvió una vez más. Los muros estaban desnudos. No había nada allí detrás. Nada que se asomara por encima. Sólo se veían muros. Grises. Muros grises.

Echó a andar. Una sonrisa empezó a dibujarse en la comisura de los labios.

Se dirigió hacia la furgoneta que lo estaba esperando con el motor encendido. El sonido de la libertad. La libertad era una furgoneta color verde metalizado con el motor en marcha.

Se detuvo unos segundos. Notó unas suaves y cálidas ráfagas de brisa veraniega contra sus recién afeitadas mejillas. El sol. Los rayos matutinos. El asfalto temblaba en la lejanía.

Miró hacia el coche. Unas manos se asomaron. Saludaron.

Aún no oía nada. El ruido no lo alcanzaba. Los movimientos allí dentro. Como un feto. Un huevo a punto de eclosionar. Movimientos en conserva. Acontecimientos futuros. Muchos pasos rápidos reunidos en un punto.

Primer paso. Sacó la cartera. Unos billetes raquíuticos. Tres coronas y cuarenta céntimos la hora era la remuneración básica. Pero también una pequeña placa. Parecía una calculadora de bolsillo, del tamaño de una tarjeta de visita.

La sacó. La sopesó. Luego la alzó y apuntó hacia el coche.

Los saludos con las manos cesaron. El ruido seguía sin alcanzarlo. Los movimientos del futuro se detuvieron.

Un único botón que apenas sobresalía de la superficie de la pequeña placa. Rojo.
Como resplandeciente.

Lo apretó, sonrió levemente y se metió en el coche.

Una llamarada se elevó tras los muros.

Alta, alta hacia el cielo.

Ya no había sólo muros desnudos a su espalda.

Cuando la furgoneta arrancó, el ruido aún no le había dado alcance.

Capítulo 3

—¿Así que forma parte de la junta directiva de Hammarby Fans?

El hombre, de unos treinta años de edad, entornaba los ojos como si la luz de la oscura sala de interrogatorios lo aturdiere. Sin embargo, además de las acusadas embestidas de la resaca, tras esos ojos se desarrollaba otra actividad: la de la alerta. La sensación de estar siempre sentado en el banquillo de los acusados.

—Sí —admitió al final—. Suplente.

—¿Qué es Hammarby Fans en realidad? —preguntó Kerstin Holm.

—En cualquier caso no es una organización violenta.

—Nadie ha dicho que lo sea. En absoluto. Pero un hinchado del Hammarby acaba de cometer un terrible acto de violencia en un bar frecuentado por los seguidores del equipo en presencia de, al menos, un miembro de la junta directiva de su organización. Por lo tanto, me parece una pregunta más que razonable.

El hombre se mostraba disgustado. Guardó silencio. Miró hacia Hjelm, quien procuraba aparentar que estaba despierto.

—Yo sé más o menos lo que es —terció Hjelm—. Una asociación independiente de seguidores. Algo que surgió entre la hinchada del equipo a principios de los ochenta.

—Exacto —confirmó el hombre con evidente orgullo—. Organizamos viajes para ir a ver los partidos fuera, y también tenemos un local en Grafikvägen que abrimos las noches de los jueves y durante dos horas los días que jugamos en casa. Cerramos media hora antes del encuentro. Es gracias a nosotros que la gente *no* se descontrola. Pero, joder, si somos los únicos que ponemos algo de color en este país tan gris, y eso enseguida nos convierte en sospechosos, cómo no.

—No *son* sospechosos. Lo *es usted*, Jonas Andersson, de Enskede, usted personalmente. Sospechoso de ocultar la identidad del «Hinchado Homicida».

—¿El «Hinchado Homicida»...?

—Es el nombre que le ha dado *Aftonbladet* a usted sabe muy bien quién.

Jonas Andersson cruzó su mirada con la de Hjelm sin asomo de vacilación.

—Pero bueno, si yo estaba allí, joder, apretando una camiseta contra la destrozada cabeza del chaval. Ya sabía yo que la prensa nos echaría la culpa y que volverían a darnos el coñazo.

—¿Vio al autor del crimen?

—No.

—¿Dónde estaba usted?

—Con un grupo de amigos en la pared de la puerta. Había un montón de gente y mucho jaleo y no vi nada.

—¿No vio nada?

Era ya la cuarta vez esa mañana que pronunciaba esas palabras, así que había llegado la hora de colgar los guantes. Kerstin Holm, que advirtió que su compañero tiraba la toalla, recogió el testigo caído. En ese mismo orden de clichés.

—Vamos a ponérselo fácil —dijo, y colocó un papel delante de los ojos de Jonas Andersson—. Esto es un croquis del Kvarnen. ¿Cuándo llegó? ¿Qué vio? ¿Y dónde estaba?

—Aquí, junto a la pared de la puerta, de pie con un grupo de unas diez personas. Llegamos a eso de las nueve y cuarto, y supongo que ya íbamos un poco puestos. Nos quedamos esperando a que alguna mesa se vaciara.

—Vale, ¿y el grupo de la barra ya había aparecido?

—La barra estaba hasta arriba. No sé. Les juro que no lo sé. Había muchísimo follón, se palpaba la tensión en el ambiente; en fin, ya saben, las nieblas de la decepción. Empate a dos contra el Kalmar en casa. Farolillo rojo, macho. Menudo cabreo que llevábamos. Y de repente se hace el silencio, la gente se aparta y se forma como un agujero entre la multitud. Y allí estaba el pobre en el suelo. Con la cabeza hecha puré. Me acerqué corriendo para ayudar a un chaval que apretaba una camiseta contra la cabeza. Debajo estaba blando. Un asco... Lo único que vi fue que un montón de gente corría hacia la puerta.

—¿Un montón?

—Sí. Unas veinte personas por lo menos; se piraron antes de que los seguratas reaccionaran. Menuda panda de lentos, fijo que se estaban metiendo algo.

—¿Veinte hinchas del Hammarby?

—No sólo, también había otros. Algunos consiguieron salir incluso con los seguratas en la puerta. Algo les dirían para que los dejaran marcharse, ¿no?... Pero lo cierto es que no lo vi bien.

—¿O sea que lo que advirtió fue una riada de gente dirigiéndose a la salida?

—Eso es. Un poco sorprendente, la verdad. Lo normal habría sido que reaccionaran más o menos como las horteras esas de la despedida. Con gritos de pánico y toda la pesca. Pero fueron bastantes los que se lanzaron directos hacia la puerta, sin más.

—De acuerdo. Y ahora, con la ayuda del croquis, ¿nos puede describir la situación?

Jonas Andersson cogió aire y gimió. Después empezó a señalar sin mucho interés. Comenzó con la fila de mesas de la ventana.

—La pandilla de tías en las dos mesas de la esquina. A tres de ellas les dio uno de esos ataques de ansiedad. En la tercera mesa, la que está más cerca de la puerta, unos tipos con aspecto de *yuppies*. Ninguno se movió de su sitio después. En la fila siguiente había un grupo de los nuestros en el centro, al lado de un chaval que leía. Un tío joven con la vista clavada en un jodido libro, te lo puedes creer... En un lado, hacia la pared, unos yugos. En el otro, cerca de nosotros, una panda de empollones. Después, en la fila más cerca de la barra, el Maricón Man, que se había apretujado en

una mesa ocupada por dos parejitas. En la siguiente, los borrachos. Luego, cerca de nosotros, una mezcla de gente. Y en la mesa de al lado de la puerta, en esta pared, junto a nosotros, unos tíos con pinta de duros; no eran cabezas rapadas pero casi. Se largaron. Todos menos uno.

—Esto empieza a complicarse; a ver si nos aclaramos. Unos tíos con pinta de duros. ¿Cuántos eran?

—Intentamos hablar con ellos, pero ni caso... No abrieron el pico; sólo estaban ahí callados, aunque eso sí, nos empujaban si nos acercábamos demasiado. Incluso había uno que escuchaba música, aunque ése desapareció, el que se quedó era calvo y con bigote. Cinco. Eran cinco. Y uno se quedó.

—¿Qué más? ¿El Maricón Man? ¿Los borrachos?

—Ésos no se marcharon, así que los tendrán localizados. El Maricón Man es el marica con más cojones de todo el país. Siempre lo ves allí sentado fichando al personal. Nos hemos acostumbrado. Pero anoche sólo tenía ojos para el chaval del libro. Y bueno, a los borrachos no los conocía, pero eran los típicos cultuquetas alcohólicas que adoran su querido barrio de Södermalm. Fijo que no han hecho nada por el bien de la cultura en toda su vida.

—Y junto al lector ¿«unos yugos»?

—Sí, tres o cuatro. Hablaban entre ellos. El chaval del libro estaba al lado, y con el jaleo y los empujones que hubo se iba acercando cada vez más.

—¿Cómo sabe que eran yugoslavos?

—Porque tenían toda la pinta. Y además se largaron. Todos.

Kerstin Holm se detuvo. Pasó el testigo. Hjelm había regresado. Estaba recuperado. Preparado.

—O sea que los tres o cuatro hombres con aspecto de yugoslavos se lanzaron hacia la salida en cuanto la jarra de cerveza se estampó contra la cabeza de Anders Lundström.

—Pues sí, ya ve... Es evidente que ahí había algo raro.

—Pues para alguien que dice que no vio nada vio bastante —dijo Hjelm con un ligero sentimiento de *déjà-vu*.

—Pertenezco a la junta directiva —recordó Jonas Andersson, alzando la vista—. Intento tener las cosas bajo control. Y la verdad es que me jode mucho que en este caso no haya sido así. Quiero coger a ese cabrón tanto como ustedes. Se ha cargado años enteros de trabajo dedicados a mejorar nuestra imagen.

—Los borrachos —soltó Paul Hjelm sin el menor reparo a cuatro caballeros embutidos en raídas americanas de pana, con las canosas melenas al viento y barbas blanquecinas de variada espesura.

—¿Cómo? —preguntó el de la derecha.

—Pero ¿qué dice? —replicó el de la izquierda.

A los dos de en medio parecía que los hubiera disecado un alegre aficionado recién salido de un cursillo de taxidermia organizado por el centro cultural del barrio.

Hjelm se concentró y recondujo la situación.

—¿Vieron ustedes en el transcurso de la noche de ayer, en el restaurante Kvarnen, algo de lo que provocaron los borrachos que se hallaban junto a la barra?

—Desgraciadamente, respecto a dicho espacio de tiempo y en dicho lugar, estábamos sumidos en deliberaciones de tal importancia y urgencia que nos fue del todo imposible prestar atención a otros asuntos.

—¿Se puede preguntar de qué deliberaciones tan importantes se trataba?

—Por supuesto que se puede —contestó el de la derecha—. Con lo cual le confirmo que se trata de asuntos sobre los que se permite que usted indague.

—Una pregunta cuya respuesta cae por su propio peso —intervino el de la izquierda.

Los dos disecados de en medio se inclinaron el uno hacia el otro de manera inquietante, como si las costuras fueran a romperse y el relleno a salir a borbotones.

—Un poco de seriedad, por favor —pidió Paul Hjelm.

—Somos de la asociación Amigos de Vreeswijk^[1] —dijo el de la derecha—. Celebrábamos la junta anual.

—Estamos trabajando para levantar un Museo de Cornelis en Medborgarplatsen —explicó el de la izquierda—. Nuestro mayor deseo es que los musulmanes canten *La gallina Agda* desde el minarete.

—Adiós, Felicia —soltó uno de los de en medio, el de la derecha.

—*El blues de Lasse el Peque* —replicó el otro de en medio, el de la izquierda.

Tras lo cual, el dúo se colapsó de nuevo.

—La sociedad multicultural —aportó el de la derecha con un brillo visionario en los ojos.

—¿Vieron algo?

El dúo de en medio resucitó.

—*Muecas...* —dijo el de la izquierda, sobrio.

—... y *telegramas* —completó el de la derecha con no menos sobriedad.

—¿O sea que anoche vieron muecas y telegramas en el Kvarnen? —preguntó Paul Hjelm antes de empezar a pensar en la jubilación. Pero al venírsele a la mente el resplandeciente y pesado sobre naranja con información del nuevo sistema de pensiones que acababa de recibir en el buzón de su casa en Norsborg la idea se volvió imposible. Los números no cuadraban. Al igual que el resto de suecos de su generación, había errado sus cálculos en varios miles de coronas al mes.

El dúo de en medio se inclinó al unísono hacia la mesa e interrumpió la frustrante reflexión sobre la jubilación:

—... LP que se editó en 1966 —continuó uno en tono confidencial.

—Un disco insuperable —completó el otro con igual dosis de confidencialidad.

—Mi sentido moral se alegró en grado sumo al escuchar los ambiciosos planes de intercambio de parejas que se trazaban en la mesa de al lado —intervino el caballero a la izquierda mientras el dúo de en medio se hundía como dos marionetas a las que

les hubieran cortado los hilos.

—Asimismo el ídem *mío* se alegró en grado sumo al percatarse de la conversación multicultural que tenía lugar en la mesa de más allá —apostilló el de la derecha.

—¿Puedo preguntarles si saben por qué están aquí? —dijo Hjelm mientras se preguntaba dónde habría ido Kerstin. Una huida del campo de batalla sería quizá la expresión más adecuada para describir la ausencia de su compañera.

—Claro, pregunte, pregunte.

—Adelante.

—¿Saben ustedes por qué están aquí? —repitió Paul Hjelm con la mayor suavidad de la que fue capaz.

—Lamentablemente no —contestó el de la derecha—. Contamos con que las autoridades policiales nos interroguen de vez en cuando. Forma parte de la naturaleza de nuestro papel en la sociedad.

—*Outsiders* —dijo el de la izquierda muy serio mientras movía la cabeza con gesto cómplice.

—¿O sea que ni siquiera se han enterado de que ayer mataron a un hombre en el Kvarnen?

De hecho, se quedaron callados e intercambiaron sorprendidas miradas por encima de las cabezas del dúo de en medio, que se hallaba fuera de combate.

—Naturalmente, estaremos a su entera disposición por si podemos serles de alguna ayuda. Sin embargo, me temo que el incidente en cuestión nos pasó desapercibido.

—A nuestro lado se habían sentado unos señores no demasiado jóvenes, que se iban sumiendo en una cada vez más viva discusión sobre el intercambio de parejas. Y más allá tenía lugar el intercambio multicultural.

—Y lo que es más, nos alegró que una noche de miércoles el Kvarnen pusiera sus salones a disposición de unos clientes entregados tanto a la música como a la lectura.

—Ovidio. El rey ciego que mató a su esposa.

—Y después a su madre. Una figura cultural esencial.

—Supongo que se refieren a Edipo y Orestes respectivamente —dijo Paul Hjelm.

—Exacto. O el también llamado Ovidio.

—Variaciones locales.

—¿Y la música?

—Los ocupantes de la mesa que había junto a la puerta disfrutaban con la audición de unas piezas musicales, ¿quizá un concierto de *jazz*? Uno de ellos llevaba auriculares.

—Yo reconocí esa manera de escuchar. Con atención. Como se escucha el *jazz*. O las canciones de Cornelis.

—*Carta del campamento* —saltó el dúo de en medio, para regresar de inmediato al vacío.

Hjelm los contempló uno a uno, de izquierda a derecha. Le costaba bastante concentrarse. Dio un pequeño gemido y fijó la vista en las notas que tenía delante. «Intercambio multicultural» ponía en unos garabatos que no parecían suyos.

—¿Por qué llaman «multicultural» a la conversación que se desarrollaba detrás de las dos parejas? —consiguió decir.

—Era evidente que se trataba de un caballero sueco enfrascado en amistosa conversación con unos amigos del sur; yo diría que turcos.

—O vascos.

—¿Vascos? —exclamó Hjelm.

—O similar. Indios, a lo mejor. Probablemente del sur de Mongolia.

—Hablaban un inglés con mucho acento. A nuestra mesa llegaron algunos fragmentos de la conversación.

—¿Inglés? ¿Y estaban sentados justo al lado del chaval que leía?

—Eso es. Aunque luego se marcharon.

—Cuando se cometió el crimen —constató Hjelm.

—Algo que por desgracia nos pasó desapercibido. Pero de repente todos se habían ido. Las mujeres chillaron, creo recordar. El intercambio de parejas se echó a perder porque, de buenas a primeras, las mujeres se pusieron histéricas. Quizá este último dato nos debería haber puesto sobre aviso.

—Sí, quizá —se permitió comentar Hjelm—. Quizá ese dato debería haber llevado a un instante de reflexión.

—Sí, yo lo vi.

Kerstin Holm y Paul Hjelm se observaron para luego dirigir una mirada doblemente crítica al hombre que tenía la cabeza rasurada y un bigote rubio poco poblado.

—¿Lo vio? —preguntó Holm—. No fue eso lo que usted afirmó anoche en el Kvarnen. A los agentes del distrito de Södermalm usted les dijo textualmente: «No vi nada».

—Era tarde, estaba cansado y había bebido. Además, estábamos a punto de marcharnos. Los otros ya habían salido a la calle y yo me había quedado porque me tocaba pagar la ronda. Me cabré un poco al verme allí encerrado mientras los demás se iban a otro bar, así que no pensaba con claridad. Pero he estado reflexionando. Y sé que lo vi.

El calvo, que llevaba un traje claro bastante elegante con una corbata amarilla, rondaba la treintena y estaba cachas. Hjelm se preguntaba si bajo las mangas de la americana se ocultaría una auténtica colección de tatuajes carcelarios. Hojeó sus papeles hasta que dio con el extracto del registro policial donde debían figurar los antecedentes penales de Carlstedt, Eskil, nacido el 17 de febrero de 1970 en Bromma, comercial de profesión, residente en Kungsholmen. Pero ese apartado estaba en blanco. Allí no había ni la menor infracción de tráfico.

O sea, de tatuajes del trullo nada.

—Vale —dijo Kerstin Holm—. ¿Qué vio?

Eskil Carlstedt hizo una breve pausa, aspiró aire como un boxeador inhala amoníaco y tomó impulso:

—Nos sentamos a la mesa de al lado de la puerta. Yo estaba de espaldas a la pared, mirando hacia la barra. Llegamos pronto, sobre las siete y media. Poco después de las nueve, los del Hammarby empezaron a entrar en pelotón. No de muy buen humor, aunque tampoco especialmente agresivos. Algunos de ellos ocuparon las últimas sillas vacías, al lado de un chico que leía un libro. Otros se quedaron junto a nuestra mesa. Luego aparecieron unos seis o siete tipos que se acercaron a la barra y que eran algo diferentes. Como con ganas de bronca. Y entre estos dos grupos de hinchas del Hammarby estaban los chicos esos de Småland. Eran cuatro. Luego comenzaron las provocaciones. Uno, con una bandera enrollada, le dio en la cara al más grande de los de Småland, que salió pitando a la calle con un amigo. Pero los otros dos se quedaron. Se armó bastante jaleo. Uno de esos dos tiró a un chico al suelo. Éste se levantó despacio y de repente lo golpeó. Ocurrió justo cuando estaba pagando; mis amigos ya se habían ido y la camarera me tapaba un poco, así que no vi exactamente lo que sucedió. Pero reparé en el chico cuando pasó corriendo por mi lado, con el asa de la jarra aún en la mano. Llevaba una cazadora vaquera, camiseta y bufanda del Hammarby, pelo algo largo, rubio y bastante sucio, y un pequeño bigote.

—¿Como el suyo? —preguntó Hjelm.

Eskil Carlstedt le dirigió una mirada ofendida.

—No —dijo al cabo de un momento—. Para nada. Un bigote que le bajaba un poco hacia el mentón. De paleta. De mecánico de coches. Vamos, de macarra. Abonado con mucho *snus*.

—¿Lo reconocería si lo volviese a ver?

—Creo que sí.

—¿Con cuántos amigos iba usted?

—Éramos cinco.

—Pero ¿cuando los porteros bloquearon la puerta sólo quedaba usted?

—Los demás ya se habían ido. Seguramente estaban en la calle esperándome. Íbamos a otro sitio. Yo me quedé para pagar. Como ya he dicho.

—Sí, como ha dicho más de una vez, sí —asintió Kerstin Holm—. ¿Con quiénes había salido?

Eskil Carlstedt hizo un gesto de impaciencia con los brazos y echó un rápido vistazo a su reloj de pulsera para terminar pasándose las manos por la calva.

—Con un grupo de amigos. Comerciales. Solemos salir juntos algún día a la semana. Para ligar y eso.

—Y para escuchar música —dijo Paul Hjelm.

Carlstedt suspiró.

—¿Música? Oigan, ¿cuánto tiempo van a seguir con esto? Ya llevo horas aquí y tengo una reunión.

—Hay testimonios que afirman que usted y sus amigos estaban sentados completamente quietos sin intercambiar palabra y que al menos uno de ustedes llevaba auriculares.

Carlstedt permaneció callado unos instantes observando a Hjelm. Como furtivamente. Precavido. Reflexionando.

—Ah, vale, de acuerdo; ahora lo entiendo. Es que Kalle toca en un grupo. Catwalks. Karl-Erik Bengtsson. Estuvimos escuchando una demo suya. Son muy buenos. Están a punto de firmar con una discográfica.

—¿La escucharon todos?

—Oigan, no entiendo qué tiene que ver eso con el homicidio.

—¿La escucharon todos?

—Sí. No teníamos más que un *walkman*, así que nos turnamos.

—¿O sea que los auriculares pasaron de mano en mano?

—Sí. Nos llevó bastante tiempo, por eso no hablamos mucho.

—¿Y los otros? ¿Nos puede dar sus nombres, por favor?

—Claro. Aunque no son testigos. Ya estaban en la calle cuando ocurrió.

—Como ya ha comentado. ¿Se acuerda de algo más?

—¿Como qué? —suspiró Eskil Carlstedt mientras miraba ostensiblemente su reloj.

—Como, por ejemplo, otras personas que había en el local. Buscamos testigos.

—Pero si estaba hasta arriba, ¡joder! Valevalevale... Tranquilidad. Los que se quedaron de pie eran casi todos seguidores del Hammarby. Antes de que llegaran, todo el mundo estaba sentado; en la barra no había nadie pero todas las mesas se habían llenado. Los únicos sitios libres eran los de al lado del chico que leía, que fue donde se sentaron los primeros hinchas que entraron. Luego estaban las chicas de la despedida de soltera en las mesas junto a la ventana. A su lado, más cerca de nosotros, un grupo de jóvenes ejecutivos o algo así. Después, el chico del libro. Dos parejas bastante mayores con pinta de estar bastante cachondos. Un maricón que repasaba a todo el mundo. Unos vejetes progres. Y más cerca de nosotros una mezcla de gente, un grupo de estudiantes, o al menos eso parecían.

—¿Nadie más? —preguntó Kerstin Holm.

Hjelm observó a su compañera con atención.

—Que yo recuerde, no. Pero los del Hammarby eran unas treinta personas. Aunque la mitad desapareció antes de que los porteros reaccionaran.

—Pero usted piensa que entre los seguidores del Hammarby debe de haber bastantes testigos, ¿no?

Eskil Carlstedt se rió ligeramente.

—Por lo menos diez de ellos lo vieron con todo detalle. Aunque seguro que no les dirán nada.

Hjelm se levantó y se inclinó sobre la mesa.

—Entonces, sólo nos quedan dos cosas antes de que podamos dejarle ir a su

ansiada reunión. Primero tiene que acompañarme al dibujante para hacer un retrato robot del autor del crimen, y luego debe proporcionarle al agente de la recepción los nombres y los datos personales de los cuatro amigos con los que salió. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Eskil Carlstedt al tiempo que consultaba su reloj.

Permanecieron quietos, cada uno con la mirada perdida en la del otro. O quizá en el vacío. Hace dos años se acostaron. Una sola vez. En Malmö. Durante la intensa persecución del llamado Asesino del Poder. El mayor —y pensándolo bien único— éxito del Grupo A. Tras la resolución del caso, los medios de comunicación les habían proclamado héroes y el grupo se convirtió en permanente bajo el nombre: «La unidad especial de la policía criminal nacional para crímenes violentos de carácter internacional». Más tarde apareció el Asesino de Kentucky. La relación entre Paul Hjelm y Kerstin Holm se transformó en amistad. Una amistad bastante profunda. Estuvieron en Estados Unidos juntos. Trabajaron con el FBI en Nueva York, donde les llamaron Jalm & Halm, como si se tratara de una pareja de trasnochados cómicos del teatro de variedades. Salió bien. Consiguieron resolver un viejo misterio. Capturaron a un asesino en serie pero luego tomaron una decisión errónea, y la saga del Grupo A llegó a su fin. El que siembra sangre...

Aunque habían prometido no pronunciar nunca más esa frase.

—Podríamos dejarlo por hoy —sugirió Hjelm—. Es hora de comer. Podríamos salir a esa sala de espera, donde los ánimos están cada vez más caldeados, y decirles: lo sentimos, vuelvan mañana. Nadie nos lo reprocharía.

Él la miró a los ojos. Los escrutó. Intentaba averiguar qué pasaba ahí detrás. Y ella se dejó examinar. E hizo lo mismo con él.

—No —respondió ella.

—Vale —asintió él.

Y seguramente fueron capaces de ver qué derroteros tomaban los pensamientos del otro: ya no se trataba de una simple pelea en un bar.

Kerstin Holm pulsó un botón en un teléfono interno, tras lo cual entró un individuo alto y larguirucho que rondaba los cincuenta años. Iba en chándal, como un campista despistado.

—Sten Bergmark, ¿verdad? —dijo Kerstin Holm antes de tenderle la mano. El hombre la tomó e hizo el gesto de darle un galante beso. Luego saludó de una forma más masculina a Hjelm. Absurdamente macho, pensó éste al notar, con cierto retraso, el dolor en la mano.

—También conocido como el Maricón Man —dijo Sten Bergmark—. Muy ocurrentes los del Hammarby.

Las caras de los policías debían de reflejar una considerable dosis de desconcierto, puesto que el señor Bergmark vio oportuno añadir, mientras doblaba sus dos metros de cuerpo en un intento por encajar entre la silla y la mesa:

—No me conocen por mi nombre, pero a la vista está que mis aficiones sentimentales no son ningún secreto.

—Tengo entendido que suele frecuentar los bares del Hammarby —preguntó Holm—. ¿Qué? ¿Le gusta mirar a sus hinchas? ¿Y ellos qué opinan?

—Les gusta. Supongo que halaga su homosexualidad latente, esa que siempre se manifiesta cuando los hombres se relacionan con otros hombres.

—¿Alguna vez ha conseguido llevarse a alguien con usted?

—Más a menudo de lo que se imagina, señora policía.

—Aunque en esta ocasión no era a los hinchas del equipo a los que les estaba echando el ojo, ¿o me equivoco?

El alto se rió.

—Debo reconocer que en esta ocasión mi deseo buscaba estímulos más intelectuales. O al menos pseudointelectuales. Probablemente, se me notaba que la necesidad de algo diferente me acuciaba. Como ustedes sin duda sabrán, lo más amenazador de la homosexualidad ha sido desde siempre su carácter transgresor, su forma de saltarse las barreras sociales.

—Bueno, usted vive, nada más y nada menos, en el barrio de Östermalm, y es director de departamento del Registro de la Propiedad Industrial y Comercial.

—Y me relaciono principalmente con seguidores del Hammarby que están en paro y salen de extrarradios como Bagarmossen y Rågsved.

—Por cierto, ¿eso de pseudointelectuales...?

—El chaval con el libro.

—Sí, pero ¿por qué pseudo?

—Su actitud me pareció algo estudiada, como si quisiera aparentar una cultura que en realidad no tenía. Y yo no era el único que le estaba *echando el ojo*, tal y como usted, señora policía, con tanta elegancia expresa. El chico estaba para comérselo. ¿No tendrían, por casualidad, su dirección?

—¿No era el único?

—Pues no —constató Sten «el Maricón Man» Bergmark—. Un grupo de maricones muy machotes no le quitaban la vista de encima.

—¿Un grupo de maricones muy machotes?

—Ahora se comporta usted igual que mi psicoanalista, querida señora policía. Quinientas coronas la hora por repetir lo que uno acaba de decir.

—Con la diferencia de que yo no me llevo quinientas la hora.

—Ocupaban la mesa junto a la puerta. ¿Cómo describirlos? Cabezas rapadas algo pasados de fecha. Culturistas suecos de pura cepa. Cinco ejemplares.

—¿Y todos estaban mirando al chico que leía?

—Tres de ellos. Los que se habían sentado de cara al local, los otros estaban de espaldas. Ellos no lo miraban. Evidentemente.

—¿Está seguro de que observaban al chaval?

—Bueno, cuando hay competencia en el local yo lo noto. Me puse celoso. ¿Quién

se queda con una anguila si hay cinco jugosos bistecs para elegir?

—¿Había alguien más hacia donde ellos estaban mirando?

—Pero por Dios, señora policía. *I only had eyes for him.*

—Inténtelo.

Sten Bergmark permaneció quieto. Una imagen apareció en su interior.

—Yo estaba en la mesa más cercana a la barra. A mi lado había un grupo de culturitas entrados en años que hablaban de qué canción de Cornelis debía cantarse desde el minarete que se va a construir al otro lado del parque Björns Trädgård. Delante de mí había dos parejas que, de forma bastante desvergonzada, deliberaban sobre sus fantasías sexuales. Detrás de ellos, al lado de la mesa donde estaba sentado nuestro querido lector y junto a la pared, unos cuantos caballeros extranjeros hablaban en inglés con un sueco que me daba la espalda. Sí, estos últimos debían de hallarse dentro del campo de visión de nuestros queridos maricones machotes. Al igual que el grupo de estudiantes que había al otro lado de nuestro lector; así como, posiblemente, algunos sectores de la alegre pandilla de la despedida que ocupaban las mesas de la ventana.

—Mmm —dijo Kerstin Holm.

—Mmm —repitió Paul Hjelm.

Sten Bergmark se reclinó en la silla apoyando la nuca en las manos.

—Pero distinguidos señores policías —exclamó—. ¿No era un homicidio lo que debíamos tratar?

Capítulo 4

Arto Söderstedt había decidido no volver a conducir un automóvil; en casa no tenían y en el trabajo casi nunca le tocaba ponerse al volante. Sin embargo, esa mañana estival que se empeñaba en desafiar los negativos pronósticos meteorológicos ya había conducido más de doscientos kilómetros; y cuando el viejo Volvo de la policía abandonaba las fértiles llanuras de la provincia de Närke para entrar en tierras más áridas no aguantó más su propia hipocresía.

Porque lo cierto es que conducir le divertía.

Pero Arto Söderstedt era miembro de una asociación que reivindicaba la drástica reducción del tráfico en el centro de la ciudad, especialmente en el barrio de Södermalm, y sobre todo en la calle Bondegatan, donde residía con su extensa familia, de modo que admitirlo le producía cierta vergüenza.

Levantó un poco el pie del acelerador, cambió de marcha y dirigió la mirada al asiento del copiloto, donde transportaba un saco.

Un saco de patatas.

Lo tocó, pero no se movió. Le propinó un buen empujón. Ahora el saco cobró vida e incluso dirigió la mano hacia la funda sobaquera.

Viggo Norlander se despertó.

Una magnífica vomitona blanquecina de bebé se le había secado en el hombro derecho de la cazadora de cuero. Arto Söderstedt soltó una carcajada.

—Cinco. He criado a cinco hijos —dijo con su sonoro acento de finlandés suecoparlante—. Cinco bebés han vomitado sobre mis hombros. Y aun así jamás —*jamás*— he tenido un aspecto tan patético como el que tú tienes después de una sola noche.

—Cállate —graznó Viggo Norlander, intentando incorporarse.

Su voluminoso cuerpo emitió preocupantes ondas sonoras.

Había sido una noche muy extraña, bipolar, como una psicosis maniaco-depresiva en tiempo récord. Una abrupta fluctuación entre la máxima alegría y la más profunda de las tristezas.

Por primera vez había pasado una noche a solas con su hija de dos semanas.

Era una historia muy curiosa. Como un sueño. Viggo Norlander tenía cincuenta años; durante sus primeros cuarenta y ocho se mantuvo prácticamente célibe, con la excepción de un breve matrimonio de juventud que fracasó de manera estrepitosa e hizo que perdiera todo el interés por el sexo opuesto. Y, por supuesto, la idea de acercarse a alguien de su mismo sexo ni siquiera existía en su mundo imaginario. Había sido un policía de lo más gris, parapetado tras un banal reglamento que dictaba su conducta profesional.

Pero ese viejo Viggo Norlander hacía mucho que había pasado a mejor vida: una

defunción prematura, solía pensar ahora.

Lo que pasó fue que un día, simplemente, no pudo más. Su reprimido espíritu estalló y se lanzó en solitario a una extraña operación que lo llevó a Estonia, donde la mafia acabó crucificándolo en el suelo.

Fue el mejor momento de su vida.

Supuso una profunda transformación vital.

Después, se deshizo de sus viejos trajes de funcionario, se puso a régimen para quitarse la barriga e, incluso, pasó por una operación de trasplante de pelo. Cambió de *look*, actualizó su vestuario y se entregó a la vida nocturna de Estocolmo, sin hacerle ascos a ningún ligue por muy sórdidas que fuesen las circunstancias. Cualquier mujer que mostrase interés era buena para que Norlander se entregara a ella en cuerpo y alma. O por lo menos en cuerpo.

Pero una de sus conquistas resultó un poco especial. El otoño anterior, en plena investigación del caso del Asesino de Kentucky, una dama casi de la misma edad que Norlander pasó por su casa con la evidente intención de que la inseminaran. Apenas un cuarto de hora más tarde había logrado su propósito y la visita tocó a su fin. Al salir, cuando se dio la vuelta en la puerta y le dirigió una sonrisa de despedida, él vio que la había fecundado. Lo *vio* claramente.

Después de esa experiencia fue preso de repetidas y febriles fantasías sobre su futuro hijo, quien, tras ser galardonado con el Nobel, buscaba a su viejo poli progenitor en el geriátrico para agradecerle la inteligencia casi sobrehumana que había heredado.

Los acontecimientos se desarrollaron, sin embargo, no del todo acordes con las fantasías de Norlander. Nueve meses más tarde, una mujer se presentó en su piso y le anunció:

—Ésta es tu hija.

Viggo Norlander le tendió la mano y dijo:

—Viggo Norlander.

La mujer se la estrechó y respondió:

—Astrid Olofsson.

Luego Viggo Norlander añadió:

—Pasa, pasa.

Y la mujer contestó:

—Gracias.

Y así fue como Astrid Olofsson entró no sólo en el viejo apartamento de soltero de Norlander, situado en la parte más tranquila de Banergatan, sino también en su vida. Pero no estaba sola. La cuarta frase que pronunció Astrid fue:

—¿Qué nombre le ponemos?

Por raro que pueda parecer, Viggo Norlander no dudó ni por un instante que todo fuera verdad. Al contrario, lo invadió una calma inmediata y complacida. Esa sonrisa de recién fecundada que vio hacía nueve meses no había sido, por tanto, fruto de su

imaginación, ni tampoco las oníricas fantasías sobre el hijo premio Nobel anunciaban una demencia senil. Era padre. Y lo había vivido, biológicamente, como un embarazo a distancia.

Además, el bebé, a quien de repente tuvo entre sus brazos, se le parecía tanto que cualquier asomo de sospecha se disipó al momento. El mismo rostro un poco alargado, como estirado, como si la fuerza de la gravedad fuese especialmente intensa en torno a la barbilla. La misma «cara hueca-torcida», como la había descrito, de forma bastante críptica, Arto Söderstedt.

—Charlotte —así sonó la tercera intervención de Viggo Norlander.

No tenía ni la más remota idea de dónde había salido aquel nombre.

De todo esto sólo hacía un par de semanas y desde entonces se habían visto todos los días. Se sentía a gusto en compañía de Astrid. Y desde el primer momento se vio adicto —como si de una drogodependencia se tratara— a la pequeña criatura con la «cara hueca-torcida».

Y eso que, hasta ese día, Norlander no había visto a un bebé más que en fotos.

Y ahora, por primera vez, había pasado una noche solo con la pequeña criatura. Una noche entre la esperanza y la desesperación. A modo de despedida, la niña le había obsequiado con un espléndido vómito sobre su chupa de cuero. Como no había pegado ojo le faltaron fuerzas para resolver la situación, así que, sin más, salió a la calle y subió al Volvo del trabajo, ese mismo que, pese a las constantes advertencias, se negaba a devolver. Sin sorprenderse lo más mínimo por la presencia de Arto Söderstedt al volante, se sentó en el asiento del copiloto transformándose en el acto en un saco de patatas provisto de una buena mancha de caca de pájaro y, tras un breve intercambio verbal, se quedó dormido.

—Ha pasado algo en Kumla —dijo Söderstedt—. Vamos en calidad de miembros de la policía criminal nacional. Hace mucho tiempo desde la última vez. Por cierto, ¿por qué pediste la baja esta mañana? ¿Para cuidar de un niño enfermo? Pero Charlotte no está mala, ¿no?

—No, ella no, pero yo sí.

—Bueno, entonces será mejor que conduzca yo. Pero que quede constancia de que no lo hago nunca, por principios.

—Buenas noches.

Arto Söderstedt siguió al volante. A pesar de sus principios. Con Viggo Norlander fuera de combate, se vio obligado a ejercer también de copiloto y consultar el mapa. Con una mano sujetaba el volante y con la otra la guía. No resultaba fácil. Buscó la ciudad de Kumla en el índice de la *Guía de carreteras y rutas de Suecia* publicada por la Asociación Nacional de Conductores y dio con la escueta información: «44 8E 2». Se hallaba en medio de un caótico atasco cerca de la salida norte de la capital, por lo que esa impenetrable combinación de números y letras se le antojó sumamente cruel. Cuando al final empezó a entender cómo descifrar el código vio que la referencia le remitía a una pequeña aldea al sudoeste del lago Tåkern, en la provincia

de Östergötland. Gracias a que esta búsqueda le recordaba vagamente un caso anterior no tardó en darse cuenta de que debía tratarse de otro lugar con el mismo nombre, y por lo tanto no le quedó más remedio que volver al índice. Para evitar que la voluminosa y plastificada guía se cerrara en cuanto le diera la vuelta a la página, la apretó contra el volante ayudándose con el muslo izquierdo, actividad que no sólo dio lugar a ciertas dificultades al girar sino también al hallazgo de otros cinco lugares más con el mismo nombre. Tras lanzar un ligero suspiro, los repasó uno por uno. Al final lo localizó. «61 10F 1». Cuando llegó a la conclusión de que tenía que desviarse por la E18 para ir por Västerås y Örebro, acababa de dejar atrás el hotel Järva Krog y, por tanto, de pasarse la salida. Siguió por la E4 dirección norte intentando pensar en positivo: era muy afortunado de que Viggo estuviera dormido. ¡Qué suerte! Cogió el desvío en Kista. No había perdido mucho tiempo y nadie se había dado cuenta. Se sentía muy contento, pues nada subía tanto la moral como el haber sido capaz de enderezar una posible situación embarazosa sin que los demás lo notaran. A consecuencia de ese buen humor volvió a disfrutar de la conducción. Un rato más tarde, detuvo el coche delante de la garita de entrada al centro penitenciario de Kumla.

—Buenos días —les saludó el guardia.

No le sueltes «cállate», por favor, pensó Söderstedt.

—¡Cállate! —le soltó Viggo Norlander.

Más que cabreado el guardia pareció asombrado. Estudió con desconcierto los documentos de identidad de los dos policías.

—¿Policía criminal de Estocolmo? Pero si tenemos nuestra propia policía criminal regional.

—Somos de la policía criminal *nacional* —aclaró Söderstedt—. Lo de Estocolmo es por una comisión de servicios. Hemos venido por la explosión.

El guardia hizo unas llamadas para confirmar que los estaban esperando. Las vallas se abrieron.

—No puedes ir por ahí diciéndole a todo Dios que se calle —le recriminó Söderstedt al levantar con placer el pie del embrague—. Como estrategia vital resulta insostenible.

—¡Cállate! —replicó Viggo Norlander.

Aparcaron el coche en el lugar que les habían indicado y pasaron por toda una serie de controles de seguridad hasta acceder al corazón del búnker que era la prisión de Kumla. Atravesaron pasillos que con independencia del color con que los pintaran siempre serían de un gris plomizo. Los condujeron al despacho del director, que estaba sentado en una elegante silla giratoria de cuero tras una resplandeciente mesa vacía. Presentaba el aspecto que acostumbran tener, si es que son hombres, los directores de centros penitenciarios: el de una particular combinación de funcionario, trabajador social y oficial de las fuerzas armadas.

Eran las 10.22 del jueves 24 de junio, el día antes de la fiesta de Midsommar.

Aún pensaban que iban a poder celebrarla.

El director se levantó y les tendió la mano.

—¿Cuánto saben? —preguntó de forma lacónica.

—No mucho —contestó Söderstedt igual de parco—. Sólo que, al parecer, se trata de un asunto de interés nacional.

—Estamos hablando de presos de la clase A, así que efectivamente se trata de un asunto de interés nacional. Pero para empezar debo decir que ni siquiera sabemos si se ha cometido un crimen.

—Para cuidar de un niño enfermo —pensó Norlander en voz alta.

El director lo miró asombrado y concluyó que la persona con la que se podía entender era Söderstedt, por lo que, a continuación, se dirigió sólo a él.

—Esta mañana se ha producido una fuerte explosión en una de las celdas. El interno se hallaba dentro, y hemos tenido que quitar sus restos de las paredes rascando. Por el momento desconocemos cómo ha podido ocurrir, de qué carga explosiva estamos hablando, cómo se activó, etcétera. Por si les suena, el recluso en cuestión se llamaba Lordan Vukotic.

Söderstedt hizo memoria, Norlander no hizo nada.

—Vagamente —dijo Söderstedt—. Hemos traído el *dossier* pero... ejem... Aún no hemos podido estudiarlo con detalle. Tengo entendido que se trata de un asunto de drogas, ¿verdad?

—Tráfico de drogas y varios delitos de lesiones agravados. Cumplía una sentencia de ocho años. Llevaba tres. Un preso ejemplar. Estaba estudiando Derecho y le quedaba muy poco para disfrutar de su primer permiso.

—Vukotic... ¿Del entorno de Nedic?

El director de la cárcel asintió pesadamente con la cabeza.

—Sin duda pertenecía al entorno de Rajko Nedic, uno de los principales traficantes. No obstante, Vukotic nunca lo ha admitido, jamás ha mencionado siquiera ese nombre. En fin, ése es el tipo de lealtad que cuenta cuando salen de aquí.

—Nedic nunca ha estado entre rejas, ¿no?

—No, nunca. Y ahora, incluso, iba a contar con un abogado entre los suyos. Pero no ha podido ser. Seguimos despegando los restos de ese futuro letrado de las paredes de la celda.

—¿Qué pasó exactamente? ¿La explosión causó más víctimas?

—No, y esa precisión es lo que nos lleva a sospechar que se trata de un crimen. Fue una carga calculada a la perfección; voló la celda de Vukotic por completo, pero nada más. Las celdas contiguas no se vieron afectadas. Por cierto, allí hay un viejo conocido de ustedes; del Grupo A, quiero decir.

—El Grupo A ya no existe —murmuró Norlander malhumorado.

—Pero cuando ingresó ese preso sí existía, y tengo entendido que era una unidad muy buena. La mejor. Aunque nunca comprendí del todo lo que pasó con aquel asesino de Kentucky.

—Nosotros tampoco —comentó Söderstedt con pereza—. ¿Ha dicho que hay un viejo conocido en la celda de al lado?

—Se llama Göran Andersson. Otro interno de comportamiento ejemplar, por cierto.

Ni Söderstedt ni Norlander pudieron impedir que se les escapara una breve carcajada. El paisaje criminal del pasado...

—Así que sigue vivo —comentó Norlander.

Luego no dijeron nada más. El director los acompañó al pasillo, donde un par de fornidos guardias los escoltaron hasta una parte bien distinta de la cárcel de Kumla. Advirtieron como las paredes iban cambiando de color de forma gradual: el gris se tornaba cada vez más oscuro. Al final pasaron el último, y más bien espectacular, control de seguridad para acceder al sanctasanctórum de la prisión. Pero no había ni un solo recluso a la vista. El largo pasillo de hormigón estaba acordonado y desde el único sitio donde se percibía algo de movimiento les llegó un fuerte olor a carne, goma y plástico quemados. Unos cuantos técnicos forenses entraban y salían de una celda cuya puerta maciza, negra como el carbón aunque intacta, estaba abierta de par en par. Apoyado en la pared, un policía gordo vestido de paisano fumaba un cigarrillo mal liado mientras con voz cansina hablaba con un caballero de aspecto atlético que iba elegantemente trajeado. La alarma interior de Söderstedt, que le advertía de la presencia de la Säpo, la policía de seguridad, se activó de inmediato.

El director se detuvo e hizo una presentación revestida de formalidad. Se estrecharon manos en un ambiente cargado de testosterona.

—Arto Söderstedt y Viggo Norlander, de la policía criminal nacional. Bernt Nilsson, de la Säpo. Y nuestro inspector local, Lars Viksjö.

—Y el primero en acudir al lugar del crimen —añadió el gordo.

—¿Qué habéis podido averiguar? —preguntó Söderstedt mientras se asomaba por la puerta para echar un vistazo al interior de la celda.

La desolación era absoluta. La habitación estaba negra como el carbón. Y todo lo que se hallaba dentro de esa boca del lobo se había deformado hasta resultar irreconocible. Una macabra pecera en el fondo del océano. Ese gigantesco erizo de mar podría, quizá, haber sido una cama, ese escultural coral un televisor, y puede que esas formaciones de algas que cubrían la pared, fueran, en efecto, lo que quedaba de una persona. Los técnicos rascaban literalmente los restos de Lordan Vukotic de la pared, para luego introducirlos en pequeñas y etiquetadas bolsas de plástico que se colocaban en una caja azul, también de plástico y con una inscripción, de dudoso afán humorístico, que rezaba «puzzle anatómico». Söderstedt sospechaba que tras esa broma macabra se encontraba el espíritu del médico forense Qvarfordt, a quien, sin duda, le tocaba la labor de intentar unir las piezas del rompecabezas. En ningún sitio entre las bolsas y cajas se veían las palabras «material explosivo» o «detonador».

—Tan poco que resulta sorprendente —dijo al final Bernt Nilsson, de la Säpo—. Ni siquiera se han podido llegar a establecer los datos más básicos. En condiciones

normales se tarda muy poco en determinar el tipo de material explosivo que se ha empleado, pero en este caso los técnicos no salen de su asombro.

Söderstedt se toqueteaba una mancha de un rojo intenso que le había salido en el brazo izquierdo por culpa de un agujero en la manga de su camisa. Era extremadamente sensible al sol.

Luego se dirigió a uno de los técnicos que trabajaba sin descanso aunque, al parecer, *sin salir de su asombro*.

—¿Hay alguna novedad?

—Nada de nada —replicó el técnico sin dejar de rascar la pared.

Söderstedt se volvió ostensiblemente hacia el tripudo inspector Lars Viksjö, de la policía criminal de la provincia de Närke.

—¿Habéis podido establecer un curso de los acontecimientos?

Viksjö hojeó su pequeño cuaderno.

—Diana a las seis y media de la mañana, desayuno a las siete. Trabajo desde las siete y media para todos los reclusos que no estudian. Vukotic estudiaba Derecho Mercantil. Por eso se encontraba en la celda y no en el taller. Según la información que hemos recibido, «se saltó» el desayuno, así que lo más probable es que no abandonara la celda en ningún momento. No hemos podido determinar con exactitud qué quiere decir «haberse saltado el desayuno».

El director se mostró ligeramente incómodo.

—No es un procedimiento habitual tomar nota de la asistencia al desayuno —se disculpó.

—Y entonces ¿quién dijo que se lo había saltado? —preguntó Söderstedt.

Viksjö se puso a hojear su cuaderno con frenesí.

—Un guardia —pudo responder al final—. Un tal Erik Svensson.

—De acuerdo, continúa, por favor.

—La explosión tuvo lugar a las 08.36. Al parecer, todos los presos de esta sección se dedican a estudiar, de modo que se encontraban en sus celdas a esa hora. Pero la carga explosiva, por lo visto, estaba calculada con tanta precisión que no dañó las paredes. Sin embargo, los reclusos de las celdas contiguas han sido trasladados a la enfermería por lesiones en los oídos.

—Serán difíciles de interrogar —constató Norlander, pasando su dedo sobre la negra pared.

El técnico que se encontraba más cerca le lanzó una mirada desaprobatoria. La renegrida capa se le pegó en las puntas de los dedos. Una sensación asquerosa. Restos celulares, en el doble sentido de la palabra.

—¿Podría haber estado manipulando algún material explosivo? —preguntó Söderstedt sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Y quizá por eso no acudiera al desayuno?

—No lo creo —indicó el director—; aunque me baso sólo en lo que sé sobre su personalidad.

—¿Qué quiere decir?

—Vukotic era el tipo de interno que se comporta de modo ejemplar mientras cumple sentencia por la sencilla razón de que quiere salir cuanto antes.

—Para convertirse en el experto jurídico de Rajko Nedic.

—Probablemente sí. No albergábamos grandes ilusiones acerca de nuestras posibilidades de rehabilitarlo. En fin, mejor Derecho Mercantil que agresiones violentas. Así es como hemos aprendido a planteárnoslo.

—Pero el brazo de la ley no siempre es largo —intervino Söderstedt mientras repetía el error de Norlander.

La negrura se le adhirió como pegamento a las puntas de los dedos.

—Como es bien sabido —añadió, y a continuación se rascó la quemadura del sol con los dedos pringados.

Suspiró ruidosamente para después desaparecer en cavilaciones interiores. Entonces, Viggo Norlander, de forma inesperada, se recuperó y asumió el mando de la situación.

—¿Hay más gente de Rajko Nedic aquí? ¿Con quién se solía relacionar Vukotic?

—Nadie reconoce haber tenido ningún tipo de contacto con Nedic —dijo Bernt Nilsson, que guardaba todo el registro de antecedentes penales en su cabeza—, pero hay un par de yugoslavos más de la misma calaña que cumplen sus sentencias aquí: Zoran Koco, Petar Klovic y Risto Petrovic.

—O sea que esas *tres* personas son «un par de yugoslavos de la misma calaña» —resumió Söderstedt.

Comentario que le valió una mirada asesina de Bernt Nilsson.

—Aunque, en realidad, no se puede decir que se relacionara con nadie —intervino el director—. Iba a su aire.

Norlander asumió de nuevo el mando:

—Lo que necesitamos es lo siguiente: primero, una sala para interrogatorios. Segundo, hablar con el personal de guardia, sobre todo con Erik Svensson. Tercero, traspasar el ruido ensordecedor que hay en los tímpanos de los cuatro presos que ocupaban las celdas contiguas. Cuarto, interrogar a ese «par de yugoslavos de la misma calaña». Y cinco y último, recibir información de los técnicos y los médicos forenses de continuo. ¿Son Qvarfordt y Svenhagen los que llevan el caso?

Todos los presentes miraban boquiabiertos al antiguo saco de patatas.

Al cabo de unos segundos, Bernt Nilsson se recuperó y asintió con la cabeza, rígidamente.

—Señores —continuó Norlander con tono formal mientras se quitaba el vómito infantil del hombro despegándolo en finas tiras blancas—. Mañana comienza la fiesta de Midsommar. Tengo intención de pasarla en compañía de mi hija recién nacida, y no en la de una panda de criminales en el búnker de Kumla. Por tanto, pongámonos manos a la obra.

Echó un último vistazo a la celda quemada. No debería haberlo hecho.

Con una especie de enorme espumadera el técnico forense acababa de despegar un trozo rugoso, negro y quemado de la pared. Lo cogió con la mano, le dio la vuelta y lo contempló desde todos los ángulos posibles. En un determinado momento se quedó en tal posición que miraba a Viggo Norlander.

En efecto, el trozo observaba al policía. Resulta que en ese pedazo de materia de indecible procedencia había un ojo. Intacto. Como si todavía viera.

A Norlander le pareció que le lanzaba una mirada acusatoria.

—Un ojo de porcelana —aclaró el técnico con una amplia sonrisa.

Capítulo 5

Tomaban café.

Sólo habían pasado unos minutos desde la hora de comer y ya era la tercera vez que tomaban café ese jueves. Repetirían ese ritual en tres ocasiones más antes de poder marcharse a casa. A celebrar la fiesta de Midsommar.

«Y probablemente, la celebraremos haciendo lo mismo», pensó Gunnar Nyberg con la mirada perdida en su taza de café solo, aún sin probar y a la que no acompañaba ni una mísera galleta.

Café del asceta, lo llamaba Ludvig Johnsson, quien, pese a zamparse como mínimo cuatro vieneses de hojaldre al día, estaba hecho un fideo.

—Se debe al metabolismo —había explicado Sara Svenhagen un par de semanas antes, concretamente el sábado 12 de junio, poco después de las dos y media, mientras «los cazadores de pederastas», tal y como rezaba la denominación no oficial del grupo, tomaban un café en el Strandcaféet junto a Norrmälarstrand.

—En tu caso, se jorobó cuando eras Míster Suecia —siguió Sara Svenhagen de forma didáctica—. Los anabolizantes desactivaron por completo el sistema. Ludvig representa el caso opuesto. Un cuerpo de corredor de maratón. Un tío que literalmente superó su duelo corriendo. Nada más y nada menos que unos sesenta kilómetros a la semana.

—¿Duelo? —repitió Nyberg, mirando con profunda tristeza el pastel vienés que le habían comprado. Porque aunque estaba siguiendo un régimen muy estricto, a sus indefensos dedos no paraban de llegarle pasteles mazarin, vieneses de hojaldre, bollos de canela y todo tipo de bizcochos.

Sara Svenhagen lo contempló con ligero asombro. Él le devolvió la mirada. Su belleza le quitaba el aliento. Rondaba la treintena. Esa melena rubia que brillaba igual que el oro y caía como una cascada sobre los tirantes del minúsculo top negro que con tanta delicadeza rozaban su piel dorada y ligeramente pecosa...

Al contemplar a Sara le entraba siempre la vena lírica. Aunque no en plan viejo verde, se decía una y otra vez, pese a que los separaban dos décadas. No, no se trataba de deseo. Ella más bien era su ángel de la guarda, una figura luminosa que siempre estaba ahí, que le hacía volver a la luz cuando su mirada se había hundido en el pozo más profundo y oscuro de la humanidad.

Porque justo en eso consistía el trabajo del grupo de cazadores de pederastas de la policía criminal nacional. En bajar la mirada a las peores ciénagas imaginables de la humanidad, sobre todo, y como siempre, a la parte masculina de la misma. Nyberg nunca se había imaginado que pudiera existir algo tan horrible.

Había sido una etapa abrumadora; pero últimamente, las cosas se empezaban a estabilizar.

Gunnar Nyberg era el único integrante del Grupo A que había salido con el honor intacto del último caso del que se habían ocupado, si bien eso sólo podía manifestarse de puertas para adentro, porque nunca jamás, bajo ninguna condición, se permitiría que llegara a saberse lo que había sucedido en realidad. Se había corrido un tupido velo sobre el asunto. Pero de forma interna, en las altas esferas de la Dirección General de la Policía se había ganado su halo de gloria, y si no hubiese sido imposible imaginarse al «Policía más grande de Suecia» convertido en comisario, seguramente lo habrían promocionado. Él mismo había declinado un posible ascenso para ahorrarle al director general la molestia de inventarse excusas; no quería promoción, pero sí tareas estimulantes.

Así fue como «El policía más grande de Suecia» —denominación aparecida en un artículo en la revista de la policía, *Polistidningen*, ejemplo absoluto del más brillante periodismo de investigación— terminó sentado delante de los ordenadores de la exitosa unidad de pornografía infantil, adscrita a la policía criminal nacional. Y eso que Nyberg hacía muy poco que había recuperado su vida tras haber pasado una época carcomido por los remordimientos, como si su existencia se hubiese desarrollado dentro de una pecera alimentada con la turbia agua de la culpabilidad. Acababa de reconciliarse con lo que había creído irreconciliable. Con sus hijos. Con su antigua esposa. Ambos, testigos y víctimas del gran crimen de su vida: el inolvidable maltrato conyugal del que fue responsable durante su etapa como culturista. Aunque hacía más de veinte años de aquello, no pasaba un solo día sin que viera los ojos como platos de sus niños al contemplar las cejas rotas de su madre. Había aprendido a purgar sus penas cantando la voz del bajo en el coro parroquial de Nacka.

Pero un día decidió dar el paso. Hacía muchos años que Gunilla se había vuelto a casar con un tal Bengt, con el que vivía en Uddevalla. Le temblaban las piernas cuando viajó a la costa oeste del país para hacerles una visita. Acababan de vender su chalé en la ciudad y se habían comprado una casa de campo en la isla de Orust, y fue hasta allí a verlos. Se encontró con una Gunilla muy diferente a la que recordaba. Se la veía feliz. Una mujer menuda pero inesperadamente lenguaraz, que sin dudarle un instante no sólo le perdonó sino que también lo emborrachó hasta tal punto que Gunnar Nyberg se pasó toda la noche llorando como una Magdalena. Una patética montaña de grasa. Le sentó bien. Luego fue a ver a su hija Tania, a Uddevalla. Estaba casada y apostaba al máximo por su carrera profesional. Los niños tendrían que esperar. Aunque su actitud había sido algo más reservada, ligeramente distante, tampoco ese encuentro le fue del todo mal.

Sin embargo, el reencuentro más feliz había sido con su hijo Tommy: agricultor, residente en la región de Roslagen, concretamente en Östhammar, y padre de un niño, Benny. Iba a verlos siempre que podía. Las facturas de gasolina se dispararon, pero se permitió pasar olímpicamente de que su viejo Renault chupara carburante como una esponja, pues estaba decidido a mimar a ese nieto suyo costara lo que costase.

Y no sólo se abrió al mundo de sus hijos sino también al de las mujeres. Volvió a mirarlas, con mucho cuidado, cierto, pero sin que lo invadieran los sentimientos de culpa. De pronto, tras más de veinte años en cuarentena, era capaz de pensar en sí mismo como un ser sexual.

Y justo entonces, las dos perspectivas se distorsionaron de la forma más atroz.

Niños y sexo.

Una vez superado el *shock* inicial —fueron varias las ocasiones en las que Sara y Ludvig lo encontraron desplomado encima del ordenador llorando a lágrima viva—, acometió la misión con el mayor de los entusiasmos posibles. Después del desmantelamiento del Grupo A, el equipo se convirtió en el mejor de toda la policía criminal nacional. Tras un período de persecuciones infructuosas, atravesaban un momento de gracia y habían conseguido una fluida y asidua colaboración con sus colegas en el extranjero. Antes de que Nyberg se incorporara ya habían trabajado con quince países diferentes, liderados por el National Crime Squad de Inglaterra, en Operation Cathedral, una operación internacional que investigaba una enorme red de pedófilos en internet. A finales de octubre, la primera tarea que le asignaron fue una cosa repulsiva llamada Pederast University, una intervención común en todos los países involucrados, derivada de un dispositivo internacional —Operation Sabbatical— que la policía estadounidense había puesto en marcha en mayo del año anterior. En casa, otros integrantes del grupo trabajaban con todas las pistas y redes que salieron a la luz en relación con la detención de un pedófilo de veintidós años en Örebro, quien resultó ser el peor violador de niños que el país había visto jamás.

En otras palabras, su vida profesional iba viento en popa. Y Gunnar Nyberg sentía por primera vez que se estaba dedicando a algo *importante*. Salvaba la vida a niños. Y continuaba con esa labor en su tiempo libre. Desde hacía unos años daba conferencias, cada vez más apreciadas, por los colegios de la ciudad. Gratis, para el gran asombro de los directores de los centros educativos en cuestión.

¿Quién mejor que él conocía los perniciosos efectos secundarios de los anabolizantes?

De modo que, aunque se pasaba todo el día estudiando los lados más atroces del deseo sexual humano, pensaba que su vida iba por buen camino. Mejor de lo que había esperado, teniendo en cuenta al Asesino de Kentucky.

Su mirada se desvió hacia la superficie del Mälaren. Pleno estío sobre el lago. A mediados de junio. El tiempo no sabía muy bien lo que quería, pero ahora el sol se asomaba para extender su mantequilla sobre el recién horneado panecillo que era la bahía de Riddarfjärden, guarnecida con velas globo en todos los colores del arco iris. Se respiraba un aire inusualmente fresco, algo que en parte se debía a la ausencia de coches. En esos momentos, el atasco en el puente de Västerbron no se debía a éstos sino a una multitud cada vez más numerosa de corredores.

Gunnar Nyberg se volvió de nuevo hacia Sara Svenhagen. Su gesto indicaba que acababa de decirle algo que él ya había olvidado.

—Perdón, ¿qué has dicho? —tuvo que preguntar.

—Que Ludvig superó el duelo de su tragedia familiar corriendo. ¿No lo sabías? Ludvig Johnsson perdió a su familia en un accidente de coche hace un par de años.

—¿Qué? ¡Joder! Pero si siempre me ha parecido, no sé, tan... tan alegre...

—Pura fachada. Literalmente corre por su vida. Todos los días. Su mujer y dos hijos. En un segundo. De repente ya no estaban.

—¿Ya trabajabais juntos entonces?

—Sí, pero no en esto. Fue antes de que la policía entendiera la gravedad de la pornografía infantil. Y lo muy extendida que está. No, trabajábamos en la policía criminal de Estocolmo. Supongo que se puede decir que Ludvig era mi maestro. Fue él quien montó toda la unidad de pedofilia. Y, claro, quien me llevó a ella.

—Y a mí también, supongo.

—Es verdad. Tengo entendido que ya os conocíais, ¿no? ¿Cómo es esa historia?

Terrenos del pasado que habían sido tan difíciles de volver a pisar... Casi eliminados tras veinte años de sufrimiento. *Ese* pasado. La época de los esteroides.

Pero ya no le resultaba intocable.

—Fuimos juntos a la academia —explicó Gunnar Nyberg—. Éramos íntimos amigos por aquel entonces. Compartíamos habitación incluso. Pero luego nos fuimos alejando, cuando él se convirtió en un buen policía y yo en uno malo. Figúrate que ni siquiera sabía que había perdido a su familia.

—El paso del tiempo hace esas cosas —dijo Sara, poniendo su mano sobre la de él.

Él sonrió. Una sonrisa que, creyó, le salió torcida. Y esa sonrisa siguió en sus labios mientras recorría la mesa con la vista. Estaban tomando café. Cinco cazadores de pederastas. Su nuevo grupo.

Su jefe, Ragnar Hellberg, joven comisario de carrera meteórica, apodado por todos «Ragnar el Verbenero», se levantó de repente y señaló con el dedo:

—Ahí vienen.

Abandonaron el café y se abrieron paso entre la multitud en dirección a Norrmälarstrand. Nyberg, sin remordimientos de conciencia, les dejó el vienes de hojaldre a los pájaros que los habían estado vigilando todo el tiempo.

El pelotón de cabeza del Maratón de Estocolmo acababa de pasar cuando alcanzaron la cinta blanquiazul del acordonamiento. Si alguien protestaba por la violenta manera con la que avanzaban entre la gente, le plantaban una placa policial en sus narices. Nyberg, que sabía que habían suspendido a compañeros por mostrar su placa cuando no estaban de servicio, dejó que el comisario Hellberg, al parecer no tan quisquilloso con el reglamento, fuera primero.

Las filas de corredores cada vez se hacían más densas. Ya había pasado un centenar de ellos cuando Nyberg de pronto exclamó:

—¿Cómo vamos a distinguirlo?

—¡Ya lo verás! —se rió Sara.

Y lo vio. Imposible no hacerlo.

Ludvig Johnsson pasó con una luz azul giratoria que parpadeaba encima de su cabeza. Avanzaba a un ritmo impresionante, saludando alegremente con la mano a la pandilla de cazadores de pedófilos que le animaban a gritos.

El comisario Ragnar Hellberg se metió por debajo de la cinta y se coló por una pequeña abertura entre la interminable fila de corredores. Los demás lo siguieron. Los encargados de seguridad de la carrera que se acercaron corriendo para impedirles el paso fueron recibidos por el distintivo policial que Ragnar el Verbenero, sin el menor embarazo, agitaba en el aire. Se detuvieron enseguida y dejaron continuar su camino a la banda de inspectores que, al parecer, estaban en mitad de una urgente misión policial. Los agentes subieron corriendo por Polhemsgatan.

—¿Y ahora qué pasa? —jadeó Gunnar Nyberg, cuyo cuerpo no estaba hecho para ese tipo de desplazamientos.

—Ahora le vamos a dar una buena sorpresa —dijo Sara—, no se esperará vernos una vez más en Fleminggatan.

Y llegaron justo a tiempo para descubrir la extraña luz azul que se iba acercando centelleante por encima de las cabezas de los corredores. Ludvig Johnsson, efectivamente, pareció sorprendido al verlos, se rió y les echó una mirada acusatoria al tiempo que señalaba el aparato en su cabeza.

—Ese maldito trasto pesa un par de kilos —comentó el comisario Ragnar Hellberg con una sádica risa en cuanto perdió de vista a Johnsson.

Luego pudieron permitirse otra sesión de café, antes de que fuera hora de pillar de nuevo a Johnsson en la segunda vuelta por Norrmälarstrand. En esta ocasión no iba tan fresco como antes y al pasar por Fleminggatan ya no llevaba nada en la cabeza. Nunca más se supo de aquel artilugio.

Como recompensa, el grupo se metió en una furgoneta de la policía con la sirena puesta y puso rumbo al Estadio Olímpico de Estocolmo. Una vez allí, bajaron a las pistas, provistos todos con una luz azul giratoria en la cabeza, para recibir al exhausto héroe del maratón.

Gunnar Nyberg se sentía muy raro con ese cacharro centelleándole en la cabeza. Eran casi las cinco de la tarde y se estaba esforzando al máximo por participar y pasarlo tan bien como parecían hacerlo sus compañeros y, sobre todo, para no pensar que era por esto que había sacrificado un fin de semana con su nieto Benny.

Sin embargo, al ver a su delgadísimo amigo de juventud recibir el sentido abrazo de la maravillosa Sara Svenhagen en las pistas del venerable estadio, a la sombra de la antigua torre del reloj, le resultó más fácil reconciliarse con la idea. La dorada melena brillaba en todo su esplendor a la luz del sol vespertino.

Pero eso fue entonces.

Y ya era historia. Sara Svenhagen se había rapado el pelo. Era como otra persona. Igual de atractiva —no lo podía negar— pero de otra manera. Más interesante, quizá. Menos ángel de la luz y más ser humano. Con todo lo que eso implicaba.

—Pero ¿cómo se te ocurrió hacer algo así? —le preguntó Nyberg delante de todo el mundo.

Ludvig Johnsson, sentado con su cuerpo filiforme en una terraza cercana a la comisaría zampándose el tercer vienés de hojaldre del día, parecía no entender nada. Pero Sara sí lo captó. Sonrió débilmente.

—Renovación vital —fue lo único que respondió.

Gunnar Nyberg, con la vista clavada en su intacto café solo, no tuvo nada que decir. En lo que a él respectaba, ya había tenido suficiente renovación vital para muchos años.

A excepción, quizá, del tema de las mujeres...

Ludvig Johnsson se removi6 acomodándose en la inestable silla colocada en la estrecha acera que había delante del café con el simpático nombre de Annikas Café, en Kungsholmsgatan, justo al lado del edificio de la jefatura de policía.

—Y tú, por lo que veo, sigues en plan asceta, ¿no, Gunnar? —dijo.

Johnson presentaba un aspecto casi excesivamente brioso y atlético, con su cuerpo nervudo y su calva bien cuidada a la que rodeaba una cinta monacal de pelo negro. Llevaba un traje claro de lino y una camisa *beige* con una corbata en tonos verdes. Daba la impresión de ser al menos diez años más joven que Nyberg, pese a que tenían la misma edad: cuarenta y muchos. A éste siempre le suponía un enorme sufrimiento ver como su compañero, que no tenía un gramo de grasa, engullía con gran entusiasmo una bomba calórica tras otra.

Volver a ver a Ludvig Johnsson había resultado una experiencia extraña. Durante un breve período, hacía más de veinticinco años, habían sido íntimos amigos. Cuando estudiaban en la academia fueron casi inseparables las veinticuatro horas al día. Ya en aquel entonces, el reparto de actividades no dejaba lugar a dudas: Gunnar pasaba su tiempo libre entre las pesas del gimnasio mientras Ludvig corría como un descosido por las pistas de *footing*. Gunnar se convirtió en Míster Suecia y en un poli peligroso que blandía un bate de béisbol en el distrito de Norrmalm de la capital. Ludvig se marchó y acabó siendo un amable policía de barrio en la tranquila ciudad de Vänersborg. Y, de repente, sus caminos se volvieron a cruzar. Como «inspectores pedófilos», tal y como un diario vespertino, con una expresión poco afortunada, los había llamado. Y no habían cambiado casi nada. Los dos amigos, aunque de maneras muy diferentes, habían perdido a sus respectivas familias y al otro lado del abismo se habían encontrado de nuevo. Otra vez, más bien gracias a la diferencia de carácter que a la similitud. Ludvig era rápido, ágil, elegante y europeo. Gunnar era grande, fuerte, luchador y sueco de los pies a la cabeza.

—No me queda más remedio —replicó Gunnar Nyberg—. Me faltan todavía doce kilos para dejar de ser «El policía más grande de Suecia».

Ludvig Johnsson se carcajeó.

—Sí, ya vi ese reportaje que te hicieron. ¿Hablaron contigo antes de publicarlo?

—Alguien me llamó y me preguntó si seguía pesando ciento treinta y nueve kilos.

Le contesté: «No, ciento cuarenta y seis». Luego, todo el reportaje se basaba en esa conversación. «El policía más grande de Suecia», hay que joderse...

—Bueno, venga, compañeros —exclamó Ludvig Johnsson abruptamente, acompañando sus palabras con una palmada en las rodillas—. ¡Qué coño! Ya va siendo hora de que nos vayamos a celebrar Midsommar, ¿no? Venga, a por la penúltima. Que todos los pedófilos del país descansen en paz. Por lo menos durante un par de días. ¿Qué planes tenéis?

—Yo voy a estar con mi nieto —respondió Nyberg sin dudarlo un instante—. Bailaré alrededor del mayo en Östhammar.

—Y yo voy a descansar —informó Sara Svenhagen—. A relajarme, a bajar el ritmo un poco. Llevo una temporada a tope.

—Pues yo me voy a renovar —dijo Ludvig Johnsson críticamente.

De pronto, los interrumpió una voz familiar que resonó a lo largo de toda la calle Kungsholmsgatan.

—¡Hombre! Mira tú por dónde: «El policía más grande de Suecia».

Contra el fondo de la fachada gris de la jefatura de policía se perfilaba un hombre rubio de pelo corto, vestido con camiseta roja, vaqueros y sandalias y provisto de un grano rojo en la mejilla. Nyberg se permitió la pequeña incomodidad de levantarse y abrir los brazos. Los dos hombres se abrazaron. Cuando Nyberg lo soltó, la expresión en la cara del otro era como si le acabara de ahogar una anaconda.

—Estimados cazadores de pederastas —anunció Nyberg todo contento—. Les presento al Héroe de Hallunda. El orgullo del cuerpo: el señor Paul Hjelm. Y éstos son Ludvig Johnsson y Sara Svenhagen.

—¿Qué hay? —le saludó Johnsson.

—Hola —dijo Svenhagen.

—Hola —resopló con dificultad Hjelm, reconquistando su capacidad pulmonar—. Felicidades por las últimas detenciones. Veo que os va bien.

—Gracias —dijo Svenhagen—. Sí, la verdad es que últimamente el trabajo ha dado sus frutos.

—Por fin, habría que añadir —intervino Johnsson.

—¿Y tú? ¿Qué haces ahora? —preguntó Nyberg, dándole unas palmadas en la espalda a su amigo—. ¿Dónde acabaste al final? ¿En la policía de barrio?

—Eso es, en plena realidad cotidiana, podríamos decir. Ahora mismo se trata del «Hincha Homicida». No sé si estáis al tanto de ese refinado genio del crimen...

—¿Pelear en los bares? —soltó Nyberg sin el menor tacto—. ¿No te parece que estás un poco... un poco sobrecualificado para ese tipo de asuntos...?

—Venga, hombre, no me digas eso —replicó Hjelm—. Se está convirtiendo en algo bastante interesante. Ya os contaré. Por cierto, estoy trabajando con Kerstin.

—Es verdad —exclamó Nyberg—. Kerstin, mi antigua compañera de despacho. De modo que acabasteis en el mismo sitio. Bien, ¿no?

—Estupendo —asintió Hjelm—. Bueno, voy a comprar un par de bocatas en este

estupendo establecimiento, luego nos toca seguir con los interrogatorios, que, a decir verdad, no están exentos de interés.

—Oye, ¿por qué no te vienes a Östhammar para celebrar Midsommar? Así conoces a mi hijo. A Tommy.

—Gracias, pero no puedo. Creo que los míos ya han hecho planes. Vamos a alquilar otra vez la casa de campo en la isla de Dalarö.

—Vale. Anda, vete a comprar tus bocatas —dijo Nyberg— que si no Kerstin te echará la bronca.

Y Hjelm entró en Annikas Café y compró un par de bocadillos con una succulenta mezcla de ingredientes para luego poner rumbo a la comisaría despidiéndose con la mano.

Aunque en realidad se encontraba en otro sitio.

En otro lugar.

Concretamente en el restaurante Kvarnen a las 21.42 horas de la noche anterior.

Se quedó parado allí mismo, en medio de la calle Kungsholmsgatan. El enorme complejo de edificios que constituía el cuartel general de la policía se alzaba ante sus ojos. Torcer a la derecha significaría dirigirse a la sede de la policía criminal nacional, en Polhemsgatan. El camino a la izquierda lo llevaría primero a la policía criminal regional, que tenía su elegante entrada en la calle Agnegatan, y luego, si atravesaba el frondoso parque para salir a la calle Bergsgatan, llegaría al acceso, considerablemente más discreto, del distrito Centro de la policía de Estocolmo.

La opción a la derecha pertenecía ya al dorado pasado.

Y la de la izquierda a un presente bastante más gris.

Sin entender muy bien por qué se quedó vacilando en el cruce como si fuese Hércules en la epopeya de Stiernhielm^[2].

No fue hasta ese momento que se vio obligado a formular aquello que ese jueves, el día antes de Midsommar, ya llevaba unas horas volando de manera difusa, sin acabar de tomar forma, por la sala de interrogatorios y que había leído una y otra vez en la mirada de Kerstin Holm cuando se escudriñaban con la intención de poner en común sus intuiciones.

Era cierto que se trataba de un crimen de lo más común, plomizo y gris, por muy brutal que fuera, del centro de Estocolmo, pero ¿era sólo eso? ¿*No había también algo más?*

¿O eran sólo sus esperanzas de encontrarse con *un crimen de verdad* lo que les hacía presentir algo más tras ese sórdido homicidio provocado por los enfebrecidos ánimos de los hinchas de un equipo de fútbol?

Paul Hjelm se quedó parado unos segundos en el cruce de caminos. Sentía las miradas inquisitivas de Nyberg en la espalda. Luego aceptó el estado de cosas y giró a la izquierda. Volvió a la comisaría de la policía de barrio, a la brigada antiviolenencia del distrito Centro de la policía de Estocolmo y a los crímenes vulgares pero brutales.

Sin embargo, había algo dentro de él que lo llevaba a intuir una futura

metamorfosis.

Capítulo 6

No es que las tripas le sonaran, sino que le rugían como una fiera. Como cuando un indio se mueve sigilosamente por la jungla, solo y con el corazón en un puño, y de repente oye aquello que sabe que solamente se escucha una vez en la vida.

Al final.

El rugido del tigre.

Aunque en este caso el tigre no era más que una mujer policía poco intimidatoria de unos treinta y cinco años, y el indio un chaval que rondaba los veinte, oriundo de Kalmar, con los ojos enrojecidos por las lágrimas y al que, pese a haber escuchado el rugido, todavía le quedaba mucha vida por delante.

Desgraciadamente, no se podía decir lo mismo de su amigo, cuya trayectoria vital había llegado a su fin la noche anterior, el 23 de junio, a las 21.42, en el restaurante Kvarnen, en Tjärhovsgatan, en el barrio de Södermalm.

Kerstin Holm echaba de menos a Paul Hjelm. Pero aún más —debía admitir— a los bocadillos que iba a traer.

Sus tripas volvieron a rugir. Ahora más fieras que nunca.

Pero de eso Johan Larsson de Kalmar no se percataba, pues lloraba a lágrima viva. Estaba completamente perdido. No entendía nada. Nada de nada. Cuatro chavales de Kalmar llenos de ilusión se habían lanzado a una pequeña aventura: fueron a Estocolmo para ver jugar a su club, el Kalmar FF, recientemente ascendido a primera división y que disfrutaba de un inesperado éxito en la liga. El miércoles 23 de junio, a las 19.00 horas, se habían acomodado en sus asientos en el estadio del Hammarby, el Söderstadion, para animar a su equipo, que consiguió un resultado nada despreciable, empate a dos. Bastante contentos, se acercaron a un bar del que habían oído hablar: el Kvarnen, en Medborgarplatsen. Les habían comentado que se trataba de un sitio con mucha marcha. Lo que no sabían era que estaba hasta arriba de decepcionados hinchas del Hammarby, cuya frustración colectiva al saberse colistas de la liga se hallaba al borde del estallido. Y nadie les había creído cuando, a modo de san Pedro, los chavales negaron tres veces la relación con sus maestros. En su lugar, uno de ellos acabó asesinado. Su sangre, colándose entre las costuras de la camiseta rojiblanca apretada contra su cabeza, había teñido las manos de Johan Larsson. La vida nunca más sería igual.

Quizá fuera capaz de olvidar el mar de sangre, quizá incluso de borrar de la memoria a Anders Lundström, su amigo fallecido, pero nunca jamás se le olvidaría el odio ciego. La rabia desmedida. Las miradas que *sólo querían matar*. Ese recuerdo lo acompañaría hasta el último momento de su modesta andadura vital. Eso lo tenía muy claro.

Pero era lo único que tenía claro.

Kerstin Holm hacía lo que podía. Intentaba ser maternal y, aunque se repetía a sí misma que podía ser su madre, no le salía muy bien. La verdad era que no sabía a ciencia cierta qué significaba ser maternal.

No tenía hijos, y no estaba segura de si los quería o no. Un año antes no le cupo ninguna duda: *no* los quería. Ahora ni siquiera sabía eso. El tiempo apremiaba. Sus relaciones sentimentales no habían cumplido las expectativas. Había sido violada de niña por un familiar; su noviazgo con un compañero policía en Gotemburgo había sido una eterna y prolongada violación, y de la relación breve y extraña, aunque intensa, que había mantenido con Paul Hjelm hacía más de dos años no quedaba más que un ajado recuerdo dorado en el que el pan de oro empezaba a descascarillarse. La relación amorosa más importante de su vida, igual de intensa o más que la anterior, con un pastor de la Iglesia sueca de sesenta años, enfermo de cáncer, había terminado como sabía que lo haría.

Con la muerte.

Lo acompañaba cuando falleció, y de él heredó recuerdos con los que no estaba muy segura de qué hacer: poseían un halo de algo *sagrado*, algo de lo que simplemente no se sentía digna.

Paul Hjelm entró en la sala agitando en el aire una bolsa de plástico. Ella suspiró de alivio mientras sus tripas lanzaban unos fuertes rugidos como si se hubiesen percatado del contenido de la bolsa. Hjelm lo oyó, volvió a mover la bolsa en el aire y recibió una respuesta inmediata del tigre que ocupaba las tripas de su compañera. Arqueó las cejas, asombrado.

—Los misterios de la biología —constató.

Se sentó y se puso a ojear las notas que ella había tomado. «Pandilla de siete», ponía. Y «odio ciego». «Tres protagonistas, el autor del crimen, en realidad un personaje secundario». «El que ayudó (Jonas A): muy cabreado. Con nosotros. Por haber ido allí. Y con él perpetró. Por haberlo jodido todo». «Anders sólo lo empujó para que pudiéramos salir corriendo tras Hjalte y Steffe». «Completamente inesperado». «Esas miradas tan frías, como si tras ellas no hubiera nadie». «Todo el grupo desapareció. De golpe».

Luego no había nada más escrito.

Hjelm alzó la vista y contempló a Johan Larsson de Kalmar que sollozaba encogido como un pequeño ovillo.

La violencia sin sentido, ¿no es así como solemos llamarla?

Durante unos instantes sintió náuseas.

Luego echó un vistazo al nuevo retrato robot que descansaba sobre la mesa, al lado de los otros dos anteriores. Tres dibujos independientes el uno del otro. Tan parecidos y aun así tan diferentes. El autor del crimen según Per Karlsson, Eskil Carlstedt y Johan Larsson.

La media melena rubia, descuidada, el pequeño bigote que bajaba unos pocos milímetros de las comisuras de los labios, los ojos azules. Hasta ahí los tres estaban

de acuerdo. Pero, respecto a la forma de la cara, la nariz y los ojos, los retratos discrepaban en los puntos más fundamentales. No sólo no se podía extraer una única imagen de estos esbozos, sino que la cuestión era si siquiera podrían difundirlos en los medios de comunicación.

Hjelm levantó el retrato confeccionado por Eskil Carlstedt:

—¿Así que tenía este aspecto?

Johan Larsson alzó la mirada, la cara toda roja. Los mocos no le daban tregua. Hjelm, sin soltar el dibujo, le tendió un pañuelo y al final Johan Larsson fue capaz de fijar su atención en el retrato. Asintió con la cabeza para, acto seguido, volver a ocultar la cara entre sus brazos. Hjelm cogió el de Per Karlsson.

—O sea, ¿éste?

El joven levantó de nuevo la vista.

—Sí, ése.

Hjelm suspiró y dejó caer el dibujo.

—¿Cuánto habías bebido?

—Bastante —admitió Johan Larsson.

—¿Y no recuerdas haber reparado en nada más que pueda ser de interés?

Kerstin miró a Paul. Y él a su vez a ella. Cuando se volvieron hacia el joven se percataron de que éste estaba mirando cómo se miraban. Aquello no conducía a ninguna parte.

—Sólo hay una cosa que se me ha quedado grabada —dijo con voz firme y clara.

Le dejaron marcharse.

Paul y Kerstin se volvieron a examinar con la mirada y, sin más dilación, se abalanzaron sobre la bolsa de plástico con los bocadillos.

—Los *yuppies* —resopló Hjelm, con la voz apagada por la *mozzarella* y el jamón de Parma.

—Me he encargado de ellos mientras estabas fuera. Ha ido rápido. No vieron nada. Eran agentes de bolsa. Estaban sentados junto a la puerta y los muy gilipollas no repararon en nada de nada, hay que fastidiarse. A excepción, claro, de las chicas de la despedida de soltera. Me dio la impresión de que estaban buscando una especie de orgía con la novia y sus amigas, que iban pedo perdidas.

—Pues te puedo asegurar que ellas tampoco han podido aportar nada. Seguro que en aquel instante una orgía no les habría parecido mala idea. Eso significa que en toda la fila de la ventana —la mesa de los agentes de bolsa y las otras dos con las chicas de la despedida— no hay nadie que nos sirva como testigo, ¿no?

—La mejor aportación de los agentes financieros fue: «Pasó un montón de gente al mismo tiempo que las tías empezaron a gritar». Parece que los dos grupos simplemente estaban demasiado mamados. Al igual que las dos parejas que, en efecto, habían ido al Kvarnen para hacer un intercambio. No se conocían; hasta ese momento sólo se habían enviado unos correos electrónicos algo subditos de tono en los que daban rienda suelta a sus fantasías sobre el intercambio de parejas y el sexo

en grupo. Teniendo en cuenta el grado de ebriedad, no creo que las hayan podido poner en práctica. Demasiado cachondos y borrachos todos, chicas de despedida, agentes de bolsa y parejas de intercambio... Y eso que sólo eran las diez menos veinte.

—Bueno, pues nada, nos quedan los que no deberían haber estado ni una cosa ni la otra.

—Sí, pero seguramente eran los más ocupados.

—Venga, a por el personal. ¿Las camareras o los gorilas?

—Se dice porteros. ¿Quién te parece que debería esperar más tiempo?

—Que pasen las camareras primero.

Llamada por el interfono, breve conversación con la recepcionista y acto seguido irrumpieron en la sala, con paso ruidoso y pesado, unas cuantas mujeres de una belleza algo maltratada por la vida. Concretamente cinco ejemplares. Tras dejarse caer en sendas sillas se pusieron a protestar en canon a cinco voces. Aquello parecía la jaula de los monos en el zoo de Skansen.

—Lamentamos que hayan tenido que esperar —se disculpó Hjelm con voz complaciente y afable, sin dejarse cegar del todo por ese fulgor femenino—. Son muchas las personas a las que debemos interrogar, pero no se preocupen, no son más que las dos y diez, y el Kvarnen aún no ha abierto, de modo que no van a llegar tarde al trabajo.

—Pero ¿podemos abrir? —replicó la mayor de ellas—. ¿No es la escena de un crimen?

—Ya hemos terminado la investigación del lugar y sí, pueden continuar como siempre. *Business as usual*. Y seguro que se va a llenar, teniendo en cuenta la cantidad de publicidad que ha habido en los medios de comunicación. En fin, como la que tuvo en su momento Tony Olsson, que ahora puede publicar libros en la editorial que quiera.

—¿Tony Olsson? —exclamaron las camareras de nuevo en canon.

—Sí, el asesino de policías que regresó de Costa Rica hace unos días —aclaró Hjelm—, y que se ha declarado inocente.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras? —preguntó una de las damas.

—Nada —suspiró Hjelm—. ¿Quién de ustedes se encargaba de la barra cuando ocurrió?

—Yo —dijo una pequeña mujer morena que rondaba la treintena—. Karin Lindbeck —añadió.

—¿Qué vio de lo ocurrido?

—No mucho. Estaba en el otro extremo de la barra cobrando una cuenta bastante grande. Era un poco lioso y me llevó tiempo.

—Pero ¿también se quedó en ese lado por razones de seguridad? —intervino Kerstin Holm.

—Bueno... Puede que sí —dijo Karin Lindbeck, haciendo un gesto con las

manos.

—O sea que percibió algo amenazador en el ambiente, ¿no? —preguntó Hjelm.

—Sí, supongo que sí... Había algo en el aire.

—¿Y ya había atendido al autor del crimen?

—Probablemente. Pero no era de los que estaba en la primera fila de ese grupo, sino más bien al fondo; y era más bajo que los demás, creo. Del montón. No el tío en el que uno se fija, vaya.

—¿Es alguno de estos tres? —preguntó Hjelm tras extender los retratos robot en la mesa.

La barman Karin Lindbeck echó un vistazo. Rápido, de experta. De alguien habituado a identificar caras.

—No creo —fue su único comentario.

—¿Ninguno se parece en nada?

—Sólo en el pelo y el bigote.

—¿Piensa que podría ayudarnos a confeccionar un retrato mejor?

—Sí, creo que sí.

—¿Y no lo había visto anteriormente?

—Es posible que haya visto a alguien de esa pandilla. Pero a él no. Por lo menos así, a bote pronto, no lo creo.

—Luego le pediremos que nos eche una mano con un par de retratos. ¿Alguna otra cosa que recuerde?

—Los de Småland. Unos tipos tímidos que enseguida se dieron cuenta de que se habían equivocado de sitio. Pero ya era demasiado tarde. El que murió parecía simpático. Fue él quien pidió las consumiciones.

—Muy bien, gracias. De modo que las demás se dedicaban a atender las mesas. Tengo entendido que se reparten las mesas de la sala, ¿no?

—Sí —contestó la mayor de ellas, una rubia de bote en torno a los cuarenta y tantos años—. Yo tenía la fila de la ventana. La despedida de soltera y los tipos de la bolsa. Los dos grupos se echaban unas miradas que no veas. Y bebían sin control. No daba abasto con ellos. Además, cuando aquello pasó, yo había hecho un descanso. Y cuando volví a salir, ya estaba muerto.

—¿Algo más?

—Yo me ocupé de las mesas de la esquina —indicó otra—. No vi nada ni oí nada.

—Muy conciso, pero quizá no tan completo como nos gustaría.

—A mí me tocó el interior. Y allí no pasó gran cosa. *Business as usual*.

—Más detalles.

—Yo tenía la fila de en medio —explicó una joven con aspecto chino—. Al lado de la puerta había unos estudiantes que charlaban sobre sus exámenes en antropología social, creo que era. Luego había un chico que hacía como si leyera, solo, y un grupo de latinos que estaban sentados con un sueco. Hablaban en inglés.

—¿No habrá oído por casualidad de lo que hablaban?

—Intento no escuchar a escondidas las conversaciones privadas.

—¿Cómo las que versan sobre antropología social?

La chica de aspecto chino se mostró algo incómoda.

—Venga —la animó Hjelm—. Algo habrá oído, seguro.

—Negociaban. No eran amigos. Yo diría que todo lo contrario. Había desconfianza. Intentaban resolver algún asunto.

—¿Qué? Intente hacer memoria.

—¿No íbamos a hablar del asesinato? Porque no vi nada, yo estaba de espaldas.

—No se preocupe, sólo conteste a las preguntas.

—Pues no sé. Un lugar para una reunión, quizá. La verdad es que no lo sé.

—Pero ¿se marcharon nada más empezar la pelea? ¿Todo el grupo? ¿Se fueron sin pagar?

—Es que si sólo son bebidas, se paga nada más servir las. O sea, no había cuenta pendiente. Ya estaba todo arreglado. Pero es verdad que se largaron muy rápido.

El comentario hizo reflexionar a Hjelm. Algo se movía difusamente dentro de su cabeza.

—¿No había cuenta pendiente? ¡Joder, claro! *No había cuenta que pagar.*

Las camareras contemplaron desconfiadas ese peculiar exabrupto del policía.

—¿Quién llevaba la mesa junto a la puerta?

—Yo —dijo la más joven de las camareras, una chica bastante corpulenta, con pelo corto.

—¿Quiénes la ocupaban y qué hacían?

—Cinco tipos muy serios y bastante tranquilos.

—¿Unos comerciales quizá?

—No, no creo. Más bien el tipo de cliente que uno espera que arme jaleo. Pero no, todo lo contrario, apenas intercambiaban palabra. No hacían más que estar allí sentados mirando como a escondidas.

—Cinco maricones machotes que ojean a un chaval que está leyendo un libro —dijo Hjelm nítidamente.

—No, no lo miraban a él, sino a alguien más allá.

—¿Estaban escuchando música?

—No creo. Uno de ellos tenía un auricular, pero se parecía más a una especie de sonotone.

—¿Y *no* se lo fueron pasando?

—No, sólo lo llevaba uno de ellos. Y estaba sentado de espaldas al local.

—¿Y *no* bebieron mucho?

—Una cerveza por cabeza, como mucho.

—¿Y *no* se quedó uno de ellos para pagar la cuenta?

—No, no. Es el mismo caso que antes. No había cuenta pendiente, ya estaba todo pagado. Pero uno de ellos sí se quedó. Uno con la cabeza rapada y bigote.

—¿Y los otros cuatro *no* se marcharon antes del crimen?

—No, pero fueron los que primero se largaron, justo cuando se rompió la jarra de cerveza. Uno de ellos señaló con el dedo al que se quedó y le dijo algo. Entonces, éste se volvió a sentar.

—O sea, ¿le dijeron a Eskil Carlstedt que se quedara?

—Bueno, si es que el tipo se llama así, sí. Al menos, eso parecía. Yo estaba en medio del grupo de hinchas del Hammarby intentando tomar nota de lo que pedían. Me costó bastante. O sea, yo también estaba de espaldas al... al homicidio...

Hjelm intentó captar la mirada de Holm, quien estaba subrayando algunas palabras en su cuaderno presionando el boli con mucha fuerza. Al final, ella levantó la vista. Mostraba una mirada de circunstancias.

—¿Salimos un momento? —propuso Hjelm.

—Buena idea —asintió Holm—. Pero antes quiero hacer una pregunta más... A usted —añadió, dirigiéndose a la chica china.

Hjelm vio las palabras que Kerstin había estado marcando: «*Hacía como si leyera*».

—¿Por qué dijo que el chico que leía *hacía como si leyera*? —continuó Holm.

—¿Qué?

—Me ha oído.

—Porque no pasó una sola página.

—Entonces, ¿qué hacía?

—Pues no sé. Pensaba. O escuchaba.

Hjelm y Holm salieron al pasillo.

—Ahora mismo mandamos un coche patrulla para buscar a Eskil Carlstedt —dijo Hjelm—. Vive aquí, en Kungsholmen.

—Teníamos que habernos dado cuenta de su reacción cuando le preguntamos... Cuando habló de lo de la demo y la música —se lamentó Holm—. ¡Mierda! ¡Me cago en...!

—¡... su puta madre! —completó Hjelm.

Holm se marchó para mandar un coche patrulla a buscar a Carlstedt. Hjelm volvió con las camareras.

—Bueno, estimadas señoras —dijo, estirándose—. Ahora necesitamos que nos describan con el máximo detalle a los latinos, al sueco, así como a las cuatro personas que desaparecieron de la mesa junto a la puerta.

La mayor de las camareras se levantó bruscamente.

—Pero ¿de qué coño va todo esto? —exclamó.

—La verdad es que no tengo la menor idea —reconoció Paul Hjelm.

Tres fornidos porteros, cortados por un patrón de lo más típico, estaban sentados en fila como si de tres monos que nada quieren ver, oír ni decir se tratara.

Ahora bien, el símil sólo funcionaba a medias.

Porque la verdad es que hablar, lo que se dice hablar, hablaban bastante. Aunque únicamente del heroísmo con el que habían bloqueado la puerta pese a que todo el mundo intentó por todos los medios marcharse de allí. Su exposición de los hechos más bien daba a entender que eran unos cascos azules que acababan de impedir heroicamente un genocidio sin más ayuda que la de sus propios cuerpos.

—Bueno, teniendo en cuenta que al menos unas veinte personas consiguieron salir del local, tal vez rápido como un rayo no sea la expresión más adecuada para calificar su intervención —comentó Hjelm tranquilamente.

Los tres porteros se lo quedaron mirando.

—Oiga, es que entre el guardarropa y la sala del restaurante hay otra puerta —explicó, ofendido, el mayor de los tres—. Y claro, no podemos oír todo lo que ocurre dentro del local.

—Además, teníamos que controlar una cola en la que había bastante jaleo, ¿eh? —añadió el más grande de los tres—. Gente complicada. Muchos individuos de otras culturas.

—¿Individuos de otras culturas? —exclamó Hjelm; le resultaba más que evidente que estos tres testigos no habían empleado en su vida otros términos que no fueran «putos inmigratas»—. Aun así, dejaron entrar a una treintena de seguidores del Hammarby que ya iban bastante borrachos, uno de los cuales, encima, resultó ser un asesino.

—A los del Hammarby los tenemos más o menos controlados —intervino el tercero.

—Claro, claro, controladísimos —comentó Hjelm con sarcasmo, aunque luego optó por no seguir por ese camino—. ¿Y no podrían haber reaccionado un poco más rápido al ver que salían corriendo veinte personas a la vez?

—Es que todo el mundo va en la misma dirección, y es muy difícil moverse a contracorriente.

—Y además nuestro trabajo consiste en controlar a la gente que *entra*, no a los que *salen*.

—No sabíamos lo que había pasado. Y no podemos empezar a parar, así como así, a clientes que se quieren marchar.

—¿Qué tipo de gente eran los que salían?

—Hombres. Sólo hombres. Sobre todo seguidores del Hammarby, y algunos culturistas también.

—¿Algún... individuo de otra cultura?

—Posiblemente hubo también unos put... Hombres de piel más oscura, sí. Creo que sí.

—Pero todo eso lo deben saber ya —dijo el mayor—. Tenían a uno de los suyos allí dentro.

Hjelm miró a Holm. Holm miró a Hjelm.

—¿A uno de los nuestros? —exclamaron al unísono.

Al hacerlo no dieron precisamente una imagen muy profesional, pero ¿qué se puede hacer? ¿Qué hace uno con el asombro?

—Sí, hombre, sí —explicó el más grande de los porteros—. Acabábamos de conseguir entrar para bloquear la puerta interior y a ése no le dio tiempo a salir, así que lo volví a empujar dentro; entonces me mostró su placa y pasó.

—¿Su placa? —dijo el coro.

—Sí, su placa de policía.

Permanecieron perplejos.

—¿No le pareció raro que un policía quisiera *salir* después de haberse cometido un crimen? —dijo Kerstin Holm al final.

—Joder, y yo qué sé cómo trabajan ustedes.

—¿Y no se acuerda de su aspecto?

—Mire, se había armado un follón de mil demonios, por decir algo. Un pobre tipo estaba bañado en un charco de sangre. Todo Cristo gritaba, la gente se abalanzaba contra la puerta desesperada por marcharse de allí. Todo lo que vi fue una placa policial moviéndose en el aire, así que le dejé salir...

—A la libertad —completó Paul Hjelm.

Capítulo 7

Viggo Norlander estaba en forma. En racha. Imparable.

Para un observador ajeno, podría parecer un policía diligente e hipermotivado que se afanaba por resolver a toda costa un complicado caso de homicidio. Estaba en todo, moviéndose de un lado para otro sin parar, interrogando al personal y repartiendo instrucciones que daba gusto. En definitiva, impresionaba verlo en acción.

Sin embargo, Arto Söderstedt *no* era un observador ajeno, sino más bien uno *escéptico*. Y Viggo Norlander *no* era un policía diligente que se afanara por resolver a toda costa un complicado caso de homicidio. Era un policía que acababa de convertirse en un padre diligente que se afanaba por pasar a toda costa la fiesta de Midsommar con su pequeña hija.

Y a Söderstedt eso no se le antojó igual de honorable. Al venírsele a la memoria todas las celebraciones que había tenido que cancelar a lo largo de su carrera profesional —las lágrimas y las caras decepcionadas de sus hijos— sintió una punzada de envidia ante la determinación que mostraba Norlander. Una determinación que él mismo nunca había tenido.

Por otra parte, su paternidad no había sido tan excepcional. Al contrario, se sentía como un padre de lo más *normal*. Los cinco embarazos de su mujer, Ania, habían pasado con las habituales complicaciones sin importancia; los niños habían llegado con alguna semana de antelación o de retraso, pero siempre sanos y blancos como la nieve. Nadie podría dudar jamás de quién era el padre. A no ser, claro, que hubiera otro finés con una piel igual de blanca que la de Arto, encerrado en algún armario de su casa, que se metiera en la cama matrimonial nada más marcharse él a la comisaría.

O al tribunal. Porque lo auténticamente original —y secreto— de Söderstedt no tenía nada que ver con la vida familiar, sino con su trayectoria profesional. Muy joven, en un tiempo récord y sin apenas despeinarse, había cursado la carrera de Derecho en Finlandia. A los veinticinco ya formaba parte de un prestigioso bufete que se dedicaba a defender a la escoria de la sociedad. Pero sólo a los más adinerados, a los que podían permitirse pagar los servicios de un abogado estrella como Arto Söderstedt para escapar del brazo de la ley. Y también para mearse encima de ella con la misma chulería que un perro mea en una farola.

Al final no lo soportó más. Renegó de los trajes de Hugo Boss y las corbatas de Armani, vendió el Porsche, renunció a la ciudadanía finlandesa y huyó de todo para marcharse a Suecia, donde se hizo policía. Sin dejar de aferrarse a su creencia de que un sistema, a pesar de todo, sólo se deja cambiar desde dentro.

Y esa tarde, mientras el sol estival descendía lentamente sobre el horizonte, más allá de los muros de la cárcel de Kumla, se hallaba de nuevo en compañía de la

escoria de la sociedad, pero de otro tipo: de los que no se podían permitir un letrado estrella como Arto Söderstedt para escapar del brazo de la ley.

No se sentía del todo contento.

Sin embargo, Viggo Norlander se movía como pez en el agua. Con una total y absoluta falta de interés en la jerarquía, había mandado tanto a Bernt Nilsson, de la Säpo, como a Lars Viksjö, de la policía criminal de Närke —los dos teóricamente superiores en rango—, al banquillo de los espectadores. ¿O era al de los suplentes?

La «cara hueca-torcida» irradiaba energía por los cuatro costados cuando la levantó de los papeles para recorrer con la mirada a los congregados en la pequeña sala de interrogatorios.

—¿Vemos si somos capaces de resumir la situación antes de dejarlo entrar? —afirmó más que preguntó—. El guardia Erik Svensson advirtió que Lordan Vukotic se quedaba en la cama después de que tocaran diana a las seis y media. Bien arropado bajo un montón de sábanas, Vukotic avisó de que no se encontraba bien y pidió que le permitieran saltarse el desayuno, petición que le fue concedida. Cuando la bomba estalló a las 08.36, Vukotic, por tanto, no había salido de su celda desde la noche anterior. ¿Podemos sacar alguna conclusión de todo esto?

Ahora sí —posiblemente— se trataba de una pregunta de verdad.

—Bueno, no sería del todo improbable que existiera una conexión entre el hecho de saltarse el desayuno y la explosión —dijo Bernt Nilsson—. Pero ¿de qué tipo? ¿Estaba realmente manipulando una bomba bajo las sábanas? ¿Una bomba que activó sin querer mandándolo todo a la mierda?

—Ya se sabe que las manos bajo las sábanas y quedarse ciego es todo uno —dijo Arto Söderstedt, que se ganó las mismas miradas que se merece un orangután cantando embutido en un tutú.

—¿Otras opciones? —comentó Norlander fríamente.

—No tenemos suficiente información —contestó Söderstedt resignado—. Puede haber docenas de razones por las que se saltara el desayuno. Quizá se encontraba mal de verdad. Quizá Lordan Vukotic no mintió por primera vez en su vida. Sigamos.

Y Norlander siguió.

—«Un par de yugoslavos de la misma calaña» —Zoran Koco, Petar Klovic y Risto Petrovic— mantienen la boca cerrada. Los tres pertenecen al entorno del influyente narcotraficante Rajko Nedic, al igual que Vukotic. ¿Creéis que sabían algo?

Tres cabezas se movieron negativamente.

—Lo cierto es que daban la impresión de estar asustados —intervino Nilsson—. Incluso un criminal de guerra tan notorio como Klovic parecía preocupado. Sabemos que Vukotic pertenecía al círculo más cercano a Nedic —podríamos incluso considerarle su brazo derecho— y aun así han conseguido matarlo dentro del mismísimo corazón del búnker de Kumla. Tal vez nos encontramos ante el comienzo de una lucha por el control del narcotráfico. O al menos eso debe ser lo que piensan

Klovic y compañía. Aunque no hay, la verdad, ningún otro dato que apunte en esa dirección.

Söderstedt observó a Bernt Nilsson de soslayo. No encajaba con la imagen — quizá injusta— que tenía de los agentes de la policía de seguridad sueca. No aireaba rebuscadas teorías de conspiración, ni se acogía a un secreto profesional absoluto que le impedía compartir información. En resumen, no daba muestras de ninguna de las viejas tonterías que casi consiguen que se fuera al traste la resolución del primer caso del Grupo A: el del Asesino del Poder. Tal vez algo estaba cambiando en la Säpo para mejor; ¿o eso era pedirle peras al olmo?

—¿Criminal de guerra? —fue todo lo que dijo.

Nilsson lo miró.

—Se ha confirmado que Klovic era vigilante de un campo de concentración en Bosnia —explicó—. Es un serbobosnio. En realidad, debería estar ante el Tribunal de La Haya, pero al parecer no tienen suficientes pruebas como para llevarlo a juicio. Petrovic también estuvo implicado en la limpieza étnica, aunque en Croacia. Es decir, en la limpieza de serbios. No obstante, en la gran familia de Rajko Nedic los anteriores enemigos se unen en un amor común: el amor a las armas.

—¿De modo que Nedic tiene predilección por los criminales de guerra?

—Bueno, son una mano de obra estupenda. Con una formación perfecta. Nedic lleva en Suecia unos treinta años —obtuvo la nacionalidad sueca ya en los setenta—, pero parece tener buenas relaciones con los grupos paramilitares de todos los bandos de la antigua Yugoslavia. Por lo visto buena parte de las drogas proviene de allí.

—Entonces, ¿podemos descartar a los yugoslavos?

—Probablemente, sí. Las víctimas son ellos, ¿no?

—En otras palabras —retomó Norlander—: no tenemos gran cosa. Los intentos de averiguar a lo que se dedicaba Vukotic anoche no han dado ningún resultado. Parece ser que el director tenía razón: Vukotic iba a su aire. Cenó a las cuatro y media, aunque de sus actividades desde entonces hasta que cerraron su celda a las siete y media no sabemos nada. Nadie ha aportado el más mínimo detalle sobre esas tres horas. Y los presos sordos de las celdas contiguas no tienen nada más que decir sobre el tema que...

—¿Qué? —interrumpió Söderstedt.

—¿Qué? —repitió Norlander.

—Que los presos de las celdas vecinas no tienen nada más que decir sobre el tema que: ¿qué? —replicó Söderstedt.

El gordo Viksjö prorrumpió en sonoras carcajadas. Bernt Nilsson y Viggo Norlander fruncieron las cejas. Y Söderstedt sonrió para sus adentros: le encantaba chingar a Norlander, molestar un poco sus círculos enérgicos.

Sin embargo, éste continuó relativamente impasible y en el tono de siempre:

—No saben nada aparte de que sus tímpanos, de repente, se rompieron. *Paf*, e hicieron agua.

—Aunque todavía queda por hablar con uno —dijo Bernt Nilsson—. ¿Qué os parece volver a encontraros con él?

Söderstedt y Norlander cruzaron una mirada cargada de reminiscencias del pasado. Mientras entraba en la sala no pronunciaron palabra. Se limitaron a observarlo: el largo cuerpo de Göran Andersson, el Asesino del Poder, iba cubierto por un mono de color verde vómito y los pies calzaban un par de viejas sandalias Birkenstock. Y la cara era otra. El empleado de banca, tan formal y siempre tan bien peinado, se había convertido en... Bueno, ¿cómo llamarlo?... ¿Un *pensador*? El alborotado cabello rubio apuntaba en todas las direcciones y llevaba una descuidada barba que estaba repartida por la cara como si alguien, un poco al azar, se la hubiese pegado con cola. No obstante, la mirada, con esos ojos azul claro, era nítida. Lo único que desentonaba en esa imagen de genio artístico eran los dos sangrientos algodones que le asomaban por los oídos.

«Leonardo da Vinci», pensó Söderstedt.

«Peter Dahl»^[3], pensó Norlander.

En algún sitio entre esos dos tal vez se hallara la verdad.

¿A cuánta gente había asesinado este hombre?

¿Cinco? ¿Seis?

—Hola —saludó Göran Andersson—. ¿Dónde está Hjelm?

—Ya no trabajamos juntos —informó Söderstedt.

—¿Qué? —dijo Göran Andersson.

Söderstedt se rió: «Los presos de las celdas vecinas no tienen nada más que decir sobre el asunto que: ¿qué?».

—¿Oyes algo? —gritó.

Andersson también se rió.

—Si habláis en voz alta, sí. Dicen que los tímpanos rotos se curan, pero no sólo lleva su tiempo sino que también se forman cicatrices que al parecer distorsionan los sonidos para siempre.

—¿Qué tal la familia? —preguntó Söderstedt alto.

—Bien, gracias —respondió Andersson igual de alto, como si estuviera escuchando música con unos auriculares—. Yoye tiene casi dos años. Sólo lo he visto aquí dentro, claro. Papá vive en el búnker de Kumla.

—¿Se llama Yoye?

—En realidad se llama Jorge. Sin duda, el Jorge más rubio del mundo.

Söderstedt y Norlander intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Jorge? —exclamaron al unísono.

—Sí, por el hombre que me salvó la vida. Jorge Chávez. Y Paul. Por Paul Hjelm. Mi hijo se llama Paul Jorge Andersson. Los dos policías que me rescataron del infierno. De eso se ocupa Yoye ahora. Y Lena también, claro. Ella me está esperando. Me lleva en sus frágiles brazos todo el tiempo.

—¡Vaya, vaya, ver para creer! —exclamó Söderstedt—. ¿Sigues jugando a los

dardos?

—Nunca más —replicó Göran Andersson tranquilamente.

—Bueno, venga, cuéntenos —intervino Viggo Norlander.

Andersson, con calma, dirigió su clara mirada hacia Norlander.

—¿No fuiste tú el que acabó crucificado? —comentó.

Norlander miró instintivamente las cicatrices circulares que tenía en las manos.

Los estigmas.

—Venga, cuenta.

—No hay mucho que decir —dijo Göran Andersson—. Desayuné, volví a estudiar y *paf*. Es una sensación profundamente desagradable sentir como la sangre brota de los oídos. Una experiencia casi mística.

—Ocupas la celda que está justo al lado de la de Lordan Vukotic, ¿verdad?

—Ocupaba. Creo que han cerrado esa sección. No sé dónde pasaré la noche.

—¿Qué estudias? —preguntó Söderstedt.

La mirada volvió a dirigirse al pálido finlandés suecoparlante.

—Percibo cierta discrepancia entre vuestras respectivas áreas de interés —constató bienhumorado.

—En eso has acertado plenamente —replicó Söderstedt con el mismo buen humor.

—Estudio arte. Y una vez que haya aprendido la historia del arte empezaré a pintar. Así la teoría y la práctica se unirán.

—Vas a tu aire, Vukotic hacía lo mismo —intervino Norlander—. Eso a lo mejor crea algún tipo de vínculo afectivo. ¿Lo viste esta mañana?

—No —respondió Andersson—. Solemos coincidir en el desayuno. Pero hoy no ha sido así.

—Lo vieron ayer a las cuatro y media. Pero hasta el cierre de las celdas tres horas más tarde nadie parece saber nada de él. ¿Lo viste durante esas horas?

—Ten en cuenta que me paso el día en mi celda. Eso es lo único que hago. Como en el comedor, me dejan salir al patio durante unos minutos y estudio en mi celda. Nada más.

Söderstedt miró a su alrededor. ¿Era él el único que había notado cierta vacilación en la respuesta de Göran Andersson?

—No has contestado a la pregunta —indicó.

Andersson permaneció callado. Inmóvil. Como si estuviese esperando a una de sus víctimas. Pero no. Se encogió de hombros.

—Si hubiese sido una persona distinta de la que soy en estos momentos, de la persona en la que me he convertido, ésta habría sido una situación idónea para negociar. En ese caso, queridos amigos, me hubiera preguntado si no habría llegado la hora de que me concedieran unos permisos, o al menos unos horarios de visita más prolongados.

Se hizo el silencio en la pequeña y desnuda sala de interrogatorios. Cuatro ojos

policiales se cruzaban con la mirada de un asesino que ahora, al parecer, se había transformado.

—Pero soy el que soy —continuó—. Un poco antes del cierre reparé en un débil gemido en el pasillo. Breve, como si saliese de entre los dientes de alguien. Eché un vistazo y vi a Lordan Vukotic entrar *arrastrándose* en su celda.

—¿Cómo que *arrastrándose*? —inquirió Norlander.

—Eché una rápida ojeada hacia mi celda. Tenía la misma cara que siempre, pero resultaba obvio que estaba gravemente herido. Las piernas se le doblaban. Su mirada era la de un moribundo.

—¿Y no avisaste a nadie?

—Odio este mundo. Sigo sin entender cómo he podido acabar aquí. No quiero tener nada que ver con esto. Si él decidió no avisar a nadie, ¿por qué iba a hacerlo yo?

—Tampoco has cambiado tanto como parecía —constató Söderstedt.

—¿Y cómo interpretas tú que Vukotic saltara por los aires al día siguiente? —preguntó Norlander.

—Resulta evidente, ¿no? —dijo Göran Andersson, acariciándose la rala barba—. Alguien quería eliminar las huellas de la paliza que le había dado.

Y, en efecto, de una buena paliza se trataba.

Hacia las cinco y media llegaron, a la vez, el informe preliminar de los técnicos y el del médico forense. El primitivo fax que había en la sala de interrogatorios de la cárcel de Kumla escupió con grandes dificultades un larguísimo papel.

El médico forense Qvarfordt había ensamblado las piezas del *puzzle*. Viggo Norlander aún no podía quitarse de la cabeza aquel ojo que lo observaba atentamente, incrustado en ese trozo de carne que el técnico había rascado de la pared. Seguía lanzándole miradas acusatorias mientras procuraba, laboriosamente, llegar al final del informe del médico forense.

—No sé cómo lo han hecho —dijo al final—, pero han llegado a la conclusión de que Lordan Vukotic tenía el bazo destrozado, la tibia izquierda rota y los dos hombros dislocados. En semejante estado, la explosión debe de haber sido una liberación.

—O sea, no es probable que estuviera manipulando la carga explosiva él mismo a escondidas debajo de las sábanas —comentó Bernt Nilsson.

—Imposible —constató Söderstedt antes de levantar la mirada del segundo informe, el de los técnicos—. Han encontrado un microscópico dispositivo de detonación. Activado a distancia. Y creen que la carga explosiva es una especie de solución. O sea que estamos hablando de algo líquido, aunque no saben exactamente qué es, sólo que se trata de un material hiperactivo.

Cuatro policías de diferente origen y carácter digirieron juntos la información. El

corpulento Viksjö, al parecer provisto del aparato digestivo más en forma, lo resumió:

—Anoche le dan una paliza monumental a Lordan Vukotic. Vuelve *a escondidas* a su celda y a la mañana siguiente pasa del desayuno *para que no salga a la luz que le han cascado*. Luego salta por los aires con la ayuda de un artefacto explosivo extremadamente sofisticado. ¿Cómo debemos interpretar todo esto?

—O bien es una cosa de lo más banal —dijo Bernt Nilsson—. Alguna mala bestia con buenos conocimientos en materiales explosivos le propina una somanta de palos por algún motivo trivial y luego oculta su agresión con otro crimen. De esa forma, silencia a la víctima que además es el único testigo.

—O quizá no sea una cosa tan simple —intervino Söderstedt—. Hay dos preguntas que debemos formularnos: ¿Por qué intenta Vukotic esconder que ha sido víctima de una agresión? ¿Y por qué, a pesar de guardar silencio, es asesinado?

—Además, cuenta con buenos apoyos aquí dentro —continuó Nilsson—. Es la mano derecha de Rajko Nedic y tiene al menos a tres gorilas ex yugoslavos que lo protegen. ¿Por qué no recurre a ellos?

—Porque es *a ellos* a los que les oculta que está herido —constató Norlander, asintiendo con la cabeza—. ¿Y por qué?

—Porque ha cantado —dijo Söderstedt, moviendo también la cabeza en señal de asentimiento—. Porque le han torturado y ha cantado.

—Sobre Nedic —añadió Viksjö, cabeceando afirmativamente.

Al final, también Bernt Nilsson empezó a asentir con la cabeza completando así el cuarteto de policías con cabezas que se movían arriba y abajo.

—Y eso era lo que no querían que supiéramos. Por eso lo mataron así. Sin embargo, subestimaron la competencia técnica de la policía.

—Pero ¿por qué un material explosivo tan sofisticado y a todas luces tan caro? —preguntó Söderstedt.

—Si resulta que es tan pequeño —un líquido de alta eficacia y un dispositivo de activación microscópico—, me imagino que será porque es lo único que se puede introducir a escondidas en una cárcel de máxima seguridad. Aún no es posible, espero, meter una bomba atómica tras estos muros.

Söderstedt suspiró mientras agitaba el fax en el aire.

—No puedo resistirme a compartir con vosotros las palabras del jefe de los técnicos forenses, el señor Brynolf Svenhagen: «Como echar margaritas a los cerdos».

Capítulo 8

El jefe de los técnicos forenses, Brynolf Svenhagen, tenía una hija. Se llamaba Sara y trabajaba en la unidad de pornografía infantil de la policía criminal nacional, cuyas dependencias se hallaban vacías en ese momento. Esa circunstancia, sin embargo, no significaba que no trabajara nadie, pues eso era lo que estaba haciendo la hija de Svenhagen.

Aunque en su casa.

A sus dos compañeros, Gunnar Nyberg y Ludvig Johnsson —amigos de juventud el uno del otro—, les había dicho (y se citaba a sí misma allí sentada bajo la tenue luz del atardecer): «Yo voy a descansar, a relajarme, a bajar el ritmo un poco. Llevo una temporada a tope». La parte final de esa declaración era verdad, el resto no. Había mentido, pero, a pesar de todo, se sentía en su derecho a considerarla una mentira piadosa.

Se pasó la mano por su pelo recién cortado y siguió haciendo clic con el ratón. Estaba conectada al ordenador central de la policía y lo más probable es que trabajara durante muchas más horas. Se conocía bien.

Aunque lo cierto es que no se *reconocía*.

De repente, se vio reflejada en la pantalla del ordenador; su reacción instintiva fue creer que, sin querer, había abierto la carpeta «Favoritos» de Internet Explorer, yendo a parar así a otra página más de contenido pedófilo.

Pues en la pantalla aparecía un chavalillo.

Sara se levantó y empezó a deambular por su pequeño apartamento de Surbrunnsgatan. ¿Por eso se había rapado su larga melena dorada?

¿Porque buscaba parecerse a la víctima de un pederasta?

«Pero ¿cómo se te ocurrió hacer algo así?», había exclamado Gunnar Nyberg espontáneamente cuando estaban en la terraza de Annikas Café tomando café y disfrutando del sol estival.

Sí, Sara, ésa es la cuestión, ¿qué demonios te ocurrió?, se dijo a sí misma. ¿Quieres identificarte con las víctimas? ¿Tu subconsciente sentía que te hallabas demasiado lejos del lado más sórdido de la realidad? ¿Como si trabajaras a distancia? ¿Como si el sempiterno ordenador te hubiese arrojado a una especie de ciberespacio infinito? ¿Donde las atrocidades de la pedofilia se cubriesen con un velo de irrealidad? ¿Y, por tanto, con un velo reconciliador?

La distancia, efectivamente, era grande. Por su parte, ella había tenido una infancia tranquila y apacible, aunque algo gris; una infancia en el extrarradio, patriarcal, con un toque policial. El padre, áspero como una roca primaria, había adiestrado con gran empeño a sus tres hijos, no para hablar cuatro lenguas a la edad de cuatro años, ni para componer sinfonías a la de ocho, ni para ser tenistas

profesionales a los doce, sino en el procedimiento de las técnicas criminalísticas. Dejaba que los niños entraran en un cuarto, que previamente su esposa había limpiado y recogido con absoluta precisión, con el objetivo de que lo estudiaran bien. Luego los mandaba al baño, donde tenían que esperar un rato. Cuando salían, la habitación había experimentado algún cambio, y les correspondía a ellos, con la ayuda de la lógica y de sus conocimientos empíricos, averiguar qué se había modificado. Ésas eran las únicas veces que Sara recordaba haber visto a su padre realmente feliz. Por lo demás, no había sido ni malvado ni bondadoso, ni cariñoso ni agresivo, sino simplemente arisco. Como un patriarca de los de antes.

No, el motivo por el que ella se exigía tanto no debía buscarse en su infancia. Aunque la explicación genética le satisfacía aún menos: no la convencía la idea de llevar un gen policial dentro de su cuerpo que la forzaba a resolver casos, ni tampoco un gen de la compasión que le hacía sufrir con los niños que habían sido víctimas de abusos. Y, por supuesto, tampoco existía —aunque a diario en algunos debates se afirmara lo contrario— ningún gen de la pedofilia que provocara que árboles genealógicos enteros de hombres hallaran placer en exhibir sus órganos genitales ante los niños y esnifar pañales usados. Enfermedad sí —un mundo entero de perversiones dentro de un universo poblado por la enfermedad más grotesca—, pero genética no. Nada de genes de pedofilia, se negaba a creer eso.

Pues no, la verdad era que no conocía la razón por la que se dejaba la piel trabajando, ni tampoco por qué se había cortado el pelo al rape. Lo único que tenía claro era que necesitaba seguir, llegar al fondo del asunto, costara lo que costase, que no podía dejar que su propia pereza ni la de ninguna otra persona fuera el motivo por el que un solo niño en el mundo sufriera abusos sexuales, si podía impedirse. Eso era lo que la movía. Cualquier negligencia, por pequeña que fuera, era sinónimo de culpabilidad. Y por esa razón asumió una carga de trabajo cada vez más inhumana. «Llevo una temporada a tope» reflejaba su realidad a la perfección.

Tenía una pesadilla recurrente, que no podía compartir con nadie. Ni con el comisario Ragnar Hellberg, su jefe, ni con el eterno corredor Ludvig Johnsson, su mentor, ni tampoco con el nuevo compañero con el que se llevaba tan bien, Gunnar Nyberg, el osito de peluche.

No, no la podía compartir con nadie.

Nunca.

Es de noche. Una mujer yace en una oscura sala de hospital. Nadie la acompaña. La oscuridad cubre su cara. Sólo la enorme barriga está iluminada, como si desde su interior irradiara una luz propia. Casi puede ver los movimientos que hay dentro, le da la sensación de que puede ver la vida misma. Lo sagrado de la vida. Con cuidado, se pasa la mano por la barriga. De repente, ya no hay luz. La delicada llama de la vida se ha apagado y una sombra cae sobre la mujer. Al mismo tiempo, la invade un prolongado ataque de dolor. Intenta gritar pero no puede, no tiene voz. Nada más existe la sombra, que se materializa y se transforma en un hombre, en sexo. Y los

dolores se intensifican, se convierten en una única y larga contracción. Y justo en ese preciso momento la sombra la penetra. *La viola mientras da a luz*. Y sólo eso es suficiente como para morir una y otra vez. Pero *no basta*. La siguiente visión es peor. *No es a ella a quien desea la sombra*. Ella es sólo un instrumento, un obstáculo al que hay que traspasar en el camino. Y entonces, cuando el pene alcanza al niño, en el instante en el que el hombre está a punto de penetrar por segunda vez, la mujer muere.

Es entonces cuando Sara se despierta. En el momento de la muerte.

Cerró los ojos.

¿Dónde está la frontera de la locura?

¿Cuándo se ha visto demasiado?

Sara aún no había cumplido los treinta y ya lo había visto todo.

Una relación que no pasaba por sus mejores tiempos se había ido al garete tan pronto como Ludvig Johnsson la ascendió y la trasladó a la unidad de cazadores de pedófilos. Desde entonces ni siquiera se lo había planteado. No sabía si todavía mantenía la fe en ese tipo de cariño. Vivía sola. Quería vivir sola.

Se quedó un rato junto a la ventana que daba a Surbrunnsgatan. En el edificio de enfrente ya había algunas luces encendidas: una esfera de intimidad tras otra iban iluminándose.

Pero Sara Svenhagen no quería verlas.

No le aportaban nada; esas imágenes ya no le bastaban.

Volvió al ordenador —de pasada vio al chavalillo reflejarse en la pantalla—, cambió la intranet por internet e hizo clic encima de «Favoritos».

En la carpeta con ese nombre tan jovial había direcciones de centenares de páginas web con contenidos pedófilos, cada una peor que la otra.

Echó un vistazo al reloj. Faltaban dos minutos y doce segundos.

Si es que era correcto. Si es que realmente había descifrado el código.

Se trataba de una página web sueca, de cuya existencia le había alertado la policía japonesa. Sólo se mostraba durante unos pocos segundos una vez cada dos semanas para luego desaparecer sin dejar rastro. Jamás ningún policía había conseguido hacerse con ella. Todo indicaba que ocultaba una lista de direcciones, pertenecientes a una red internacional en la que todo el mundo se enviaba fotos. Si todo era correcto, dentro de un minuto y cuarenta y ocho segundos, es decir, a las 19.36.07 del jueves 24 de junio aparecería una página que sólo estaría accesible durante un máximo de quince segundos. Un clic en el enlace que se vería en dicha página permitiría la descarga de todo el listado de direcciones.

Había sido durante el registro de la casa de un pedófilo en Nässjö cuando dieron con el misterioso código, que acabó en la mesa de Sara Svenhagen porque lo consideraban indescifrable. Como aún no gozaba de la plena confianza del comisario Hellberg, Ragnarel Verbenero, trabajaba mucho a escondidas sin apuntar las horas extra. También por eso había echado el resto para intentar descifrarlo. Y de repente lo

consiguió. O al menos eso creía. Sí, eso esperaba. Se trataba de un código de activación relativamente simple. Si uno encontraba la llave, la puerta se abría de par en par; y del críptico código salía una dirección de internet y una hora.

Ni siquiera Johnsson y Nyberg estaban al tanto de lo que se traía entre manos.

19.35.40. Veintisiete segundos.

Permaneció inmóvil. El dedo índice que rozaba el botón del ratón no temblaba lo más mínimo. Ahora o nunca. No habría una segunda oportunidad; si fallaba, la ocasión se esfumaría para siempre.

Percibió el vago perfil de una barriga como iluminada por una luz propia, interior.

Ya había metido la dirección, *www* etcétera. Sólo tenía que darle al *Enter* y luego acercar el puntero a la línea subrayada. Todo estaba preparado. El reloj hacía tic-tac tic-tac. 19.36.00.

Siete, seis, cinco, cuatro, tres.

Dos.

Uno.

Cero.

Enter.

Y ahí estaba. La página web. Sencilla. Impenetrable.

Pero con una línea subrayada.

Acercó el puntero. Clic.

¿Descargar?

Ya lo creo.

El disco duro chirrió un poco. Descargada.

Y la página web desapareció.

Sara Svenhagen se reclinó en la silla. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Se lo podía permitir.

Una barriga brillaba en la oscuridad, iluminada por una luz propia, interior.

Capítulo 9

Arriba y abajo, adelante y atrás, una y otra vez.

Como el péndulo de un reloj. Tic-tac.

Unos cinco o seis chavales de entre diez y doce años hacían *skateboard* en el pequeño parque de Björns Trädgård, mientras dos curtidos inspectores de policía los observaban desde un banco.

La última vez que Paul Hjelm pisó Björns Trädgård era el parque más deteriorado y cutre de la ciudad. Pero lo que otrora fuera campo de batalla para los yonquis y alcohólicos del barrio ahora se había transformado en un oasis: el elegante café Viva Espresso, un verdor frondoso, un parque infantil y unas rampas para hacer *skateboard*. Y dentro de poco sería el emplazamiento de la primera mezquita de Estocolmo.

«Menuda metamorfosis», pensó Paul Hjelm.

Y no sólo se notaba allí. En realidad, toda la zona en torno a la plaza de Medborgarplatsen había cambiado de carácter, convirtiéndose en el centro neurálgico del barrio de Söder. El cruce entre Götgatan y Folkungagatan y alrededores ya no sólo era donde los recién llegados a la capital primero salían de copas, así como el lugar más peligroso de Estocolmo, sino también la parte de la ciudad con mayor concentración de establecimientos hosteleros. En un radio de cinco minutos a pie desde la estación de metro de Medborgarplatsen había por lo menos sesenta y cinco bares o restaurantes. Junto al conocido puesto de salchichas que estaba situado en la esquina de Götgatan con Tjärhovsgatan siempre se concentraba mucha gente. Enfrente, al otro lado de Götgatan, en un extremo de Medborgarplatsen, se extendía la gran terraza del lujoso establecimiento London-New York, y en el otro, largas colas serpenteaban frente a la entrada de Snaps —nombre con más arraigo local que el otro—, un bar que siempre estaba lleno.

En otras palabras, cuando una veintena de hombres salieron corriendo del Kvarnen, que se hallaba a unas decenas de metros de esa esquina, deberían haber abundado los testigos. La poco estimulante tarea de encontrarlos le había sido encomendada al distrito policial del barrio de Södermalm.

Pero, por otra parte, ¿qué podrían haber visto todos esos testigos potenciales? ¿A un puñado de individuos que salen del Kvarnen y se largan de allí a toda pastilla? Tampoco resultaría tan raro en esa zona. La policía de barrio tenía motivos para sospechar que les esperaba un trabajo bastante complicado.

Hjelm suspiró y se puso a contar a la gente: sólo desde el banco en Björns Trädgård donde se había sentado llegó por lo menos a las cincuenta personas.

El solsticio de verano estaba a la vuelta de la esquina, y aunque eran las ocho de la tarde el sol brillaba como si fuese mediodía. Se respiraba un aire rico en oxígeno y

los aromas de la tarde veraniega no tenían nada que envidiar a los del campo. Los pájaros, fieles a su naturaleza, cantaban con alegría. El sol se reflejaba en los cristales de las ventanas que se alineaban a lo largo del callejón que había al otro lado del parque. Aún había niños que jugaban con gran entusiasmo en la zona infantil bajo la vigilancia de unos perezosos padres, y los chicos que hacían *skateboard*, sin duda, se quedarían hasta bien entrada la noche.

No había nada que indicara que, hacía unas pocas horas y a unos pocos metros de allí, un hombre había muerto desangrado.

A pesar de los intentos de los periódicos vespertinos de sembrar el pánico, el miedo que sentía la gente por el Hinchado Homicida era limitado. Seguramente, todo el mundo estaba harto de ese sentimiento.

Porque lo cierto es que había sido una primavera llena de violencia. Había tenido lugar la fase más intensa de la larga guerra de la OTAN contra Yugoslavia: ochenta días de un incesante bombardeo. Una guerra a distancia. La limpieza étnica en Kosovo por fin había acabado y los refugiados empezaban a regresar a sus tierras minadas. Dos chicos estadounidenses habían celebrado el cumpleaños de Hitler organizando una matanza entre sus compañeros de colegio provistos de todo un arsenal. Los padres estaban atónitos. Y en Suecia, un joven de veintidós años detenido en Örebro resultó ser uno de los pedófilos más terribles de la historia del país. En su casa no sólo se hallaron grabaciones de sus violaciones sino también una enorme colección de películas, fotografías y contactos por internet. Dentro de un par de días comenzaría el juicio, pero todo apuntaba a que lo condenarían a internamiento en un centro psiquiátrico penitenciario. Y además estaba el caso de los asesinatos de policías cerca del pueblo de Malexander, cuyos criminales se encontraban por fin entre rejas: tres jóvenes simpatizantes de la doctrina nazi que ejecutaron con gran frialdad a dos agentes. Uno de los asesinos era veterano de la guerra de Bosnia. Otro había participado en la polémica pieza teatral *Siete tres*, una obra escrita y montada con gran destreza por el prestigioso dramaturgo Lars Norén, en la que tres nazis auténticos abogaban por la limpieza étnica desde el escenario ante los ojos de un escritor impotente. La guinda al pastel de su carrera como actor la puso pegándole un tiro en la nuca a un madero. El suceso de Malexander horrorizó a todo el país, que entonces empezó a echarle la culpa al teatro y a una obra que hasta ese momento única y exclusivamente había provocado debate, aunque encarnizado, eso sí, en las páginas culturales de la prensa.

Había sido una primavera rara.

Kerstin Holm se volvió hacia Paul.

—¿Y la familia? ¿Qué se cuenta? —preguntó.

—Están en la casa de campo en Dalarö —dijo Hjelm—. O sea que puedo salir de juerga toda la noche si quiero y, por ejemplo, tomarme unas copas en el Kvarnen con una antigua novia.

—Algún día, quizá —sonrió Kerstin Holm—. ¿Qué tal están?

—Bien. Danne ha superado las peores paranoias de la pubertad. Tiene diecisiete años y, por raro que pueda parecer, quiere ser policía. En fin, espero que se le pase pronto. Tova tiene quince y está insoportable. Cada célula de su cuerpo resulta insoportable.

—Y... ¿Cilla?

Paul se rió ligeramente mientras contemplaba a Kerstin, quien le devolvió la mirada con los ojos entornados. Advirtió los pequeños círculos alrededor del iris que revelaban las lentillas y el labio superior abultado como si hubiese sido víctima de malos tratos. Pero el único maltrato era el del tabaco *snus* que se había metido.

—Bien, gracias —dijo—. La han hecho jefa de enfermeras en el departamento de rehabilitación del hospital de Huddinge. Ya no trabaja de noche. Y ahora mismo está disfrutando de unas largas vacaciones que ha ido acumulando.

Permanecieron callados un rato. El pasado los sobrevoló como la sombra de un fantasma. Pero un fantasma pequeño. Como Laban. O Casper: el fantasma más bueno del mundo.

Era una época que los dos recordaban con tranquilidad. Y sin el menor atisbo de amargura.

Al final, Kerstin Holm preguntó:

—¿Tú crees que deberíamos tener mala conciencia por no concentrarnos completamente en el Hinchado Homicida?

—Pero si hemos hecho todo lo que hemos podido. Esto habría que verlo como... Una investigación privada, fuera del horario laboral.

—O sea, que no podemos apuntar las horas extra...

—Bueno, supongo que eso dependerá del resultado.

Kerstin lanzó un profundo suspiro mientras estiraba los brazos a los lados. Las puntas de los dedos rozaron la nuca de Paul.

—Esperemos que no haya más violencia este verano —dijo ella sin confiar mucho en sus palabras.

—Ya veremos si la olimpiada policial resulta lo bastante disuasoria. World Police and Fire Games. ¿Sabes que hay una fiesta dentro de unos días? Seguro que entonces vemos otra vez a los de la vieja guardia. El Grupo A se volverá a reunir.

—Me da un poco de vergüenza pero tengo que admitir que no le veo la gracia a eso de la olimpiada.

—Anda, que menuda policía estás tú hecha. Desde luego, ¡qué vergüenza!

Se rieron un rato.

—Es un invento americano —explicó Hjelm—. Y es la primera vez en Europa que todos los polis, guardias de prisiones, aduaneros y bomberos del mundo se reúnen para competir entre ellos. Seguro que al menos en el boxeo habrá muchos delincuentes sentados en primera fila para ver a los maderos darse de leches.

Una fría ráfaga de viento infló la noche con vida. Las temperaturas bajaron enseguida. Los sentidos despertaron y se concentraron en la tarea.

—Supongo que ya va siendo hora de que formulemos lo que aún no hemos formulado —dijo Kerstin.

Como la única acción concreta prevista, la de dar con el paradero de Eskil Carlstedt, había sido un rotundo fracaso, no quedaban muchas cosas concretas que hacer. La barman del Kvarnen, Karin Lidbeck, había confeccionado un retrato robot del Hincha Homicida que parecía más fiable que los anteriores. Lo habían distribuido a la prensa y ya había aparecido en las primeras páginas de los diarios, así que no podían hacer mucho más. Todos los distritos policiales del área de Estocolmo habían puesto en marcha la búsqueda de hinchas del Hammarby. De momento, la investigación estaba en sus manos; se trataba, pues, de un caso sumamente regional.

Habían pasado toda la tarde escuchando las cintas de los interrogatorios. ¿Qué era en realidad lo que había pasado? ¿Qué curso de los acontecimientos se iba fraguando? Los dos se habían fijado en los mismos pasajes de las grabaciones.

—A ver, ¿cuántos actores en esta historia son los que realmente nos interesan? —planteó Hjelm.

—Mi instinto me dice que dos de los grupos y el chaval —dijo Holm—. Aunque este último es el menos claro. No obstante, me pregunto qué estaba haciendo allí: leía a Ovidio sin enterarse de nada más, pero al final resulta que se dio cuenta de bastantes cosas. Su atención no se dirigía al libro, eso está más claro que el agua. Y mira que es raro que los únicos a los que *ni vio ni oyó* fueran los que tenía más cerca, el grupo que hablaba en inglés justo a su lado. De todos modos, eso no es suficiente para que nos centremos en él porque no fue uno de los que se largaron directamente después del homicidio. En resumen, que yo diría que dos. Dos grupos.

—Sí, tienes razón. Por un lado, los que están junto a la pared, cerca de la puerta, y por otro los de la mesa del centro, al otro lado del local, en la pared opuesta.

—El primero lo integran cinco «maricones machotes», «cabezas rapadas que han visto sus mejores días», «culturistas suecos de pura cepa», de los cuales uno podía «esperar jaleo». El otro grupo se compone de «tres o cuatro yugoslavos» o «probablemente del sur de Mongolia» sumidos en un intercambio cultural en inglés con un sueco que casi seguro es el hombre que luego sale con la ayuda de una placa policial.

—Entre los de habla inglesa reina una cierta «desconfianza»; están «negociando», posiblemente sobre «un punto de encuentro». Tres o cuatro «latinos» en negociación con un —auténtico o falso— policía sueco. Nada parece indicar que sean conscientes de la presencia del otro grupo de los cinco «culturistas suecos», a pesar de que éstos, al parecer, los están observando. El comentario del querido Maricón Man respecto a nuestro amigo lector fue: «Un grupo de maricones muy machotes no le quitaban la vista de encima». Pero la camarera dijo: «No lo miraban a él, sino a alguien más allá». Y más allá sólo está la mesa donde se realizaba el «intercambio multicultural».

—Y luego está el pinganillo.

—Y luego está el pinganillo. Cuando tiene lugar el homicidio todo el mundo

reacciona de manera instintiva. Se dan cuenta de que el sitio se va a llenar de maderos en dos patadas, así que se largan. Las dos pandillas se mezclan entre los seguidores del Hammarby que salen de allí a toda leche. Se queda uno de cada grupo. ¿Debemos suponer que el «policía» espera para que no lo vean escapar en compañía de los yugoslavos? En tal caso, es muy probable que sea policía de verdad. O que por lo menos tenga conocimientos del trabajo policial. Sabe que la hora en torno al homicidio será estudiada y analizada desde todos los ángulos posibles. Por lo tanto, su plan es salir hacia el final, cuando los yugoslavos ya se hayan ido. Pero calcula mal y llega tarde a la puerta, porque los porteros, de repente, se han dado cuenta de que se les pide algo más que la habitual misión de asegurarse de que el sitio esté libre de «individuos de otras culturas». Durante unos instantes reflexiona sobre la situación. ¿Merece la pena arriesgarse a mostrar la placa para poder salir? ¿O es mejor quedarse e inventarse una explicación creíble? ¿Y actuar como un policía debe actuar y asumir el mando de la situación? Posiblemente, teniendo en cuenta lo que decidió hacer, podemos sacar la conclusión de que hay mucho en juego. No se atreve a correr el riesgo de que lo identifiquen. Planta la placa en la cara del estresado portero y logra marcharse. Nadie lo puede identificar. Su elección ha resultado ser la correcta.

—En el grupo de los «culturistas suecos de pura cepa» también se queda uno. Está a punto de largarse igual que el resto cuando uno de los suyos le ordena quedarse. ¿Por qué? ¿Qué fue lo primero que se te ocurrió al ver a Eskil Carlstedt?

Hjelm hizo memoria. El hombre de la cabeza rapada y el bigote rubio poco poblado entra en la sala de interrogatorios. Ronda los treinta años, lleva un traje claro relativamente elegante, con corbata amarilla, y está cachas. Hjelm se pregunta si bajo las mangas de la americana se oculta una auténtica colección de tatuajes carcelarios.

—Sí —dijo—. Eskil Carlstedt era un cebo. Seguro que tenían todos más o menos la misma pinta de chorizos. Pero Carlstedt sería el único sin antecedentes penales. Al quedarse desvió nuestra atención de un grupo que en realidad se había comportado de una manera muy sospechosa. Sólo observaban y escuchaban, sin apenas hablar ni beber. Ordenarle que no se marchara fue una jugada muy hábil, ya que Carlstedt nos pudo convencer, al menos por unas horas, de que no eran más que unos vendedores que habían salido de copas para ligar e, incluso, nos hizo creer que estaban escuchando una demo de un grupo de *rock*. Eso le dio tiempo suficiente para esfumarse. Y con él los demás. Para ser alguien sin antecedentes hay que admitir que salió muy bien del paso.

—Tuvieron toda la noche para idear una estrategia. Carlstedt fue retenido por la policía en el lugar del crimen, dio un breve testimonio en el que declaró no haber visto nada, dejó su nombre y dirección para luego ir a vernos al día siguiente. Para entonces, el testimonio ya había cambiado; prestó una declaración muy bien ensayada. La única vez que vaciló un poco fue con lo del pinganillo, pero incluso eso lo resolvió con habilidad.

—Los cuatro nombres que dejó eran pura invención. No existe ninguno. Como estaba mirando el reloj todo el tiempo, me imagino que había quedado con ellos para marcharse todos juntos. Sólo necesitaba salir de comisaría para desaparecer. Por eso nos siguió el juego: colaboró con el dibujante para inventarse un retrato falso, nos proporcionó cuatro nombres también falsos con la certeza de que no se iban a comprobar hasta dentro de unas horas y se piró. Y ahora toda la pandilla está escondida en algún lugar. ¿Para hacer qué?

—Lo que podemos constatar es que los dos grupos actúan de forma muy profesional. Pero también es cierto que no han cometido ningún hecho delictivo. Al menos, no de gravedad. No como matar a alguien con una jarra de cerveza.

Se levantaron del banco a la vez. Había empezado a caer la noche sobre Björns Trädgård. El parque infantil empezaba a vaciarse pero los chicos que hacían *skateboard* seguían columpiándose arriba y abajo, adelante y atrás, una y otra vez. Como el péndulo de un reloj.

—Bueno, qué, ¿echamos un vistazo? —dijo Paul Hjelm—. A ver si todo esto no son más que imaginaciones paranoicas de un par de inspectores frustrados que no se contentan con las vulgares peleas de unos borrachos en un bar.

—O si, por el contrario, llevamos camino de volver a ser inspectores de la policía criminal nacional —continuó Kerstin Holm.

El restaurante Kvarnen no estaba muy lejos. Se trataba de una de las últimas viejas cervecerías que quedaban en el país. El año anterior había cumplido noventa años. Nunca había sido el lugar de un asesinato. Pero casi. Fue construido durante la primera década del siglo xx sustituyendo al Källaren Hamburg, aquella legendaria taberna donde los condenados a la pena capital disfrutaban de su última comida y del último trago antes de que los llevaran a la horca de Johanneshov.

El mismo destino había corrido Anders Lundström de Kalmar.

Los porteros los reconocieron enseguida y los dejaron pasar sin necesidad de ponerse a la cola, de momento inexistente, de «complicados individuos de otras culturas». La puerta interior se abrió y entraron en el local. Las camareras los saludaron con un ligero movimiento de cabeza.

Efectivamente, no había un alfiler. Una agradable noche veraniega fuera y la gente prefiere meterse en un atiborrado bar lleno de humo... Miraron a la derecha, hacia la mesa que habían ocupado Eskil Carlstedt y sus amigos. Luego a la barra, donde Anders Lundström de Kalmar se cruzó con su inesperado destino. Después, dirigieron la vista hacia el lugar en el que Per Karlsson y Ovidio se habían sentado. Y al final se abrieron paso entre la multitud en dirección a la mesa de la pared de enfrente, donde se había producido el intercambio multicultural.

Un grupo de unos diez o doce veinteañeros se apretujaban alrededor de esa mesa. Se reían, fumaban y tomaban cerveza. Parecían pasarlo bien, disfrutando sin duda de encontrarse en el lugar del que todo el mundo estaba hablando, en el mismísimo epicentro mediático.

Hjelm suponía que un setenta y cinco por ciento de ellos soñaban con presentar algún programa en la tele. Ése era el promedio nacional.

—Hola —dijo, y se puso de rodillas.

Se quedaron mirándolo boquiabiertos y apartaron sus piernas instintivamente. Se metió entre jóvenes y frescos muslos femeninos y minifaldas subidas. Una vez inmerso en la oscuridad de debajo de la mesa las protestas se callaron de repente. Kerstin, sin duda, había mostrado su placa.

Ábrete Sésamo.

Se metió un poco más, aunque no le habría hecho falta, pues muy cerca del borde exterior había un pequeño dispositivo, tan pequeño que le había pasado desapercibido al principio.

Lo arrancó, volvió a salir a gatas, se levantó y antes de volverse hacia Kerstin Holm se limpió la ceniza y el tabaco *snus* de las rodillas.

Luego dejó que el pequeño micrófono bailara ante los ojos de su compañera.

Y las imaginaciones paranoicas de dos detectives frustrados cayeron muertas sobre el suelo del Kvarnen.

Capítulo 10

Están en la cama. La caída del sol se refleja en sus jóvenes cuerpos aún sudorosos. Es la calma tras la tormenta. El deseo se ha sosegado. Pronto volverá a despertarse, pues nunca se aleja demasiado. Siempre estará presente. Ni siquiera la muerte podrá separarlos.

Pero también es la calma *antes* de la tormenta. Así reza realmente el refrán. Y es ahora cuando la verdadera tormenta se acerca.

El huracán.

Ésa es la certeza que empieza a apoderarse de sus cuerpos. La calma —ese estado siempre tan pasajero— va cediendo paso.

Los temblores de la inquietud recorren los cuerpos desnudos.

Él se incorpora y se sienta en el borde de la cama. Él es rubio, ella morena, y en ese momento ella advierte hacia dónde se ha ido su alma. Otra vez más. Se inclina hacia él hasta rozarle la espalda con los pechos. Y le saca suavemente de la sombra mortal que lo envuelve. Tal y como él ha hecho tantas veces con ella.

Sabe que él está viendo el patio del colegio. Sabe que ha salido de su cuerpo. Sabe que ve a un chaval rubio que yace en el desierto campo de fútbol. Sabe que está oyendo: «Como te levantes, te pegamos una paliza». Y desfilan delante de él, uno tras otro. Permanecen un rato mirándolo. Luego le mean encima. Uno tras otro. Al principio, sólo los chicos, pues las chicas se quedan en un segundo plano, con la carne de gallina aunque soltando pequeñas risas. Los valientes se van de allí, pero nadie es lo suficientemente valiente como para chivarse. Así que va a continuar. No parará nunca. Mas aún no lo humilla ninguna chica, lo que supone un consuelo en medio de la desgracia. Luego se abre la última compuerta de la esclusa. Se le acerca una chica. Lleva falda. Se ha quitado las bragas. Las lleva en la mano. Despacio, se pone en cuclillas encima de él. Orina lentamente sobre su cuerpo. Es morena.

Pero en ese momento siente que algo suave le roza la espalda, y aquello lo levanta. Se eleva en el aire, flota, vuela. Está sentado en el borde de la cama volando. Estira las manos hacia atrás y alcanza lo que busca. Deja que su mano se deslice por la oscura melena.

Y ella vuelve a sonreír.

—Estaba herida —dice mientras intenta no sollozar—. Muerta. Me rescataste del infierno. Ya lo sabes.

Y permanecen así, con los miembros enlazados, en una extraña posición. Forman un grupo escultórico. Unidos para siempre. Por un peculiar amor.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta ella.

Es un ritual. Ninguno de los dos puede desviarse del rito. Él sonríe y dice:

—Quiero estar sentado en el porche leyendo. Quiero que haga calor pero que

caiga una ligera lluvia que repiquetee sobre el techado, y que cuando levante la mirada del libro, el vapor se eleve entre las gotas.

Ella sonríe. Lo conoce muy bien. Dice:

—¿Sabes lo que yo quiero?

Él se ríe:

—Ni idea.

—Quiero oír cómo cantan los delfines. Quiero ver cómo aparece la espuma en la superficie del mar turquesa. Quiero ver cómo juegan los delfines en libertad. Quiero escuchar cómo hablan entre ellos sin que nadie los haya adiestrado.

Él se da la vuelta, le da un último abrazo, se viste, se pone de pie y camina en dirección a la bolsa que hay en el suelo. Baja la mirada hacia allí.

Ella se levanta y, tras ponerse la ropa lentamente, se acerca a él y le rodea con los brazos. También posa los ojos en la bolsa.

Dentro hay dos pasamontañas negros y dos pistolas de un color negro mate.

Él se inclina y cierra la cremallera con un movimiento rápido.

Luego coge las llaves del coche que están sobre la cómoda, las tira al aire, las coge y la mira a los ojos.

—Venga, vamos allá —dice.

Capítulo 11

El hombre permanece inmóvil. Ha roto con todo. Se queda completamente quieto junto a su coche. En la mano lleva un maletín que tampoco se mueve.

Está oscuro pero hace calor. Como si al día veraniego se le hubiese olvidado marcharse.

Como si aún hubiera luz.

El estío apenas ha comenzado y las noches ya se van alargando. Desde hace un par de horas es Midsommar, piensa. La semana empezó con el solsticio y termina con Midsommar.

«Pero hay que ver cómo celebro los días más largos del año...».

En su cabeza suena el canto al despertar del verano.

«Venid, lirios y aguileñas, venid, rosas y salvia, venid, dulce menta y melisa, y alegrad nuestros corazones».

Qué lejos queda todo eso.

En el fondo, lo único que pretende es ir a un sitio donde el invierno sea más corto. Eso es todo.

Y eso es lo que está esperando.

Permanece quieto con la mirada perdida en la oscuridad.

Pero ésta no es total. Durante estos días no llega a hacerse negro del todo, negro azabache. Cuando mira el camino que pasa por el viejo polígono industrial puede distinguir los contornos de almacenes destartados y de oxidados restos de coches.

Es entonces cuando lo oye.

En el preciso instante en el que escucha la apagada explosión sabe que todo se ha ido a la mierda. Todo. Toda su vida a la mierda.

Sigue inmóvil.

O sea, así de frágil era.

Así de fina la línea.

Así de delicado el equilibrio.

Cuando escucha la tercera ráfaga de disparos sube al coche, suspira y se marcha de allí.

Ya es demasiado tarde para todo.

Seis hombres en una furgoneta verde metálico junto a una vieja nave industrial. Las ventanillas aparecen cubiertas por el vaho de la pesada respiración y las involuntarias secreciones corporales.

No hay otra espera que se le pueda comparar.

La noche avanza a paso de tortuga.

Cinco hombres están en movimiento. Un movimiento inmóvil. Aquél golpetea sin cesar el dedo índice contra el pulgar; ése se pasa la lengua por los labios tantas veces que le van a salir pupas; uno se pellizca la nariz; otro no deja de mover la pierna arriba y abajo, y otro se muerde la uña del pulgar.

Pero el sexto hombre permanece completamente quieto, agazapado en la parte de atrás de la furgoneta. La postura supone un esfuerzo agotador. Tras un minuto o dos así, los músculos de los muslos suelen empezar a temblar, pero no los de este hombre. No se mueve ni un milímetro. La mano izquierda mantiene la ametralladora apoyada en la pierna izquierda, con el cañón apuntando hacia el techo del vehículo. Con la derecha sostiene un objeto que se parece a una calculadora del tamaño de una tarjeta de crédito. Fina, negra y con un solo botón, que sobresale ligeramente. Un botón rojo.

Mira el reloj. Luego dirige la vista hacia sus hombres; los ve perfilarse en la oscuridad no tan negra de la noche. El sudor rezuma por los gruesos gorros de invierno y baja goteando por las caras. Todos llevan gorros negros menos él. El suyo es dorado y le cubre la cabeza como si de la corona de un rey se tratara.

El sudor brota, pero sus rostros muestran un perfecto control. Están tensos, graves, concentrados. Como debe ser.

—Tres fuera —ordena.

Los tres hombres al fondo cubren sus caras con cortinas negras al convertir sus gorros en pasamontañas. Los ojos brillan en fuerte contraste con la negrura. Tras quitarle el seguro a las armas, se bajan de la furgoneta y se pegan a la pared de la nave con las ametralladoras en alto. Nubes de vaho se elevan de los pasamontañas.

Él contempla el ritmo del segundero. Los sosegados e impasibles saltos. Paso a paso. Unos minutos de observación ininterrumpida.

Son las dos en punto. Y un segundo. Dos. Tres.

Entonces, a lo lejos, escucha el ruido de un motor.

Cada vez lo percibe más próximo. Al final asiente ligeramente con la cabeza y baja la dorada cortina sobre su rostro. Los dos del asiento delantero repiten el gesto, aunque las suyas son negras.

Más allá de la nave, el camino se va iluminando, al principio de manera casi imperceptible, luego con mayor intensidad.

Justo cuando el morro negro del Mercedes asoma tras el edificio pulsa el botón rojo.

No parece una explosión, más bien es como si el coche se iluminara por dentro, como un relámpago interior, extrañamente silencioso.

El Mercedes avanza un par de metros. Luego se detiene.

Los tres hombres que ya están fuera se acercan al automóvil.

Los tres de la furgoneta salen. Uno de ellos lleva un pasamontañas dorado. Es el portador de la corona y lo sabe.

Cuando él llega, la situación está ya bajo control.

El vehículo echa humo, aunque no arde. Dos hombres se inclinan sobre él, uno a

cada lado. Los cachean sin dejar de apuntarles con las ametralladoras. Dentro, en el asiento de atrás, hay un hombre muerto. Su cuerpo ha estallado. Desde su muñeca serpentea una cadena hasta un maletín que está intacto. A prueba de bombas. El coronado le hace un gesto con la cabeza al más corpulento de todos, al que se ha situado junto a él, quien saca una cizalla y, tras meterse para cortar la cadena, sale del coche fúnebre con el maletín en la mano.

El coronado asiente con la cabeza hacia el corpulento y luego fija los ojos en los individuos que siguen inclinados contra el vehículo. La sangre corre por sus caras. A través de la nube de humo, capta la mirada del que se halla más lejos de él, al lado de la puerta del copiloto. La sangre se desliza por el rostro en sombras. Posee una mirada oscura, fría, que se mantiene firme, sin desviarse; una mirada que el hombre con el pasamontañas de oro ha visto antes y que le gustaría tener. Es la de alguien que ha matado tantas veces que no hay nada ya que tenga algún valor aparte de eso. La de alguien que sabe que va a morir, pero que no le teme a la muerte y que lo único que quiere es llevarse con él a todos los que pueda.

Dos ametralladoras apuntan a ese hombre y otras dos al que continúa inclinado sobre la puerta del conductor. Cuando éste se vuelve, tiene la misma expresión en el rostro que el otro. Idéntica.

La misma mirada más allá de cualquier esperanza.

El coronado hace un gesto con la metralleta, acto seguido el corpulento avanza un poco hacia el capó y se coloca a la luz de los faros. Con el arma colgada al cuello, abre el maletín forzando la cerradura con una ganzúa. Se reclina hacia adelante para echar una ojeada dentro pero se incorpora de inmediato. Sus ojos reflejan decepción.

—¿Qué coño es esto? —exclama.

El coronado se acerca. El más bajo de los enmascarados se les une. Tres pares de ojos puestos en un maletín abierto.

La atención decae durante un instante.

En el maletín hay, en sendos soportes, una llave y una radio de comunicaciones. También un papel que el coronado coge con brusquedad.

Cuando alza la vista, el hombre del rostro oscuro al lado del asiento del copiloto tiene una pistola en la mano. Dispara por encima del hombro. La bala alcanza al hombre que se halla a su espalda en la cara, justo donde brillan los agujeros blancos en el pasamontañas negro. Por un momento brillan en rojo. Luego se apagan.

Para siempre.

La escena se desarrolla como si se rodara a cámara lenta. También el otro hombre, como por arte de magia, saca un arma. Les dispara. Falla. Acto seguido resuenan las ráfagas de las metralletas.

El corpulento reacciona instintivamente: como no le da tiempo a empuñar la ametralladora, agarra el maletín con las dos manos y sale corriendo. Se dirige a la próxima nave. Le separan sólo tres metros. Dos. Percibe el dolor en la espalda. Un metro. Cero. Está detrás del edificio, y al caer ya no siente ningún dolor. No siente

nada. Lo último que ve es el maletín tirado en el asfalto delante de él, cubierto de sangre.

Luego no ve nada más.

Después, la noche veraniega estalla. Como si explotara, como si todo el verano volara por los aires.

Pero lo cierto es que como tiroteo no es gran cosa. Cuatro metralletas contra dos pistolas. El coronado se da cuenta de que la experiencia bélica tampoco es tan determinante, pues unos segundos más tarde los dos hombres del Mercedes yacen en el suelo sin moverse.

Un gemido penetra la noche. Al darse la vuelta, descubre que otro más de los suyos ha sido alcanzado por un tiro. El herido se arranca el pasamontañas y grita. La cara está morada. En torno al hombro izquierdo se va extendiendo una mancha roja. El coronado se inclina hacia él mientras con la mano le hace un gesto al hombre bajo.

Éste se marcha tras las huellas del corpulento, dobla la esquina de la nave y se frena en seco. Descubre a su compañero caído sobre su propia sangre. En el charco escarlata que se ha formado delante de él se perfila una isla rectangular.

Es la huella de un maletín.

Y detrás del rectángulo, unas pisadas que van desapareciendo gradualmente, devoradas por la noche.

Suelta un taco. Sigue las huellas hasta que desaparecen. Escudriña la noche pero no ve nada en ningún sitio, sólo la luminosa oscuridad del verano. Durante un rato da vueltas con el arma en ristre aunque sin resultado. Ni rastro del maletín.

Junto al coche, el herido sigue gritando. Pronto el jersey estará completamente empapado de sangre. El coronado lo mira, cierra los ojos y le tapa la boca con cinta aislante. Los ojos del herido se abren tanto que parecen a punto de salirse de sus órbitas.

El hombre bajo, ya sin pasamontañas, se acerca al coronado. Está pálido. Sacude la cabeza incrédulo.

—Ha desaparecido —anuncia.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Que Eskil está muerto y el maletín ha desaparecido. Alguien lo ha cogido.

—¿Cómo que alguien lo ha cogido? ¡Joder! ¡Desplegaos! ¡Buscadlo!

Pero ahora son sólo tres y tres no se despliegan bien. Cuando a lo lejos oyen un coche que arranca, comprenden que ya es tarde.

El coronado se detiene. Se queda rígido. Esto no podía salir mal.

Pero muchas cosas han salido mal. ¿Cómo coño ha pasado?

El hombre bajo pasa por su lado dirigiéndose con determinación hacia el coche humeante y le dice:

—Quizá nos quede una oportunidad.

Se inclina hacia el hombre que yace en el lado del copiloto. Está tosiendo sangre y entre sacudidas suelta frases en una lengua desconocida.

—*Frequency?* —le espeta el hombre bajo mientras apoya la ametralladora en la frente del otro.

Éste se ríe. Ríe sangre, y la última frase que logra pronunciar es:

—*Fuck you, asshole!*

Acto seguido recibe una descarga de balas en la cara.

El hombre bajo levanta la mirada hacia la metralleta humeante del coronado. Se lo queda mirando fijamente, pálido, en estado de *shock*. Luego se incorpora y se queda quieto un instante, pensando, concentrándose.

—El papel —dice al final.

Y el coronado asiente con la cabeza. Se le había olvidado el papel que encontraron en el maletín. Otro fallo más.

El coronado lo abre y ve unas cifras escritas.

El bajo asiente con firmeza.

—Bien —dice—. Quizá no la hayamos jodido del todo.

Tras mirar a su alrededor, el coronado hace un breve gesto con la cabeza. Juntos meten el cuerpo sin vida en la furgoneta.

El coronado piensa en una conversación que mantuvo en la cárcel con un asesino que estudiaba historia del arte. Versaba sobre la fabulosa diferencia que hay entre la teoría y la práctica. Se siente un fracasado. Se queda en la calle un par de injustificados segundos de más, luego se quita el pasamontañas dorado y sube a la furgoneta.

Eran seis cuando llegaron. Ahora son tres y medio.

Aunque de los otros no queda nadie, piensa, y recupera el ánimo.

Porque eso es realmente lo que cuenta.

Un viejo y oxidado Datsun enfila la carretera de Värmdö. Una especie de felicidad jadeante, sobreexcitada pero mezclada con un cierto temor, recorre el coche. El conductor es pésimo; es una suerte que no circulen más vehículos a esas horas. Es la noche anterior a la de Midsommar, tal vez la más tranquila del año. Normalmente.

Aunque este año no ha sido así.

Él es rubio, ella morena. Y se vuelve hacia ella. Ve cómo sus maravillosas piernas tiemblan. Le pone la mano sobre la rodilla. Ahora la mano también tiembla.

—¡Hostia! —exclama ella—. ¡Hostia, hostia, hostia! ¿Has visto? Joder, ¿has visto?

Él asiente con la cabeza y con la mirada le recorre las piernas hasta llegar al suelo. Allí descansa una bolsa de la cual asoman dos pasamontañas y dos pistolas.

Sin usar.

—No hicimos nada —constata él—. Lo hicieron ellos solos.

—¡Hostia! —repite ella.

Luego se hace el silencio durante unos instantes. Tiempo de recuperación. La

mirada regresa de la bolsa hasta la rodilla y sube hasta el regazo.

Donde descansa un maletín empapado de sangre.

Entonces, él ya no puede controlarse más. Suelta el volante. El coche avanza zigzagueante por la carretera de Värmdö.

—¡Es la rehostia! ¡Lo conseguimos! —grita, abrazándola y besándola ruidosamente.

—¡Hostia, hostia! —grita ella, levantando los brazos hacia el techo del coche.

Capítulo 12

Los polis X deambulaban de un lado para otro bajo la transparente luz matinal. El asfalto estaba cubierto por un aromático rocío. No sucede muy a menudo que éste desprenda una auténtica fragancia, pero esa mañana sí lo hacía. Incluso los polis X lo percibían, aunque a decir verdad tenían otras cosas más importantes de las que ocuparse.

Llevaban toda la maldita noche trabajando y los uniformes se les pegaban como unos calzoncillos que no se hubieran cambiado en una semana. No podían más. Con lo a gusto que se estaba en la comisaría disfrutando de unos momentos de buen cine...

Durante su turno de noche, a los polis X les gustaba pasar el rato viendo un tipo muy determinado de vídeos en la sala de personal de la comisaría. Su afición a ese género cinematográfico era tal que había trascendido al exterior, llegando incluso a oídos de la prensa vespertina. Y así se ganaron ese apodo tan poco honorable: «Los polis X».

Quizá los acontecimientos de la noche pudieran limpiarles el nombre. Eso al menos era lo que esperaban al ir de un lado para otro bajo esa cristalina luz matinal, intentando acostumbrarse al espectáculo que habían tenido que contemplar.

Un espectáculo así debería ser capaz de eliminar las manchas más persistentes.

Pasaban escasos minutos de las cinco de la mañana, pero ya les había dado tiempo a despachar cinco o seis coches llenos de amigos de los tabloides. No sin sentir cierto regocijo malsano aunque procurando mantener las formas.

Ahora se dirigían de nuevo a la cinta blanquiazul que acordonaba un área cuadrada en pleno polígono industrial de Sickla, pues venía otro vehículo más: uno rojo con el logo de TV4 pintado en los laterales. Y detrás de éste un viejo BMW deportivo del mismo color.

Los polis X se aproximaron al coche de TV4 para impedirle el paso e indicarles a sus ocupantes dónde debían aparcar, pero los de la televisión no se dieron por vencidos tan fácilmente. Se produjeron unos instantes de acalorada discusión hasta que alguien del coche soltó el archiconocido aunque no muy halagador apodo. Entonces, los polis X empezaron a patear el vehículo, lo que obligó a los periodistas a dar marcha atrás para aparcar en el lugar indicado, a unas decenas de metros, junto a los demás colegas de los medios de comunicación. Con el cabreo aún al rojo vivo, los agentes insultados siguieron hasta el siguiente automóvil, el BMW, del cual salió un hombre moreno de baja estatura que, para colmo, se dispuso a levantar la cinta para entrar en la zona restringida.

Eso fue la gota que colmó el vaso; los polis X se acercaron al individuo moreno, lo agarraron y lo inmovilizaron con una llave.

—¡Y tú, dónde coño te crees que vas, puta quisquilla de mierda!

—Hay que joderse, cada vez que ves un coche caro resulta que el que va al volante es un puto inmigrata. ¡Venga, lárgate de aquí echando leches!

Advirtieron que la boca del joven moreno estaba a punto de articular la ominosa expresión:

—¡Mira tú por dónde! Pero si son los mismísimos polis X... —dijo.

—Será hijo puta... —espetaron antes de apretarle con más fuerza.

—¡Qué cojones estáis haciendo! —gritó un colega en vaqueros que corría hacia ellos desde la zona acordonada—. Pero si es el comisario Chávez de la policía criminal nacional. ¡Soltadle ahora mismo!

Los polis X obedecieron y acto seguido, sin pronunciar palabra, se marcharon con el rabo entre las piernas.

—No es un coche especialmente caro —explicó Jorge Chávez mientras se frotaba los brazos entumecidos—. Es del setenta y ocho. Y tampoco soy comisario.

«Aún no —pensó—. Y cuando lo sea, se acabaron los polis X»

El hombre de los vaqueros le tendió la mano y dijo:

—Lo lamento. Han pasado una mala noche. Soy Bengt Åkesson, policía criminal, turno de noche.

Chávez consiguió levantar su dolorido brazo derecho para responder al saludo.

—¿No hemos coincidido en alguna ocasión? —preguntó.

—Sí, brevemente durante la investigación de los Asesinatos del Poder. Fui yo quien dio con el ruso que estabais buscando, Alexander Brjusov, cuando hicimos una redada en un club ilegal de juego.

—Es verdad —asintió Chávez—. Åkesson.

No solía olvidarse de la gente.

Claro que, por otra parte, últimamente había tenido más bien poco que ver con gente, pues se había dedicado más a los libros. Tras el extraño desenlace del caso del Asesino de Kentucky volvió a la Academia para seguir estudiando: encadenó un curso de formación tras otro hasta convertirse en, seguramente, el policía con más méritos teóricos de todo el cuerpo. Tampoco le faltaba experiencia práctica meritoria. Lo único que necesitaba para aspirar a un puesto de comisario eran años de servicio. Eso sí, muchos.

Y es que apenas superaba la treintena.

—Bueno, Åkesson, pues tú dirás —siguió—. La única información de la que dispongo procede de una llamada telefónica muy confusa que acabo de recibir de uno de los jefes de la DGP, Waldemar Mörner, un viejo conocido mío. Dijo que debía encargarme de la investigación de, cito textualmente, «un asesinato en masa de una increíble crueldad». ¿Podrías contarme algo más?

—Venga, hagamos un *tour* por los lugares más interesantes —sugirió Åkesson, que prosiguió después de que echaran a andar—. Hace un par de horas, concretamente a las 03.08, recibimos una llamada de una señora mayor que estaba

paseando en plena noche, con perro y teléfono móvil. Dijo que se hallaba en medio de una matanza y que había cadáveres por todas partes. Cuando llegamos, ya había salido el sol. Y esto es lo que vimos: cinco muertos, todos a tiros, a excepción de uno al que han volado con un explosivo. Es este que ves dentro del coche.

Chávez echó un vistazo al interior de un Mercedes negro todo quemado. Nada más hacerlo se arrepintió de haberse zampado un bocadillo por el camino; temía que el paso del bocata por su estómago fuera igual de pasajero que su consumo. Tras concentrarse unos segundos para impedir la resurrección de esa pieza de comida rápida, su lado profesional, sin más dilación, asumió el control.

El individuo del asiento de atrás, efectivamente, había estallado en pedazos. Chávez no quiso examinarlo con más detenimiento, eso se lo dejaba a los médicos forenses. Pero sí reparó en que de la muñeca del hombre colgaba una cadena cortada.

Chávez se contentó con esa observación. Levantó la vista y la paseó por los alrededores: un viejo camino de asfalto y un Mercedes negro entre dos naves que estaban provistas de sendos letreros. «Taller de coches» ponía en uno y «Sickla barcos y construcciones» en el otro.

Echó un vistazo al lado izquierdo del automóvil: un hombre yacía boca abajo en un charco de sangre. Un poco más allá había otro charco, algo más pequeño y sin cadáver. Rodeó el coche y encontró otros dos cuerpos sin vida. Al que se hallaba cerca del asiento del copiloto lo habían acribillado a tiros. El otro, más alejado del vehículo, llevaba un pasamontañas negro por cuyos agujeros, en lugar de ojos, se asomaba una masa carnosa y deforme.

«Hostia», pensó Jorge Chávez antes de dedicar otro par de segundos a mantener el bocadillo en su sitio.

—¿No me habías dicho cinco? —preguntó.

Åkesson se pasó la mano por la frente, despacio pero con fuerza. Fue entonces cuando Chávez se fijó en la palidez de su rostro.

—El último está por allí, detrás del taller —indicó, señalando con la mano—. Venga, vamos y veamos.

—Hay que ver lo oportuna que es una buena aliteración —apostilló Chávez, siguiendo a Åkesson, quien hizo caso omiso del pedante comentario.

Doblaron la esquina del edificio y en el suelo vieron a un hombre corpulento con el rostro también cubierto por un pasamontañas. Le habían disparado por la espalda. Delante de él se extendía un charco de sangre que aún no se había secado, como un marco irregular en torno a un rectángulo completamente regular. Más allá del charco, con una gradual pérdida de intensidad según se alejaban, se veía una decena de pisadas.

—Mmm —reflexionó Chávez como si fuera Sherlock Holmes.

Lo único que le faltaba era sacar una lupa del bolsillo interior de la vieja americana de lino.

Chávez y Åkesson intercambiaron una larga mirada.

—Bueno. ¿Has sacado alguna conclusión? —preguntó Chávez.

—Sí —respondió Åkesson—. Una bastante clara. Pero empecemos por las tuyas y luego comparamos. La intuición frente a la reflexión.

Chávez le lanzó una mirada aprobatoria y dijo:

—Dos bandas. Los que llevan pasamontañas asaltan a los que no lo llevan. Éstos llegan en el Mercedes y traen algo, probablemente un maletín, sujeto por una cadena a la muñeca de uno de ellos. Están de camino a algún lugar de encuentro para entregarlo a cambio de algo que desconocemos. Los atracadores hacen estallar el coche y roban el maletín, simplemente cortando la cadena porque el que lo portaba ya está muerto. Obligan a los otros dos a bajar del vehículo y, a juzgar por las posiciones en las que han quedado, supongo que los cachean. Luego algo pasa y las cosas se tuercen. Uno de los que han salido del automóvil mata a tiros al tipo cuya cara se ha desparramado por los agujeros del pasamontañas. Acto seguido, los dos, a su vez, son asesinados. Aquel charco de sangre que ha aparecido un poco apartado del coche indica que hirieron a otro más de los atracadores, pero como no tenemos el cuerpo, podemos deducir que no han conseguido matarlo. El hecho de que abandonen los cadáveres de los suyos sugiere que les importa una mierda si los identificamos o no, algo que me da mala espina. Me temo que esto no ha hecho más que empezar. ¿Qué ocurre después? ¿Qué hace el atracador al otro lado del taller? ¿Y encima con un balazo en la espalda? Supuestamente está huyendo de algo. Pero le pegan un tiro por la espalda; con toda probabilidad uno que le atraviesa el corazón, pues la sangre ha salido hacia delante, por el tórax. ¿Debemos suponer que la configuración de la mancha de sangre que hay delante de él indica que tiene el maletín? Cuando empiezan los disparos se larga para ponerlo a buen recaudo. Y una vez que todo ha terminado, los atracadores lo recogen del charco, pisando la sangre con bastante descuido, y se largan.

Åkesson contempló a Chávez, alzó asombrado una ceja y dijo:

—Total coincidencia con mis conclusiones, me temo. No tengo nada que añadir. Excepto que hemos encontrado huellas de una furgoneta que estaba aparcada junto a la nave más próxima al tiroteo, la de «Sickla barcos y construcciones». Y además —añadió mientras le echaba una ojeada furtiva a Chávez—, que los hombres del Mercedes tienen un manifiesto aspecto extranjero.

—¿Y los atracadores? —replicó Chávez impasible—. ¿Os habéis atrevido a mirar debajo de los pasamontañas?

El rostro de Åkesson se torció en una mueca.

—No ha sido muy agradable —reconoció—. Pero sí, parecen más suecos...

Chávez lo observó, daba la impresión de que su colega quería decir algo más.

—¿Y...? —dijo.

—Es que no me cuadra del todo lo que has dicho de las pisadas —admitió Åkesson al final—. No tienen pinta de ser el tipo de personas que anden por ahí pisando sangre así porque sí.

Chávez asintió con la cabeza reconociendo de ese modo que Åkesson había descubierto el eslabón débil de sus conclusiones. No obstante, intentó convencerse a sí mismo:

—Puede que hayan entrado en una especie de estado de *shock*. Es una auténtica matanza. Cinco cadáveres, un herido. Tres de ellos compañeros suyos.

Recorrió el lugar con la mirada. La señora que estaba paseando al perro había dicho que llamaba desde el lugar de una matanza. La descripción era acertada, había dado en el clavo. Pero algo no encajaba: por la zona sólo rondaba algún que otro agente; por lo demás, no había ni un alma.

—¿Y los técnicos? ¿Dónde coño se han metido? —exclamó de repente.

—Vienen de camino desde Närke —dijo Åkesson, encogiéndose de hombros.

—¿Desde dónde?

—Desde Närke. Es una provincia.

—Ya. Gracias —dijo Chávez.

—Al parecer han estado muy ocupados con la explosión que hubo en la cárcel de Kumla. Estaban todos allí. Incluidos tus amigos.

—¿Mis amigos?

—Söderstedt y Norlander. Han sido mis colegas en la policía criminal regional un tiempo.

Chávez se permitió una sonrisa. Se encontraba en medio de una matanza sonriendo.

—Los hombres blancos de mediana edad —dijo.

Aunque ya había empezado a darle vueltas a otra cosa.

«Mmm», pensó.

La explosión en la cárcel de Kumla...

Capítulo 13

Lo que contemplamos es una casa que muy pocos policías han visto. Está un poco apartada, junto a un lago con el peculiar nombre de Ravalen, en el municipio de Sollentuna, a quince kilómetros al norte de Estocolmo.

Lo cierto es que sólo existe un policía al que se le ha concedido el privilegio de deleitarse con la visión de este modesto chalé construido en el lindero de un frondoso bosque. Y ese policía ya no ejerce como tal.

Ese policía es el propietario de la casa, y ahora lo puede afirmar sin faltar un ápice a la verdad, porque pagó la última letra de la hipoteca el mismo día que se jubiló. Una casualidad que bien podría parecer perfectamente planificada.

¿Y no es a él a quien vemos ahora mismo? ¿No es a ese hombre de sesenta y dos años al que podemos observar en ese pequeño y abrupto jardín que no es más que un paréntesis entre el lago y el bosque? ¿No es él el que da vueltas por ahí, en camisa hawaiana y unos pantalones cortos que le quedan pequeños, empujando el cortacésped manual por la pendiente, arriba y abajo, como Sísifo su piedra?

Y es que cortar el césped es un trabajo infinito.

Pues tiende a crecer de nuevo.

Para ser policía este hombre poseía un defecto. Ex policía, mejor dicho. Que quede claro: no policía, sino *ex* policía. El defecto consistía en no ser capaz de separar la mala hierba de la buena. Naturalmente podía estudiar el tema y adquirir, sin grandes dificultades, el conocimiento de que *esa* pequeña mata es hierba, mientras que *aquella otra* es mala hierba; pero el problema era que nunca había entendido en profundidad la diferencia entre una y otra.

Los policías definitivamente deberían tener la capacidad de distinguir entre lo que caracteriza a la mala hierba frente a la buena, sin necesidad de consultar un manual, guiándose por su instinto.

Y en eso, este *ex* policía fallaba.

Se detuvo un momento en su trabajo de Sísifo para inclinarse hacia una pequeña mata. Lanzó un profundo suspiro mientras pasaba la mano sobre las briznas verdes.

¿Hierba o mala hierba?

Se incorporó y decidió esquivar la mata con el cortacésped; desde su retiro acostumbraba poner en práctica la máxima «vive y deja vivir».

¿Quién era él para decidir lo que era una cosa u otra?

Ninguno de sus anteriores compañeros de trabajo había visitado su casa. Se le conocía como el «hombre sin vida privada» y nunca dejó que nadie se le acercara demasiado. Después de la jubilación había relajado algo sus rígidos principios y se relacionaba —aunque nunca en su casa— con un viejo colega: su anterior jefe, Erik Bruun, de la policía de Huddinge, también prejubilado, pero en su caso debido a un

infarto, no... A la fuerza. Se veían una vez cada dos semanas en Kulturhuset, para tomar un café y jugar al ajedrez durante un rato. Fue Bruun quien, hacía ya tiempo, había trasladado a Paul Hjelm, de la policía de Huddinge, al Grupo A.

La esposa del pensionista, también jubilada, salió de la casa con la cabeza llena de rulos y se sentó en el porche con una taza de café y el periódico. Lo saludó con la mano. A su espalda, el lago Ravalen brillaba seductor bajo la luz matinal. Él le devolvió el saludo.

Todo era perfecto. Todo estaba perfectamente dispuesto para que disfrutaran de la vida. La barca con la caña de pescar en el lago; la sauna en la orilla; los prismáticos de ornitólogo colgando de un clavo en un abeto en el lindero del bosque.

Tenían una buena pensión, y muy pocos gastos fijos, por lo que todos los meses les quedaba un buen superávit en el balance. Además, empezaba a comprender que el terreno valía un buen dinero, algo que no había entendido hasta ahora, tras treinta y cinco años en la casa, de modo que incluso podría dejarles una buena herencia a los dos hijos ya adultos. Eran una pareja de jóvenes pensionistas, sanos como manzanas, que cada año hacían dos largos viajes al extranjero y que, sin duda, se mantendrían vivitos y coleando al menos otros veinte años más.

El ex policía estaba sano como una manzana excepto por la incontinencia.

Pero era algo con lo que podía vivir. El futuro les pertenecía.

El anterior jefe del Grupo A, el ex comisario JanOlov Hultin, tenía por tanto todos los motivos del mundo para estar contento con su vida. No había razón alguna para atormentarse ni para estar resentido por lo que pasó al final de su carrera profesional. No se arrepentía de nada. Era cierto que alguna que otra decisión de las que había tomado en relación con el caso del Asesino de Kentucky se podía cuestionar, pero en absoluto había cometido ninguna falta en el ejercicio de sus funciones, al menos ninguna lo suficientemente grave como para obligarle a retirarse antes de tiempo. Nada de ese calibre.

No tenía nada que reprocharse.

No había nada que reprocharse.

No tenía motivo alguno para reprocharse nada.

Etcétera, etcétera.

Y así un día sí y otro también.

Detuvo su doble trabajo de Sísifo al oír las ruedas de un automóvil sobre la grava del camino que conducía al garaje. ¿Será posible que se trate de otro de esos agentes inmobiliarios sin escrúpulos con la modesta intención de «hacerle una fantástica oferta» por el terreno...? Apartó el cortacésped de un empujón y con pasos firmes subió la pendiente hacia el garaje.

El individuo que bajó del flamante Saab tenía toda la pinta de ser un agente inmobiliario de la peor calaña posible: lucía una elegante cabellera rubia peinada a prueba de huracanes que era imposible diferenciar de un peluquín, un bronceado facial que parecía conseguido a base de cremas muy caras y un cuerpo moldeado en

el gimnasio; la guinda la ponía la gruesa pulsera de oro que acompañaba su ligero traje de verano.

Jan-Olov Hultin se quedó mudo del asombro.

—Joder, JO —jadeó el hombre, como si hubiese recorrido todo el camino corriendo como un alce y no sentado en un coche de lujo provisto de aire acondicionado—. Algo le pasa a tu teléfono. Me sale todo el rato una pesada diciendo que la línea está cortada. ¿Qué pasa? ¿No has pagado la factura o qué?

—Primero, no me llamo JO —replicó Hultin con voz neutra—. Sino Jan-Olov. Y segundo, la línea, en efecto, está cortada. Aquí no necesitamos ningún teléfono.

—Pues vuelve a ponerlo, cojones —dijo el hombre con el perfecto pelo rubio, que no era un agente inmobiliario sin escrúpulos sino uno de los jefes de departamento de la Dirección General de Policía, más concretamente la mano derecha del mismísimo director. Se llamaba Waldemar Mörner, un hombre cuya especialidad era enredarse en una ininteligible y retorcida retórica de dimensiones legendarias.

Waldemar Mörner iba dando algún que otro patinazo por la grava y, al pegar un grácil saltito para salvar el tablón de madera que separaba la grava de la hierba, advirtió que sus exquisitos zapatos italianos no contaban con una suela antideslizante igual de exquisita, por lo que se resbaló en el césped cubierto por el rocío matinal. Cayó con los pies apuntando al aire y, dibujando una especie de pirueta invertida, rodó cada vez más rápido por la pendiente hasta el porche, donde, produciendo un ruido sordo, chocó contra la escalera con tal fuerza que el teléfono móvil salió volando de su bolsillo y con un chapoteo cayó en la taza de café de la señora Hultin. Mörner se levantó tambaleándose y le tendió la mano a la esposa de su ex colega, pero erró por más de un metro y, a punto de caer de nuevo, recorrió el porche con rápidos pasitos laterales, como si bailara claqué, hasta que tropezó con la barandilla con tanto ímpetu que se precipitó en el lago Ravalen.

En ese preciso instante sonó el móvil. La señora Hultin lo pescó de dentro de la taza y contestó:

—El teléfono del señor Mörner. No, en este momento no se puede poner. Sí, en cuanto salga a flote se lo digo.

Pero no.

No fue así.

En realidad, todo eso sólo ocurría en la vengativa imaginación de Jan-Olov Hultin. No obstante, Mörner sí que se resbaló al intentar cruzar al césped, pero se agarró a los hombros de Hultin logrando así mantener el equilibrio.

—Uy, uy, uy —exclamó jovialmente, dándole palmaditas en los hombros a Hultin—. Menos mal que en el cuerpo de la policía todavía quedan pilares en los que apoyarse.

—Pues eso es precisamente lo que no hay —replicó Hultin imperturbable.

Esperaba que no se advirtieran los fortísimos latidos de su corazón. Al mismo tiempo, sabía que no tenía por qué preocuparse, pues nadie había conseguido jamás

vislumbrar su alma. Estaba tan bien escondida detrás de un muro de impasibilidad que a ratos había llegado a preguntarse si no habría desaparecido.

Pero no, allí seguía.

—Bueno —empezó Waldemar Mörner.

The magic word.

—Bueno —siguió sin dejar de jadear—. Eso es precisamente lo que todavía hay, si tú quieres, claro. Te necesitamos. He conseguido convencer al DP de volver a arrancar. Nos ha caído encima un asesinato en masa que es una auténtica barbaridad.

«DP —pensó Hultin—. ¿Quién coño dice DP al hablar del director de la policía?». Le sonaba a novela negra de los setenta, pero no hizo ningún comentario al respecto; en su lugar optó por repetir, acentuando cada sílaba:

—¿«Volver a arrancar»?

—Ir a por todas de nuevo —aclaró Mörner—. Volver a montar el chiringuito. Sacar el as de nuestras mangas. Cambiar las ruedas. Reactivar los potenciales. Quitar el seguro de las armas secretas.

Hultin, tras aguantar como pudo el enjambre de metáforas, replicó de forma bastante más escueta:

—¿El Grupo A?

—Eso es —confirmó Mörner y se puso a cantar—. *Born to be wild, born to be wild...*

Toda una prueba de paciencia. Hultin se lo quedó mirando fijamente.

—¿De qué manera? —consiguió articular al final, con su habitual tono neutro.

—Pues de una manera *estupenda* —dijo Mörner al tiempo que le pegaba un amistoso puñetazo en el brazo a Hultin que éste, contra todos los pronósticos, logró ignorar—. Como en los *viejos tiempos*.

—O sea, ¿en su formato original?

—Eso es. ¿Quién se atreve a tocar los círculos de un distinguido caballero mayor?

—¿El equipo al completo?

—Incluso Chávez ha aceptado entregar el mando, aunque sólo a ti. Por su parte, Norlander exige pasar las fiestas de Midsommar con su hija recién nacida, y en lo que respecta a Gunnar Nyberg hay una pequeña duda, por lo visto le va muy bien con los pedófilos. No obstante, él también estará en la reunión a las diez.

«¿Hija recién nacida?», pensó Jan-Olov Hultin. Una frase que no acababa de armonizar con Viggo Norlander, aunque no hizo ningún comentario. Miró el reloj: eran las nueve y diez, de modo que no tenía mucho tiempo para reflexionar sobre una decisión que cambiaría su vida.

—Tengo que hablar con mi mujer —anunció.

—Muy bien —dijo Mörner—. Pero date prisa.

—¿Me dejas tu móvil, por favor? —preguntó Hultin, que lo cogió y acto seguido bajó por la pendiente hacia el porche.

Se acercó a su mujer, quien lo escuchó con cara neutra —al parecer, la neutralidad

era algo contagioso entre los miembros de la familia— para, al final, asentir brevemente con la cabeza y completar el discurso de su marido con unas pocas palabras. Hultin entró en la casa para cambiarse la camisa hawaiana y los pantalones cortos por algo más respetable, lo cual se tradujo en una holgada cazadora deportiva, una camisa violeta algo deshilachada y un par de vetustos pantalones de gabardina, de un azul oscuro, que resultaron ser los pantalones de su viejo uniforme. Mientras se cambiaba llamó a Erik Bruun, quien lo escuchaba con paciencia pero no de forma neutral, pues no era su estilo. Cuando Bruun al final habló, Hultin se imaginó la barba roja llena de canas bailando en torno al eterno puro negro, que ningún infarto del mundo lograría arrancar de su boca.

—Mira, Jan-Olov, no me jodas, que esto es con lo que llevas diez meses soñando en secreto.

—¿Lo es? —preguntó Hultin con sincera sorpresa.

—Pues claro, coño. Si en este tiempo no has hecho otra cosa que marear la perdiz.

—O sea, ¿mejor *Forgive and Forget*?

—Ni lo uno ni lo otro. *Ignore*. Pasa de ellos, joder. Esto no va de ellos. Esto va de ti. Todavía tienes mucho que ofrecer. Y ya que estás, vuelve a jugar al fútbol, anda. Imagínate la cantidad de viejos delanteros que echan de menos a un bruto como Hultin el Patapalo con el que medirse. Puedes volver a dar cabezazos que rompan cejas. Ya verás, va a ser como volver a nacer.

A Hultin se le hizo la boca agua. Se despidió y colgó.

Cuando le dio un beso en la frente a su mujer, un rulo se le quedó pegado en el cuello de la cazadora. Waldemar Mörner se lo quitó.

—No da una muy buena impresión —explicó.

—Hemos reservado un viaje a Grecia a finales de septiembre —dijo Hultin mientras contemplaba, no sin cierto asombro, el rulo en la mano de Mörner.

—No te preocupes, no será un problema —lo tranquilizó Mörner, que tiró el rulo por encima del hombro como si de una copa de champán se tratara, para a continuación abrir la puerta trasera del Saab con un gesto caballeroso y añadir—. Para entonces esta pequeña debacle será historia.

Cuando el comisario Jan-Olov Hultin, de la policía criminal nacional, subió al coche le rodeaba una aureola.

La aureola policial.

Capítulo 14

Primero fue el francés: una conversación larga, complicada, en francés. Amables sonrisas y pequeñas risas se dirigían al teléfono. Al hombre que esperaba, inmóvil, junto a la puerta cerrada, y cuya mirada atravesaba el enorme despacho, se le antojó que hasta los gestos se habían vuelto franceses. Había aprendido a distinguir las lenguas —y eso que, como mucho, hablaba dos— observando cómo se modificaba la postura corporal de su jefe. Mucho antes de que pudiera oír que éste había iniciado otro diálogo telefónico, los gestos ya se lo habían anunciado. Ahora, los movimientos tenían otro ritmo, eran lentos pero resueltos, quizá algo angulosos. Al parecer hablaba en alemán. Tras unas frases austeras y solemnes, la conversación tomó un nuevo cariz, cosa que advirtió al ver que el tórax se ensanchaba, al tiempo que la espalda se enderezaba y las mandíbulas se tensaban. Al darse cuenta de que su jefe había pasado al español, permitió que su mirada vagara libremente por la gran estancia, pues los intercambios en esa lengua siempre se prolongaban mucho.

Todo el mundo conocía este despacho. Aquí se tomaban las grandes decisiones, y aquí tenían lugar las transacciones importantes. Las ventanas panorámicas daban a la bahía y al lado del escritorio de roble en forma de «L», sobre su pedestal, descansaba el gran globo terrestre. Las paredes, por encima del alto revestimiento de madera, estaban decoradas con cuadros de Miró y gruesas alfombras persas cubrían el brillante parqué-mosaico.

Todo resultaba familiar y todo era legendario.

El hombre junto a la puerta sabía que no debería encontrarse en este mítico despacho al que, si no fuera porque las circunstancias se habían tornado extremas, ni siquiera le habrían permitido el acceso. La falta de personal empezaba a ser apremiante.

Procedían del mismo pequeño pueblo de montaña y habían sido amigos en la infancia. Se conocían desde hacía una treintena de años pero aun así nunca había logrado ganarse la confianza del Grande. Su relación nunca había traspasado los límites de una mera amistad, era como si sólo se tratara de un vínculo con el pasado. No obstante, aceptaba, sin dudarle ni un instante, su papel como reserva, como sustituto, como sucedáneo. Incluso ese discreto papel le parecía un honor.

Lo llamaba «el Grande», un apodo que le salía de manera espontánea pero que nunca decía en alto. En alto sonaba patético, ridículo. Aunque en su interior, el jefe no tenía otro nombre que «el Grande». Allí dentro, el mote resultaba cualquier cosa menos patético.

Cuando el idioma volvió a cambiar, constató que era precisamente la capacidad políglota lo que más admiraba en su jefe; en eso consistía su grandeza. El dominio de muchas lenguas era una condición indispensable para la multifacética actividad

internacional que realizaba.

Por otro lado, había ámbitos de ésta con los que le resultaba imposible reconciliarse. El hecho de que el Grande conociera muy bien lo que pensaba acerca de esas áreas de su actividad constituía, con toda probabilidad, el motivo principal por el que nunca había podido formar parte del círculo más íntimo. Hasta ahora. Cuando ya no quedaba más remedio.

Cuando, además, esas partes de la actividad eran justo las que habían causado el problema.

El idioma que ahora golpeteaba el móvil le sonaba vagamente familiar y los gestos habían adoptado una naturalidad chulesca, como si se tratara de la lengua materna.

Hablaba en sueco.

Entendió que al otro lado del teléfono se hallaban los «consultores de seguridad».

—Sí —dijo el Grande desde el escritorio mientras giraba el sillón de cuero para poder mirar por la ventana panorámica—. Ya. ¿Y no tenéis ni idea de dónde está? No. Vale. Esto hace que la situación se vuelva inestable, por decir algo... Sí, el material puede estar de camino perfectamente, y si es así, sería una catástrofe. De manera que, a pesar de todo, debemos confiar en su avaricia. Eso es lo más fiable que tenemos. Debemos confiar en que esperará hasta que nosotros hayamos normalizado el asunto. Lo que significa que tenemos que dar con el maletín cuanto antes. O sea, máxima prioridad. Sí, sí. Venga, poneos con ello ya. Hasta luego.

El sillón giratorio recuperó su posición original. Por primera vez, los ojos del Grande se dirigieron hacia la puerta y cuando cambió de idioma una vez más, las palabras iban destinadas al hombre que esperaba junto a ella. Por fin, la lengua era esa que una vez había tenido el coraje de llamarse serbocroata.

—Ljubomir —empezó el Grande, y le hizo señas para que se acercara—. ¿Ni rastro?

Ljubomir atravesó el espacioso despacho y, cuando sus ojos se cruzaron con la aguda mirada del Grande, negó con la cabeza.

—¿Y el dinero está bloqueado? —continuó el Grande.

—Sí. Probablemente cometimos un error al dejar que Jovan abriera la caja de seguridad del banco. Ahora que ha muerto, no tenemos ni llave ni documentos de identificación, o sea que el dinero está bloqueado. A menos que atraquemos el banco, claro.

El Grande frunció ligeramente las cejas y eso no auguraba nada bueno.

—Es cierto que somos amigos desde la infancia, Ljubomir —comenzó con suavidad—, pero debes recordar que nunca, repito, *nunca*, debes expresarte sobre lo que ha sido un error o lo que no. Eso es algo que está mucho más allá de tus competencias. Tú sólo debes hacer lo que yo te diga. Ésa es tu única tarea.

Ljubomir bajó la vista al escritorio.

—¿Lo tienes? —inquirió el Grande.

Ljubomir asintió y depositó una bolsa encima de la mesa. Abrió la cremallera y sacó una radio de comunicaciones. El Grande la contempló y preguntó:

—¿La frecuencia?

—Está sintonizada. Todo está preparado. Sólo tienes que apretar ese botón al lado del micrófono.

Se encontró con la misma mirada de antes.

—Sé cómo funciona una radio de comunicaciones —dijo con voz gélida.

El Grande permaneció quieto unos instantes con el micrófono en alto. Durante esos momentos, a Ljubomir le pareció que se revelaba la verdadera esencia de su jefe: las facciones del Grande se endurecieron, como si un helado viento hubiese pasado por su rostro. El que ahora iba a hablar era otro. Un soberano. Un señor que posee la suprema autoridad y la ejerce. El enemigo más terrible que uno pueda imaginar.

Pulsó el botón y volvió a cambiar de idioma. Con una dicción clara, casi pedagógica, habló en sueco:

—Esto es un mensaje para la persona que ha robado mi maletín. Usted sabe que tarde o temprano le cogeré, y sabe lo que le espera entonces. No hace falta mucha imaginación para tener una idea, pero le aseguro que por mucha imaginación que usted tenga jamás podrá figurárselo del todo. Devuélvalo ya. Si lo piensa bien, se dará cuenta de que es en interés de todos.

Luego volvió a cambiar de idioma y lo repitió todo en inglés. Palabra por palabra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ljubomir.

Esperaba que no se le hubiera notado.

De nuevo estaban en la cama. Él era rubio, ella morena, y por fin habían conciliado el sueño.

Tras la noche más larga de su corta vida, se habían dormido entrelazados, todavía unidos, metidos el uno en el otro. El sol matinal abrasaba el estor bajado pero, pese a los casi treinta grados que había en el pequeño apartamento, ninguno se había desprendido del abrazo del otro. Se negaban a separarse.

Aunque pronto sería necesario.

Las cosas no habían salido como esperaban.

Nada más entrar por la puerta, medio bailando, él sacó una botella de champán, quitó el papel de plata, soltó el alambre del corcho y se preparó. Mientras tanto, ella se dirigió al baño para limpiar el maletín meticulosamente. No podía quedar ni un solo rastro de sangre cuando lo abrieran. Ella salió, lo besó y acto seguido puso el maletín encima de la mesa junto a las copas. Él, que tapaba el corcho con la mano derecha, se dispuso a descorchar el champán.

Ella abrió el maletín.

No había dinero.

Ni un céntimo.

Sólo, en sendos soportes, una llave y una radio de comunicaciones.

La botella estalló y el corcho rompió el espejo de la entrada. Siete años de desgracias. Como para asegurarse un trabajo bien hecho, él estampó la botella contra el espejo, provocando quejas de los vecinos, que se manifestaron con golpes en el techo.

Se echó a llorar.

Pero ella pensaba.

Ya estaba pensando. Ése había sido siempre su único mecanismo de defensa.

Sacó la llave del pequeño soporte, la levantó y la miró desde todos los ángulos. Había unas cifras grabadas. 401.

—Una caja de seguridad —anunció—. Número 401.

—Una caja de seguridad. ¡Mierda! ¿Y en qué puto banco...? ¿Kiruna? ¿París? ¿Guatemala?

—¿Puedes hacer una copia? —preguntó ella mientras estiraba la mano para coger papel y boli. A continuación se echó encima de la cama.

A él se le pasó la desesperación. Advirtió la determinación de su compañera, la que les había llevado hasta donde estaban ahora. Y eso detuvo su autodestructividad, la redirigió hacia lo constructivo, como tantas otras veces.

—Ya sabes que sí —dijo orgulloso.

—¿Ahora? —preguntó ella mientras empezaba a confeccionar una lista en el papel.

—Sí —respondió él—. Sí, sí, ahora.

—Pues venga, ponte con ello —ordenó.

Él cogió la llave y se encaminó al armario vestidor donde había instalado su taller. Antes de abrir la puerta quiso saber:

—¿Y tú qué estás haciendo?

—Intento escribir una lista con todas las ciudades en las que hace negocios. Es lo único que se me ocurre.

Él asintió y entró en su pequeño y compacto taller mientras ella se quedaba tumbada en la cama escribiendo. Así pasaron la noche, cada uno en un lado. Al final la llave estuvo terminada y la lista también. Entonces, por fin, pudieron unirse. Y de qué manera. Era como si sus cuerpos se encontraran por primera vez. Todo lo que habían vivido durante esa noche, la más larga de su corta vida, se tornó en deseo. Se tornó en amor. Y el amor y el deseo se fundieron en uno.

Se durmieron uno dentro del otro. Mientras ella conciliaba el sueño desfiló por su cabeza la lista que acababa de redactar con todos esos lugares donde ofrecían una fácil huida de la realidad. Esa infinita necesidad de alivio, de éxtasis, de ampliación de conciencia. Como si los sentidos que nos han sido otorgados no bastaran. Como si la infinitud de éstos no fuese suficientemente infinita. La demanda de transformación del ánimo, no obstante, sí lo era, y eso hacía que la oferta también lo fuera, completándose así el círculo. El círculo vicioso. Y el que estaba detrás de la oferta, el

que aseguraba que el círculo permaneciera vicioso, era *él*. El corazón del mal. La víbora.

Y de pronto vuelve a ser pequeña. Es un sueño recurrente. Se lo sabe de memoria, cada acontecimiento que hay en él, cada pequeña variación. Pero es incapaz de detenerlo. Es como si el sueño tuviera que *seguir su curso*, como si *por alguna razón* tuviera que seguir su curso. Ese pequeño despertar en mitad de la noche que interrumpe un sueño *inocente*, que luego no vuelve nunca más, que ella ya no recuerda y que nunca más recordará. Al principio no es más que un ligero movimiento entre las sábanas, pero luego son los ojos, esa mirada que es la de otro, o más bien la de nadie, la de ningún ser humano. Y sus piernas se separan a la fuerza, y no sabe lo que sucede, no entiende, no puede entender, no tiene las condiciones necesarias para comprender qué es lo que la penetra, sólo es capaz de darse cuenta de lo fundamental: que se ha traicionado una confianza, que la Confianza misma se ha traicionado, que la persona en la que debería poder confiar más que en ninguna otra la ha tratado peor que nadie en el mundo. Y eso es sólo el comienzo.

Pero es todo lo que recuerda. Aquello que ve en el sueño no es más que el comienzo. El resto se transformó en rutina. Se convirtió en el camino por el que discurría su vida. En un estado de normalidad. Una normalidad que causó que ella fuera la primera que se separaba de las demás niñas para acercarse a mear encima del chico que yacía en el suelo.

Y todo por *él*. Por la víbora.

Y es entonces, en mitad del sueño, cuando escucha *la voz*. *Esa voz*. Pensó que el sueño de pronto contenía palabras —aunque siempre había sido terriblemente silencioso—, pero las palabras que se abrían paso poco a poco procedían de algún otro lugar, un lugar muy oscuro. Le pareció una locura, una completa locura, porque cuando abrió los ojos y consiguió orientarse en la habitación advirtió que la voz salía del maletín.

Y ella que pensaba que había limpiado todos los rastros de sangre...

La voz decía:

—Esto es un mensaje para la persona que ha robado mi maletín. Usted sabe que tarde o temprano le cogeré, y sabe lo que le espera entonces. No hace falta mucha imaginación para tener una idea, pero le aseguro que por mucha imaginación que usted tenga jamás podrá figurárselo del todo. Devuélvalo ya. Si lo piensa bien, se dará cuenta de que es en interés de todos.

Y no fue hasta que el mensaje empezó a repetirse en inglés que fue capaz de levantarse y acercarse tambaleando hasta la mesa.

Ella sí entendía *con exactitud* lo que podía pasar. Pero cuando alzó el maletín por encima de su cabeza para tirarlo contra el espejo ya roto, comenzó a pensar. El único mecanismo de defensa del que disponía empezaba a despertarse.

Él la contemplaba desde la cama, los ojos abiertos como platos, con la sábana levantada instintivamente hasta el mentón. Una vana protección, el instinto de

protegerse de un niño.

—¿Era él? —preguntó al cabo de un rato—. ¿La víbora?

Ella se detuvo un instante con el maletín levantado. La reflexión luchaba contra el instinto. Y ganó. Al final el pensamiento venció al sentimiento.

—Sí —dijo antes de devolver el maletín a la mesa—. Creo que debemos darnos prisa.

Él se sentó en el borde de la cama y empezó a vestirse.

—¿Por qué no lo rompiste? —preguntó—. Sólo necesitamos las llaves, ¿no?

—No podemos cerrarnos las salidas —respondió ella—. Con esa radio podemos contactar directamente con él. En caso de que fuera necesario.

Él asintió con la cabeza intentando comprender mientras ella volvía a la cama para vestirse. Luego cogió la lista de la mesilla de noche y tras romperla por la mitad le tendió uno de los papeles. Él lo cogió y lo contempló.

—¿Te acuerdas de cómo tenemos que mantener el contacto? —quiso saber ella.

Él asintió.

—Ningún contacto directo —dijo, y la atrajo hacia sí.

Se unieron una última vez en medio de la cama: un largo y terrible beso de despedida, un último contacto directo.

Todo lo que significaban el uno para el otro pasó por sus mentes.

Y todo les causó mucho dolor.

—Recuerda por qué hacemos esto —susurró—. Por el canto de los delfines.

Ella sonrió y lo abrazó más fuerte.

—Y por el vapor que se eleva entre las gotas de lluvia —añadió ella mientras sentía cómo el llanto le subía por la garganta.

Y de pronto estaban al lado de la puerta. Era la hora, pero no querían. Era un error. Aun así, tenían que hacerlo.

—Cuatrocientos uno —articuló ella de forma controlada—. Si las cajas de seguridad no llegan a 401, no es ese banco. Entonces no hace falta que lo intentes.

—¿Y tú te encargas del maletín? —preguntó él.

Ella asintió.

—La caja de Pandora —dijo ella, mostrando una sonrisa torcida.

Y salieron solos al mundo, con esa misma soledad que habían jurado que nunca más volverían a sentir.

Eran menos de los que deberían haber sido. Cosas que pasan, pensó recorriendo el oscuro sótano con la mirada. Tampoco es el fin del mundo; había que contar con ese tipo de inconvenientes. Bajas, pensó, y se quitó el gorro dorado y lo contempló. Sacrificio de peones. Para ganar las grandes partidas siempre hay que sacrificar algo. Son bajas sólo en apariencia.

Aunque Jocke, ¿era sólo un peón?

En el caso de Eskil, vale. Pero ¿Jocke?

Volvió a ponerse el gorro, coronándose de nuevo.

Sabía que el sol de Midsommar ya había salido, aunque dentro del sótano reinaba una oscuridad fría y húmeda y se respiraba un aire viciado. No había ventanas, ni siquiera una sola abertura, únicamente una desnuda bombilla que colgaba encima de la mesa de carpintería donde se desarrollaba la única actividad importante que tenía lugar en esos momentos. En un rincón, sentado en un sillón, un hombre grande con la cabeza rapada se ocupaba de limpiar una metralleta. El coronado pensó: Rogge y sus armas. Si se vieran implicados en más tiroteos, sabía que podía contar con él, pues siempre estaba al pie del cañón. En el sofá que se hallaba al lado del sillón se encontraba Danne, del que también se podía fiar. Danne Morcilla. Mote del trullo. Moreno como una morcilla. La cara morada. ¿Cuánto tiempo iban a poder seguir cargando con él? La bala le había atravesado el cuerpo sin tocar ningún órgano vital ni ningún hueso, pero continuaba sangrando y, encima, tenía el hombro izquierdo inutilizado. ¿Sería capaz de volver a empuñar un arma? No era una apuesta muy segura.

Luego, delante de la mesa de carpintería, estaba La Bala. El genio técnico. Pequeño y compacto. Un tío *cool* habituado a las armas. *My man*, pensó, se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

La Bala se hallaba inclinado sobre una radio de comunicaciones que estaba encendida. Junto a ella había un osciloscopio en cuya pantalla se veían ondas en diferentes formaciones. El genio técnico soldaba una placa de circuitos mientras, de vez en cuando, giraba el botón sintonizador haciendo que se modificaran las ondas en la pantalla.

—¿Así que todavía no estamos jodidos del todo? —preguntó.

La Bala no dijo nada, sólo continuó moviendo el botón hasta que logró sintonizar una formación de ondas que le satisfizo.

—Que no, tío —dijo al final—. Ya verás como todo se arregla. Aunque depende de una cosa.

—Venga, explícamelo.

—Vale. ¿No debería estar también Rogge?

—No se va a enterar de nada.

—Escúchame bien —empezó La Bala mientras se reclinaba en la silla—. Creo que lo que ha pasado es lo siguiente: los dos tenían un maletín con una radio policial. No se fiaban lo suficiente como para entregar la pasta en efectivo, así que la habrán guardado en una caja de seguridad en algún sitio; ya hemos visto la llave que había en el maletín. Supongo que la idea era ponerse en contacto en la frecuencia que figura en el papel que nos llevamos y, cuando todo estuviera en orden, uno le comunicaría al otro el banco en el que estaba la pasta. Se trata de una radio especial, de un tipo que siempre emite una débil señal. Las he visto antes. Podemos dar con ella porque tenemos la frecuencia, que es una que no usa nadie más que ellos. No quieren que

nadie les oiga, claro. Con la ayuda de este pequeño dispositivo de escucha la localizaremos y, por tanto, también el maletín. Lo que pasa es que la señal es tan débil que sólo se sintonizará si se encuentra en un radio de unos veinte kilómetros. En cuanto termine de calibrarlo, podemos empezar.

—¿Y eso que decías antes? ¿Qué es esa *cosa* de la que todo depende?

La Bala levantó la vista y lo miró.

—Pues de que no hayan tirado la radio —respondió tranquilo.

El coronado notó que su cara se torcía en una mueca.

—¿Y por qué cojones querrían conservarla? Sólo les interesará la llave, ¿no?

—Yo creo —dijo La Bala con énfasis— que, sean quienes sean, se han sorprendido tanto como nosotros. Creo que han tenido que ponerse a *buscar* la caja de seguridad y también creo que se han quedado con la radio por si acaso. Aunque claro, eso es sólo lo que yo creo.

—Con eso me vale —replicó el coronado—. No sueles equivocarte.

En ese momento, las ondas comenzaron a revolotear en la pantalla del osciloscopio. La Bala dio un respingo y exclamó:

—¡Hostia! Aquí hay algo.

Y de pronto, desde la mesa de carpintería, se oyó:

—Esto es un mensaje para la persona que ha robado mi maletín. Usted sabe que tarde o temprano le cogeré, y sabe lo que le espera entonces. No hace falta mucha imaginación para tener una idea, pero le aseguro que por mucha imaginación que usted tenga jamás podrá figurárselo del todo. Devuélvalo ya. Si lo piensa bien, se dará cuenta de que es en interés de todos.

Luego el mensaje se repitió en inglés.

Entonces, el coronado se echó a reír. Sus largas carcajadas resonaban ruidosamente entre las paredes del sótano. Al final dijo:

—Menuda labia que se gasta el hijo puta. Voy a reventarle esa puta lengua empalagosa. Lo juro.

La Bala lo contempló con un aire escéptico.

El hombre permaneció inmóvil. Todo se había ido a la mierda. Intentaba buscar una solución para enderezar su vida, pero no se le ocurría nada. No había salida. La idea era que todo se resolviera de forma discreta, invisible y silenciosa. Y va y estalla una maldita bomba. Una bomba sumamente indiscreta, visible y ruidosa. Cinco muertos. No se lo podía creer.

Lo único que pretendía era ir a un sitio donde el invierno no fuera tan largo.

O no, quizá eso no era del todo verdad. También quería atrapar a un hombre al que no había manera de atrapar. Capturar lo que nunca se dejaba capturar.

Recorrió la estancia con la mirada. Una habitación anónima. Ahora más que nunca. Reflexionó sobre la palabra anónima. «Yo soy anónimo», pensó. Todo rastro

del pasado se había eliminado. Lo que estaba haciendo ahora no tenía *nada* que ver con los tiempos de antaño. Se trataba del futuro y nada más que del futuro.

Y se había ido a la mierda.

La mesa de la cocina era blanca y fea, de plástico. Eso habría sido imposible antes, pero ahora todo era posible. Una libertad terrible. Incluso esta situación en la que se encontraba era posible.

El hombre se levantó para buscar una taza de café. La cafetera burbujeaba de forma caótica como siempre hace cuando la obra se ha concluido. Primero caos, luego la gran paz.

Y la paz era la muerte.

Se sirvió el café, bajó la vista a lo más profundo del oscuro brebaje, como si buscara el reino de la muerte con la mirada. De pronto escuchó un chisporroteo en la mesa de la cocina. Se acercó a toda prisa derramando el café por el camino y abrió el maletín con tanta fuerza que los papeles salieron volando de la carpeta marrón. Entre ellos se escondía una radio de comunicaciones de esas que pueden escanear una gran cantidad de frecuencias al mismo tiempo. De ella salió:

—Esto es un mensaje para la persona que ha robado mi maletín. Usted sabe que tarde o temprano le cogeré, y sabe lo que le espera entonces. No hace falta mucha imaginación para tener una idea, pero le aseguro que por mucha imaginación que usted tenga jamás podrá figurárselo del todo. Devuélvalo ya. Si lo piensa bien, se dará cuenta de que es en interés de todos.

La civilizada brutalidad de la voz. Esa sofisticada y refinada crueldad.

Dos cosas, con cierta relación entre sí, le llamaron la atención.

Primero, que estaban buscando el dinero. Algo que significaba que ellos mismos no tenían acceso a él, pero que probablemente conseguirían recuperarlo y de una manera que dejaría aún más víctimas. Y entonces, todo volvería a ser posible. «Pero esto también era un mensaje para *mí*», pensó. También decía: «Sé que estás escuchando. Aguanta. No te precipites. Espera, y la pasta llegará. Hagas lo que hagas: no te precipites».

¿Qué coño era lo que había puesto en marcha? Una terrible bola de nieve, que ya no podía parar. Pronto entraría la avalancha en Estocolmo y arrasaría con todo.

Todo.

Y había sido él y nadie más que él quien la había puesto en movimiento.

Segundo: el peligro. Antes había ignorado por completo el riesgo personal. Pero ahora, cuando todo se había transformado en caos, cuando los compañeros ya habían entrado en acción, cuando todo empezaba a desintegrarse, entonces la situación también se volvió inestable para él mismo. Quizá ahora iban a ir a por él.

Las garantías ya no valían nada.

Temía el dolor. Nada más.

Cuando por fin se acercó la taza de café a los labios, ya no quedaba nada. El brebaje negro como la noche se había desparramado por el suelo y la mesa.

Aún no había llegado la hora de beber de la copa.
Aún quedaban cosas por hacer.

Capítulo 15

El cuartel general del alto mando. Una denominación con ilustre abolengo.

Las cosas seguían igual en la vieja y aburrida sala de reuniones que, en su momento y de forma sumamente provisional, había servido como lugar de encuentro para el Grupo A de la policía criminal nacional, o sea «la unidad especial para crímenes violentos de carácter internacional», esa que más tarde pasó a mejor vida.

Y que ahora resucitaba de entre los muertos.

Quizá también de forma sumamente provisional.

Las paredes sin ventanas de un amarillo sucio; las sillas sujetas al suelo, provistas de asientos abatibles, como si de una serie de váteres se tratara; la mesa encima de la tarima, similar a la de un catedrático de instituto, coronada por un ordenador bastante desfasado a esas alturas; el reloj de la pared, que acababa de dar las diez. Y, por último, las dos puertas.

Por la primera de ellas fueron entrando uno tras otro los restos del viejo Grupo A. Lo hacían con pasos indecisos, parecía que tantearan el terreno.

Paul Hjelm fue el primero en llegar, ilusionado, como un niño en el primer día de colegio. Se sentó para ver pasar a los demás, intentando comparar lo que presenciaba con las imágenes que recordaba, sin lograr en ningún caso que coincidieran del todo.

Ni siquiera las que guardaba de Kerstin Holm, que accedió a la sala tras él. Pese a que el día anterior habían trabajado juntos, su aparición le sorprendió. La contempló furtivamente mientras ella se dirigía hacia él: esa fabulosa mujer que siempre iba vestida con la ropa más sencilla que uno pueda imaginar y que siempre le sentaba a la perfección. Hoy había elegido unos pantalones anchos de lino y sin raya, en color crudo, junto con una corta y ligera blusa de verano. Eso era todo. Y más arriba, ese rostro brillante, que envejecía mejor que los vinos de Borgoña y en el que cualquier insinuación de una arruga sólo contribuía a embellecerlo.

Aunque quizá la mirada de Paul Hjelm fuera algo parcial.

Ella se sentó y se volvió hacia él con una sonrisa a la que no le quedó más remedio que describir como «radiante», una palabra de la que siempre había desconfiado pero que ahora pasaba por una metamorfosis.

—¿Lo tienes? —preguntó.

Hjelm asintió mientras sacaba un pequeño micrófono del bolsillo de la camisa azul de manga corta. Dejó que se balanceara delante del rostro de Kerstin. Ella asintió con la cabeza. Él siguió con el balanceo. Ella asintió de nuevo. Él siguió...

—Vale, vale —protestó ella al final mientras se reía indulgente.

En ese momento apareció por la puerta un hombre delgado, de piel extremadamente blanca. Llevaba una camiseta a rayas bajo un traje claro que no le sentaba nada bien. Al verlos abrió los brazos.

—Mis personas favoritas —exclamó en un sueco con sonoro acento de finlandés suecoparlante.

Se levantaron para abrazar a Arto Söderstedt, quien bienhumorado no paraba de reírse.

—Tengo entendido que ayer conocimos a unos compis de lo más simpáticos —dijo—. Los sobrenombres de la prensa ya se divisan por el horizonte: el Dinamitero de Kumla y el Hincha Homicida.

—Y ahora la Matanza de Sickla los eclipsará —completó Kerstin Holm, mostrando una amplia sonrisa.

La puerta volvió a abrirse para dar paso a un Viggo Norlander todo ojeroso. Las moradas bolsas bajo los ojos combinaban de maravilla con los estigmas rosas de sus manos. Tras saludarlos con un gesto, se dejó caer en la primera silla que encontró y se durmió en el acto. O incluso antes de sentarse, se le antojó a Hjelm.

Seguidamente se personó Gunnar Nyberg, «El policía más grande de Suecia», que los saludó levantando su tazón de café como si de un brindis se tratara.

—Me he traído un café de asceta —anunció de forma incomprensible antes de sentarse al lado de Norlander, quien ya roncaba ruidosamente—. Hola, Kerstin —añadió, haciendo un pequeño gesto con la mano—. Bienvenida a la parte delantera del país.

—El ano de Suecia —replicó Kerstin.

Nyberg se rió sorprendido y posó el tazón en la pequeña mesa abatible que tenía delante, donde se quedaría hasta que se enfriara. No pensaba tocarlo.

Alguien tiró de la cadena del váter, lo que provocó que Viggo Norlander se despertara de golpe. El sonido les resultaba familiar a todos. Esperaron mientras oían cómo alguien abría y cerraba los grifos. Al final, la otra puerta se abrió y el comisario Jan-Olov Hultin salió de su baño privado con el pañal de la incontinencia en su sitio.

Los saludó con un movimiento de cabeza, con su habitual expresión neutra en el rostro, para a continuación sentarse detrás de la mesa de la tarima, sobre la que dejó un grueso taco de papeles.

Kerstin Holm se acercó y depositó un ramo grande de rosas rojas delante de su jefe. Éste se quedó contemplándolas. Durante un buen rato. Después extrajo una tarjeta de las espinosas profundidades de los tallos, pero siguió callado. Reinó un silencio absoluto. Todos lo miraban. Su rostro no reflejaba emoción alguna aunque los ojos permanecieron clavados en la mesa durante un tiempo sospechosamente largo. Al levantar la vista, un par de lágrimas resbalaron por la enorme nariz.

—Gracias —fue lo único que dijo.

—No es más que un detalle —replicó Kerstin Holm—. Bienvenido.

—Gracias —repitió Hultin de forma casi autista para, acto seguido, volver en sí y dar un giro copernicano a la conversación—. Pero ahora tenemos trabajo que hacer. ¿No falta alguien?

Miraron a su alrededor. Faltaba el comodín de la baraja.

La mismísima fuente de energía.

En ese preciso instante, como por arte de magia, la puerta se abrió. Con ímpetu.

Fíjate que hasta se puede abrir una puerta con ímpetu, pensó Paul Hjelm mientras observaba los resueltos pasos de Jorge Chávez, quien después de sentarse en la fila más cercana a Hultin se volvió y saludó alegremente con la mano a todos los presentes. A continuación se puso en pie otra vez para saludar con mayor formalidad al jefe operativo del Grupo A.

—Bienvenido, Jan-Olov —dijo Jorge Chávez, tendiéndole la mano.

Durante un segundo, Hultin frunció las cejas. Luego volvió a ser el mismo de siempre y empezó a hablar:

—Hace cincuenta minutos, Waldemar Mörner aparcó su Saab en el camino de grava de mi casa. Estaba a punto de terminar de cortar el césped con la intención de darme el primer chapuzón de la jornada cuando me enteré de lo que había pasado. Traté de ponerme al día en el coche de camino a la ciudad, pero la verdad es que sigo sin saber gran cosa sobre esta condenada matanza en Sickla. Pero como Jorge cuenta con más datos, le cedo la palabra. Adelante.

Chávez estaba preparado. Subió a la tarima y, con la ayuda de unos graciosos imanes con forma de mariquitas, empezó a pegar fotografías en la pizarra.

—Disculpad los bichos —dijo—. Alguien se confundió con el pedido en el almacén. Bueno, en cualquier caso, esto que veis son fotos, tomadas desde todos los ángulos posibles, del polígono industrial de Sickla, al sur del puerto de Hammarby. Incluso hay una que se ha hecho desde un helicóptero. Ésta. Tenemos cinco muertos en algo que apunta al típico ajuste de cuentas en el mundo del hampa. Aunque inusualmente brutal, habría que añadir. Una de las víctimas apareció con veinticuatro balas en el cuerpo. Es este individuo de aquí. A otro le han reventado con una bomba, así que sus tripas han aparecido pegadas en el techo del coche. Aquí.

»Pero empecemos desde el principio. Se trata de dos bandas. La primera: tres hombres armados con pistolas (las personas 1A, 1B y 1C en este croquis). La segunda: seis individuos provistos de metralletas (del 2A hasta el 2F). La Banda 2 ataca a la Banda 1, al parecer con el objetivo de robarles un maletín.

»Este Mercedes negro, registrado en una firma de alquiler de coches en Örnköldsviky alquilado hace dos semanas por un inexistente Anders Bengtsson de Estocolmo, llegó al lugar de los hechos a eso de las dos de la madrugada por esta carretera secundaria dentro del polígono. En el vehículo se hallaban los tres individuos de la Banda 1. Una certera carga explosiva estalló debajo del coche y mató al que ocupaba el asiento de atrás. El automóvil todavía recorrió unos cuantos metros antes de detenerse. Los hombres de los asientos delanteros resultaron heridos, pero no murieron y fueron obligados a bajar del coche por la Banda 2, que había llegado hasta allí en una furgoneta con ruedas nuevas de la marca Continental, siendo ésa, hasta el momento, la única información de la que disponemos sobre ellos. Con toda probabilidad fueron cacheados, aunque no de manera muy concienzuda, ya que más

tarde consiguieron sacar sendas pistolas y matar a dos personas y herir a una tercera.

»Los cartuchos, los ángulos de los disparos y la posición de los cuerpos indican que se usaron seis de las nueve armas que había en el lugar. No se utilizaron la pistola que tenía el hombre del asiento de atrás ni las metralletas de los atracadores fallecidos porque a ninguno de ellos les dio tiempo a disparar antes de morir. Si no, no me cabe la menor duda de que lo habrían hecho, pues no parecen de los que reculan a la hora de usar un arma.

»Mirad el croquis. El curso de los acontecimientos debe de haber sido el siguiente. Uno: el coche estalla y el individuo 1A muere. Dos: 1B y 1C se ven obligados a bajar del coche y son cacheados. Tres: de forma póstuma, se le sustrae el maletín a 1A, y es probable que de eso se encargara 2A. Cuatro: 1B y 1C sacan sus pistolas. Cinco: 1B mata a 2B de un disparo en el ojo realizado por encima del hombro. Seis: 2A sale corriendo con el maletín en dirección a la nave más cercana, posiblemente porque no puede usar la metralleta al tener las manos ocupadas. Siete: 1C dispara por la espalda a 2A y se lo carga. Ocho: 1B hiere a 2C. Nueve: 2D, 2E y 2F matan a 1C con cinco balazos. Diez: Seis disparos efectuados por 2C, 2D y 2F hieren a 1B. Once: 2D se cepilla a 1B con dieciocho tiros a bocajarro. Doce: recogen el maletín del charco de sangre que hay delante de 2A y lo meten, junto con el herido 2C, en la furgoneta. Trece: el vehículo abandona el lugar, donde permanecen los cadáveres de 1A, 1B, 1C, 2A y 2B. El grupo sanguíneo del herido 2C es el AB negativo. Los que ahora tienen el maletín en su poder son, por tanto, los pasajeros de la furgoneta que han sobrevivido, o sea: 2D, 2E, 2F, así como el herido 2C.

»Y ahora viene lo interesante. Estamos todos de acuerdo en que se trata de un ajuste de cuentas, ¿no? Por lo que nuestros ordenadores de huellas dactilares deberían haber pitado de lo lindo. Sin embargo, ése no es el caso. De los cinco cadáveres — que evidentemente son las únicas huellas que tenemos— sólo hay *uno* con antecedentes. Es uno de los atracadores, o sea de la Banda 2, concretamente el 2B, el del disparo en el ojo. Se llama Sven Joakim Bergwall y ha estado dos veces en chirona; la primera en Tidaholm, la segunda en Kumla. Un claro caso de delincuente del tipo A: atracos a bancos, homicidio, tentativa de asesinato, delito de lesiones agravado, así como acoso a grupo étnico.

—¿Acoso a grupo étnico? —repitió Hultin, aprovechando una pequeña pausa en el discurso de Chávez.

—Es un activista nazi —aclaró Jorge Chávez, dejando que asimilaran sus palabras antes de continuar—. Fue miembro del movimiento Resistencia Blanca Aria, cuando todavía existía dicha agrupación, y también estuvo afiliado al Partido Nacional Nórdico, cuando aún existía, etcétera. Asimismo pertenecía al entorno de «Los Disfrazados», no sé si os acordáis de esa banda: tenían una estructura muy militar y se dedicaban a atracar bancos por todo el país. Pero los otros cuatro cadáveres no estaban registrados, es decir, nadie de la Banda 1, ni el 1A, ni el 1B, ni el 1C, ni tampoco el 2A.

—A ver, que me estoy liando un poco con tanto código —intervino Gunnar Nyberg—. ¿El 2A, entonces, era el que salió corriendo con el maletín y al que dispararon por la espalda? ¿El grandullón?

—Sí —confirmó Chávez—. Aunque puestos a comparar tamaños, sin duda tú te llevas la palma. El objetivo de los códigos es que nos ayude a localizar a todos los presentes en Sickla y sus movimientos. En los cartuchos de las metralletas se han hallado cuatro marcas de percusión distintas. O sea, hay cuatro personas que dispararon sus metralletas. A esto hay que añadir los dos que no abrieron fuego, pero cuyas armas quedaron en el polígono: el 2A, el del tiro en la espalda, y el 2B, que recibió un balazo en la cara. Este último era Sven Joakim Bergwall y estaba en el lado derecho del coche. El 2A cogió el maletín y luego se dirigió a la parte delantera del vehículo, desde donde echó a correr. Allí también se encontraban 2D y 2E. A la izquierda se hallaban 2C, que resultó herido, y 2F. 2D y 2F mandaron al otro barrio a 1B y 1C. ¿Qué más podemos decir? ¿Quién de ellos se acerca al hombre que yace herido y descarga dieciocho balazos sobre él? ¿El loco de la banda? ¿O el líder? Intuitivamente yo contestaría sí a ambas preguntas: el loco y líder. Yo creo que ése es el 2D. Y sobre él no sabemos nada.

—¿Y la explosión? —preguntó Söderstedt.

—Bueno, supongo que ésa es nuestra mejor pista, aparte de Sven Joakim Bergwall, claro. El problema es que unos hombres blancos de mediana edad se habían llevado a todo el maldito instituto forense a la provincia de Närke; todos y cada uno de los técnicos han estado muy ocupados rascando las paredes de una celda en el búnker de la cárcel de Kumla.

—Al grano —exigió adusto el hombre blanco de mediana edad apellidado Norlander.

—Son la misma carga explosiva y el mismo dispositivo de detonación —informó Chávez, e hizo una pausa para que asimilaran ese detalle antes de seguir—. Los dos desconocidos, pero idénticos. Y está claro que si cotejamos los datos de la bomba en Kumla con los de la matanza de Sickla, el resultado no es especialmente agradable.

Söderstedt y Norlander se miraron con atención. «Un patrón», pensaron al unísono.

¿Cuándo empieza a perfilarse un patrón?

Arto Söderstedt se sintió vivo de repente. Era la primera vez que le asaltaba esa sensación de vitalidad desde que había conducido el Volvo de Norlander a Kumla, vehículo que otros agentes se encargaron de llevar de vuelta a Estocolmo mientras los dos inspectores cogían un vuelo desde Örebro para llegar a tiempo a la reunión.

De pronto, todo encajaba.

—Nos han dado recuerdos —dijo—. Para todos y cada uno de vosotros, pero en especial para Paul y Jorge, de parte de un niño de dos años de nombre Paul Jorge Andersson, también conocido como Yoye.

Durante unos instantes reinó un gran desconcierto en la sala. Söderstedt sonrió

para sus adentros, disfrutaba confundiendo al personal.

—Es el hijo de Göran Andersson —continuó con precisión dramática.

Las miradas de Paul Hjelm y Jorge Chávez se cruzaron por primera vez en casi un año. ¿Seguirían tan compenetrados como antes? Al menos se leían como si fuesen libros abiertos. El asesino en serie Göran Andersson había bautizado a su hijo en honor a los policías que lo capturaron. Les resultó extraño.

Arto Söderstedt continuó:

—Los tímpanos de Andersson se fueron al garete con la bomba de Kumla. Ayer a las 08.36 de la mañana se encontraba estudiando historia del arte en la celda contigua a la de Lordan Vukotic. La noche anterior vio como éste se acercaba a su celda tambaleándose con —según lo que el *puzzle* de la autopsia ha demostrado luego— una tibia y el bazo rotos y los dos hombros dislocados. A la mañana siguiente reventó, no en mil pedazos, sino en una masa pringosa que se repartió por las paredes de la celda. Posiblemente, obra del mismo autor que unas dieciocho horas más tarde hizo estallar el Mercedes en Sickla, y eso significa que aunque nuestras deducciones iban por buen camino no acertamos del todo. Ayer cuatro policías —dos de la criminal nacional, uno de la provincia de Närke y otro de la Säpo— sacamos unas estupendas conclusiones, pero pasamos la noche en el lugar equivocado. Suponíamos que Vukotic, tras ser torturado, cantó, y que por ese motivo no quería que nadie se enterara de lo de la tortura, y menos aún sus compinches de la cárcel. Quizá pasó toda la noche en su celda intentando recolocarse los hombros. ¿Para qué si a la mañana siguiente iba a saltar por los aires?, se puede uno preguntar. ¿Por qué estalló por los aires al día siguiente?, nos preguntamos después. Concluimos que el perpetrador, al darse cuenta de que se iba a descubrir la somanta de palos que le había propinado, decidió eliminar cualquier posible rastro de su actuación. De modo que pasamos la tarde de ayer buscando al culpable entre los reclusos con conocimientos sobre explosivos y la noche interrogando a toda una serie de tipos que alguna vez en su vida han manipulado una bomba. Pero no ha sido hasta ahora mismo que me he percatado de lo desorientados que andábamos. Porque si el malhechor realmente hubiese querido «eliminar las huellas de la paliza», por citar a Göran Andersson, eso supondría que al torturar a Vukotic no tenía claras las consecuencias. Pero naturalmente que las tenía muy claras. Sabía que Vukotic era la mano derecha del narcotraficante Rajko Nedic. Alguien intocable. Alguien muy próximo al que quizá sea el individuo más peligroso de Suecia. Sabían muy bien lo que hacían cuando eliminaron a Vukotic. La bomba no fue producto del arrepentimiento ni del miedo a ser descubierto. ¡La bomba es un desafío! Una declaración de intenciones que dice: ¡Ojo puto yugo de mierda, vamos a por ti! Pero no sólo eso. También dice: ¡Maderos hijos de puta, me la suda si me identificáis, porque de todas formas no me vais a poder coger!

Un silencio absoluto se instaló en el cuartel general del alto mando, que de pronto parecía haber perdido las comillas otra vez. Algo de una magnitud inquietante,

aunque también fascinante, había dejado entrever sus contornos.

—Bueno —dijo Arto Söderstedt—. Veis todos adónde quiero ir a parar, ¿verdad? A dos puntos: primero, el dinamitero de Kumla no era un hombre que estaba pudriéndose en la cárcel carcomido por la angustia, sino uno que se marchaba de allí, y de qué manera... Segundo, lo que vemos es un enfrentamiento entre, por una parte, atacantes con afinidades nazis, profesionales, quizá incluso paramilitares; y, por otra, uno de los principales narcotraficantes de Suecia, Rajko Nedic, y su banda de criminales de guerra de la antigua Yugoslavia. Bonito panorama, ¿eh? Y eso tal vez explique por qué nadie de la Banda 1 —ni 1A, 1B ni 1C— dejan huellas identificables. Sin duda, porque los han importado directamente de... Sí, seguro que de Kosovo; o al menos de algún lugar de la zona de guerra de los Balcanes.

—Y los tres mueren —comentó Jorge Chávez algo tocado, pues no había llegado tan lejos en sus deducciones.

Contempló a Arto Söderstedt, tan blanco y larguirucho todo él, con esa engañosa apariencia de ser corto de mollera pero que luego no paraba de escupir esa retahíla de horribles verdades como si nada, como quien no quiere la cosa. Y que encima, agitando un papel en el aire, proseguía con su intervención:

—Me acaba de llegar este fax. Lo manda el director de la cárcel de Kumla. Ayer a las ocho y media de la mañana, seis minutos antes de que estallara la bomba, uno de los reclusos fue puesto en libertad. Salió tras cumplir la mitad de la condena debido a un comportamiento ejemplar, o sea tres de los seis años que le cayeron por un delito de lesiones agravado. Es un tipo que también, al igual que Sven Joakim Bergwall, figura en el entorno de las organizaciones racistas y nazis. Hace tres años propinó una soberana paliza a dos activistas kurdos de derechos civiles cuando éstos participaban en una manifestación en Solna. Al parecer, también estuvo implicado en un atentado con bomba que tenía como objetivo un centro cultural kurdo, pero no se pudo probar su participación. Nació en Trollhättan, tiene treinta y cuatro años y un nombre de lo más común e inofensivo, Niklas Lindberg. Se alistó en el ejército, ascendió rápido y, después de servir para la ONU en Chipre un par de veces, se alistó en la Legión Extranjera. Por lo visto, aunque no está confirmado, mantiene buenas relaciones con organizaciones xenófobas en todo el mundo, sobre todo con las de Estados Unidos. Yo creo, si me permitís una conjetura, que Niklas Lindberg es tu 2D, Jorge. El líder y el loco de la banda. El hombre que descargó dieciocho balas a bocajarro sobre una persona que ya estaba herida.

—Y que con toda seguridad era criminal de guerra de la antigua Yugoslavia —completó Jan-Olov Hultin—. Ahora, las cosas empiezan a aclararse incluso para un viejo pensionista. Jorge, Sven Joakim Bergwall pasó por Kumla en su última estancia en prisión. ¿Concuerdan las fechas con las de Niklas Lindberg?

—El nombre de Lindberg es nuevo para mí —afirmó Chávez sin rodeos mientras hojeaba unos papeles—. Pero Bergwall salió de Kumla hace un mes. Supongo que no resulta del todo inverosímil que dos nazis violentos como esos dos hayan

confraternizado en la cárcel. Puede que uno lo haya organizado desde fuera y el otro desde dentro. Sí, seguro que ha sido así.

—¿Y qué es lo que pretenden? —siguió Hultin—. La noche anterior a su liberación, Niklas Lindberg tortura a Lordan Vukotic. ¿La noche anterior? Detrás de todo esto tiene que haber un plan mejor. Debe de remontarse mucho más en el tiempo, ¿no? Un asalto tan bien preparado, y con seis hombres: no creo que haya sido algo que decidieran dieciocho horas antes.

—Yo diría —intervino de repente Kerstin Holm, movilizando sus amplios recursos vocales de cantante coral— que se trataba de una comprobación doble.

De nuevo, el desconcierto se extendió por la sala. De nuevo una voz discordante se unió al coro alterando las armonías. Todos la miraron. Ella extendió el brazo hacia Paul Hjelm, quien, enseguida y sin hacer preguntas, le puso el pequeño micrófono en la palma de la mano.

Kerstin lo alzó ante los perplejos ojos de todos los presentes.

—Lo encontramos anoche debajo de una mesa en el restaurante Kvarnen. Es un dispositivo de escuchas muy sofisticado.

—El Hincha Homicida —soltó Gunnar Nyberg, quien llevaba demasiado tiempo callado y se sentía marginado.

—Para nada —replicó Kerstin Holm—. Más bien las consecuencias de su existencia. Durante nuestros interrogatorios con los testigos se ha ido perfilando una historia bien distinta a la que nos habíamos imaginado. En cuanto tuvo lugar el homicidio, no sólo el homicida y sus compinches sino bastante más gente se abalanzó hacia la puerta para salir pitando de allí. Porque algo completamente diferente había estado desarrollándose en un segundo plano, detrás de la violencia futbolística. O, quizá mejor dicho, delante de ella.

—¿Comprobación doble? —repitió Jan-Olov Hultin, procurando no perder el hilo en una sesión en la que eso parecía imposible.

—Sí —respondió Kerstin Holm, que tomó impulso antes de seguir—. La primera tuvo lugar en el Kvarnen la noche del miércoles. Creo que los cinco cadáveres estaban presentes en el local. Aunque todavía vivos, claro.

Se la quedaron mirando boquiabiertos. Nadie dijo nada.

—No sé —continuó— cuándo Paul y yo empezamos a sospechar que había algo más, pero ocurrió bastante pronto. La verdad es que tampoco teníamos muchas pistas, se trataba más bien de una intuición, supongo que podríamos llamarlo *olfato*. Algo iba tomando forma. No sabíamos lo que era, pero allí estaba, en medio de todos esos hinchas del Hammarby. Para simplificar un poco: la Banda 2 estuvo escuchando a la Banda 1 con la ayuda de este dispositivo. No he caído en la cuenta hasta ahora.

—Pero Niklas Lindberg no salió de la cárcel hasta la mañana siguiente —recordó Hultin en un intento por no descolgarse.

Se sentía un poco oxidado, aunque al mismo tiempo notaba como grandes trozos de ese óxido iban cayendo sobre la mesa. Estaba en casa. Por fin había vuelto a casa.

—Cierto —admitió Kerstin Holm—. Para seguir el razonamiento de Söderstedt, se trataba de sus hombres, posiblemente liderados por el ya fallecido Sven Joakim Bergwall. Los que luego lo recogieron en las puertas de Kumla. Sin duda habrá sido también Bergwall, que tuvo la suficiente presencia de ánimo como para dejar a un hombre en el lugar del crimen con el propósito de desviar nuestra atención.

—¿Qué nos puedes decir acerca de las víctimas sin identificar que había en Sickla, Jorge? —preguntó Paul Hjelm.

—«Maltrechos» es, sin duda, la palabra que mejor los describe —respondió Chávez—. A Bergwall, o sea a 2B, le dieron en el ojo, así que no tenía muy buen aspecto. Sin las huellas dactilares no habiéramos conseguido identificarlo. Lo mismo pasaba con el hombre reventado dentro del coche. Lo único que hemos podido constatar con certeza es que era moreno. El 1B estaba completamente acribillado a balazos. Veinticuatro, dieciocho de los cuales se dispararon desde muy cerca. Es inútil intentar reconstruir el rostro. El que mejor pinta presenta es el 1C, y es cierto que tiene rasgos de alguien de los Balcanes. El 2A cayó como un pino, empotrando la cara contra el asfalto. No queda gran cosa de ella. O sea, las posibilidades de que sus retratos salgan en los medios de comunicación las veo nulas.

—El que nos interesa es el 2A —dijo Hjelm—. El grandullón que salió corriendo con el maletín, ese al que dispararon por la espalda y que no tiene antecedentes. ¿Constitución fuerte?

—Sí, desde luego.

—¿Bigote poco poblado?

—Sí.

—¿Cabeza rasurada?

—Sí.

Paul Hjelm se calló. Dejó el resto a Kerstin, quien tomó el relevo.

—Se llama, con toda probabilidad, Eskil Carlstedt. Comercial. Residente en Kungsholmen. Hablamos con él ayer por la mañana y nos tragamos toda su historia, así que lo dejamos ir sin sospechar lo más mínimo. ¡Joder! Menuda cagada...

—Olvídalo —dijo Hultin sorprendentemente—. No teníais ninguna indicación de que hubiera algo más; buscabais a un hombre que había abierto una cabeza con una jarra de cerveza. Con la poca información de la que disponíais habéis llegado lejos. Bueno, eso si resulta que todo lo que decís es verdad, claro, también puede que nos encontremos ante otra de las típicas fantasías del dúo Hjelm-Holm.

—Cinco hombres —continuó Holm, haciendo caso omiso de la última frase— en una mesa al lado de la puerta. «No eran cabezas rapadas, pero casi». «Cabezas rapadas algo pasados de fecha». Se largan muy rápido pero dejan a Carlstedt, ya que es el único que no tiene antecedentes. Una solución rápida e inteligente. Los del turno de noche lo interrogan brevemente en el lugar de los hechos, lo identifican y le ordenan que se persone en comisaría al día siguiente para prestar declaración. Después se reúne con los cuatro que se fueron, y pasan la noche inventando la mejor

manera de desviar la atención de la policía. Carlstedt nos dice que vio al asesino, lo cual, en efecto, nos distrae lo suficiente como para dejarlo marchar, permitiéndole así unirse a sus *cinco* compañeros... Ya no son *cuatro*, puesto que, mientras tanto, los demás se han ido a buscar a su jefe, Niklas Lindberg, a la salida de Kumla. Así que los seis están juntos. Esperan a la noche siguiente. Han averiguado la hora y el lugar de la entrega, información que han obtenido no de una fuente sino de *dos*, tanto de Lordan Vukotic en la cárcel como de los integrantes del grupo que estuvieron escuchando en el Kvarnen, que son, en gran parte, idénticos a los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia que Jorge ha presentado como la Banda 1.

—¿Por qué cojones iban a estar en el Kvarnen hablando del lugar de la entrega? —exclamó Hultin, advirtiendo como los muros de su neutralidad empezaban a resquebrajarse—. Parece de lo más estúpido.

—Hay dos partes implicadas en la decisión del lugar de la entrega, y esas dos partes se reúnen en el restaurante Kvarnen. Lo más seguro es que el maletín contenga dinero o drogas y, como los dos bandos desconfían, quedan en un espacio neutral, en un lugar *público*, para ponerse de acuerdo sobre dónde efectuar el trueque. Hablan inglés, ya que con toda probabilidad se trata de criminales de guerra yugoslavos relativamente recién llegados a Suecia, circunstancia que también puede ser el motivo por el que se haya elegido un lugar tan público: la otra parte no debe de tener muchas ganas de reunirse en un oscuro callejón con una banda de locos asesinos. Volvamos ahora a la cárcel: Vukotic ya ha sido informado sobre el lugar del encuentro, o al menos eso es lo que cree Niklas Lindberg. Corre un gran riesgo cuando, la noche anterior a su salida, lo tortura dentro de los muros de la prisión. Quizá lo haga para confirmar lo que los compinches pronto averiguarán en el Kvarnen o quizá simplemente porque le gusta, porque le divierte darle una paliza a un puto inmigrante. ¡Qué mundo tan hermoso!

—Por tanto, nos falta una pieza —dijo el aura policial que aún rodeaba a Jan-Olov Hutin—. El individuo que conversaba en inglés con la Banda 1 en el Kvarnen, el que iba a recibir el maletín, que luego robaron. Por cierto, ¿de dónde coño sale este dichoso maletín? ¿Y cómo sabemos que se trata de eso?

—Por la marca que quedó en la sangre de 2A —explicó Chávez—. O sea, de Eskil Carlström, si resulta que es él...

—Carlstedt —corrigió Hjelm.

—Tenía la forma de un objeto rectangular que respondía a las medidas de un maletín. Por eso nos parece lo más probable.

—De acuerdo —dijo Hultin—. De momento nos vale. Volvamos a ese individuo que hablaba en inglés con los yugoslavos en el Kvarnen.

—Lo he dejado para el final —comentó Kerstin Holm—. No es nada que os vaya a alegrar el día... Con toda probabilidad se trata de un policía.

Hubo suspiros en la sala. No de asombro, ni de indignación, sino más bien de resignación. El año anterior la comisión de asuntos de responsabilidad personal de la

DGP había despedido a cuatro agentes por actividades delictivas. Otros cuatro más dimitieron para evitar ser despedidos. Y les abrieron expediente a veintiún policías, de los cuales diecisiete recibieron una amonestación.

—Un policía sueco —continuó Holm—. Enseñó su placa en el Kvarnen para que los porteros lo dejaran salir.

—¿No podría tratarse de una falsificación? —objetó Hultin.

—Sí, claro que sí, pero era el único sueco del grupo. Y el único sueco muestra una placa... Además, parece que estaba bastante familiarizado con los procedimientos policiales: quería evitar a toda costa verse acorralado en el restaurante cuando empezaran a tomarle declaración a la gente.

—Bueno, ya va siendo hora de que nos preguntemos de qué va todo esto —dijo Hultin—. O sea, si damos por buenas todas las hipótesis más o menos atrevidas con la que habéis bombardeado a un pobre comisario oxidado durante la última media hora, entonces, ¿de qué se trata? Supongo que quien está en medio de todo esto debe de ser Rajko Nedic, el narcotraficante, que pretende entregar algo en un maletín a un hombre que posiblemente es un policía sueco. ¿Qué cabe en un maletín que sea de mucho valor? Pues es probable que dinero, ya que todos los policías sabemos lo difícil que resulta deshacerse de drogas sin que tarde o temprano se note. Al parecer, no nos encontramos ante un pago rutinario sino ante uno sobre el que hay que negociar la entrega. Lo que seguramente significa que «el policía» tiene miedo. Y que estamos hablando de un pago aislado. ¿Por qué? ¿Acaso se trata de un policía sueco que se quiere meter en el mundo del narcotráfico? No me convence. ¿Chantaje? Sí, podría ser. Pero ¿respecto a qué? ¿Y cómo se enteran esos criminales con afinidades nazis de la entrega? Saben desde hace tiempo que la transacción va a tener lugar, ya que están preparados para el asalto en cuanto Niklas Lindberg sale de la cárcel, pero desconocen dónde y cuándo. Y eso es lo que averiguan la noche anterior, de dos maneras diferentes. Pero ¿cómo se enteraron al principio?

—Parece probable que haya sido por Vukotic en una ocasión previa —comentó Söderstedt—. Lindberg y Bergwall están en Kumla y escuchan una conversación secreta. Saben que se va a realizar una entrega, pero desconocen dónde, cuándo y cómo. Quizá Lindberg, más tarde, descubre de alguna forma que la reunión del Kvarnen va a producirse.

—Aún quedan muchas incógnitas —indicó Paul Hjelm.

—Sí —reconoció Hultin—. Pero ya contamos con muchas respuestas, bastantes más de las que me esperaba cuando repasé el *dossier* en el Saab de Mörner.

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos hasta ahora? —preguntó Chávez, aún de pie delante de la pizarra y con aire de estar algo abrumado—. Conocemos la probable identidad de tres de los seis integrantes de la Banda 2: 2A es Eskil Carlstedt; 2B, el nazi Sven Joakim Bergwall. Fallecidos los dos. 2D es el líder, Niklas Lindberg. Nos faltan el 2C —el herido—, el 2E y el 2F. En lo que se refiere a la Banda 1, vamos a enviar las huellas dactilares de los cadáveres de 1A, 1B y 1C a la Interpol y, si es

posible, a las autoridades de la antigua Yugoslavia.

—Y luego está el tema del material explosivo —dijo Norlander—. ¿Qué tipo de explosivo hiperactivo y líquido se puede activar mediante un microdispositivo electrónico? Nadie parece saberlo, pero seguramente es una información vital.

—Desde luego —asintió Hultin—. Hay que esclarecer eso. Consultadlo con la Interpol también. Hay mucho que confirmar: tenemos que buscar huellas de Eskil Carlstedt en su piso para compararlas con el cadáver del 2A, por mencionar sólo un ejemplo. Además debemos preguntarnos qué actitud adoptar frente a Rajko Nedic. Hace gala de ser un hombre de negocios honrado. Alguien que actúa abiertamente y dentro del marco de la ley. En fin, un empresario de hostelería normal y corriente.

—Está claro que hay que hablar con él —dijo Hjelm—, la cuestión es en qué momento. ¿Cuándo ponemos las cartas boca arriba? ¿Qué perdemos al hablar con él? ¿Y qué ganamos?

Hultin asintió y paseó su mirada por el auditorio.

—Supongo que ahora queréis saber qué es lo que hay, ¿verdad? Respecto al tema de la gestión de recursos humanos. Estáis al tanto, me imagino, de lo que dijeron en la televisión anoche: que la falta de personal durante el verano es acuciante. Incluso el ministro de Justicia habla de la mala planificación de las vacaciones policiales. En varios lugares, los ciudadanos han formado comités de vigilancia de barrio para controlar lo que nosotros ya no podemos. De modo que, aunque nos hayan llamado, debemos ser capaces en todo momento de explicar por qué siete oficiales de la policía estamos aquí, y por qué nos dedicamos precisamente a esto. Hoy es la fiesta de Midsommar. Son casi las doce del mediodía. La mayoría de los agentes no trabajan un día como hoy, y dentro de poco empezarán a cantar y bailar alrededor del mayo con sus críos, haciendo eses por el aguardiente que llevan en el cuerpo. Ése no será vuestro caso. Todo lo contrario, vais a costarle un ojo de la cara al contribuyente en horas extra. Vamos, como siempre. ¿Algún problema?

—Yo querría pasarme un momento por Dalarö —contestó Hjelm.

—Mis hijos me esperan en el Skansen a las tres —informó Söderstedt.

—A mí me gustaría pasar la noche con mi hija recién nacida —anunció Norlander.

—Mi hijo ha levantado un mayo para mi nieto en Östhammar —explicó Nyberg. Chávez y Holm permanecieron callados.

—Olvidadlo —cortó Hultin, tajante—. El Grupo A vuelve a la actividad tras casi un año de ausencia. Nadie se quejará de la falta de vacaciones hasta que este caso no esté resuelto. En este preciso instante, *ahora mismo*, tenéis entera libertad para regresar a vuestros anteriores puestos. Pero no dentro de tres horas, ni mañana. Es fundamental que estéis cien por cien convencidos de que queréis hacer este trabajo. Es más, por lo que he entendido, ésta constituye una buena oportunidad para que nuestra unidad sea permanente. La última. Por desgracia, creo que somos necesarios. Por tanto, si hay alguien entre vosotros que le ha cogido el gusto a la vida policial

normal hasta tal punto que está dispuesto a mandar esto a la mierda, ahora es el momento. No más tarde. ¿Alguien?

Gunnar Nyberg levantó la vista y, distraído, tomó un trago del frío café negro. Estuvo a punto de vomitar. El movimiento de llevar el tazón hasta la boca se había convertido en un acto reflejo.

—No es la vida de un policía normal a lo que le he cogido el gusto —consiguió decir en medio de una arcada—. Más bien a la vida de un policía aún más atípico. El problema es que estoy metido en varias investigaciones pedófilas y no las puedo dejar así como así.

—Lo sé —dijo Hultin—. He seguido discretamente vuestras carreras. Jorge desea abandonar la teoría y volver a la práctica. Kerstin acaba de regresar de Gotemburgo y, junto con Paul, ha terminado su parte de la investigación del homicidio en el Kvarnen. La bomba de Kumla de la que se habían encargado Arto y Viggo se puede incorporar sin más a nuestra investigación de la matanza de Sickla. Para vosotros cinco no veo problema alguno. Eres tú, Gunnar, el eslabón débil. Tienes a medias un trabajo realmente importante. ¿Qué opinas?

Nyberg lanzó un ruidoso suspiro.

—Bueno, no tomáis café tan a menudo como ellos —comentó, aunque nadie comprendió que se trataba del mejor elogio que se le había ocurrido, de modo que siguió intentando ser un poco más claro—. Es evidente que resulta muy tentador volver a ocuparme de un caso del Grupo A, volver a experimentar esa sensación de estar en caída libre. Pero para mí, lo mejor sería si pudiera... Bueno, no sé... Si durante una temporada pudiera trabajar media jornada, mientras voy viendo lo que puedo hacer con las investigaciones pedófilas, para que nada se retrase por mi culpa y que ningún sufrimiento se prolongue más de lo necesario. No sé si me entendéis.

—Creo que te entendemos —indicó Hultin—. Y por mí no hay ningún problema. No he olvidado que fuiste tú el que tenía razón en lo referente al Asesino de Kentucky y que todos los demás nos equivocamos. ¿Alguien más?

Nadie dijo nada.

Hultin asintió con la cabeza y siguió:

—Muy bien. Antes de que empiece a repartir tareas más concretas, creo que nos conviene dedicar unos momentos a reflexionar, de manera individual, sobre cuál debe ser nuestro próximo paso y qué es lo que nos espera. Suponemos que la Banda 2 tiene el maletín. Y con eso todo podría haber terminado. Nedic podría desconocer quién le ha robado. Si no fuera por la bomba que asesinó a Vukotic. ¿Cuánto tiempo tardará en averiguar el nombre de Niklas Lindberg? Y entonces, ¿qué pasará? ¿Una guerra abierta? Además, ¿podemos suponer que la banda de Lindberg se contenta con haber robado el maletín? ¿O quieren algo más? Los vínculos con el nazismo podrían dar a entender que así es. ¿Pretenden realizar una especie de limpieza étnica en el narcotráfico sueco? ¿Y por qué iban a entregarle el maletín a un posible policía? Si contenía dinero, ¿por qué entonces Rajko Nedic, narcotraficante al que nunca hemos

podido echar el guante, se lo da a la policía? ¿Es ésa la razón por la que nunca hemos podido cogerlo? Etcétera. Lo que necesitamos es: uno, más información sobre el misterioso material explosivo; dos, las identidades de las personas 2C, 2E y 2F; tres, el posible policía; cuatro, averiguar por qué Nedic le da dinero a un policía (si es que es así). Si se os ocurre algo más, avisadme cuanto antes. Venga, a por todas hasta que la tarde de Midsommar se convierta en noche. Nada de flores silvestres bajo la almohada, ni de aguardiente casero, ni de revolcones amorosos. Sólo trabajo y nada más que trabajo.

Capítulo 16

Sólo trabajo y nada más que trabajo. Pero en casa.

Levantó la vista y miró a Surbrunnsgatan. Su pequeña esquina del mundo nunca le había resultado tan abandonada. El tiempo de Midsommar no se decantaba, daba una de cal y otra de arena, y, a ratos, un montón de agua. Y mientras tanto, ella navegaba, aunque por el ciberespacio.

Al otro lado de la ventana, sobre la calle Surbrunnsgatan, llovía a cántaros. Caía uno de esos magníficos chaparrones veraniegos: corto, intenso y efímero.

Sara Svenhagen casi se había olvidado de la angustia que suelen producir las grandes festividades. Esa terrible sensación que provoca un aumento en la tasa de suicidios justo durante esos días en los que, además, la atención sanitaria está bajo mínimos. Ese famoso nudo en la garganta. Ese que dice: estás sola, sola de verdad, y no hay vuelta de hoja.

Nadie te quiere.

Sabía que no tenía por qué sentir esa desazón, pues era ella la que no quería estar con nadie, y no al revés. Sin embargo, esa diferencia no parecía importarle lo más mínimo a la angustia festiva que se le había pegado como una lapa y no paraba de decirle verdades que no quería escuchar.

Al otro lado de la calle no se encendía ninguna luz en las ventanas. Nadie pasaba por la acera y ni un solo coche había arrancado en todo el día. La ciudad se hallaba desierta. Por una vez, Estocolmo no lideraría la estadística de delitos violentos porque, simplemente, no había ni malhechores ni víctimas.

Todos se habían ido al campo.

Podía haber celebrado el Midsommar en el chalé de sus padres en Tyresö. La familia, sin embargo, no habría estado al completo, pues sabía que a su padre también le había tocado trabajo y nada más que trabajo. Lo que no dejaba de ser un consuelo en medio de toda la tristeza y ansiedad. La diferencia estribaba en que Brynolf Svenhagen, el jefe de los técnicos forenses, estaba en el séptimo cielo. Tenía dos magníficos casos a los que meterles mano: la bomba en Kumla y la matanza en Sickla. Se imaginó cómo la cara del hombre, estricto y gris, adquiriría color y se iluminaba con un brillo de carnaval. De pronto lo vio vestido con una falda hawaiana y con borlas lilas colgándole de los pezones. Sonrió. El nudo desapareció.

Recorrió la habitación con la mirada. Tampoco estaba tan mal. Su espacio interior.

Volvió al ordenador.

Sólo se había permitido algún que otro microsueño desde las 19.36.07, el jueves 24 de junio, cuando descargó la lista de direcciones de aquella extraña y fugaz página web. De eso hacía ya dieciocho horas.

Se trataba, en efecto, de una lista con direcciones para pedófilos. Una red de contactos que, aunque en gran medida parecía contener redes ya conocidas, era una lista nueva. No había nombres, por supuesto, ni señas verdaderas, pero sí toda una serie de direcciones de correos electrónicos entre las que aparecieron varias con las que no se había topado antes. Y las almacenaba todas en la cabeza; la verdad era que su cerebro estaba lleno de ellas, quizá colmado, quizá a punto de estallar.

Los momentos de microsueño enseguida se habían visto invadidos por la terrible pesadilla: la barriga iluminada por una luz propia, interior, la sombra, el miembro que penetraba a la madre para llegar al niño. Estaba convencida de que el sueño quería decirle algo. Algo esencial. Pero no entendía qué. Lo único que sentía cuando se despertaba en el instante de la muerte era terror. Le pareció que el sueño empleaba una fuerza excesiva para transmitir su mensaje, que, fuera lo que fuese, se ahogaba en el miedo.

Cualquiera puede hacerse con una cuenta de correo electrónico completamente anónima. Hotmail de Microsoft era la opción favorita. Había millones. El acceso era infinito. Pero, tanto si uno quería como si no, siempre dejaba un rastro tras de sí; bajo cualquier disfraz siempre se encontraba una IP, la huella dactilar del ordenador. Hallar ese número con la sola ayuda de la dirección del correo electrónico resultaba en general imposible —si el propietario sabía algo de ordenadores se habría encargado de impedirlo—, pero a veces, aunque fuera complicado, se conseguía. Sin embargo, descubrir la IP no garantizaba que se pudiera dar con una persona física detrás. La mayoría de los pedófilos eran lo bastante listos como para no agenciarse una cuenta de correo desde el ordenador de casa, sino desde uno público, por ejemplo en la Casa de la Cultura o la Biblioteca Real. En cambio, lo que les resultaba más complicado era gozar de la fruta prohibida en alguno de esos sitios. Como lo de masturbarse ante fotografías de niños violados no se llevaba mucho en los salones culturales donde todos los ciudadanos tenían acceso, el procedimiento habitual consistía en bajarse el correo desde un ordenador público y pasar las fotos a un disquete, para luego deleitarse con ellas en la tranquilidad del hogar. Entonces, uno podía sentirse seguro y de esa forma no se dejaba rastro; salvo en el disco duro, claro: en un momento determinado alguien se había bajado un material determinado de un ordenador en concreto. En tal caso se trataba de intentar vincular ese ordenador y esa hora con una persona física, y eso no resultaba nada fácil. Lo más sencillo era, por tanto, intentar pillar a esos zoquetes que en alguna ocasión se dejaban vencer por el deseo y descargaban el material a través de su propio ordenador, jugándose así al dejar al descubierto la IP. En ese momento, la conexión quedaba establecida.

Sara había dado con tres zoquetes en la última lista. Rastrearlos era un proceso complicado que, sin embargo, contenía toda una serie de momentos mecánicos, procedimientos rutinarios que podría haber ejecutado dormida, si es que alguna vez era capaz de conciliar el sueño. Mediante una compleja interacción entre el ordenador central de la policía, la Interpol, internet e intranet había conseguido desvelar hasta el

momento —tras haber repasado aproximadamente una tercera parte del listado— dieciocho direcciones IP. Ocho eran suecas, de las cuales cinco pertenecían a ordenadores de instituciones públicas, y las restantes conducían a ordenadores de particulares, con residencia en Boden, Lund y Borås.

Empezaba a cansarse del ciberespacio. De vez en cuando se fijaba en el pequeño ser con el pelo rapado que se reflejaba en la pantalla. A esas alturas ya no lo confundía con un niño. Sabía que era ella misma: la Sara Svenhagen *física*. Y ése su aspecto. No era una víctima virtual de los pedófilos, sino una policía real. Sentía una necesidad imperiosa de volver al trabajo policial práctico. Hasta entonces ningún número de Estocolmo se había materializado en la lista, pero seguía buscándolo febrilmente para poder llevar a cabo una actuación directa. Física. Para poder mirar al hombre a los ojos.

Y seguramente para darse cuenta de lo de siempre: que el pedófilo no se veía a sí mismo como alguien malvado. Todo lo contrario, él era bueno, pues se tomaba en serio la innata sexualidad del niño, mientras que el resto del mundo había malentendido la esencia del pequeño convirtiéndolo en un ser asexual. El pedófilo le hacía el regalo más importante de su vida: le devolvía la sexualidad que le habían robado.

Era la misma cantinela de siempre, pero nunca llegaría a entenderla.

La cuestión era si la lista constituiría una conquista lo suficientemente importante como para motivar una intervención internacional a gran escala. O sea: ¿le tocaría esperar hasta dentro de, tal vez, seis meses para actuar en una operación conjunta con la policía americana, inglesa, alemana y francesa, por no hablar de la belga? ¿Y qué podría suceder durante esos seis meses?

Se trataba de una cuestión de conciencia, un dilema moral clásico, aunque de momento sólo existiese en el mundo virtual. Si se diera el caso de que apareciera una dirección física de Estocolmo contra la que Sara Svenhagen pudiera actuar de manera inmediata, ¿debería hacerlo? Tenía que sopesar bien los pros y los contras, calibrarlos con extremo cuidado; el riesgo de que el pedófilo virtual de Estocolmo abusara de más niños frente al de que pusiera sobre aviso al resto de la red de contactos, y así aún más niños podrían sufrir. En otras palabras, la posibilidad de coger a un individuo que poseía más información de otros pedófilos frente a la de capturar a toda una red.

En algún punto durante esos cálculos, Sara Svenhagen empezó a comprender la esencia misma de la economía de mercado. Todo tenía su precio, o más bien: a todo se le podía *poner* uno. Sí, a todo: a cada relación, a cada manifestación vital. En realidad, lo que estaba haciendo no era un planteamiento ético sino económico, en el que todo se reducía a sumar y restar, minimizar las pérdidas, causar el menor daño posible. O sea, limitar al máximo el número de abusos sexuales contra menores.

Le resultaba repugnante.

Necesario pero repugnante.

A *todo* se le podía poner un precio. La salida a bolsa de la esfera íntima. La

persona física convertida en persona jurídica, después en persona virtual. Lo que quedaba era una cifra, un valor, una cotización.

De repente tuvo claro por qué se había cortado el pelo.

Y justo en ese instante localizó la dirección física de la IP. Estaba en Estocolmo.

Pero le resultó rara. Fatburstrappan, 18. Debía de tratarse de algún sitio muy cerca del mercado Söderhallarna.

Y de pronto, la realidad cayó sobre ella como un águila: el dilema moral era algo ficticio, o al menos no era asunto suyo, pues había pasado por alto un detalle no precisamente insignificante.

La cadena de mando.

Eran casi las dos de Midsommarafton. En muchos sitios, el baile alrededor del mayo ya habría empezado. Luego llegaría Midsommardagen, el sábado, y después sería domingo. Unos días festivos en los que los efectivos de la ciudad se veían reducidos a la mínima expresión. Algo bien diferente a lo que pasaba en el campo. Sin duda, sus superiores ya estarían bailando y cantando, Ragnar Hellberg el primero, ese comisario siempre tan gracioso, conocido como «Ragnar el Verbenero». No obstante, Sara disponía de un número móvil para emergencias.

La cuestión era si de verdad quería llamar a su jefe. En realidad, no corría prisa. El pedófilo en Fatburstrappan, 18 *quizá* no cometería ningún abuso grave durante las fiestas. Aunque ese *quizá* no le valía, porque *quizá* pasaba todo lo contrario y tenía previsto celebrar la fiesta con una verdadera orgía de abusos sexuales contra menores.

¿Qué diría Hellberg? Tal vez ya se había tomado unos cuantos chupitos de aguardiente, lucía un sombrero de papel en la cabeza y cantaba a pleno pulmón. No podía decir hasta qué punto lo conocía. Era el comisario más joven y más guasón del cuerpo, aunque de esa forma un poco forzada, como ocurre en algunas empresas donde todo el mundo tiene que pasárselo bien, y es una orden. Venga, vamos a ponernos luces azules giratorias en la cabeza para ir a ver el maratón de Estocolmo, ¿vale? ¿Todos? Sí, ¡venga, vamos! Aunque, por otra parte, Hellberg, a la hora de la verdad, era un policía muy competente. Sin embargo, no podía olvidar sus maniobras para deshacerse de Ludvig Johnsson, que era el verdadero artífice de toda la unidad de pedofilia. Recordaba cómo los jefes de la dirección general habían buscado al joven y ambicioso policía, mediáticamente brillante, con el objetivo de promocionarlo a toda velocidad. Y, en efecto, Hellberg era muy mediático: salía muy bien en la tele, conocía a todos los reporteros por su nombre y siempre tenía un chiste a mano.

Pero lo cierto es que en el fondo no sabía nada de él. Si tenía familia, dónde vivía, si pasaba estos días en su casa de campo con el móvil apagado... Si tenía la desfachatez de contactar con su jefe en pleno Midsommarafton, ¿se le cerrarían todas las puertas profesionales? ¿Le caería una buena bronca? ¿Expelida por una boca llena de arenques y aguardiente, acompañada por canciones báquicas de fondo?

Tenía que tomar una decisión. ¿Luz verde o roja? Ahora mismo estaba en ámbar.

Con la modificación correspondiente en el color que dictaba la nueva normativa de la UE.

Marcó el número de teléfono. Hellberg contestó casi enseguida, como si estuviese esperando su llamada. Y no parecía haberse ido al paraíso del aguardiente y las canciones báquicas, porque cuando la voz de su jefe resonó en su oído reconoció, para su gran asombro, el tono cargado de la típica angustia provocada por las grandes festividades.

¿Estaría Ragnar el Verbenero igual de solo y abandonado que ella? ¿Toda esa actitud pachanguera no era más que una máscara profesional? Mientras le anunciaba su hallazgo sintió un profundo asombro:

—He encontrado algo.

—¿Estás trabajando *ahora*? —exclamó Hellberg, aunque sin la esperada melodía jovial que insinuara que ella, en lugar de trabajar, debería estar por ahí revolcándose en la paja con algún apuesto joven.

—Sí.

—Yo también.

—¿Con qué? —soltó ella con torpeza.

Y es que Ragnar Hellberg no le parecía el tipo de persona que se llevara el trabajo a casa ni siquiera entre semana.

—Bueno —dijo, y parecía reírse un poco—. Digamos que con tareas administrativas. ¿Qué es lo que has encontrado, Sara?

—Una nueva red.

—¿Cómo? ¿El código de Nässjö? Pero si parecía prácticamente imposible de descifrar.

—Sí, el de Nässjö. Se trata de un zoquete de Estocolmo, en el número 18 de Fatburstrappan, pero también hay otros. La cuestión es si debemos cogerlo ahora mismo, o si nos conviene esperar y atraparlos a todos a la vez.

—¿Hay números internacionales?

—En su mayoría. Pero también en Boden, Lund y Borås. Eso de momento, porque todavía me quedan muchos por mirar.

—¿Cuántos países?

—Hasta ahora tres. Estados Unidos, Alemania y Francia. Una operación coordinada llevaría su tiempo.

—Sí —dijo Hellberg mientras parecía reflexionar—. O sea, si te he entendido bien, quieres cortarles las alas inmediatamente para que no proyecten su sombra sobre las flores de Midsommar, ¿no?

—Sí, eso es lo que quiero —reconoció Sara Svenhagen, sin captar muy bien el sentido de las floridas metáforas de Hellberg.

—En fin —suspiró Hellberg—. No existe ninguna posibilidad de que cojamos a los de Boden, Lund ni Borås en este momento. Pero aquí sí hay una, en eso tienes razón. Vale. Dos cosas: la primera es que necesitas encontrar suficiente material

como para que podamos detenerlo y meterlo en prisión preventiva. No debemos permitir, bajo ningún concepto, que tenga la oportunidad de contactar con alguien que ponga sobre aviso a la red. No le dejes ver a nadie. Ni al abogado. Acógete a las nuevas reglas. Pero, como ya he dicho, es fundamental que des con algo en la casa.

—Estás insinuando que debo...

—No, no estoy insinuando nada. Sólo te digo que tienes que encontrar algo.

—¿Y lo segundo?

—Nadie debe saberlo, esto queda entre tú y yo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es una orden, ¿de acuerdo?

—No entiendo...

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Llévate a dos agentes de la policía del distrito para que se ocupen de la puerta. Cuéntales lo menos posible. Yo me encargo de la orden de registro. Preséntate en la comisaría de Södra Station y cógete a un par de agentes de allí. No llames antes.

—No sé si entiendo muy bien...

—Entiendes lo que necesitas entender. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Sara Svenhagen desconcertada antes de colgar.

Se quedó mirando el teléfono.

¿Era realmente luz verde lo que le había dado?

Capítulo 17

Todavía quedaban huellas dispersas. Alguna que otra carpeta con facturas, hojas y confirmaciones de pedidos estaba tirada por las mesas con pinta de haberse despistado. Las paredes seguían cubiertas por pósteres, o lo que quedaba de ellos, con las esquinas arrancadas y las chinchetas aún clavadas. En su mayoría representaban motivos de tipo escapista: visiones de islas paradisíacas, fabulosos paisajes del campo sueco con un aspecto absolutamente virgen, inalcanzables idilios de archipiélago e infinitas playas turcas salpicadas de chiringuitos en cada curva.

El personal administrativo se había visto obligado a abandonar sus oficinas de forma apresurada para devolvérselas a los integrantes del Grupo A, quienes ahora se encontraban cada uno en su antiguo despacho sin reconocerlo del todo. Paul Hjelm sacó una conclusión osada, y no desprovista de prejuicios: el trabajo administrativo requería una alta dosis de escapismo.

No cabía duda de que el trabajo policial también, aunque por razones bien distintas. Paul Hjelm no sabía si aquello a lo que últimamente dedicaba su tiempo libre debía clasificarse como escapismo o no: leía, escuchaba *jazz* y «tocaba el piano» —se aseguraba de que las comillas estuvieran en su sitio cuando pronunciaba esa última frase—, pues había cumplido una vieja promesa, la de comprarse un piano. Antes de empezar a aporrear las teclas siempre comprobaba que la casa —y a poder ser todo el barrio— estuviera completamente desierta. Pero entonces, encantado, se tomaba bastantes libertades: experimentaba con atrevidas armonías, probaba los límites, imitaba, sacaba sencillos acordes de oído y, de vez en cuando, incluso se sorprendía a sí mismo tarareando a lo Glenn Gould. Sin embargo, cantar lo que se dice cantar era algo que no hacía nunca. No entendía por qué, pero no era capaz de persuadirse a sí mismo para entonar una canción. Ése era su límite.

En torno a la palabra «leer», sin embargo, no ponía comillas. No le daba ningún reparo admitirlo: *Paul Hjelm leía*. Es más, hacía un verdadero esfuerzo para no echarse atrás ante las complicaciones y no abandonar la lectura en esos momentos en los que sentía la tentación de hacerlo, para continuar adentrándose en territorios desconocidos. Posiblemente se trataba de la manifestación de una suerte de crisis de los cuarenta. No quería morir sin haber explorado al máximo lo que la vida podía ofrecerle.

El último libro que había caído en sus manos era de Rilke. Pese a que la poesía seguía resultándole complicada, se abrió paso por las *Elegías de Duino*, diez largos y extraordinarios poemas. Sintió que allí había algo, algo absolutamente fundamental, vital, la presencia de alguna cosa con la que no se veía capaz de contactar por sí mismo. Pero, aun así, no llegó realmente a alcanzarlo.

«Pues lo bello es sólo el comienzo de lo terrible, el límite de lo que soportamos».

Había dejado de lado el poemario de Rilke prometiéndose retomarlos más tarde. En su lugar, había cogido la novela juvenil del mismo autor *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, que lo dejó hechizado. No encontró palabra mejor para describirlo. «Hechizado». No lo podía soltar. Llevaba a todas partes esa fantástica descripción de la infancia: lo acompañaba en aquella oficina provisional de la policía local cuando contestaba el teléfono con «despacho de Gunnar Löv», enfrentándose a aquella extraña pausa como respuesta, y también cuando caminaba entre charcos de sangre por el centro de la ciudad intentando entender por qué coño aquel cuchillo había tenido que penetrar entre esas costillas. No obstante, hasta que no empezó a tomar cuerpo lo que se escondía detrás del asesinato del Kvarnen, no tuvo la sensación de que había terminado la novela. Le pareció que aquella obra le permitía percibir algo extrañamente oculto, que en circunstancias normales no habría sido capaz de detectar. Y ese descubrimiento se lo agradecía a la literatura, aunque sonara un poco idealizado.

Su vida familiar, en cambio, no se presentaba muy idealizada. Danne ya no mostraba el constante malhumor de la pubertad, cierto, pero ahora le tocaba el turno a Tova, quien había perdido el juicio, presa de una absoluta locura adolescente. Paul Hjelm no se veía con fuerzas ni para pensar en ello. Cilla, sin embargo, estaba atravesando un mal momento: había pasado de llevarse muy bien con su hija a convertirse, a los ojos de ésta, en la persona más hortera y carca del planeta. Se trataba de la primera vez que su mujer realmente acusaba su edad, que tampoco era muy avanzada pero que ahora aumentaba a pasos agigantados, más o menos al ritmo de un año al día. En ese momento, Cilla rondaba los noventa y tres, y por tanto no le quedaban muchas ganas de disfrutar de la convivencia matrimonial.

Detrás de la cabeza de Jorge Chávez colgaba Delfi: un paisaje griego idealizado, sujeto a la pared con chinchetas doradas. La cabeza de su compañero estaba delante del ordenador, como enchufada a él.

—Te sienta bien —sentenció Paul Hjelm.

—¿Qué? —dijo Chávez mientras seguía dándole a las teclas.

—Delfi, que te sienta bien.

Chávez dejó de teclear y miró hacia atrás. Mostró una pequeña mueca y continuó aporreando el teclado.

—¿Cómo te va? —preguntó Hjelm abruptamente.

Chávez suspiró y levantó la vista.

—¿Estamos aquí para trabajar o para contarnos la vida? —espetó sin rodeos.

—Para contarnos la vida —respondió Hjelm impasible—. Por lo menos durante un par de minutos. ¿Quieres un poco de café?

—No, no quiero, y menos de esa marca y de esa máquina que suelta trozos de cal.

—Racista —comentó Paul Hjelm mientras servía dos tazones de café de la vieja cafetera eléctrica que había encima de la mesa común—. Tienes que dejarte integrar, porque si no, nunca te adaptarás a la sociedad sueca y nunca podrás entrar en los

bares.

—Hay una pequeña paradoja en la sociedad sueca —dijo Chávez, cogiendo el tazón—. Sólo dejan entrar en los bares a los que nunca van.

Brindaron. Hacía mucho tiempo que no se tomaban un café juntos.

—Bueno, no está mal —siguió Chávez mientras su cara se torcía en una mueca, los trozos de cal bailándole en la boca—. En fin, he hecho tantos malditos cursos últimamente que ya no soy capaz de diferenciar unos de otros.

—¿Cursos de lengua materna? —insistió Paul Hjelm con una encantadora sonrisa.

—Cuando *dentro de poco* me nombren comisario —anunció Chávez con la misma encantadora sonrisa—, esas tendencias xenófobas se eliminarán del cuerpo. Y tú serás el primero al que ponga de patitas en la calle.

Todo seguía igual; Hjelm y Chávez habían vuelto.

—¿Y las mujeres? —quiso saber Hjelm.

—¿Cómo se llama ese director de cine... el que hizo *Casa de Ángeles*?

—Colin Nutley. Un inmigrante también. ¿Qué pasa? ¿Estáis enrollados?

—Colin Nutley, eso es. Cuando llegó a Suecia le llamaron la atención dos cosas: las mujeres le parecieron increíbles.

—¿Y la segunda?

—Pero los hombres... Lo dijo textualmente así: «Pero los hombres...». Me parece una forma muy bonita de expresarlo.

—¿Y con eso te parece que has respondido a mi pregunta? —insistió Hjelm tranquilo.

—Pues claro que hay mujeres. Más de una, pero ninguna muy especial.

—¿No crees que ya va siendo hora de que sientes la cabeza?

—¿Como Viggo? —exclamó Chávez—. ¿Has oído lo del bebé? Joder, menuda historia.

—Cuanto más disparas, más oportunidades hay de acertar. Aunque, claro, también existe el riesgo de que haya disparos fortuitos...

—Por lo visto, un día esa mujer se plantó delante de su puerta con un bebé en brazos y así, sin más, le soltó: ésta es tu hija. Y ahora vive con ella y la niña. Vamos, lo que se dice una familia feliz.

—El muy cabrón se libró de todas las paranoias del embarazo —dijo Hjelm con envidia—. ¡A eso le llamo yo suerte!

—Sé que esto no va a hacer más que fomentar tus prejuicios, pero lo cierto es que gusto a las mujeres. Así de sencillo. Aunque como el gran amor brilla por su ausencia, sustituyo la calidad por la cantidad. Sabes lo que dice Marx, ¿no?

—Pues no —replicó Hjelm, señalando el ordenador de Chávez—. ¿Has encontrado algo?

—Sólo ideas. ¿Y tú?

—Si resulta que el hombre ese del Kvarnen, al que escucharon conversar en

inglés con los tres extranjeros que al parecer son yugoslavos, realmente es policía, entonces él es la clave. Es él quien ha puesto en marcha toda esta mierda. Detrás puede haber tres motivos: un soborno, un chantaje o una transacción para comprarle algo. El soborno lo descartamos porque todo parece indicar que se trata de un pago aislado, por lo visto de gran importancia. No tiene pinta de ser nada que se haga con regularidad, aunque tampoco podemos desecharlo por completo porque podría ser la primera de una serie de entregas. El chantaje es posible, pero ¿qué sabrá ese policía sobre Rajko Nedic que no sabemos nadie más? El tercer motivo me parece el más plausible; puede que compren información, aunque lo más probable es que sean drogas. Pero entonces lo que debemos buscar es un policía con acceso a ellas. ¿Quizá un alijo incautado del que no se ha dado parte? Creo que debemos echar un vistazo entre los de estupefacientes.

—En ese caso, ¿no habría que hablar con asuntos internos? —preguntó Chávez.

—El problema es que no hemos podido confirmar que realmente sea policía. Además, el que mostró la placa en el Kvarnen no tiene por qué ser el que estaba hablando con los yugoslavos, aunque también es verdad que no nos falta nadie más. Kerstin y yo tendremos que volver a contactar con todos los testigos del Kvarnen para que nos den más detalles tanto del policía como de los atracadores.

—O sea, 2C, 2E y 2F.

Hjelm mostró una pequeña mueca y dijo:

—Si quieres insistir en esas denominaciones, sí. Eskil Carlstedt, 2A, muerto; Sven Joakim Bergwall, 2B, muerto; Niklas Lindberg, 2D, inquietantemente vivo. Si analizamos el grupo sanguíneo del 2C tal vez saquemos algo en claro, sobre todo si luego vamos a Kumla; seguro que formaba parte de la pandilla nazi que había allí. El AB negativo, muy frecuente no creo que sea. Söderstedt y Norlander continúan con la pista de Kumla, no sólo van a interrogar al resto de los yugoslavos sino también a todos los neonazis. ¿No te da envidia?

—Mucha —replicó Chávez mientras se arrancaba un padrastro con gesto impasible—. Se van a estrellar.

—Pues sí, lo mismo nos toca rascar sus restos de las paredes de alguna celda. Bueno, en fin, ya veremos. Luego está Eskil Carlstedt. He indagado en su pasado y me he dado una vuelta por su apartamento. Como sabía que lo íbamos a registrar, lo ha limpiado de arriba abajo. No hay rastro. Los vecinos oyeron que alguien pasaba la aspiradora el día 24 muy temprano por la mañana, o sea, antes de pasarse por aquí para ser interrogado por un par de policías muy torpes. En su disco duro no hay nada, lo han borrado todo. Esperemos que se pueda reconstruir algo, los técnicos están en ello. Más trabajo para Svenhagen. Por cierto, ¿has visto a su hija? Ésa sí que es algo para ti, Jorge. Trabaja con Gunnar. Una mujer increíble, aunque con el pelo demasiado corto quizá.

—No creo en las relaciones entre policías —dijo Chávez con voz sombría.

—No se trata de creer. Se trata de la pasión que arrasa con todos los principios

racionales.

—Anda, cállate y sigue.

—Eso es imposible, no puedo hacer las dos cosas —comentó Hjelm—. Elige una.

—Que sigas —pidió Chávez con voz aún más sombría.

—El pasado de Carlstedt está igual de vacío que su disco duro. Kerstin se ha ido a hablar con sus compañeros de trabajo en Kindwalls, un concesionario que está en el puerto de Hammarby, donde se dedicaba a vender Fords de segunda mano. ¿Qué te parece? Un tipo que vendía coches usados. De usar y tirar seguramente, y ahora el que está en el desguace es él.

Chávez soltó una carcajada y dijo, con un tono artificial:

—«¿Comprarías un coche usado de este hombre?». A mí me interesa más Nedic. ¿Cómo coño es posible que lleve la vida tranquila de un hombre de negocios honrado cuando todos sabemos que es uno de los principales narcotraficantes de Suecia? La mayoría viven en la clandestinidad, pero este tío ha sabido hacer un doble juego sorprendentemente eficaz que parece fundamentarse en una extrema lealtad de corte casi mafioso. Nadie se va de la lengua sobre Rajko Nedic. Eso es una verdad como una catedral.

—¿Y a qué tipo de negocios legales se dedica?

—¿Tú que crees? —empezó Chávez—. La hostelería, para variar. Tiene tres restaurantes, con una comida exquisita, al parecer. Uno de ellos casi gana una estrella Michelin. Han intentado pillarle por la puerta de atrás, por algún delito con Hacienda, como a Al Capone, pero ha sido imposible. Esa parte de sus negocios la lleva de forma impecable. Según los compañeros de delitos económicos, es el tipo más legal de todo el sector.

—¿Podría tratarse de algo relacionado con eso? —preguntó Hjelm mientras se rascaba la imaginaria calva incipiente.

—¿Que algún policía haya descubierto la puerta de atrás y que ahora intente completar su nómina con una bonificación extra? Sí, claro, podría ser. Lo que pasa es que no parece que haya ninguna puerta de atrás. Y tú mismo lo has dicho: ¿qué podría haber encontrado un único policía cuando todos sus colegas no han dado con nada?

—¿Y cómo sabemos que actúa solo?

—Que haya toda una banda de policías corruptos no me suena muy convincente —dijo Chávez—. Sería muy difícil que se mantuvieran unidos, aunque quizá se trate de los polis X. Eso sí me convence más. Eso de la «puta quisquilla de mierda» fue de lo más ingenioso. Es una pista clarísima.

—¿Qué tal los brazos? —preguntó Hjelm con una maliciosa sonrisa.

—Los dos hombros dislocados, la tibia partida y el bazo roto. Mañana por la mañana me van a reventar con una microbomba y a ti, personalmente, te tocará despegar mis restos de las paredes de la comisaría.

—¡Qué honor! Pero insisto, ¿tiene que ser un policía que actúa solo?

—¿Y por qué un policía? —replicó Chávez al tiempo que se levantaba, para a continuación estirarse y acercarse a la ventana que daba al trágico patio del edificio de la policía—. Quizá nos hemos centrado demasiado en eso. No podemos descartar otras opciones.

—Tienes razón —asintió Hjelm—, es verdad que no tiene por qué ser un policía. ¿Qué más? ¿Armas?

—Los de la Banda 1 llevaban pistolas rusas Izh-70-300. ¿Quieres que te cuente la historia de esa arma?

—No.

—Érase una vez después de la segunda guerra mundial —empezó Chávez como si estuviese sentado al lado de la chimenea contando un cuento—, cuando el Ejército Rojo necesitaba sustituir sus clásicas pistolas Tokarev, que un ingeniero de nombre Nikolai Makarov diseñó una que al final contó con el beneplácito de Stalin. Sin embargo, la producción no pudo empezar hasta después de la muerte del dictador. En 1954, Izhevskij Mekhanikeskij Zavod inició la fabricación de la, por lo visto, excelente pistola Makarov, que se sigue fabricando en la actualidad. De pronto, tras la caída del Muro, se abrió un mercado floreciente para la fábrica estatal Izhevskij: las pistolas rusas se convirtieron en una moneda fuerte. Se ideó una nueva serie, la Izh-70, basada en las de Makarov. Ésta y la Izh-70-100 usan la munición tradicional de Makarov, 9 × 18 milímetros, con cargador de ocho y doce cartuchos respectivamente, mientras que la Izh-70-200 y la Izh-70-300 están diseñadas para el cartucho Browning, más internacional, que es de 9 × 17 milímetros, también de ocho y doce cartuchos. Además, existe la nueva y flamante Izh-70-400, especialmente concebida para la munición Parabellum, muy popular en el gigantesco mercado armamentístico de Estados Unidos.

—Fascinante —murmuró Hjelm—. ¿Conexiones...?

—Parece ser que, efectivamente, es un arma que se usó mucho en las distintas guerras en los Balcanes. Pero, como he comentado, es muy popular en general...

—¿Y las metralletas? Espera, deja que lo adivine.

—No.

—¿A que las robaron de un arsenal militar sueco?

—Muy bien. Eso es —dijo Chávez, que se dejó caer en la silla con un ruido sordo—. Procedían de un almacén militar en Boden en el que hubo un importante robo el año pasado. Se llevaron veintitrés de ellas, del modelo estándar, y una buena cantidad de cajas de munición. Da gusto ver lo fácil que se lo ponemos.

—Boden —repitió Hjelm—. Supongo que Niklas Lindberg ha estado destinado allí alguna vez durante su larga carrera militar.

—En efecto, tanto él como Bergwall. Éste hizo la mili allí y Lindberg estuvo cuando era cadete... ¿Se dice así? ¿Cadete?

—Y yo qué sé. Venga, ¿qué más?

—Bueno —suspiró Chávez pesadamente—. Ahora voy a trabajar con

organizaciones nazis, con Gunnar Nyberg de apoyo, si es que todo se arregla con sus otros casos. En algún sitio se conoce esta operación, y en algún sitio alguien sabe lo que va a pasar ahora. Creo que no hemos visto más que el principio de todo esto. Tienen el maletín. Tienen el dinero —o las drogas—, pero estoy seguro de que piensan destinarlo a algo especial. Apostaría lo que fuese. Por tanto supongo que lo que va a pasar es lo siguiente: Gunnar y yo vamos a por los nazis; Arto y Viggo se encargan de lo de Kumla; y Kerstin y tú os dedicáis al «policía». No creo que tenga mucho sentido ir a por Nedic directamente. Eso nunca ha dado ningún resultado. Además, él no está detrás de la matanza de Sickla, eso es obra de Niklas Lindberg y su banda. Son a ellos a los que tenemos que coger.

—Mira qué bien —exclamó Hjelm—. Pero si ya lo tiene usted todo pensado, señor comisario. Sólo le falta una cosa; ¿a qué se va a dedicar cierto caballero pensionista de nombre Jan-Olov Hultin?

—Bueno, ya le buscaremos algún trabajillo terapéutico, ¿no? ¿Encaje de bolillos, quizá?

Capítulo 18

El comisario Jan-Olov Hultin no tenía previsto dedicarse al encaje de bolillos, sino hacerle una visita a Rajko Nedic.

¿Por qué no?, pensó mientras estacionaba el Volvo que acababa de sacar del parque automovilístico de la policía, con la intención de recorrer a pie los últimos metros por las calles más lujosas de Danderyd, desiertas a esa hora de la tarde en plena fiesta de Midsommar. El tiempo se mostraba indeciso. De momento, los amenazadores nubarrones habían decidido tomarse un descanso y al separarse revelaron un desconcertado sol que parecía no tener muy claro qué hacer con sus rayos, pues éstos caían con cierta arbitrariedad sobre la bahía de Edsviken, consiguiendo arrancarle al agua sólo algún que otro destello suelto. El extraño y dubitativo resplandor ejercía un efecto hipnótico en el expansionista que, por un instante, se creyó transportado a su casa al otro lado de la bahía e imaginó que lo que refulgía era el lago Ravalen: acababa de fracasar en sus intentos por separar la mala hierba de la buena, por lo que había optado por esquivar la inocente mata con el cortacésped para después seguir subiendo la pendiente. Ningún lujoso Saab avanzaba por el camino de grava, ni ningún hombre con aspecto de agente inmobiliario sin escrúpulos dirigía sus pasos hacia él. La vida seguía tranquilamente su curso. Sísifo continuaba empujando su piedra.

La visión desapareció.

No todo el mundo podía denominarse «expansionista». Cayó en la cuenta de que debía de ser uno de los títulos menos frecuentes del país. Estaba decidido a hacer honor a esa denominación.

¿Por qué no?, pensó, aunque no tan a la ligera como podría parecer. El Grupo A, expresamente, había dejado la cuestión de Rajko Nedic abierta. ¿Debían permitir que éste siguiera sin saber que la policía estaba al corriente de su implicación en la matanza de Sickla? ¿Qué ganarían con eso? ¿No sería mejor asegurarse de que Nedic se quedara quietecito y no organizara otra matanza aún peor que la de Sickla? ¿No sería mejor poner las cartas boca arriba para que no creyera que podía seguir actuando con total impunidad? Ahora bien, seguro que Rajko Nedic no era un hombre que obrara sin tener las espaldas cubiertas. No ordenaría otra matanza para ajustar cuentas, algo que forzosamente dejaría huellas, sino que más bien intentaría recuperar el maletín mediante artimañas, amenazas e investigaciones profesionales. Aun así, Hultin sentía que —y de nuevo lo que le guiaba era el instinto más que la razón— sería bueno presionarle un poco, establecer un contacto de tú a tú, dejarse ver y mostrar un interés personal por el desarrollo de los acontecimientos.

Además, pensó Hultin, el que tomaba las decisiones era él.

Con ese irrefutable argumento aún en los labios, se encaminó a una puerta cerrada

de hierro macizo que se hallaba embutida en un muro de ladrillo. Una cámara de vigilancia lo enfocó con el *zoom* y antes de que ni siquiera hubiera empezado a buscar el timbre una voz resonó:

—Nombre y motivo de su visita.

Jan-Olov Hultin carraspeó y dijo con autoridad:

—Jan-Olov Hultin, comisario de la policía criminal nacional. Me gustaría hablar con el señor Rajko Nedic.

Tras unos instantes de silencio, la puerta se abrió deslizándose despacio y Hultin entró en un paraíso para cualquier jardinero. Un individuo que vestía un mono y una gorra sucia se ocupaba de las flores de un magnífico arbusto, portador de una belleza poco común. A su alrededor, por todas partes, la tierra florecía en plenitud. Hultin, al que, como ya se sabe, le costaba separar la mala hierba de la buena, sintió una envidia instintiva. Se acercó al hombre y le anunció:

—Busco al señor Rajko Nedic.

—Una planta poco común —comentó el hombre sin levantar la vista y sin dejar de ocuparse de las preciosas flores lilas—, pero también es verdad que en este jardín uno encuentra de todo.

Luego se quitó los guantes y le tendió la mano a Hultin.

—Rajko Nedic.

—Jan-Olov Hultin —replicó Jan-Olov Hultin asombrado, al tiempo que le estrechaba la mano.

Realmente parecía un jardinero, y no un importante narcotraficante. Aunque ¿qué aspecto se supone que deben tener los narcotraficantes? A lo mejor el de un cincuentón en mono y con gorra, de cara algo arrugada pero cuerpo atlético y sin una sola cana.

—Creo que lo que ha gestado toda esta belleza floral es mi infancia pobre en un paisaje muy árido —explicó Rajko Nedic sin asomo de acento extranjero—. Como usted quizá sepa, soy de un pequeño pueblo de la montaña situado en el este de Serbia.

—Ojalá tuviera yo esa mano con las plantas —dijo Hultin mientras admiraba la grandiosa explosión de colores.

—Debo reconocer que no sólo es una cuestión de tener buena mano —repuso Nedic, acariciando la flor—. También, me temo, es una cuestión de dinero. Algunas de estas plantas son rarezas, pero ésta no. Ésta es mi favorita, y eso que florece prácticamente en todos los jardines suecos sin dar problemas. Es una simple aguileña común. Qué belleza, la primera vez que la vi creí que me hallaba ante una prueba de la existencia de Dios. Fíjese en su forma, en estas cuatro fantásticas campanas que constituyen una bóveda en torno a un punto fijo, como si hubiesen encontrado el centro del universo.

Hultin contemplaba la aguileña común. Se trataba, efectivamente, de un ejemplar singular.

—Una obra maestra —afirmó con sinceridad.

—Sí. Ya lo creo. Bueno, señor comisario, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Más acusaciones gratuitas? Ya llevo tiempo esforzándome en explicarles que no soy más que un restaurador normal y corriente.

—No estoy aquí para acusarle de nada —aclaró Hultin, apartando la mirada de la aguilera común—, sino para darle el pésame por perder a cuatro colaboradores tan entregados...

La mirada de Rajko Nedic no sufrió cambio alguno. Continuaba siendo el afable jardinero que enseñaba el resultado de su paciencia y buena mano con las plantas.

—Me temo que no le entiendo —dijo.

—Vukotic en la cárcel de Kumla y los tres criminales de guerra en el polígono de Sickla. Le acompaño en el sentimiento.

—Le ruego que me disculpe, señor comisario, pero la verdad es que no tengo ni idea de qué está hablando.

—¿No ha oído hablar de la explosión en Kumla ni de la matanza de Sickla?

—Por desgracia, no me da tiempo a seguir todas las historias de los medios de comunicación. Trabajo mucho.

Sonó un teléfono móvil en algún sitio dentro del mono. Nedic consiguió sacarlo y contestó:

—Diga. Sí, sí, *Guten Tag. Leider können wir uns jetzt nicht sprechen. Ich rufe zurück in etwa zehn Minuten. Ja. Tschüss.*

—¿*Zehn Minuten*? —repetió Jan-Olov Hultin.

—Una estimación, nada más —aclaró Rajko Nedic mientras se encogía de hombros—. Tal vez terminemos incluso antes si va al grano, señor comisario.

—¿Contactos alemanes?

—Proveedores. La mayor parte de mi tiempo lo dedico a negociar con ellos.

—¿Proveedores?

—Sí, en este caso de vino de Mosel. Importación directa. Es una actividad perfectamente legal, como usted bien sabe.

—Bueno, entonces sacaré el mayor provecho posible a los diez minutos que me ha asignado. En esta ocasión sabemos más de lo habitual y, a diferencia de lo que suele ocurrir, este caso no lo llevan los de narcóticos ni los de delitos económicos sino que me ocupo yo personalmente de él con la ayuda de mi equipo, señor Nedic. Es un grupo muy bueno. Especialistas. Sabemos que le han robado el contenido de un maletín en el polígono de Sickla y que perdió a cuatro colaboradores importantes. Es posible que ya haya empezado a acusar la falta de personal aunque, al parecer, usted es capaz de reclutar en cualquier momento a cuantos criminales de guerra de la antigua Yugoslavia estime oportunos. Por si le interesa la información, también sabemos quiénes fueron los que le robaron. Además, con ese maletín, usted iba a entregar dinero o drogas a alguien que, al final, no lo recibió, y ese alguien se encuentra ahora mismo en un estado de profunda indignación, hasta el punto de que

quizá se convierta en un factor de riesgo. Sabemos que usted va a hacer todo lo que esté en su mano para recuperar lo que ha perdido y quiero que le quede claro que vamos a seguirle los pasos. ¿Desea usted interponer una denuncia por acoso policial?

Rajko Nedic contempló al señor mayor de las gafas de búho y la enorme nariz.

—No —respondió.

—Muy bien —repuso Jan-Olov Hultin—. Recuerde que éste no es el procedimiento habitual y que a partir de ahora las cosas se harán de otra forma.

Echó a andar hacia la puerta. Tras unos pocos metros se volvió.

—Una última pregunta —anunció—. ¿Cuál es la diferencia entre la mala hierba y la buena?

Rajko Nedic se rió ligeramente.

—Muy sencillo, señor comisario —dijo—. La mala hierba es la que se arranca.

Capítulo 19

Cuando Sara Svenhagen se encontró delante del edificio, mirando hacia arriba, se dio cuenta de por qué no había reconocido la dirección Fatburstrappan, 18.

Era la Torre de Söder.

En el año 1980 se inició la planificación de la zona en torno a Södra Station, la antigua estación de trenes del barrio de Södermalm. Lo que se pretendía en la práctica era construir un barrio nuevo entero y para ello se convocó un concurso de arquitectura. La cooperativa HSB propuso que se levantara un «Manhattan de Södermalm», que cubriría toda la zona, veinticinco hectáreas, con rascacielos de veinte a cuarenta plantas. Curiosamente, la iniciativa recibió muchos apoyos, aunque no conviene olvidar que esto ocurría a principios de los ochenta: una época de demencia desatada. Naturalmente, ni siquiera en esos momentos la propuesta llegó a aprobarse. En 1984, la oficina de urbanismo de la ciudad de Estocolmo presentó una alternativa en la que de la propuesta original quedaba *un solo* edificio muy alto que, en un intento por contentar a ambas partes, pretendía respetar la forma tradicional del barrio —edificar en torno a *una* construcción elevada, como si fuera el campanario o la torre de una iglesia— y, al mismo tiempo, no dejar con las manos vacías a los partidarios de los rascacielos. Más tarde, ese mismo año, se convocó otro concurso de arquitectos para dicho edificio, cuya ubicación sería la plaza Medborgarplatsen. Se presentaron nada menos que setenta ideas, de las cuales la gran mayoría proponía erigir un enorme rascacielos pseudoamericano de unos cincuenta pisos. Uno de los miembros del jurado —Sune Haglund, concejal de urbanismo del partido conservador Moderaterna— adoptó una posición poco neutral respecto a las diferentes propuestas en concurso, pues defendía con gran entusiasmo los planes para poner en pie un edificio de oficinas de una altura y un volumen a todas luces exagerados, provisto además de un restaurante giratorio en la parte de arriba. El concurso, sin embargo, quedó desierto, aunque a un par de participantes se les recompensó invitándolos a participar, dos años más tarde, en una nueva convocatoria para construir un bloque de oficinas considerablemente más discreto que el que Sune Haglund había abanderado. El arquitecto danés Henning Larsen ganó con un proyecto que presentaba una torre circular de cuarenta y tres pisos, que pronto llegó a denominarse popularmente como «el palo de Haglund». Esto ocurrió en 1986. Tras remitir la propuesta a los organismos oportunos para su consulta, proceso que duró un par de años, llegaron a la conclusión de que cuarenta y tres plantas constituían una altura excesiva, pues la torre se alzaría como un enorme y desquiciado falo entre los demás edificios del barrio de Södermalm, con el Globen Arena a modo de solitario testículo complementándolo al fondo. Por todo ello, se decidió dejarlo en treinta y tres alturas, que luego pasaron a veintitrés y que, al final, tras el veto de los representantes de

Stockholmspartiet, se redujeron a once. El falo se quedó así en un meñique. El bloque, poco imponente, de once pisos, se aprobó definitivamente en 1990. Ahora, por fin, la obra de reconversión de la zona de la estación sur de trenes estaba a punto de iniciarse con un centro comercial, un parque, unos edificios diseñados por Bofill en forma de arco y, por último, una gran escalera que uniría la zona con la plaza de Medborgarplatsen. Sin embargo, ya estábamos en la década de los noventa, y la crisis inmobiliaria era un hecho. Todos los proyectos de construcción previstos se congelaron hasta el noventa y dos. Entonces, la comisión de urbanismo constató que ya no se necesitaban oficinas, sino apartamentos, por lo que Henning Larsen, el arquitecto danés, transformó la propuesta de las once plantas de oficinas en una torre de sesenta y seis metros de alto, con unos cien apartamentos repartidos en veintitrés alturas. Durante la primavera del noventa y cinco, el proyecto se aprobó y la obra pudo empezar.

Tras todos los líos, las protestas y los intentos de alcanzar un consenso, «el palo de Haglund» recibía de vez en cuando el calificativo de «el gatillazo de Haglund», así que, cuando acabaron las obras, y con el fin de limpiar la torre del embarazoso apelativo, se la bautizó oficialmente como la Torre de Söder, un nombre que nunca llegó a cuajar del todo.

De todos modos, la gente se fue a vivir allí. Los pisos eran extremadamente caros, pero, aun así, los apartamentos se fueron ocupando.

Allí residía, por ejemplo, un tal John Andreas Witréus. Un señor que era pedófilo.

Sara Svenhagen se hallaba delante de la fachada entre dos agentes uniformados, con la vista alzada hacia ese extraño y enorme anillo que flotaba como un halo encima del edificio. En ese instante, la torre se le antojó bonita. Posiblemente, su mirada fuera algo parcial, pero no le pareció que el edificio hubiera quedado tan mal.

No obstante, le daba la impresión de que la combinación falo, halo, la medio tiesa y pedófilo significaba algo que de momento no era capaz de descifrar.

Dejó que su mirada se paseara por la plaza de Medborgarplatsen, que se encontraba extrañamente vacía. El lugar más concurrido de Estocolmo en circunstancias normales estaba ahora abandonado. El día había amanecido nublado y un poco gris, y la plaza se hallaba desierta como sólo la fiesta de Midsommar puede dejar desierta una plaza.

Un conserje dejó pasar al trío. En la entrada los alcanzó un olor a obra recién terminada, así como un leve aroma a perfume. Tras darle las gracias al conserje, entraron en el ascensor. El más alto de los agentes llevaba en la mano una barra de cemento, corta, negra y provista de asas. La sostenía, ostensiblemente, con una sola mano. Sara pensó que a lo mejor debía dirigirle una mirada de admiración para asegurarse su buena voluntad.

Pero fue incapaz.

El ascensor los subió dieciséis pisos. Recorrieron un pasillo, exquisitamente decorado con flores, hasta llegar a la puerta con el nombre Witréus. «¿Es realmente

un apellido?», pensó Sara mientras la señalaba en silencio. Por si acaso, desenfundó su pistola. Los agentes cogieron la barra por las asas, apuntaron justo debajo del picaporte y dirigieron la vista a Sara, quien asintió con la cabeza. A continuación, la abrieron de un golpe y entraron corriendo.

Un hombre canoso que rondaba los sesenta años, vestido con un ligero traje veraniego y una corbata lila, estaba sentado cerca de la ventana en el salón del piso. Bajó una cámara con un largo teleobjetivo y contempló pasmado el cañón de la pistola con la que Sara Svenhagen lo apuntaba.

—Dios santo —murmuró.

Aunque ella vio en sus ojos que sabía perfectamente de qué se trataba.

—¿John Andreas Witréus? —preguntó.

—Sí —susurró el hombre.

—Suelte la cámara y levante las manos.

John Andreas Witréus obedeció.

—Tumbese en el suelo, boca abajo —siguió mientras con la cabeza les hacía un gesto a los agentes uniformados, que enseguida empezaron a cachearlo con algún que otro toque de brutalidad.

Dio una vuelta por la casa, que tenía dos dormitorios y la forma de una porción de tarta. Era impresionante. Y estaba meticulosamente limpia. Por todas partes se veían objetos antiguos y elegantes. Había unas magníficas vistas panorámicas sobre la ciudad. En el dormitorio, de estilo colonial inglés, encontró un ordenador encendido.

Al verlo, la inundó una calma absoluta y gélida. Lo tenía. Regresó al salón.

Por algún motivo, uno de los agentes se había sentado encima de la espalda de Witréus, que crujía de forma alarmante.

—Creo que es suficiente —indicó Sara, levantando la cámara, una Canon profesional que por lo menos valdría unas veinte mil coronas.

El agente abandonó la espalda de John Andreas Witréus.

—Gracias —dijo zalamera para luego preguntar al hombre que yacía en el suelo—. ¿A qué le hace fotos?

—Me interesa la fotografía —explicó Witréus intentando levantarse mientras su espalda seguía crujendo.

—Eso tengo entendido —comentó Sara Svenhagen.

El resto lo dejaría para cuando estuvieran solos en la sala de interrogatorios. Se dirigió a los agentes:

—Llévenselo y métenlo en una sala de interrogatorios. Yo voy enseguida.

Los policías se lo llevaron. Sara permaneció junto a la ventana esperando a que el coche patrulla se marchara. A la derecha se veían el centro comercial Södermalmshallarna, la entrada a los dos multicines y un extremo del extraño y gigantesco edificio con forma curva que se conocía como el Arco de Bofill. De frente estaba la plaza con todas las terrazas vacías y el viejo edificio Medborgarhuset con las piscinas cubiertas y la biblioteca del distrito. Y a la izquierda, Götgatan y el

extremo derecho del parque de Björns Trädgård.

Volvió al formidable piso. Hizo lo que pudo para entender cómo era posible que ese indudable buen gusto se combinara con la sórdida pedofilia.

Pero bueno, también los oficiales de Auschwitz se rodeaban de una exquisita elegancia.

Enseguida dio con toda una serie de películas de pornografía infantil en un armario, quedando así arreglado ese pequeño dilema de si había motivo para la detención o no. Continuó con el registro de la casa y en el dormitorio encontró tres voluminosos álbumes con fotografías igual de comprometedoras.

El más pequeño de los dos baños lo había convertido en un cuarto oscuro. Tras encender la lámpara roja, entró en un extraño mundo pictórico. Cerca del techo, en una cuerda, colgaban fotografías recién reveladas y en el suelo auténticas montañas de imágenes aparecían esparcidas por doquier. Habría unas cinco o seis mil, y todas tenían más o menos el mismo motivo.

Se esperaba un espectáculo monstruoso, de esos que te cambian para siempre. Unas cinco o seis mil fotografías de abusos sexuales a niños. La Torre de Söder, una nueva Torre de Babel, causa directa de la venganza divina. El piso, el peor nido pedófilo del país. Y John Andreas Witréus, una especie de doctor Mengele.

Sin embargo no era así. Cierto que se trataba de fotografías de niños, pero todas parecían hechas desde la ventana de la casa. En verano, primavera, invierno y otoño. Niños que patinaban en la pista de hielo de Medborgarplatsen. Niños que atravesaban la lluvia corriendo camino del cine. Niños que jugaban con *hula-hops* bajo el sol veraniego. Niños que hacían *skateboard* entre montones de nieve. Niños con banderas amarillas y rojas saliendo del McDonald's que había en la esquina de Götgatan con Folkungagatan. Niños, niños y más niños. Y la mayoría de las fotos eran magníficas. Fotos de niños muy bonitas. Las fotos irradiaban una palpable sensibilidad ante la forma existencial del niño. Sintió un profundo asombro.

Eran en blanco y negro, y tenían las fechas grabadas. Era como una larga documentación de un lugar visto con los ojos de un niño. Le vino a la memoria la película *Smoke*, donde Paul Auster dejó que Harvey Keitel documentara su pequeño rincón del mundo. No era más que eso.

John Andreas Witréus había documentado su pequeño y enfermo rincón del mundo. Con los ojos de un niño.

Alzó la mirada a las fotografías que colgaban en la cuerda. La última era del 7 de junio. En un bote encima del inodoro había una veintena de carretes sin revelar. Lo cogió junto con una selección al azar de las fotografías. Se encaminó a la cocina, donde encontró una bolsa del supermercado Konsum en la que lo metió todo. Volvió al dormitorio a por los álbumes y al salón para recoger la cámara y un par de películas.

Echó un vistazo al ordenador, que estaba encendido, para ver si tenía contraseña. Así era. Lo apagó y se lo llevó. Todos los disquetes que encontró también acabaron

en la bolsa.

Luego salió, cerró la puerta rota y, tras pegar un adhesivo que indicaba que se trataba del lugar de un crimen, esperó a que regresara uno de los agentes uniformados.

—¿Habéis llamado a un cerrajero? —preguntó.

Él asintió con la cabeza.

Ella repitió el gesto.

—Llévate el ordenador —dijo antes de marcharse.

Cruzó andando el parque Fatbursparken y bordeó el Arco de Bofill, para luego dirigir sus pasos hacia el enorme reloj de Södra Station. De pronto, se encontró delante de la comisaría de Fatburgatan, 1. Sin más rodeos, atravesó la recepción y se dejó guiar por el dedo índice del policía hasta la sala de interrogatorios. John Andreas Witréus estaba allí sentado con aspecto de ser un director de banco en plenas vacaciones de verano. Sin inmutarse, Sara Svenhagen sacó lo que llevaba en la bolsa y lo depositó en la mesa: un montón de fotografías, el bote con los carretes sin revelar, los álbumes con fotos de pornografía infantil, los vídeos del mismo contenido y la cámara.

Luego se lo quedó mirando.

Él se rebulló inquieto en la silla. Pillado.

Como un niño.

—Pido perdón —dijo educadamente.

—La verdad es que no creo que usted sea un pedófilo *practicante* —empezó Sara Svenhagen—. Pero por otra parte, sabe que las leyes respecto a la tenencia de pornografía infantil se han endurecido últimamente.

—Lo sé —comentó con voz apagada y la mirada fija en la mesa—. ¿Fue por internet?

—Abordaremos ese tema más tarde. Tengo entendido que usted era propietario de una empresa muy rentable que fabricaba algún tipo de filtro para Volvo, ¿verdad? Una subcontrata. La fundó en los años sesenta y después de firmar con Volvo el valor se disparó. Al venderla, hace cinco años, usted se embolsó unos buenos millones, y ahora el contrato con Volvo se ha anulado y la firma ha quebrado. Buena jugada, sí, señor.

—¿Estoy aquí por mis negocios? —preguntó John Andreas Witréus con gran asombro.

—No —indicó Sara Svenhagen—. Hago un resumen de su vida, eso es todo. Usted vendió la empresa y se hizo independiente económicamente. Metió un par de millones en el piso que tiene en la Torre de Söder, lo decoró con un mobiliario magnífico y luego ha dedicado todo su tiempo a hacerles fotos a niños, sentado delante de la ventana, desde una altura de dieciséis plantas. ¿Por qué?

Permaneció callado, contemplando sus nudillos blancos. Luego levantó la vista y dijo:

—Me gustan los niños.

Ella le puso en las narices uno de los vídeos, abrió un álbum y, sosteniéndolo delante de la cara de Witréus, a pocos centímetros de distancia, le espetó:

—¡Y una mierda le gustan los niños! Lo que le pasa es que le *ponen* los niños, y eso es una diferencia de la hostia. Así que, cuénteme, ¿por qué hace esas fotos?

Él volvió a clavar los ojos en sus nudillos. Después de sostener el álbum delante del rostro de Witréus unos treinta segundos más, lo retiró y se enfrentó con una mirada completamente desnuda. Una mirada desnuda y *desconcertada*. Una mirada que, de hecho, parecía buscar una respuesta a la pregunta que le acababa de hacer.

—Yo creo —empezó Sara Svenhagen— que odia su sexualidad, que más que cualquier otra cosa en el mundo le gustaría que lo castraran. Cree que le gustan los niños, pero lo que pretende es *ser* uno. Quiere ser uno. Se sienta allí arriba en la torre, ante su ventana, y se imagina que adopta la perspectiva de un crío, pero en realidad ha puesto dieciséis pisos entre usted y ellos. Como para marcar la distancia. Para dejar claro que es inalcanzable, pues su proyecto es, por definición, imposible. Se queda allí, a una distancia segura, haciendo fotos de forma absolutamente maníaca. Cinco, seis mil fotos desde que se instaló en la casa hace tan sólo un par de años. Busca la perfecta instantánea de la infancia, pero usted mismo lo ha convertido en algo irrealizable porque se ha situado tan lejos que nunca será posible hacer la foto perfecta, esa que le podría volver a convertir en uno de ellos. Todo el proyecto trata de su absurda y para siempre imposible ambición de volver a ser un niño. Y cuando es preso del deseo, se castiga a sí mismo profanando lo más sagrado: el niño que lleva dentro. Como a todos los pedófilos se la suda el niño físico, el verdadero niño. Todo gira en torno a usted mismo. Cuando se hace pajas viendo cómo abusan de menores, lo que hace es castigar al niño que lleva dentro. Ese que se burla de usted al no salir a la luz. Ese que le agarra los huevos y que está a punto de hacerle reventar.

John Andreas Witréus observaba a Sara Svenhagen. Ella se sentía casi sudorosa, como después de una sesión de *footing*, pero en este caso de las cuerdas vocales.

—Sí —susurró Witréus—. Puede que sea así.

—Pero a mí usted me importa una mierda —le espetó ella crudamente—. Lo que quiero saber es cómo llegó a parar a una red de pedofilia en internet.

Witréus parpadeó. No era capaz de separarse de su propio yo. Era prisionero de sí mismo. Los muros que le confinaban parecían cercarle cada vez más hasta que ya no podía moverse. Todo era muro.

—La verdad es que no lo sé —articuló al final—. Me metí en alguna página a ver fotos. Luego, de pronto, un aluvión de imágenes empezó a entrar en mi correo. No sé cómo. Deben de haber descubierto mi dirección de correo de alguna manera.

—No me mienta.

—No lo hago. No miento nunca. Pero no me relaciono con gente. Durante cincuenta años he convivido con mi secreto. Nunca jamás he hecho realidad mi deseo, eso es algo que no existe para mí, lo mío es virtual, y tampoco he conocido

nunca a nadie más... A nadie más como yo. Es lo último que quisiera. Desprecio con toda mi alma a los que van a Tailandia a comprar niños. Son unos cerdos. Unos hijos de puta. Eso jamás. No quiero eso. No es eso lo que quiero. Juro que no tengo ni idea de cómo llegué a esa red. Mi correo se inunda de fotos sin que tenga la menor idea de cómo ocurre.

Sara Svenhagen se detuvo y reflexionó. Si todo esto era verdad, se trataría de una nueva estrategia que abría extrañas posibilidades. ¿Era posible averiguar la dirección de correo electrónico de todos los que visitaban una determinada página web? Y si era así, ¿cómo coño se haría?

Contempló a John Andreas Witréus con detenimiento. Se le veía nervioso, tocado, y estaba pensando en una sola cosa, en lo único en lo que había pensado en toda su vida. En sí mismo.

Y decía la verdad.

De eso estaba convencida.

Pero fue incapaz de sentir pena por él. A tanto no había llegado.

O al menos, eso era lo que se decía a sí misma.

Capítulo 20

—¡Mierda! ¡La tenía!

El rostro de La Bala se contrajo como si acabara de tragar ácido sulfúrico. Se ajustó los auriculares y siguió manipulando el aparato que tenía delante. Los diodos luminosos permanecían apagados.

Había conseguido sintonizar la señal en tres ocasiones.

Y en las tres la había perdido.

La primera vez salieron todos en tropel del sótano hacia la furgoneta verde. La Bala primero, girando sobre sí mismo como una bailarina, eso sí, con una antena en el aire, los auriculares puestos y sosteniendo el aparato, al que no le quitaba ojo ni un instante. Luego Rogge, que cargaba con Danne Morcilla. Y después el coronado, aún escéptico.

—Todavía la tengo —vociferó La Bala mientras se instalaba en el asiento del copiloto.

Rogge metió a Danne por la puerta de atrás, rodeó la furgoneta a toda pastilla y nada más ponerse al volante arrancó.

—Coge la E4 en dirección sur —continuó La Bala—. Debe de ser por ahí.

Después nada. La señal acústica desapareció de los auriculares y los diodos luminosos se apagaron.

—¡Mierda! —exclamó La Bala—. ¡Pero tú sigue! ¡Sigue por la E4! Tenemos que volver a pillarla. Creo que habrá más probabilidades por allí.

Se mantuvieron justo por debajo del límite de velocidad. Ciento dieciocho como máximo. Que les detuvieran por exceso de velocidad sería un desastre. Como era Midsommar, quizás, la policía había montado más controles de lo habitual; aunque, pensándolo bien, tampoco es que fuera muy probable.

En Södertälje llegó el primer dilema. No habían recuperado la señal y la intersección entre las carreteras europeas se iba acercando. ¿La E20 hacia el oeste o la E4 hacia el sur? La Bala alzó las manos en un gesto de impotencia.

—¿Gotemburgo o Malmö? —preguntó—. ¿A la derecha o todo recto?

Las alternativas revolotearon por la cabeza del coronado mientras el maldito cruce se aproximaba a toda velocidad. Si los ladrones hubiesen tenido la pasta en su poder, la E4 habría sido la opción evidente porque entonces estarían de camino al continente. Pero ahora seguramente tenían que buscar bancos y probar las llaves, lo que significaba que no había ningún motivo para elegir Malmö en lugar de Gotemburgo. Gotemburgo era más grande. Pero quizá habían visto que se trataba de una llave extranjera y, en ese caso, ¿no sería Copenhague la elección más obvia? Y si seguían recto, ¿qué ciudades había más cerca? Nyköping, Norrköping, Linköping. ¿Y a la derecha? Strängnäs, Mariefred, Eskilstuna, Örebro y... No, joder, Kumla no. Ya

está.

—La E4 —anunció justo a tiempo para que Rogge pudiera girar a la izquierda y continuar hacia el sur.

El otro contacto se estableció después de Norrköping, nada más pasar el segundo cruce de carreteras europeas, en el que optaron por no coger la E22 hacia Västervik y Kalmar. Se trataba de una breve señal de la que era imposible determinar la dirección. De todos modos, iban bien encaminados. La Bala no paraba de dar voces. Rogge dijo:

—¡Joder, tío! ¿No podemos pisarle un poco?

—No —replicó el coronado.

En el trayecto de la carretera que bordeaba el lago Vättern no ocurrió nada. Dejaron atrás tanto Gränna como Visingsö. Ni un solo pitido salió del aparato, así que estuvieron a punto de rendirse. ¿Habían perdido la señal para siempre? ¿Realmente funcionaba ese maldito trasto casero fabricado por La Bala? Sabían que el paso por Jönköping constituiría la prueba definitiva ya que en esa ciudad había un punto en el que confluían carreteras en todas las direcciones: la 33 hacia Nässjö, Vimmerby y Västervik; la 30 en dirección a Växjö, Kalmar y toda la provincia de Blekinge; la E4 que continuaba hacia Värnamo, Ljungby y Escania; así como la 40 hacia Borås y Gotemburgo. ¿Se dirigirían a Gotemburgo a pesar de todo?

—¿Nada? —preguntó el coronado.

La Bala negó con la cabeza. Tras pasar Huskvarna, bajaron las últimas cuestas hacia Jönköping.

—Nicke, tenemos que parar en una gasolinera ya —dijo Rogge—. El piloto está en rojo.

—Bala, capullo, ¿no puedes ponerle el turbo a ese puto trasto tuyo? —se quejó Danne desde atrás—. ¿Apretarle algo, joder?

—¿Y qué coño sabes tú de esto, gilipollas? —gritó La Bala.

—Silencio —ordenó el coronado, tranquilo.

Todos callaron.

No, Gotemburgo no. Ya lo había descartado. Se mantuvo firme en su elección. Västervik tampoco. Eliminada. ¿Växjö? Por esa zona había toda una serie de ciudades como Karlshamn, Ronneby, Karlskrona, y quizá Kristianstad. Pero si hubiesen querido ir por allí, sin duda ya habrían cogido el desvío de la E22.

—No cojas ningún desvío —dijo.

Se quedaron en la E4. En Skillingaryd el tema del combustible se volvió urgente, así que se detuvieron en una gasolinera.

—Para aquí —mandó antes de que el personal de la estación de servicio los pudiera ver.

—Pero si tenemos que echar gasolina —protestó Rogge.

—Tenemos que conseguir pasta —replicó. Acto seguido se puso el gorro de color dorado, quitó el seguro de la pistola y bajó de la furgoneta de un salto.

—¿Vas tú solo? —preguntó La Bala—. ¿Eso está bien?

—Eso es lo *mejor*. Esperadme aquí.

Así lo hicieron. Al cabo de cinco minutos volvió. Con una bolsa de plástico en la mano.

—Ahora puedes llenar el depósito —indicó mientras se quitaba el gorro de un tirón—. No creo que haga falta que pagues.

Repostaron. De vuelta en la E4, La Bala voceó de repente:

—¡Ahí está! Joder, la he vuelto a pillar. Habrán hecho una parada. Tengo la dirección. Van hacia el sur por la E4. No andan muy lejos.

—¿Le piso? —quiso saber Rogge.

—Mantén el límite de velocidad —contestó Niklas Lindberg, tranquilo, al tiempo que metía el gorro dorado en la guantera.

El rostro de La Bala se torció en una mueca como si acabara de tragar ácido sulfúrico. Gritó:

—¡Mierda! ¡La tenía!

Capítulo 21

Ya era demasiado tarde cuando se dieron cuenta. Se habían precipitado. Dos coches con rutas diferentes atravesaban el país: un viejo Datsun, un auténtico cacharro, y un flamante Ford Focus blanco, del modelo premiado el año anterior. No fue hasta que los separaban seiscientos kilómetros que advirtieron que era Midsommar. Ni un solo banco abierto en toda Suecia. Así que quedaban a merced de sus respectivos fantasmas, esos con los que habían prometido no tener que enfrentarse en solitario nunca más.

Sería un Midsommar que jamás olvidarían. Y que jamás tendrían que repetir.

Él estaba tirado en una triste cama de hotel, a las afueras de Orsa, escuchando a distancia las celebraciones que tenían lugar en la ribera del lago Orsasjön. Sus tímpanos transmitían el sonido al cerebro con unos impulsos eléctricos gravemente distorsionados. Una disonancia como burlona. Un ruido que le cortaba y descosía por dentro. Los músicos de Orsa atacaban con sus arcos las tensas cuerdas de sus nervios, y por mucho que las apretara contra la cabeza no había almohadas suficientes para aliviar su sufrimiento. El ruido —de eso no le cabía duda— se distorsionaba *desde dentro*. El eco reverberaba en su interior como lo hace la fiesta para alguien al que han echado; y se preguntaba durante cuánto tiempo el niño tendría que permanecer atado al árbol mientras la celebración continuaba en la ribera del lago. Midsommar. Por fin iban a dejarle participar. Era la primera vez que lo invitaban. Estaba invitado. De verdad. Mientras atravesaba el bosque junto a la bahía de Edsviken iba temblando de felicidad. Éste sería el punto de inflexión en su vida. Pasó por la cabaña que había construido. Se detuvo y se quedó un momento al lado de la pequeña y patética acumulación de tablas que lo habían protegido del mundo cuando éste se le vino encima. ¿Y cuándo no era así? Allí se había escondido para tallar barquitos con la corteza de los árboles con un frenesí que excluía todo lo demás. Llenó la cabaña de barquitos cada vez más elaborados hasta que casi ni él mismo podía entrar. Como Miguel el Travieso en el cobertizo. Aunque sin el sentido del humor ni cariño que había en el libro. Y ahora se encaminaba a una fiesta de Midsommar con sus amigos del cole. Lo habían invitado. ¡Por fin! Por fin lo habían aceptado. Se hallaba delante de la cabaña y sabía que aquella cabaña le había salvado la vida. Se acercó a ella y la derribó. No necesitó mucha fuerza, sólo tiró un poco de un par de tablas y la construcción cayó como un castillo de naipes. Un aluvión de barquitos de corteza salió de entre las ruinas. Y así se despidió de una parte de su vida para darle la bienvenida a otra. Una vida mejor. Pues peor resultaba imposible imaginársela. Siguió atravesando el bosque y divisó a la gente de la fiesta junto al agua. Bebían cerveza. Tras quedarse quieto unos instantes en la linde del bosque, inspiró profundamente un par de veces, se ajustó la ropa y echó a andar hacia sus

compañeros, quienes salieron a su encuentro riéndose y gritando. Una gran alegría lo inundó. Acto seguido, lo agarraron de los brazos, se los doblaron hacia atrás, lo ataron a un árbol y le obligaron a beber hasta que vomitó. Allí se quedó como un mayo a medio decorar, con la ropa nueva de verano empapada en vómitos. Al final, adquirió una tonalidad casi de un verde claro: el mayo ya estaba decorado.

Se dio la vuelta en la triste cama de hotel y cogió el diario *Expressen* de la mesilla de noche. Volvió a leer un artículo que le había llamado la atención y con un bolígrafo trazó otro par de círculos alrededor del mismo. El titular rezaba: «Las hermanas que se esfumaron». Luego agarró el móvil.

Ella estaba en una triste cama de hotel en Falkenberg y no oía nada, pues la pequeña ciudad de la costa oeste parecía completamente desierta. No se percibía ni un solo ruido. La mirada, que hasta entonces había permanecido clavada en el techo, se dirigió al maletín que yacía abierto en el suelo. ¿Y si ella estableciera contacto? Pero no había contacto posible. Lo único que había era ella y una cama. Durante unos años, las camas le aterrorizaron, de forma casi literal, y fue incapaz de dormir en una. Todavía podía oírlo. Algo dentro de ella seguía escuchando los pasos que subían por la escalera, aunque ahora resultaban débiles, casi habían desaparecido, como si los sonidos fueran los últimos recuerdos que la abandonarían. No oía cómo la puerta se abría, deslizándose de esa manera inconfundible que pretendía ser silenciosa pero que en realidad no lo era. Más bien todo lo contrario. El eco aún resonaba en su cuerpo, y sabía que así sería el resto de sus días. Por eso, su vida iba a ser tan corta. Una vida breve. Por eso experimentaba un placer tan inmenso al *no* oír la puerta abrirse deslizándose. Tampoco percibía cómo la sábana se apartaba a un lado con una caricia, ni el primer grito, aquel grito de locura, apagado, como silencioso; ni el segundo, más estridente, sin reservas, pero también de autorreproche. No había oído nada más, nada de nada, hasta que, de repente, bajó la mirada a su cuerpo casi desnudo y lo halló encapsulado en sangre coagulada. Descubrió las vendas en torno a sus muñecas, la bolsa con sangre colgando de un soporte, y se dio cuenta de que había fallado. Por eso se echó a llorar. La familia rodeaba su cama y se veía, se veía inmediatamente que todos pensaban que se trataba de lágrimas de alegría. Pero eran de tristeza. La tristeza de continuar con vida.

Él se levantó y se acercó a la ventana del hotel. Los músicos parecían haber abandonado sus acordeones y violines. Posiblemente, alguien les había sobornado con un buen trago de aguardiente. Alcanzaba a ver hasta la ribera del lago. Si ella hubiese estado a su lado, habrían sido unas fantásticas vistas de la puesta de sol, pero ahora le dejaban indiferente. Como todo lo demás durante aquellos años. ¿Cuándo llegó el cambio? ¿Fue ella la única razón por la que pudo cambiar o hubo más estaciones en su camino hacia el destino final? Los perdió de vista después del colegio. Nunca más quiso ir a una escuela. Siguió ocupándose de cosas prácticas con la misma y definitiva intensidad con la que había tallado los barquitos de corteza. Empezó a llenarle de cierto orgullo esa capacidad para arreglarlo todo, realmente

todo, para poder romper lo que fuese y luego arreglarlo. Y continuó tallando, aunque ya no barquitos de corteza, sino esculturas de madera abstractas. Ni siquiera sabía que *eran* esculturas hasta que alguien se lo dijo. En cualquier caso, eso se convirtió en una suerte de vida, con la condición de que pudiera mantener a los demás a distancia. A todos los demás. Y entonces apareció esa extraña invitación a una fiesta de su clase del colegio. Volver a ver a los antiguos compañeros. Como si no hubiera tenido suficiente con aquella invitación. Estaba convencido de que la tarjeta le había llegado por error, de que por casualidad figuraba en alguna vieja lista, de la cual deberían haberle borrado. Aun así, sentía que *debía ir*. Tenía casi veinte años y había transcurrido el tiempo suficiente como para que todo aquello ya no pudiera hundirle. Se presentaría, y su mera existencia constituiría un auténtico acto de acusación física. No conseguisteis matarme. Nada de odio, el simple hecho de estar allí les acusaría. Y acudió a la fiesta con la absoluta convicción de que aunque no lo ataran ni lo golpearan ni se le mearan encima, sí se mofarían de él y lo marginarían. Pero no ocurrió nada de eso, aunque estaban todos sus antiguos atormentadores. Todos. Y nadie parecía conservar el más mínimo recuerdo de cómo lo habían torturado. Lo trataron bien, incluso se rieron de los recuerdos. Juntos. Despreocupadamente. Como niños alegres. Y él comprendió que la tortura había tenido lugar sin demasiada premeditación, como si nada; después de todo, a alguien le tenía que tocar alguna que otra paliza, ¿no? Se dio cuenta de que no tenían ni idea de lo que le habían hecho. Y lo peor de todo sería el reencuentro con la chica. Podía vivir con lo que le habían hecho los chicos, pero la humillación que significaba volver a ver a la que fue la primera chica en meársele encima sería terrible, de eso estaba convencido. Pero esa convicción también resultó falsa. Totalmente. Pues ella se había convertido en una mujer maravillosa. Se veía en sus ojos que era ella la que sentía vergüenza y culpa, no él. Fue la única que se atrevió a comentar esa parte prohibida del pasado.

—Joder. ¡Qué mal nos portamos contigo! —fueron sus primeras palabras, y él se sintió capaz de cruzar su mirada al escucharla.

Y lo que descubrió en ella fue algo *aún peor*. Era la primera vez que veía algo semejante. Luego, durante toda la noche, no desvió su mirada de la de ella, y percibió, en lo más profundo de esos oscuros ojos, un horror más allá de lo comprensible. Y supo que quería saberlo todo. Absolutamente todo.

Ella se levantó y se acercó a la ventana del hotel. Como la gente había empezado a regresar poco a poco a Falkenberg, la ciudad ya no se hallaba desierta. Y si él hubiese estado a su lado, le habría apetecido salir a dar una vuelta, pero ahora le resultaba indiferente. ¿Qué era lo que durante tanto tiempo le había impedido dar el paso? Por primera vez se atisbaba un destello de luz desde el pasado: había tenido a alguien con el que podía contar, al que podía ir a ver, que la escuchaba. Su tío Lubbe. Ella recordaba la expresión de su rostro, que se oscurecía de esa manera tan particular, sus torpes caricias cuando le pasaba la mano por el pelo, mientras ella sollozaba en silencio, y cómo las lágrimas de él caían sobre su pelo y se abrían paso

despacio hasta el cuero cabelludo. Pero al final ni siquiera el tío Lubbe fue suficiente. Se cortó las venas, no a lo ancho sino a lo largo, no como una advertencia sino como algo definitivo, que, sin embargo, no resultó así. Mientras estaba ingresada en el hospital recibió una invitación a una fiesta del colegio. Era como una burla. Como si la despojaran de la última máscara y un cráneo corroído quedara al descubierto. La chica más dura de la clase. Las muñecas se habían curado, pero se negaba a abandonar el hospital. Todos los días le pedía a su doctora que se inventara una nueva complicación, y ésta así lo hacía, aunque cada vez con mayor gesto de preocupación. Al final resultó imposible alargarlo más. Fue a la fiesta de su antigua clase del colegio. Al fondo, en el bar del insoportable club de golf, vio a quien menos quería ver, sobre quien había volcado todo su autodesprecio. Tenía un aspecto muy distinto, parecía renacido: tan vivo y tan terrible y maravillosamente diferente a todos los demás, que eran todos iguales. En el preciso instante en el que ella pronunciaba sus primeras palabras, entendió que estaban hechos el uno para el otro. Dijo:

—Joder. ¡Qué mal nos portamos contigo!

El resto es, tal y como se suele decir, historia.

Capítulo 22

Habían quedado en Sundbergs Konditori, el viejo café de Järntorget que, a pesar de que era Midsommar, estaba abierto. Ella suponía que era por los alemanes. No los que hacía ya unos quinientos años habían construido los edificios que rodeaban esa plaza del casco viejo, sino los que ese día estaban paseando despreocupadamente arriba y abajo por Västerlånggatan preguntándose por qué todo estaba cerrado, hasta los restaurantes.

Pero Sundbergs Konditori, el café más antiguo de Suecia, tenía sus puertas abiertas, así que el local rebosaba de alemanes que buscaban guarecerse de la lluvia, pues había amanecido un día de Midsommar bastante gris en Estocolmo. Ese magnífico verano que se había mantenido casi todo el mes de junio, al parecer había llegado a su fin. La lluvia se arrojaba de un lado a otro a través del casco viejo limpiando los callejones de alemanes. Los más afortunados iban a parar al Sundbergs Konditori.

Lo descubrió sentado al fondo del local. Al verlo, le pareció que tenía un aire de habitante de Stalingrado.

Rodeado de alemanes.

La saludó discretamente con la mano. Cuando uno había quedado con Ragnar el Verbenero, o sea, con el comisario Ragnar Hellberg, lo normal era que él se levantara impetuosamente, mostrara una amplia sonrisa y no parara de mover los brazos de un lado para otro y de dar voces. Esta ocasión fue diferente. No hubo más que ese comedido saludo con la mano.

Llevaba vaqueros, una vieja y desgastada camiseta de color verde, y unas sandalias rotas; no solía verle con ese aspecto. Y nunca había visto tan despeinado y descuidado ese pelo moreno, algo largo, encima de la pequeña barba a lo Lenin. Bajo los ojos había unas incipientes ojeras. ¿A qué había dedicado la fiesta de Midsommar? ¿A trabajar? ¿A «tareas administrativas»?

Se le antojó más joven cuando estaba serio, como mucho aparentaba unos treinta años. Eso no solía pasarles a los hombres que, en general, parecían más jóvenes cuando *se reían*. Aunque, por otra parte, sólo se reían, lo que se dice reírse de verdad, cuando eran jóvenes.

Una pequeña paradoja para acompañar la lluvia de Midsommar.

Estaba sentado al fondo, junto a una puerta que pronto se evidenció como el baño, pues se abría y cerraba con mucha frecuencia. Ella se sacudió la lluvia y se sentó a su lado con una simple taza de café. Sin pastas ni bollos; no era el momento.

—Hola, Sara —dijo el comisario Ragnar Hellberg—. ¿Todo bien?

—Bueno, bastante bien. Siempre me quedo un poco tocada después de hablar con uno de ellos. Es como si fueran de otro planeta, de un universo paralelo.

—¿Qué impresión te ha dado? ¿Cómo se llamaba? ¿Wirsén?

—Witréus —corrigió ella—. John Andreas Witréus. Y parecía, bueno, como ido. Estaba pero aun así era como si no estuviera, como si llevara una existencia paralela. Hablas con él pero no está allí, no del todo. Me quería como terapeuta. Se le veía bastante perturbado, aunque también relativamente inofensivo. Un pedófilo pasivo, diría yo. Guardaba algo de pornografía en su casa, pero sobre todo hacía fotos. Un mogollón de fotos de lo más inocentes, al menos en apariencia, que sacaba desde su ventana en la torre. Fotos de niños que se movían por la plaza y en los alrededores. En fin, difícilmente algo que podemos calificar de criminal.

—¿Y te ha dado tiempo a echar un vistazo al ordenador?

—Sí. Creo que lo que nos ha dicho puede ser verdad. No parece que guarde listas de direcciones ni tampoco que haya enviado fotos a nadie, pero las ha recibido. *En masse*. Habría por lo menos unas quinientas sólo en el buzón del correo. Sin remitentes, claro, pero seguro que los podemos rastrear. Witréus dice que no sabe cómo ha ido a parar a una lista de envío. Quizá no se trate de una red.

—Y entonces, ¿qué sería?

—No lo sé. En realidad, no soy experta en informática. A ver lo que nos dicen los especialistas.

—Preferiría que no tocaran ese ordenador.

—Pero ¿por qué? —exclamó Sara Svenhagen.

Ragnar Hellberg se inclinó hacia delante. Sara vio que hacía mucho que no se cepillaba los dientes.

—Mira, Sara, yo podría obligarte a que te comieras el rango con patatas, decirte que obedecieras las órdenes y punto, pero no quiero. Así que no te queda más remedio que confiar en mí. Lo mantendremos entre nosotros. Nadie más debe estar al corriente.

Lo escrutó. El joven comisario de carrera meteórica. El policía juerguista. Tan apagado, tan serio, tan turbado... Y no entendió nada.

—Vale —dijo—. No haré preguntas.

—Sé que eres un hacha con los ordenadores, Sara. ¿No puedes encargarte tú sola?

—Probablemente, sí —admitió ella con sinceridad.

—Y entonces, ¿qué? ¿Qué es si no se trata de una red?

—Es una lista de direcciones. Se dejó ver en esa fugaz página web que apareció el jueves a las 19.36.07 y que se volatilizó al cabo de pocos segundos. Esa dirección la tengo, pero dejó de funcionar en el mismo instante en el que apareció. Es una página gratuita y anónima de Estados Unidos. Y como estoy convencida de que Witréus dice la verdad, no creo que se trate de una red porque esas direcciones no se conocen unas a otras, no intercambian fotos de la manera habitual. La lista es una forma de intentar ampliar el círculo de contactos sin correr ningún riesgo. Todos los que han visitado una determinada página web —que aún desconocemos— son bombardeados con pornografía infantil en su correo.

—¿Sin haber dado su dirección?

—Sí, creo que sí. Por lo visto, han encontrado un método de identificación rápida de correos electrónicos. Algo que, por cierto, nos vendría estupendamente a nosotros. Una gran parte de los que quieren mantener el anonimato se abren una cuenta en Hotmail, así que creo que la clave está ahí. Realizan una rápida identificación de la IP del que entra en la página, lo cotejan con los visitantes de Hotmail y así dan con una dirección de correo. Probablemente es un proceso que no lleva más de una milésima de segundo. Me imagino que se trata de algo nuevo.

—¿Eso significaría, por tanto, que no existe ningún riesgo de que levante la liebre? ¿Si soltamos a Witréus o si dejamos que se comunice con su abogado, no va a poder avisar a la red?

—Porque no hay ninguna red a la que avisar. En teoría, podría pasársele por la cabeza enviar una advertencia general a todas las páginas de pedofilia en internet, pero lo veo poco probable. Witréus se va a quedar dentro del armario. Aunque supongo que no lo vamos a soltar, ¿no?

—No —dijo Hellberg antes de reclinarsse en la silla—. No, claro que no. El material de pornografía infantil que tenía en su poder es suficiente, y además vamos a confiscar el ordenador. ¿Puedes llevártelo a casa y trabajar allí?

—Sí. Si es absolutamente necesario...

—Debo insistir en que *sí* resulta necesario. ¿Algo más?

—Witréus tenía un bote lleno de carretes aún sin revelar, y en la cámara también quedaba uno. ¿Me los llevo a casa y los revelo? ¿Puedo sacar el equipo necesario del almacén?

—Cómpralo —respondió Ragnar Hellberg—. Y pásame los recibos.

—Así que se trata de no dejar rastro, ¿verdad? —preguntó Sara Svenhagen, mirando a su jefe.

—De no dejar rastro —asintió éste.

Capítulo 23

Domingo por la tarde. Hora de hacer balance de la sangrienta fiesta de Midsommar: muchas borracheras, muchas violaciones y muchas agresiones. En definitiva, mucho Midsommar.

Aunque eso no era nada que incumbiera al Grupo A.

Paul Hjelm esperaba que la reunión del día anterior no se repitiera. Fue penosa. En parte porque la mitad de las fuerzas estaban ausentes: Söderstedt y Norlander se habían ido a Kumla, y Nyberg se ocupaba de los últimos flecos que quedaban de su trabajo en la unidad de pedofilia. Y en parte porque el desarrollo fue de todo menos memorable: Hultin accedió a la sala por su puerta, antaño tan misteriosa, y, tras depositar un taco de papeles en la mesa, se sentó y miró a los policías reunidos. Nadie de ese reducido grupo —Hjelm, Holm, Chávez— quería ser el que rompiera el silencio. Aunque daba igual, porque todos iban a decir lo mismo de todas formas: que no había pasado nada. Como a Hultin tampoco le apetecía reconocerlo públicamente, al rato se marcharon un tanto desconcertados y sin haber dicho esta boca es mía.

Hoy las condiciones se mostraban más favorables. Todos se hallaban presentes, y, al parecer, con las lenguas algo más sueltas, pues en el cuartel general del alto mando se oía un sordo murmullo. Jan-Olov Hultin los observó a través de sus gafas de búho y silenció la charla:

—Tengo que confesaros una cosa.

Una apertura de reunión poco habitual. Le dejaron continuar:

—He puesto sobre aviso a Rajko Nedic.

Se miraron unos a otros.

Chávez arrugó la nariz, pero aparte de eso no hubo más manifestaciones de protesta.

—Pensé que lo mejor era atarle corto. Además, quería presentarme. Fui a verlo a su chalet en Danderyd. No estaba celebrando Midsommar, sino que se entretenía con las plantas de un jardín que parecía el Edén.

—¿El papel higiénico? —preguntó Söderstedt.

—No me refería a Edet —replicó Hultin con tono neutro—. Sino a Edén.

—*Al este del Edén* —aludió Hjelm con elegancia.

—¿Y qué dijo? —quiso saber Chávez.

—En realidad, nada —contestó Hultin—. Me habló de las aguileñas comunes como una prueba de la existencia de Dios y lo negó todo.

—Qué sorpresa —murmuró Nyberg.

—Bueno, señoras y caballeros —dijo Hultin—. Hora de dar cuenta de los éxitos del fin de semana. ¿Alguien desea empezar?

—Le he estado dando vueltas a algo —comentó Chávez—. Un comentario que

hizo Åkesson cuando estuvimos en el lugar de la matanza de Sickla respecto a lo de las pisadas en la sangre al lado de esa marca de lo que parecía ser un maletín. Se han encontrado ocho pisadas, y resulta que son de unas Reebok, número 40, de un modelo de hace cuatro años.

—¿De hace cuatro años? —repitió Norlander desconcertado.

—Por lo visto, sí —confirmó Chávez, echando un vistazo a uno de los informes de la investigación forense que había redactado Brynolf Svenhagen.

Contaban ya con infinidad de ellos, les entraban sin parar. Svenhagen se hallaba en pleno éxtasis. Un delirio carnavalesco.

—Se puede determinar por las suelas —explicó una iniciada Kerstin—. Cambian de modelo cada año.

—Al grano —pidió Hultin.

—Uno —dijo Chávez riguroso—, las huellas van en dirección contraria. Y dos, los hombres de Niklas Lindberg no tienen pinta de ser el tipo de personas que anden por ahí pisando sangre así porque sí.

—Pero un par de ellos fueron lo bastante descuidados como para morir acribillados a tiros —constató Hultin, encogiéndose de hombros—. Y no olvides que los disparos salieron de sujetos a los que, con toda probabilidad, ya habían cacheado, de modo que es posible que estemos sobreestimando su profesionalidad. Y el hecho de que las huellas vayan en dirección contraria puede deberse a que el individuo que fue a buscar el maletín simplemente se asustara al encontrarlo empapado en la sangre de su compañero. La pisó y, sin saber muy bien lo que hacía, se alejó de ahí unos pasos en la dirección equivocada. Luego, cuando se dio la vuelta para regresar con los demás, la sangre ya había desaparecido de las suelas de sus zapatillas. No hagamos una montaña de un grano de arena.

—Sólo era una observación —murmuró Chávez mientras por su cabeza desfilaban todo tipo de actividades terapéuticas para pensionistas, como el encaje de bolillos.

—Número 40 —dijo Hjelm—. ¿Es un hombre pequeño? ¿O una mujer? Eskil Carlstedt tendría un cuarenta y siete por lo menos.

—Cuarenta y seis —apostilló Chávez con los ojos puestos en el informe forense de Qvarfordt.

—No hay ninguna verdadera concordancia entre el tamaño del cuerpo y el del pie —intervino Kerstin Holm—. Ni tampoco con el de ninguna otra parte de la anatomía...

—Prosigamos —cortó Hultin—. ¿Kumla?

Söderstedt y Norlander se miraron. Los dos daban la impresión de querer cederle la palabra al otro. Al final, Norlander dijo:

—Mantienen la boca cerrada.

—Eso se debe a que no haces más que mandar callarse a todo el mundo —dijo Söderstedt—. Te responsabilizo a ti personalmente por todas las bocas cerradas.

—Cállate —le espetó Viggo Norlander.

Söderstedt siguió azuzado por su propio ingenio:

—Según los guardias, existía una especie de grupúsculo neonazi en Kumla. Nada nuevo bajo el sol. Últimamente en el mundo del crimen organizado al parecer hay que ser o inmigrante o nazi. Quizá lo que vemos en el mundo del hampa es una suerte de inquietante preludio de un desarrollo social de mayor amplitud. O dicho de otro modo, una versión más clara, menos oculta, de esa polarización que cada vez resulta más palpable en la sociedad. ¿Hasta qué punto es esta sociedad en la que vivimos racista? ¿En realidad? ¿Si rascamos un poco en la superficie? De momento, no hace falta que nos preocupemos demasiado por las formaciones de partidos nazis ni nada por el estilo. En cambio, debemos estar más atentos que nunca al enemigo interior, o sea, al enemigo que llevamos dentro de nosotros mismos. Es allí donde las actitudes parecen haber cambiado; una barrera se ha caído. Cuesta darse cuenta, pero desde hace unos años las cosas han cambiado. De repente parece que resulta mucho más fácil pensar en otras personas como *objetos*, como no-personas, como personas que no tienen una sangre tan roja como la nuestra. Porque la limpieza étnica en Kosovo y Bosnia, ¿es un asunto estrictamente interior, histórico, de los Balcanes? ¿O tiene que ver, a pesar de todo, con un cambio de mayor calado? ¿Un cambio de... Bueno, de la mentalidad ilustrada? ¿Cuánta distancia hay, en realidad, entre enviar a todos los inmigrantes a barrios como Rinkeby, Hammarkullen o Rosengård, como hacemos en este país, y expulsar a la gente de sus pueblos?

—Volvamos a Kumla —dijo Hultin con tono neutro.

Söderstedt cambió de tercio sin ninguna dificultad.

—Niklas Lindberg y Sven Joakim Bergwall formaban parte de ese grupúsculo neonazi. Lindberg era posiblemente el líder. Hemos conseguido reunir una veintena de nombres en total, de los cuales ocho ya han salido de prisión. Puede que otro de los atracadores se encuentre entre estos últimos, pero de momento no ha sido posible confirmarlo. Tantos como *tres* de los que se hallan en libertad tienen el grupo sanguíneo AB negativo: Christer Gullbrandsen, Dan Andersson y —se llama realmente así— Ricky Martin. Por otra parte, el novato Eskil Carlstedt, un vendedor de coches de segunda mano, formaba parte de la banda; así que no creo que debamos insistir demasiado en los vínculos con el búnker de Kumla ni tampoco, tal vez, con los neonazis en general. En fin. Hablamos con varios de los integrantes de la agrupación nazi que siguen en la cárcel. Por lo que respecta a ellos, la lacónica descripción de Viggo resume el resultado bastante bien: todos mantienen la boca cerrada. Y nuestros amigos de origen yugoslavo también. Nadie dice nada. Incluso fingen no saber sueco. En cambio, nos escucharon con sumo interés cuando les hablamos de la tortura a Lordan Vukotic. Por su parte, Göran Andersson no pudo aportarnos nada nuevo; nos explicó, sin embargo, algunas cosas muy interesantes sobre los matices azules en el juego cromático de Fra Angelico.

—Sigamos —dijo Hultin.

—Yo he hablado con los compañeros de trabajo de Eskil Carlstedt en el concesionario de Ford en el puerto de Hammarby —intervino Kerstin Holm—. Y también con su anciana madre en Bromma. Se va perfilando la imagen de un hombre con opiniones bastante extremas en lo relativo a la raza, así que no creo que debamos descartar los vínculos con el movimiento neonazi. Tampoco le falta la inclinación a la violencia: los compañeros de trabajo me hablaron de un juego de *paintball* bastante aterrador al comienzo de una fiesta de empresa durante el cual Carlstedt les propinó a dos de ellos una brutal paliza, al amparo de la oscuridad. Al parecer, enloqueció y se puso furioso. En general, no era muy querido entre sus compañeros. Muchos de ellos lo describieron como un tipo raro, al que resultaba imposible llegar a conocer de verdad. En cambio, vendía coches mejor que nadie. Un *crack*, no había quien le ganara. Y fue precisamente en eso, en su labia de vendedor, en la que confió Sven Joakim Bergwall cuando le mandó quedarse en el Kvarnen. Y ahora los dos están muertos, así que todo para nada. Después nos hemos dedicado a buscar a los testigos del restaurante para ver si nos podían describir al presunto «policía» que acompañaba a la Banda 1; como no conocíamos su existencia cuando les interrogamos la primera vez... Sin embargo, la mayoría de los testigos se habían marchado de la ciudad para pasar el Midsommar en el campo, y los que aún quedaban no aportaron gran cosa. No tenemos, por tanto, ninguna descripción de ese posible «policía». Ni tampoco sobre el resto de los integrantes de la Banda 2. Eso sí, todo el mundo se acuerda perfectamente de Carlstedt, el tipo fornido con bigote y la cabeza afeitada. Hubo un par de personas que creyeron reconocer a Bergwall cuando les mostramos su foto y un testigo que nos habló de un hombre con la cara morada. Por lo demás, nada. El individuo con el pinganillo no era ni Carlstedt ni Bergwall, lo que nos lleva a pensar que el experto técnico de la banda sigue vivo y coleando.

—A propósito de técnicos, los nuestros han examinado el disco duro de Eskil Carlstedt —dijo Hjelm mientras miraba otro informe forense—. El problema es que estaba vacío, o sea, completamente vacío, y eso significa que era nuevo. No el ordenador sino el disco duro. Sin duda lo sustituyeron porque sabían que íbamos a registrar la casa. Algo que, otra vez, inclina la balanza hacia una clara profesionalidad. Seguramente lo cambiaron la misma noche en la que prepararon la declaración de Carlstedt, la que nos prestó al día siguiente. Deshacerse del ordenador resultaba demasiado arriesgado —siempre puede ocurrir que alguien se lo encuentre por ahí tirado—, así que reemplazaron el disco duro para no dejar rastro. Por tanto, contenía información comprometida, probablemente de carácter racista. Ahora tenemos un disco duro sustituido, un sofisticado dispositivo de escuchas que se utilizó en el Kvarnen y dos bombas de un extraordinario refinamiento. No parecen precisamente poco competentes en materia tecnológica, desde luego.

—¿Se puede cometer un crimen hoy en día sin ser competentes tecnológicamente? —preguntó Chávez, el integrante más tecnófilo del grupo.

—Los cuchillos de carne y los penes siguen siendo muy populares como

herramientas del crimen —intervino Kerstin Holm, del sector menos tecnófilo de los reunidos—. En particular, los últimos llevan miles de años dando excelentes resultados.

Se instaló el silencio en la sala. Mientras los demás parecían reflexionar sobre sus respectivos penes como potenciales herramientas criminales, Kerstin Holm sonreía para sus adentros.

—Supongo que en ese caso también se trata de una especie de tecnología —comentó Hultin al final.

—Hablando de las dos refinadas bombas —dijo Norlander mientras, de soslayo, y durante un segundo, echaba una mirada a las dos que lucía Kerstin Holm—, en uno de los informes de Svenhagen he encontrado por fin algo sobre ellas. Se trata de un líquido altamente explosivo y muy concentrado, tipo nitroglicerina, aunque más eficaz y de más fácil manejo. Se activa *únicamente* mediante electricidad, no por el calor ni por los golpes, sino sólo por medio de ese diminuto microdispositivo que envía una breve e intensa descarga eléctrica a través del líquido, provocando así el estallido. Como hemos podido comprobar, funciona a la perfección con un detonador a distancia. Es un material explosivo que hasta ahora no se había empleado en Suecia, pero hay indicios de que existen líquidos de ese tipo en Estados Unidos. Sin embargo, todavía no han dado con el nombre del material.

—En cualquier caso, podemos suponer que las provisiones de las que dispone Niklas Lindberg aún no se han acabado —señaló Chávez—. Por cierto, ¿queréis que os cuente más detalles sobre él? Llevo un tiempo consagrandome mi vida a buscar información sobre su persona. He repasado todos los archivos imaginables, he entrevistado por teléfono a un buen número de viejos amigos y colegas, e incluso me he dado una vuelta por Trollhättan para hablar con sus padres y su ex esposa. Estuvo casado durante un breve período mientras residía en esa ciudad, aunque en realidad pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en maniobras militares y en misiones de los cascos azules en Chipre. Por la época en la que su matrimonio se rompió, dejó el ejército y se metió en la Legión Extranjera. Al parecer, eso es una opción vital que aún existe. La exmujer sigue llamándose Lindberg, lo que quizá signifique que se trató de un divorcio bastante amistoso. Ésa es la impresión que me dio. Ella se cansó de que él nunca estuviera en casa, se echó amantes porque él también las tenía, por lo visto, entre las enfermeras en Chipre. Es un tío que gusta a las mujeres. Pero empecemos por el principio: Niklas Lindberg nació en enero de 1965, en el instituto eligió ciencias, estudios que terminó en Trollhättan en 1983 con buenas notas. En 1985 hizo la mili como cazador de montaña en la infantería, que acabó con notas sobresalientes. Durante el otoño de 1986, entró en la Academia militar, y estuvo de cadete en Boden en 1988. En dos ocasiones, en 1990 y 1992, sirvió como oficial de los cascos azules en Chipre. Fue ascendiendo y cuando abandonó el ejército en 1994 acababan de hacerle comandante de los cazadores de montaña en Arvidsjaur. Comandante a la edad de veintinueve años. Nada mal, ¿eh?

—No —concedió Hultin—. Nada mal.

—Un par de amigos del instituto hablan de un tío juerguista al que todo le iba sobre ruedas —siguió Chávez—. Un chaval al que la vida le sonreía. Un rey. Un tipo coronado por la suerte. Chicas a mansalva. Lo de hacer la mili en un comando de élite, los amigos lo entendieron más que nada como algo para ponerse a prueba e impresionar a la gente. Le gustaba competir y sacar buenas notas. Pero no se lo tomaron en serio porque no había nada militar en su forma de ser. De modo que no parece que hiciera la mili con la idea de una carrera profesional en el ejército. Una infancia de provincias, a todas luces cómoda, en un ambiente pequeñoburgués. Los padres dan la impresión de ser gente agradable. Un matrimonio encantador, supongo que se puede decir. El padre es profesor de instituto y la madre terapeuta ocupacional. No mostraban la menor inclinación racista y eso, os lo aseguro, es algo que no se me escapa. Hablaban de un rubiales alegre que siempre caía de pie y que se preocupaba por los más débiles. Las fotos de su infancia no sugieren otra cosa. La incomprensible transformación de su hijo en un criminal violento les causaba realmente una enorme tristeza. Un dolor profundo y muy sentido. Lindberg se quedó en Trollhättan incluso después de haberse convertido en oficial, se casó con una antigua novia de la infancia con la que llevaba, por lo visto, una vida ejemplar. En fin, un tipo listo, guapo y, encima, un pedazo de pan. Luego, hace cinco años, se produjo algún tipo de crisis en relación con el divorcio. En la primavera de 1994. Un punto crítico. He hablado con dos superiores suyos en Arvidsjaur y no tenían ni idea de por qué se marchó del ejército. No había quejas de ningún tipo por ningún lado. Simplemente, un día lo dejó y dos semanas después se alistó en la Legión. Por tanto, debe de haberlo preparado todo. ¿Por qué? No he conseguido dar con ningún compañero suyo de la Legión — como ya se sabe, no son muy dados a hablar—, pero sigo intentándolo. De todas formas, al cabo de un año abandonó la Legión, se fue a Estocolmo y participó en un atentado fallido con bomba contra un centro cultural kurdo. Los kurdos acababan de celebrar una fiesta y el explosivo se activó cuando todo el mundo ya se había marchado. Resultó que algo con la programación de la acción retardada falló. La bomba estaba programada para estallar en plena fiesta y contaba con la suficiente potencia como para matar a muchísima gente. La opinión general era que Lindberg andaba detrás de todo eso, pero no se pudo demostrar. En cambio, al día siguiente ya no cupo ninguna duda porque durante una manifestación kurda en Solna propinó una monumental paliza a dos kurdos. En el curso de la investigación salió a la luz que tenía buenos contactos con organizaciones nazis tanto en Suecia como en Estados Unidos, y probablemente en más lugares. En resumen, podemos suponer que su salida voluntaria del ejército vino motivada por una especie de conversión al nazismo.

—En ese caso, lo de la Legión resulta bastante raro —indicó Hjelm—. ¿No es una de las fuerzas militares más multiculturales que hay?

—Quizá fue eso lo que descubrió —replicó Chávez, encogiéndose de hombros—.

Pero había firmado por un año. Todo lo que quería era hacer la guerra de verdad, y quizá el odio racial adquirió dimensiones insospechadas entre tantos extranjeros. Sea como sea, en las conversaciones que he mantenido con los policías y juristas que lo conocen se va perfilando la imagen de un individuo muy violento, de una extraordinaria frialdad y con una gran afición por las bombas. Incluso su abogado defensor reconoció, *off the record*, que sufre una grave carencia de empatía.

—Siempre quería ser el mejor —dijo Kerstin Holm pensativa—. ¿Será eso lo que le ha llevado a *desafiar* al hombre que considera el mejor? ¿Al narcotraficante más listo de Suecia, a Rajko Nedic? Que encima es un inmigrante inusualmente bien integrado.

—En realidad sólo hay *un* inmigrante que está aún más integrado —comentó Jorge Chávez, sacando pecho—. El policía mejor preparado de Suecia.

—No nos envalentonemos —dijo Hultin con tono neutro—. ¿Alguien tiene algo más?

—Bueno, un detalle un poco raro que tal vez no sea tan importante... —intervino Viggo Norlander, enterrado en papeles, entre los que había sacado uno que agitaba en el aire—. El informe de los técnicos del lugar del crimen en Sickla. Los muertos, Bergwall y Carlstedt, llevaban pasamontañas negros de la misma marca. Se han localizado bastantes fibras negras de gorros similares en el lugar, pero también hay fibras de color dorado.

—¿Dorado? —exclamó un coro mal coordinado.

Chávez sonrió y dijo:

—Ajá. El coronado...

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hultin irritado.

—¿Y si Niklas Lindberg marcara su superioridad en relación con sus compañeros llevando un pasamontañas dorado?

Se hizo el silencio en el cuartel general del alto mando. De repente, les pareció que conocían mucho mejor a Niklas Lindberg.

—Podría ser —asintió Hultin.

Tras otra pausa más, Hultin siguió:

—¿Y a ti, Gunnar? ¿Cómo te va?

Gunnar Nyberg no había abierto la boca. Tenía el culo entre dos sillas; ¿era éste su grupo? ¿O el de Sara Svenhagen, Ludvig Johnsson, Ragnar Hellberg y los demás? Se sentía profundamente dividido.

—He estado navegando por internet —informó—. Pasando de páginas pedófilas a neonazis cada dos por tres, sin poder decidir adónde pertenezco. De todos modos, empiezo a tener una idea de la amplitud de las diferentes redes secretas y la explosividad con la que se han expandido desde que internet se ha convertido en una palabra que está en boca de todos. Pero no hay ni rastro de Lindberg, tampoco de Carlstedt, aparte de como vendedor en el concesionario Kindwalls. El nombre de Bergwall, en cambio, aparece en algunas páginas racistas. Al parecer, era el ideólogo

de la banda.

—Y ahora son ideológicamente huérfanos —comentó Söderstedt.

—Pero siguen siendo igual de peligrosos —dijo Hultin—. Bueno, continuemos como hasta ahora. Y no olvidéis que mañana hay una pequeña fiesta con motivo del inicio de los juegos olímpicos de la policía, World Police and Fire Games, que, como sabéis, tendrán lugar a mediados de julio. Necesitan todo el apoyo posible. Os esperan a las 16.00 horas en las salas para recepciones de la Dirección General de Policía, en Polhemsgatan. Sois invitados de honor. Waldemar Mörner comunica de forma sutil que vuestra asistencia es una orden. Al que no esté, se le echará del cuerpo con, cito textualmente, «el culo por delante».

—Es una suerte que las prioridades estén tan claras —comentó Paul Hjelm.

Capítulo 24

Cuatrocientos uno. La inscripción se hallaba en una pequeña placa que había encima de una llave que temblaba ligeramente. A esas alturas ya había temblado en unas cuantas ocasiones, pero probablemente pronto dejaría de hacerlo. Cuando esto se volviera rutina.

Si hasta se había inventado un pequeño ritual...

Con esta llave, la caja fácil se abre, rimaba antes de introducir la llave y girarla.

No, no giró. Imposible. Pero era la primera vez que la llave al menos se había podido introducir. Qué raro, pensó mientras sacaba un papel del bolsillo y hacía una marca. ¿Por qué había entrado la llave? ¿Significaría eso que la caja pertenecía a ese banco, a alguna de las sucursales de Förenings Sparbanken? Quizá. Pero daba igual porque de todos modos tenían que comprobarlo, tenían que pasar por todos los bancos que aparecían en la lista e ir descartando.

Todos los bancos, pensó distraído al tiempo que cruzaba la calle para dirigirse hasta unas oficinas del Skandinaviska Enskilda Banken.

Con esta llave, la caja fácil se abre.

La mujer hacía una sustitución de verano en Systembolaget y ahora se encontraba sola en la tienda. Era lunes. Un buen día para empezar, muy tranquilo. Principalmente, clientes que querían la número uno, la que más a mano tenían tras el mostrador: el aguardiente más barato, de la marca Renat. Pero estaba un poco preocupada porque si algún chalado entrara pidiendo una botella de un vino francés llamado Château Montpelliermontreusechargot de la no sé qué de la cosecha no sé cuántos, no sabría qué hacer. En esos momentos, el único cliente que había en la tienda se marchaba ya. Luego entró otro. Un apuesto joven provisto de un pequeño gorro de lana a pesar del calor veraniego. Podía haber cierto riesgo de Château Montpelliermontreusechargot; lo que estaba claro es que no iba a pedir el número uno.

Efectivamente no pidió aguardiente, pero tampoco vino francés. Lo que hizo fue apuntarla con una pistola en las narices.

Ella vació las cajas en cuestión de un minuto, y cuando el hombre abandonó la tienda, llevaba una bolsa de plástico con seis mil novecientas veinticuatro coronas.

La joven sustituta yacía desmayada en el suelo.

Cuatrocientos uno. ¿No era eso un juego de dardos?

No, ese juego se llamaba quinientos uno. Y era un juego que pertenecía a otro libro.

Ella levantó la llave y suspiró. Estaba pensando. Intentaba calcular la probabilidad de que esta caja fuera la correcta. Mínima, insignificante, pensó.

No entró.

Anda que ¡menuda sorpresa!

Lanzó un gemido y empezó a pensar en los métodos. ¿Era éste realmente el mejor? ¿Y hasta qué punto era fiable?

Bueno, ya se habían acabado los bancos en Kinna.

Próxima parada Borås.

Allí seguro que habría unas cuantas cajas más con el número cuatrocientos uno.

Pero primero el contacto, que hasta entonces había funcionado bien. Era como si él estuviera con ella todo el tiempo. La ventaja de internet. Pero también la desventaja.

La proximidad virtual.

—¿Nada? —preguntó Niklas Lindberg, que empezaba a cansarse de preguntarlo.

La Bala negó con la cabeza.

—¿Hay algún motivo para pensar que el aparato no la haya palmado simplemente?

—Sigue vivo —aseguró La Bala—. Y hay que interpretarlo como una indicación de que debemos seguir hacia el norte. El último contacto fue en Skillingaryd, y los establecidos hasta entonces indicaban que manteníamos aproximadamente la misma velocidad. Luego nosotros aumentamos un poco. Si ellos hubiesen continuado hasta Helsingborg deberíamos haber sintonizado otra señal en alguna parte del camino. Así que lo único que se me ocurre es que se hayan desviado entre Värnamo y Örkelljunga. O sea, tenemos que dirigirnos hacia el norte.

—¿Y dónde estamos ahora? —gimió Danne desde la parte de atrás de la furgoneta.

Cada vez se le veía más pálido. ¿Aguantaría? ¿Había llegado la hora de hacer un esfuerzo mayor y dejarle participar? ¿Un robo a mayor escala, quizá?

En ese momento entró Rogge en el coche y se sentó en el asiento delantero.

—¿Todo bien?

Rogge asintió con la cabeza, pasó una bolsa de plástico al asiento de atrás y arrancó. Niklas Lindberg echó un vistazo a la bolsa mientras el coche enfilaba la E6.

—Bien —dijo.

—¿Bien? —repitió Rogge antes de pisar el acelerador—. ¿Bien? Habrá por lo menos unas veinte mil ahí dentro.

—Una ligera sobreestimación, pero vale. Excelente.

—Así me gusta —dijo Rogge.

—¡Que alguien me diga dónde estamos, joder! —gritó Danne.

Su voz era cada vez más ronca. Continuaba perdiendo sangre.

—Ängelholm —indicó La Bala, girando sin cesar sus botones.

El Grande movía el dedo índice de esa manera tan enojosa. Un gesto que nunca haría

en privado. Eran dos roles distintos: dos papeles protagonistas, a los que completaban muchos papeles de reparto. Ljubomir se preguntaba cuántos había, pues el Grande era una cornucopia de papeles.

Mientras Ljubomir se acercaba al escritorio, intentó no prestar atención al dedo que se movía; no le gustaba. En su lugar fijó la mirada en el enorme globo terrestre electrónico. Nunca lo había visto encendido, pero seguro que sería un espectáculo impresionante. En los pasillos se decía que cuando el Grande tecleaba unos lugares en el ordenador, de inmediato se iluminaba en la superficie del globo terrestre la mejor ruta para transportar droga entre esos dos puntos. Pero como nunca lo había presenciado, no sabía si era verdad.

Ljubomir llegó. El Grande clavó su mirada en él. Con mayor fijeza que nunca. Seguro que lo pondría a prueba. Algún tipo de test de lealtad. Otra vez.

—¿Has averiguado algo? —preguntó el Grande.

Averiguar, pensó Ljubomir.

—Nada concreto —dijo—. La policía afirma saber de quiénes se trata, así que supongo que son suecos. Alguna banda. Han interrogado a Zoran, Petar y Risto en Kumla. Un madero blanco que hablaba de nazis.

—¿Un madero *blanco*? ¿No son todos blancos?

—De pelo blanco. Y la piel muy blanca.

—¿Y se llamaba...?

—No lo sé. Pero el otro poli tenía las manos estigmatizadas. Espeluznante, según Petar; un peculiar regreso de Jesucristo.

—Así que *nazis*. ¿Y algo más concreto?

—No lo sé. Tengo que comprobarlo con Zoran.

—¡Cómo que «no lo sé»! ¡Joder! Saberlo es tu trabajo. ¿Se trata del hombre que mató a Lordan y me estás diciendo que no lo sabes? Espabílate, Ljubomir, si no, voy a tener que sustituirte.

—Lo siento.

—Y no digas «lo siento». ¿Cómo va la vigilancia?

—Dicen que todo tranquilo, que nadie con nuestro maletín ha entrado en el banco. Será más difícil si se han deshecho de él. Pero nadie ha abierto la caja, eso sí lo sabemos.

—¿«Dicen que todo tranquilo»? ¿No has estado allí?

Ljubomir permaneció callado. Era una especie de protesta silenciosa. No pensaba ir allí. Se negaba a ir a *ese lugar*. Ése era su límite. No tenía intención de traspasarlo. El Grande lo advirtió. Lo advirtió en los ojos de Ljubomir y lo dejó. De momento.

—Vale, vale —dijo el Grande, y volvió a mover el dedo. Aunque en la otra dirección.

Significaba «vete», eso lo había aprendido Ljubomir.

Ese gesto no lo hacía nunca en privado.

Aunque en privado no era el Grande.

En privado era Rajko, el amigo de infancia del pequeño pueblo montañoso de la Serbia oriental.

Cuatrocientos uno. ¡Mierda! Aquí los números no pasaban del doscientos.

Puto banco de mierda. ¡Ufff!

Y se convirtió en una rutina. Como un trabajo de nueve a cinco.

Fuera lo que fuese eso, porque nunca había tenido uno.

Con esta llave la caja fácil se abre.

Se dio cuenta de que entre las palabras resonaba un eco vacío.

Capítulo 25

¡Fiesta! Eran las cuatro de la tarde del lunes 28 de junio y el personal sentía unas ganas locas de asistir a la obligatoria fiesta promocional de los World Police and Fire Games.

Dichas olimpiadas policiales iban a tener lugar entre el 16 y el 24 de julio, y el sábado 17 se celebraría un solemne acto de inauguración en el Estadio Olímpico de Estocolmo. Unas doce mil personas, entre policías, bomberos, aduaneros y guardias de prisiones de todo el mundo, medirían sus fuerzas en sesenta y ocho disciplinas. Se entregarían mil novecientas medallas. En definitiva, la competición policial llevaba camino de convertirse en la mayor fiesta deportiva jamás celebrada en la capital sueca, mayor incluso que los Juegos Olímpicos de 1912 y la Copa de Europa de fútbol de 1992.

A Paul Hjelm le costaba entender la gracia que podía tener ver en acción a ese grupo de deportistas más que mediocres. Lo cierto es que apestaba al Club de Admiración Interna, pues si no se contaba con algún amigo o familiar entre los participantes, Paul no comprendía cómo el evento podía despertar más interés que un partido de fútbol de sexta división.

En fin, cuestión de gustos.

Había otros problemas más importantes que no eran cuestión de gustos.

Los medios de comunicación habían sacado a la luz lo que todos en su fuero interno ya sabían: que las cuentas no estaban muy saneadas que digamos. Los responsables económicos de la competición habían presentado ante la ciudad de Estocolmo unos cálculos tan optimistas que ponían los pelos de punta. Además, por culpa de los viajes promocionales —de muy difícil justificación— que esos señores habían realizado a distintos enclaves turísticos, se había rebasado de manera escandalosa la cantidad presupuestada. Y entonces, a los contribuyentes de Estocolmo nos les quedó más remedio que aportar grandes sumas de dinero para que los treinta mil visitantes extranjeros no se encontraran con unos juegos en la bancarrota.

Y ahora tocaba ir de fiesta para promocionar ese glorioso evento, mientras los autores de la matanza de Sickla aún seguían libres. Decir que se sentían incómodos con la situación sería quedarse muy corto.

Hjelm contemplaba la espalda de una camarera que salía de la sala donde se habían practicado todos los interrogatorios relacionados con el asesinato en el Kvarnen. La camarera china había sido el último de los sujetos interrogados de ese día, tal y como rezaba la denominación oficial: había servido la mesa ocupada por la Banda 1 y «el policía» la noche del 23 de junio. Decidieron no mostrarle fotos de los individuos 1A ni 1B —el primero con la cara reventada y el segundo con la suya

perforada por las balas—, pero sí de 1C. Habían intentado que pareciera una persona viva, aunque con poco éxito, ya que al verlo la pobre mujer pegó un grito del susto. Cuando se hubo tranquilizado un poco, asintió con la cabeza y susurró:

—Sí. Creo que él estaba.

En cuanto al «policía» dijo:

—No lo recuerdo muy bien. Era un tipo bastante insignificante, al menos en comparación con los otros; esos sí que eran unos tipos duros. Una pinta de gánsteres... Creo que era moreno, no muy mayor, no le echaría más de cuarenta.

Y la chica se marchó. Una espalda que desapareció apresurada no sólo de la sala, sino también de la mente de los dos policías.

Hjelm miró a Holm.

—¿Qué? ¿Nos vamos de juerga? —dijo, agitando los brazos en un baile ridículo.

Ella lo observó con indulgencia.

—Las olimpiadas policiales... —espetó en un tono muy poco festivo. Acto seguido, se enfundó la pequeña cazadora de cuero negro sobre la camiseta del mismo color.

—Piensa en positivo —la animó Hjelm mientras se ponía su desgastada americana de lino—. Dicen que hay barra libre.

—Ya... Porque como todo el mundo sabe, el deporte y el alcohol van de la mano.

—El deporte, el alcohol, la corrupción, el dopaje, la oxigenoterapia y el bingoloto en la tele.

Atravesaron los pasillos de la comisaría, que durante los días anteriores habían estado desiertos hasta un punto fantasmagórico. Como una casa vacía, olvidada por Dios y por el hombre. *Das öde haus*. Como si de una ruina de Caspar David Friedrich se tratara. Pero hoy se veía un poco más de animación. Aunque sólo un poco, ya que acababa de empezar la primera semana de las vacaciones de verdad.

«Vacaciones —pensó Kerstin Holm—, eso que los demás tienen».

Poco a poco había comenzado a adaptarse otra vez a la vida en Estocolmo. Su regreso a Gotemburgo no había salido demasiado bien. Estuvo destinada en comisión de servicios en su viejo distrito, donde también trabajaba su expareja, quien, dentro de un futuro no demasiado lejano, desempeñaría un papel crucial en su vida. Aunque de eso ella aún no sabía nada. Lo que sí sabía era que la fría relación entre ambos durante los pocos meses que pasó en Gotemburgo había terminado por cubrir de escarcha toda la comisaría, de modo que al final se vio obligada a marcharse. A pedir el traslado. Acabó en un distrito de las afueras, en Angered. Un barrio con graves problemas sociales y, por tanto, un destino no muy estimulante. Intentó desempeñar su trabajo lo mejor que pudo, entre gamberros que se reían de ella y que la llamaban, entre otras lindezas, puta pija de mierda. Ni siquiera se decidió a dar el paso y contactar con su viejo coro de la iglesia en Haga, pues sólo estaba prestando un servicio *temporal*. En cualquier momento la podían llamar desde Estocolmo. La estancia en Gotemburgo le dio una idea de cómo debía de ser la vida de los jugadores

profesionales de *hockey* sobre hielo, a los que de la noche a la mañana les podían mandar de un extremo del continente americano a otro. La diferencia, claro, residía en el sueldo. Por lo que cobraban ellos, uno aguantaría de todo. En cualquier caso, al final Kerstin regresó a la capital. Dio con un apartamento de alquiler en el centro, en Regeringsgatan, y sintió que recuperaba las ganas de vivir. Empezó a hacer *footing*, de manera algo temeraria, por las calles del centro de Estocolmo, y empezó a cantar de nuevo. En fin, que volvió a salir a flote. ¿Aunque tanto como para ir a una fiesta en la DGP? Casi que no. Eso más bien era como perder pie, como hundirse otra vez.

Pasaron por la sala del Grupo A. Hultin no estaba, Söderstedt tampoco, ni Norlander, ni Nyberg. Pero sí Chávez, sentado delante del ordenador, aporreando el teclado.

—Son y diez —dijo Hjelm, aporreando a su vez el reloj—. Ya sabes que si no vas fuera «con el culo delante».

Chávez levantó la vista del ordenador como si regresara de otro planeta. Les dirigió una mirada vacía, con ojos cuadrados como pequeñas pantallas.

—Tienes buena cara —ironizó Kerstin Holm con una sonrisa en el rostro.

—¡Me cago en la leche! —exclamó Chávez despistado—. ¿Qué hora es?

—¿Eso es lo que tú entiendes por ir de etiqueta? —comentó Hjelm.

Chávez se miró la ropa. En primavera y verano siempre se ponía el mismo traje de lino, bastante modesto y de lo más arrugado. Hjelm tuvo que admitir que lo imitaba, aunque sólo en la americana, porque para el resto prefería pantalones vaqueros o cortos. Hoy se había decantado por los vaqueros.

En resumen, ninguno de los tres se había puesto de punta en blanco precisamente.

Kerstin, no obstante, siempre acertaba, y en eso estaban de acuerdo sus dos compañeros masculinos. Tenía una impresionante capacidad para ir siempre bien vestida con independencia de lo que llevara. Al mismo tiempo, los dos se preguntaban si semejante reflexión podía calificarse de sexista.

—¿Qué haces? —preguntó Kerstin.

—Bueno —dijo Chávez antes de cerrar el ordenador, aporreando el teclado un par de veces más y ponerse la americana—. Ahora mismo estaba leyendo todo lo que hay en la red sobre la matanza de Sickla. He encontrado un foro que no se dedica a otra cosa. El *chat* de Sickla.

—¿Como FASK? —preguntó Hjelm.

—Igual. Como los *Fans of American Serial Killers*. Mira que eran simpáticos, ¿eh?

—Ajá —dijeron al unísono Jalm & Halm intercambiando unas elocuentes miradas.

Chávez los contempló sorprendido mientras salían al pasillo. Se les veía tan compenetrados... Pero no de la misma forma que él y Hjelm —dos policías de diferentes generaciones que simplemente trabajaban bien juntos—, sino más bien como... Sí, como el yin y el yang...

—El caso es que —explicó— lo de Sickla ha generado un debate por todo el país que, desde luego, no está exento de aspectos raciales. Si queréis, mañana os paso unas copias de las intervenciones. Ya veréis, resulta de lo más informativo.

Durante su recorrido por los laberínticos pasillos de la enorme sede de la policía, Chávez continuó observándolos furtivamente. No podía dejar de preguntarse qué habría ocurrido cuando estuvieron juntos en Estados Unidos. Tenían una relación cercana de esas que sugieren que ha existido intimidad. Y si se remontaba en la historia, ¿no habían existido ya antes, durante el caso del Asesino del Poder, algunos signos que él, en aquel entonces, pasó por alto? ¿Pequeños roces casi imperceptibles? ¿Miradas cargadas de sentido? ¿Atenciones furtivas? Una grieta se iba abriendo en ese muro que Chávez había levantado con tanto esmero entre lo profesional y lo privado. Por una parte, el trabajo. Por otra, la música, el *jazz*, el bajo... Y las mujeres. Mientras contemplaba a Hjelm y Holm charlando relajadamente en su recorrido por los pasillos pensó, para su propio asombro: ¿Y si resulta que como policía se comete un grave error al separar lo privado de lo profesional? ¿Y si resulta que todas esas pequeñas muestras de compenetración, de entendimiento y de cariño a las que uno recurre para mantener y desarrollar una relación de amor también fuesen necesarias para ser un policía realmente bueno? Aunque no le gustaba admitirlo, Hjelm seguía siendo su modelo profesional. Esa manera en la que él y Kerstin habían averiguado la relación entre las dos bandas en el restaurante Kvarnen, de conseguir, como improvisando, que una *forma* surgiera entre el ruido de fondo, ¿habría sido posible para otros policías? ¿Habrían sido capaces de llegar al mismo resultado Jorge Chávez y Paul Hjelm? ¿O todo ese trabajo que habían hecho al materializar su intuición se basaba en la paciencia y la tranquilidad que uno aprende a desarrollar en la relación amorosa? Aunque, la verdad, desconocía las tribulaciones de la larga convivencia en pareja: seguía confiando en la independencia y espontaneidad de las relaciones esporádicas.

En otras palabras, durante ese paseo hubo tiempo para que las cavilaciones de Chávez llegaran bastante lejos. Nada más alcanzar las provisionales salas de celebraciones, ubicadas en la parte del edificio que albergaba las oficinas del equipo directivo de la policía, se encontraron cada uno, sin saber muy bien cómo, con una copa de champán en la mano, escucharon discretos aplausos y, al buscar con la mirada la procedencia del sonido, vieron a Waldemar Mörner bajar del podio. Se habían perdido una diversión garantizada. Mörner parecía exultante; los blanquísimos dientes que su amplia sonrisa dejaba al descubierto daban la impresión de irradiar luz propia. Con el brazo rodeó el hombro de Jan-Olov Hultin, quien, hallándose además cara a cara con el director de la policía, logró esbozar una débil sonrisa. Al advertir la rabia que bullía tras el gesto de su jefe decidieron no acercarse.

Las salas presentaban el aspecto de unos pasillos policiales normales y corrientes. La única extravagancia la constituían unas banderolas que decoraban las paredes y anunciaban a gritos los World Police and Fire Games. Una cantidad considerable de

agentes había logrado escapar, por lo visto, de todos esos casos sin resolver que se iban amontonando por todo el país en unas comisarías cada vez más vacías. El trío saludaba al ver pasar caras conocidas, soltaba alguna que otra gracia y contemplaba cómo Norlander roncaba ruidosamente en un rincón y cómo Söderstedt en otro no dejaba meter baza a nadie. En una esquina localizaron a Nyberg entre un grupo de personas, todas con una taza de café en las manos: un hombre flaco, bien vestido, con una corona de pelo en torno a la calva; otro más joven con el pelo algo largo, bien peinado, y una pequeña perilla negra. Y una mujer con la cabeza rapada que hizo que el corazón latino de Jorge Chávez dejara de latir durante unos instantes.

Cuando se acercaron, el individuo delgado le estaba diciendo a Nyberg:

—Pues sí, mis vacaciones empiezan dentro de un par de días. Me voy al campo a cargar las pilas. ¿Te acuerdas de la vieja cabaña, Gunnar?

Y en ese momento se acabó la paz.

—¡Los pedófilos! —exclamó Paul Hjelm—. ¿Qué? ¿Otra vez tomando café?

—No Somos Pedófilos —replicó con énfasis Gunnar Nyberg mientras inclinaba su enorme cuerpo hacia los recién llegados de forma amenazadora.

Luego hizo las presentaciones de rigor de un lado a otro con gran entusiasmo, pero al final, como nadie se enteró de quién era quién, se volvieron a presentar ellos mismos.

—¡Anda, claro! —exclamó Kerstin Holm al saludar al hombre flaco de la calva—. El Marathon Man. ¿Cómo acabaste este año?

—Ludvig Johnsson —respondió el hombre-maratón educadamente—. Acabé noventa y seis, la primera vez entre los cien mejores. ¿Y supongo que vosotros sois el milagrosamente resucitado Grupo A?

—Fragmentos del mismo, sí —asintió Holm.

Hjelm saludó al joven con la perilla y se sobresaltó cuando éste se presentó:

—Comisario Ragnar Hellberg.

Pero si no aparentaba más de treinta... ¿Un comisario más joven que Chávez? ¿Sería posible? ¿De verdad tenían delante al famoso Ragnar el Verbenero?

Al advertir el asombro de Hjelm, Hellberg añadió entre risas:

—Tengo por costumbre incluir el cargo cuando me presento para ver la reacción. En general es como la tuya.

—Lo siento —se disculpó Hjelm—. Normalmente disimulo mejor.

—Eso no es verdad —apostilló Holm, mirándolo de soslayo.

Hjelm empezaba a adentrarse en los terrenos pantanosos de las excusas:

—Bueno, sabía que había un tal Hellberg y que era comisario y joven, pero como no habíamos coincidido...

—Déjalo —le susurró Kerstin Holm como si fuera apuntadora en el teatro. Paul Hjelm siguió su consejo.

Chávez le besó la mano a la mujer, que era considerablemente más alta que él. Ella lo observó con escepticismo mientras Gunnar Nyberg le espetaba a su

compañero:

—Deja inmediatamente de lamerle la mano a la dama, guarro.

—Sara Svenhagen —dijo la dama.

—Jorge Chávez —respondió el guarro, que añadió—. ¿Svenhagen?

—Esa reacción también es típica —replicó Sara Svenhagen—. Sí, Brynolf Svenhagen, el jefe de los técnicos de criminalística, es mi padre. Así que, hala, ya ha quedado todo claro.

—Un placer descubrir la insospechada calidad del ADN del jefe técnico —soltó Chávez con poco tacto.

—Déjalo —susurró la apuntadora Kerstin Holm; pero Chávez no sólo no se dio por aludido sino que se vio estimulado a realizar nuevas proezas verbales en el arte del piropo:

—Es que uno no espera que una investigadora de pedófilos posea semejante belleza.

A esas alturas, alguien caritativo debería haberle hecho salir del escenario y desaparecer por alguna puerta lateral. Pero no fue así; todos habían entablado ya conversación:

—¿Cómo es que me conocías? —le preguntó Ludvig Johnsson a Kerstin Holm.

—Bueno, es que he empezado a correr un poco yo también —reconoció ella ante un sorprendido Hjelm.

—¿Habéis avanzado algo en la investigación de la matanza de Sickla? —le preguntó Ragnar Hellberg a Paul Hjelm—. Da la impresión de ser un auténtico avispero.

—Ya lo creo. La investigación avanza, nos hemos centrado en algunas pistas, pero de momento no se prevén detenciones inminentes.

—Jesús —exclamó Hellberg—. Suenas como un comunicado de prensa. Y ahora, encima, tengo entendido que me vais a robar a Gunnar.

—Ya veremos —intervino el aludido—. No es nada fácil despegarse de todas esas páginas web tan bonitas.

—Gunnar delante de un ordenador me parece una contradicción —comentó Hjelm—. De los policías con los que he trabajado es el que tiene los pies más sobre la tierra. Una vez embistió un coche y lo paró. Y eso que llevaba una bala en el cuello.

—Un hombre con recursos —se rió Ragnar Hellberg.

Sara Svenhagen, por lo tanto, había quedado a merced de ese extraño tipo latino. Tras la pésima primera impresión, fue presa de una perezosa distracción; su cabeza estaba en otro sitio. Algo que no le sucedió a su interlocutor. Todo lo contrario. Y al final, gracias al despliegue de una tenaz labor, consiguió dar con algunos temas de conversación comunes —curiosamente internet fue uno de ellos— y de pronto se quedaron solos intercambiando buenos consejos sobre el manejo del Java Script. Entretanto, Jorge Chávez no paraba de *colmarla de atenciones*: le cambió la taza de café, que parecía llevar pegada a su mano, por una copa de champán, brindó con ella,

la contemplaba sin disimulo, se dedicó a piropearla de una forma que ella nunca había oído y estaba enormemente atento a todas sus reacciones. Y lo raro fue que ella empezó a sentirse *apreciada*. Apreciada de verdad. Reconocida. Valorada. Y es que pasaba por una temporada de mucha tensión: internet la había convertido en un ser virtual de contornos difuminados, la pedofilia la había despojado de cualquier sentimiento erótico, y ahora encima, cuando acababa de resolver un código secreto muy complicado y atrapar, ella sola, a un pedófilo, no podía contárselo a nadie. Se había metido en un callejón sin salida, se había cortado el pelo y había permitido que una aterradora pesadilla la maniatara. En fin, que había entrado a formar parte de los invisibles. La única persona que la veía era Gunnar Nyberg, pero sabía que para él sólo representaba una luz, una especie de ángel luminoso. Y de pronto se encontró delante de ese pequeño y apasionado hombre que no paraba de mirarla, de mirarla realmente para averiguar sus sentimientos más íntimos, y ella lo que más deseaba era soltarse la melena, como las mujeres jóvenes y solteras tenían por costumbre hacer de vez en cuando. Pero no había ninguna melena que soltar. Aun así, lo hizo. Sacudió un poco su rapada cabellera. Y él parecía embrujado, hechizado por su mera existencia, y eso a ella le gustaba. Tenía que admitir que le gustaba.

Siguieron hablando hasta que el personal del *catering* empezó a circular en torno a ellos como hienas hambrientas. No se habían percatado de que eran los últimos, que hacía tiempo que la fiesta se había terminado y que el edificio de la policía se hallaba casi vacío. Cuando al final cayeron en la cuenta, ella se escuchó a sí misma decir:

—¿Te apetece un café en mi casa?

Se morrearon en el taxi que les llevó a Surbrunnsgatan, se metieron mano en la escalera y en el recibidor se arrancaron la ropa. Luego hicieron el amor de esa manera completamente desinhibida que empieza en la entrada, continúa en la cama, termina en el parque y hace los bises no se sabe muy bien dónde. Cuando recuperaron la conciencia, estaban en el suelo de la cocina. Ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo habían acabado allí. El contenido de la bolsa de basura aparecía desparramado un poco por todas partes. Ninguno de los dos entendía por qué.

Sara se sentía como si hubiese abierto todas las ventanas de par en par, como si el aire entrara precipitándose a llenar un vacío y la fuerte corriente alborotara su pelo tan corto. Lo rodeó con los brazos y no lo soltó.

Por su parte, Jorge se sentía como si algo se hubiese invertido. El sexo ya no era el final, sino que también podía ser el comienzo. Se trataba de una transformación mental de lo más radical y se preguntaba qué significaba. Se había acurrucado en sus brazos, *los brazos de ella*, con la mejilla apoyada contra sus pechos.

Era una sensación fantástica.

Una sensación. Mutua.

Un enorme vacío en la existencia se había llenado.

Los rayos del sol lo despertaron. El despertador de la naturaleza. Aunque, mirándolo bien, naturales del todo no eran, pues alguien los *dirigía* hacia él, moviendo ligeramente las persianas.

Ella se perfilaba contra los inclinados rayos: un fabuloso contorno, como bañada por una cascada de luz. Él estiró los brazos hacia ella, pero ella no se acercó. Permaneció completamente quieta, rodeada de luz. Inaccesible.

Ajá, pensó, una pesadilla.

—Tengo algo que creo que debes ver —anunció ella.

Ajá, pensó, no es una pesadilla, sino un sueño sobre lo cotidiano. Un sueño que versa sobre la felicidad convertida en rutina, aunque era demasiado pronto para eso, ¿no?

—Anda, ven —insistió ella.

Al parecer no, pensó. Al parecer no era demasiado pronto.

Se levantó y aceptó que lo más probable, a pesar de todo, era que estuviera despierto. Se aproximó a ella atravesando la cascada de luz. Ella llevaba una camiseta grande que le cubría las caderas. Él, desnudo, buscaba a tientas el cuerpo de ella.

—Ponte algo —dijo.

Obedeció y la siguió hasta el baño.

Por un momento desconfió. ¿La había juzgado tan rematadamente mal? ¿Qué podía haber *en el baño* que tenía tantas ganas de enseñarle? ¿Una prueba de embarazo que había dado positivo? ¿Un cultivo de esfinges de la calavera? ¿Unas cabezas reducidas y conservadas en aceite de linaza?

No, no estaba siendo justo. Acababa de entrar en un cuarto de revelado. Una lámpara roja emitía una débil luz y de unas cuerdas en el techo colgaban, sujetas con unas pinzas, fotos en blanco y negro. En una tabla que cubría la mitad del fondo de la bañera descansaban tres bandejas de distintos colores que contenían unos líquidos malolientes. La otra mitad estaba ocupada por una ampliadora. Ella cerró la puerta.

Todo parecía nuevo, como si el equipo se hubiera adquirido ese mismo día. En el suelo había un montón de copias mal reveladas hechas jirones. Y si no se hubiese sentido tan cansado y todavía tan feliz, probablemente el detective que llevaba dentro habría empezado a trabajar. Habría pensado: «Mmm... equipo nuevo, pocos conocimientos sobre el trabajo de revelado, impaciencia por enseñar... Conclusión: algún tipo de misión secreta».

El detective durmiente que habitaba en su interior se vio sometido a más pruebas. Sara Svenhagen dijo:

—Hace un par de días atrapé a un pedófilo que vive en la Torre de Söder.

Pausa. Se esperaba que dijera algo, que reaccionara, si no con un Eureka, por lo menos con un mmm... Pero no, el detective seguía durmiendo tranquilamente. Ella continuó:

—La Torre de Söder, también conocida como el «palo de Haglund».

No. El detective no estaba disponible en ese momento.

—En Medborgarplatsen.

—Sigue —fue lo único que dijo.

—El hombre se pasaba los días sacando fotos de los niños en la plaza y los alrededores. Lo hacía todos los días. Tenía un bote lleno de carretes sin revelar en su casa. Los he revelado.

—¿Por qué?

—Venga, espábilate, Jorge. Todos los días. La plaza de Medborgarplatsen. Sólo era una intuición. He revelado doce y acabo de encontrarlo.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media. Llevo trabajando desde las cuatro y media.

—¡Joder! ¿Así que me has traído aquí en calidad de policía?

—No digas tonterías. Mira esto.

Con la mirada siguió el dedo que señalaba las fotos del techo. Chicos que hacían *skateboard*, gente que paseaba entre las mesas de las terrazas y los bancos. En la esquina inferior se veían unos pequeños signos digitales. 21.43 23.06.99.

El detective dentro de él se despertó de golpe. Durante unos segundos miró a su alrededor en la oscuridad sin saber muy bien dónde se hallaba. Pero aun así dijo:

—Ajá.

—Pues sí —dijo Sara Svenhagen.

—¿Esos números significan lo que me imagino?

—Es una cámara que incorpora la fecha en cada foto. Las diez menos diecisiete minutos de la noche del 23 de junio.

—¡Joder!

Siguió, una tras otra, las fotos que colgaban de la cuerda. En la segunda, los chicos que hacían *skateboard* avanzaban hacia el parque de Björns Trädgård. En la tercera se hallaban en mitad de la calle de Götgatan; por encima de las cabezas de Sara y Jorge se asomaba todo un bosque de piernas en movimiento. En la cuarta, los chavales desaparecían tras las copas de los árboles en dirección hacia la rampa que había en el parque de Björns Trädgård, y se alcanzaba a divisar el comienzo de Tjärhovsgatan. En la acera reinaba el caos y en el centro se veía a un joven que corría a toda pastilla hacia la cámara. Lo rodeaban otros jóvenes provistos de banderolas y bufandas con rayas. Todos parecían alterados, algunos gritaban. El joven del centro tenía el pelo rubio, descuidado, y un bigote que le bajaba un poco hacia el mentón. Llevaba algo en la mano. Chávez señaló el objeto; Sara señaló la foto siguiente. Era una ampliación de la mano.

Sostenía el asa de una jarra de cerveza.

—El Hincha Homicida —constató Chávez, conteniendo el aliento.

Arrancó la foto de la cuerda con tal ímpetu que las pinzas salieron volando. La examinó. Pegados a la pared del edificio había un grupo de cuatro personas. No se

apreciaban sus caras, pero por la puerta aparecía un rostro que le resultó familiar. Tenía mejor pinta vivo que muerto.

Era 1C. El conductor del Mercedes en el polígono de Sickla.

Dos hombres, con el mismo aspecto moreno y que se diferenciaban claramente del grupo de hinchas del Hammarby, lo estaban esperando.

Chávez arrancó la última fotografía. En ésta el Homicida del Kvarnen ya no aparecía, ni los otros tres tampoco. La Banda 1 se largó tan pronto como salió 1C. En cambio, al grupo que se hallaba junto a la pared se le distinguía mucho mejor. A Chávez le sonó una de las figuras. Reconoció perfectamente esa cara de las fotos de la cárcel. Su nombre era Sven Joakim Bergwall, 2B, y también la había palmado.

La Banda 1 y la Banda 2.

Un retrato en grupo.

Bajo la débil luz roja, Sara Svenhagen sacó un papel fotográfico de un paquete, lo colocó en la ampliadora y dejó que una luz mortecina lo iluminase durante una decena de segundos. A continuación lo levantó con unas peculiares pinzas de plástico y lo sumergió en el líquido de una de las bandejas. Le dio vueltas y ante sus ojos se fue revelando una foto.

La Banda 2 se había esfumado también. Un último hombre abandonaba el Kvarnen. Los hinchas del Hammarby le tapaban casi por completo, sólo quedaban al descubierto ciertas partes de su figura.

—«El policía» —jadeó Jorge.

—¿Qué? —dijo Sara.

—Que eres un genio, he dicho. Tú, Sara Svenhagen, eres nada menos que un auténtico genio.

Le cogió la cara con las dos manos. El cuerpo de ella resplandecía de un rojo sombrío en la oscuridad. La besó y acto seguido se fue hacia el suelo para meterse por dentro de su camiseta y dejar que su rostro subiera rozándole el estómago hasta alcanzar sus pechos. Bebía a lengüetadas los sabores de su piel.

Sara Svenhagen bajó la mirada a su enorme barriga y la acarició con suavidad.

Le pareció como iluminada por una luz propia, interior.

Capítulo 26

Paul Hjelm se había acomodado en el sofá. Llevaba mucho tiempo sin sentarse en él. En realidad, llevaba mucho tiempo sin estar en casa y apenas recordaba cómo era. Lo embargaba una extraña calma, como si le hubiesen cubierto con una quesera de cristal.

A su alrededor no reinaba precisamente la calma, pues su familia corría de un lado para otro por el chalé adosado en Norsborg. A lo lejos, procedente de la casa del vecino, se oía la conocida sintonía del telediario. Eran las nueve y todo el mundo se disponía a marcharse. Por primera vez en meses, tenía tiempo para dejarse asombrar por lo mayores que se habían hecho sus hijos. Ya no había abrazos, ni momentos de intimidad familiar, ni lecturas en voz alta. Sólo esa especie de pesado y prolongado distanciamiento.

Danne tenía diecisiete años y se marchaba a jugar al fútbol. «¿A las diez de la noche?», había exclamado el padre Paul. Es que era la única hora que quedaba libre, había replicado Danne de forma pedagógica. Últimamente, sus conversaciones no solían ir mucho más allá. ¿Les daría tiempo a reparar el daño alguna vez? ¿O ya era demasiado tarde? ¿Era todo ya demasiado tarde? ¿Recibiría de repente un buen día — como les había ocurrido a los encantadores padres Lindberg en Trollhättan— la noticia de que su hijo, antaño tan educado y prometedor, se había convertido en un neonazi y un criminal? ¿Cómo reaccionaría al enterarse de algo así? ¿Sería capaz de superarlo? Veía paralelismos inquietantes: el prometedor Niklas Lindberg había sido oficial en el ejército y su propio hijo quería ser policía.

Un hijo que ahora daba vueltas por la casa como un loco acusando a todo el mundo, incluso al loro que acababan de adquirir, de haber escondido consciente y malintencionadamente sus espinilleras. Cuando al final las encontró, envueltas en su vieja toalla a punto de pudrirse, se marchó algo avergonzado.

Sin embargo, Tova todavía estaba: quince años y loca de atar. Más allá de toda cordura y sensatez. Paul no tenía hermanas, de modo que las quinceañeras constituían un territorio inexplorado para él. El juego hormonal le dejaba perplejo. En ese momento, Tova se preparaba para ir a la discoteca por tercera vez esa semana. Paul no sabía hasta qué punto debía preocuparse; al menos sonaba mejor que ir a una *rave*, y Cilla le había asegurado que todo lo organizaba el centro de la juventud y que no servían bebidas alcohólicas. Como si el hecho de ponerse de parte de su hija fuese a mejorar la situación, ahora que Tova parecía odiar a su madre más que a ninguna otra persona en el mundo, pensó él. Hacía poco que había empezado a creer que quizá se trataba de amor y no de odio, pues había miradas entre madre e hija que así lo sugerían. Como si representaran una obra de teatro exclusivamente para él. No lo entendía.

—¡Doce! —chilló Tova con su voz más estridente.

Pero ¿no era a los chicos a los que les cambiaba la voz?

—¡Doce! —graznó el loro, al que definitivamente le estaba cambiando la voz.

En circunstancias normales eso habría dado lugar a que Paul agarrara la zapatilla y se la tirara a la repugnante criatura, pero hoy, como se encontraba dentro de una quesera de cristal contemplando el espectáculo desde otro planeta, se sentía inmune ante semejantes provocaciones. Lo cierto es que la situación tenía cierta gracia.

—¡Once! —vociferó Cilla con una voz muy parecida a la de su hija y el loro—. ¡Dile algo, Paul, no te quedes ahí como un pasmarote!

«¿Pasmarote? ¿Todavía existen los pasmarotes?», pensó Paul Hjelm desde su quesera. Pero ni se inmutó.

La puerta se abrió y Tova salió deslizándose discretamente, pero Cilla corrió tras ella y desde la puerta le gritó:

—¡Como se te ocurra volver más tarde de las once, te corto el cuello!

«Mmm —pensó Paul dentro de la quesera—. ¿Es eso una buena educación? ¿Es eso un modelo de tolerancia y comprensión?».

—¡Pasmarote! —repitió Cilla a la masa gelatinosa que estaba sentada en el sofá mientras se ponía el abrigo.

—¡Pasmarote! —eruptó el loro desafinando.

—Pero ¿tú no eres la enfermera jefe? —preguntó el pasmarote—. ¿Es que las jefas no tienen horario de oficina?

—Pero bueno, ¿te crees que te voy poniendo los cuernos por ahí o qué? —le gritó Cilla—. ¿Es eso lo que piensas? ¿Crees que me voy al trabajo a follarme a un médico?

Jamás se le había pasado esa idea por la cabeza, pero ahora no sería capaz de quitársela de encima, de eso no le cabía ninguna duda. Sólo había una manera de deshacerse de ella. Temporalmente. Echó una ávida mirada hacia el piano, que estaba arrinconado en la esquina del salón, odiado por todos menos por él. Como compensación había tenido que transigir con la compra del loro, que durante muchos años había sido una petición insistente de sus hijos.

Y lo peor era cuando al pajarraco le daba por imitar su mediocre música. Una auténtica pesadilla.

—No —respondió, y se calló el resto.

Cilla lanzó un profundo suspiro e hizo un pequeño gesto de reconciliación.

—Perdón —dijo—. Tova me saca de quicio. Y luego está el trabajo. A veces me toca hacer los turnos de noche para que todo no se venga abajo. Vamos de cabeza, ya sabes...

—Ya lo sé, ya —contestó—. Venga, vete y que te sea leve.

Un rápido beso en la mejilla. Nada más.

Se quedó un rato en la quesera, hasta que se sintió seguro. Luego la rompió. Un solo golpe y cayó en mil pedazos. Se acercó al piano y tras abrir la tapa se sentó. Se

deleitó unos segundos con el roce de sus dedos sobre las teclas.

Acto seguido empezó a tocar. Un pequeño paseo que había aprendido. *Misterioso*. Monk. Unos extraños y bellos tonos. Se sumergió en temerarias improvisaciones y al final se puso a tararear, pero sin llegar a cantar. Ahí estaba su límite.

Se preguntaba por qué. Pero no en ese preciso instante, en ese preciso instante sólo tocaba.

El que cantaba en su lugar era el loro, desafinando a más no poder.

Paul Hjelm se rió y siguió tocando.

Aunque sin llegar a cantar.

Capítulo 27

Era miércoles por la mañana o, para expresarlo de forma más radical, era la última mañana de junio del milenio.

Jan-Olov Hultin prefirió miércoles por la mañana a secas, pues no había motivos para las rimbombancias: la investigación avanzaba con asombrosa lentitud y él todavía se sentía un poco oxidado.

Mientras esperaba sentado a su mesa, Hultin repasaba los últimos informes que le habían enviado los entusiastas técnicos de Brynolf Svenhagen. Se trataba de más detalles sobre las armas, en concreto de una lista interminable confeccionada por la Interpol con los puntos donde se habían encontrado las pistolas rusas Izh-70-300. Entre otros muchos lugares aparecían Bosnia, Croacia, Serbia y Montenegro.

También había un listado de los sitios en los que habían terminado las metralletas sustraídas del almacén militar de Boden. Varias de ellas, efectivamente, cayeron en manos de algunos círculos ultraderechistas en Europa: dos en una agrupación fascista en Bulgaria y otras dos en una banda de moteros en Dinamarca. No sería descabellado suponer, aunque quedaba mucho para llegar a demostrarlo, que fueran los mismos Sven Joakim Bergwall y Niklas Lindberg los que perpetraron el robo en Boden. Luego se abordaba el tema del material explosivo: nuevos indicios apuntaban a que el líquido altamente inflamable podía haber sido desarrollado por la policía de seguridad de Sudáfrica durante los últimos años del régimen del *apartheid*, a todas luces con la esperanza de usarlo en alguno de los grandes mítines internacionales del CNA. Pero todo seguía sin confirmarse.

Hultin levantó la vista de los papeles y lanzó un profundo suspiro. Aún no había llegado la hora, el Grupo A tendría que esperar un poco más.

Había intentado coger un poco de distancia para enfrentarse al caso con perspectiva, resumirlo y atar los distintos cabos, aunque sin mucho éxito, la verdad. Algo faltaba. Un cartel de narcotraficantes sueco-yugoslavo, un solitario «policía» sueco, unos atracadores ultraderechistas equipados con la última tecnología y los cadáveres de unos criminales de guerra de la antigua Yugoslavia. Todo eso olía mal, desde luego, pero su análisis se quedaba ahí. Las conjeturas, sin embargo, las podía llevar mucho más lejos. ¿No desprendía este crimen un aroma a «continuará»? ¿Era un crimen ya cerrado lo que tenían entre manos? ¿O uno que no había hecho más que empezar? ¿La única pretensión de los atracadores fascistas era robar al narcotraficante? ¿O había algo más? ¿No estaría el dinero, o lo que fuera que contuviera ese supuesto maletín, destinado a un fin específico? Notó que pisaba un terreno cada vez más resbaladizo.

Cogió otro documento: una relación de los crímenes que estaban siendo investigados en Suecia, elaborada por la DGP. Se podía constatar que la sangrienta

primavera había pasado el testigo a un verano asimismo teñido de sangre. Además, tras el tiroteo de Malexander se habían cometido otros atentados dirigidos contra la policía, el último en Malmö, donde los malhechores, a fin de atraer a la fuerza pública, habían usado como cebo un coche abandonado cuyo robo se había denunciado previamente. El vehículo saltó por los aires cuando el agente abrió la puerta. Se quedó ciego de por vida. Que el objetivo del atentado fuera la policía era una novedad, reflexionó Hultin. ¿Por qué ir a por nosotros? Se trataba de una nueva tendencia que le resultaba incomprensible. Por un instante, pensó en los World Police and Fire Games y en sus doce mil participantes de todo el mundo que llegaban a un país donde se ejecutaba y se hacía estallar a policías...

¿Qué más? Un noruego relacionado con el contrabando internacional de alcohol y tabaco había sido hallado muerto en una furgoneta al sur de Estocolmo. Una suerte de ola de robos recorría la costa oeste desde Ängelholm hacia el norte. Un periodista de investigación experto en el nazismo sueco fue víctima de un atentado con bomba cuando el coche al que acababa de subir en compañía de su hijo voló por los aires. Una extraña conexión parecía darse entre todos esos casos, aunque sólo de una forma muy vaga.

Hultin levantó la vista de nuevo. No, todavía no.

Empezaba a irritarse. Las secuelas del día anterior permanecían: el discurso que había pronunciado Mörner dirigido a los participantes de los juegos policiales, el abrazo que le había dado después... Las arcadas no le habían abandonado del todo. Y ahora encima esta reunión que él no había convocado, pero a la que tenía que asistir, y en la que de momento el desvergonzado capullo que los había emplazado no se dignaba a presentarse; como si el comisario Jan-Olov Hultin no tuviera otras cosas que hacer...

Aún no habían recibido respuesta de las autoridades de ningún estado de la antigua Yugoslavia a excepción de Eslovenia, en cuyos registros no figuraba el menor rastro de los individuos 1A, 1B y 1C. Considerando la situación en la que se encontraban Serbia y Kosovo, no albergaban grandes esperanzas de que les llegara información de allí. Tampoco de Bosnia ni Macedonia, estados que, cada uno a su manera, tenían su buena dosis de problemas. Seguía esperando, por el contrario, una respuesta de Croacia.

En el preciso instante en el que iba a cancelar la reunión, el protagonista y convocante de la misma entró en la sala con paso firme y una sonrisa triunfal a punto de estallarle en los labios. Jorge Chávez se fue directo a la pizarra, donde pegó, tapando las imágenes que allí había, tres enormes ampliaciones de unas fotografías en blanco y negro. Le hicieron falta ocho de las absurdas mariquitas para sostener cada una de ellas.

Al final, mientras las señalaba con la mano, Chávez anunció:

—En primicia para ustedes, señoras y señores, me gustaría presentar un curioso avance en la investigación: tres fotografías de Tjärhovsgatan, cerca de Björns

Trädgård, sacadas el miércoles 23 de junio a las 21.43 horas, es decir, hace una semana. Una serie de fotos sin parangón en lo que respecta a la densidad de criminales presentes en ellas.

Hjelm y Holm intercambiaron una mirada.

—En otras palabras, las fotos están hechas un minuto después de que el Hincha Homicida rompiera una jarra de cerveza en la cabeza de un pobre chaval de Småland dentro del restaurante, cuya entrada se ve *aquí* en la foto 1 —dijo Chávez, señalando la imagen—. En el centro tenemos al asesino, y a la derecha y junto a la pared a los integrantes de la Banda 2, menos a Eskil Carlstedt y a Niklas Lindberg, que en ese momento todavía se hallaban dentro del local y de la cárcel de Kumla, respectivamente. Arriba a la izquierda, la Banda 1 al completo, con 1C, el conductor del Mercedes, aquí en la puerta.

En el cuartel general del alto mando se instaló un silencio absoluto.

—Foto 2 —siguió Chávez con el mismo irritante tonillo triunfal—. Ya no aparecen ni la Banda 1 ni el Hincha Homicida, pero a la Banda 2 se la ve mucho mejor. Y aquí, al lado de Sven Joakim Bergwall —el 2B—, tenemos, con gran probabilidad, a nuestros tres atracadores desconocidos. Eskil Carlstedt, el otro muerto, el 2A, se ha quedado en el local para encargarse del encuentro con la policía. Por tanto, los tres deben de seguir con vida, aunque uno de ellos está herido. Es decir, se trata de tres de los cuatro carniceros de Sickla que están en busca y captura. La foto es lo bastante buena como para lograr identificarlos, cosa a la que dediqué el día de ayer. Y aunque no resultó del todo fácil, creo que ahora tenemos las espaldas cubiertas para poder publicar la identidad de los cuatro, en caso de que sea eso lo que queramos.

Permaneció en silencio un instante mientras recorría la silenciosa sala con la mirada. Advirtió que, efectivamente, contaba con la total atención de sus compañeros. A continuación empezó a rodear con círculos rojos los cuatro rostros de la foto, uno tras otro.

—*Éste* es Sven Joakim Bergwall, el del disparo en la cara. Luego tenemos a *este otro* individuo de aquí, un auténtico veterano del trullo de nombre Dan Andersson —sí, igual que el poeta—, apodado Danne Morcilla debido a las quemaduras que sufrió durante su época de delincuente juvenil y que han teñido de morado gran parte de su piel. La razón por la que se ha asociado este color con dicho embutido sigue siendo una incógnita. Tiene treinta y ocho años, y desde los quince ha sido condenado por un total de, ojo al dato, ochenta y seis delitos, atracos a bancos en su mayoría. En febrero salió de Kumla, donde había formado parte del grupúsculo nazi, aunque parece que el ultraderechismo nunca ha sido su actividad principal. En otras palabras, Dan Andersson es simplemente un delincuente profesional. Esta figura que veis *aquí* se llama Roger Sjöqvist, de treinta años, culturista con un pasado militar y el único de la banda que ha sido condenado por asesinato; hace diez años mató a un narcotraficante. Se escapó del centro penitenciario de Tidaholm durante un permiso el año pasado y

lleva huido de la justicia desde entonces. Frecuenta grupos ultraderechistas y, con toda probabilidad, ha participado en unos cuantos atracos a sucursales bancarias. Está en busca y captura. Finalmente, *aquí*, vemos al más bajito de entre los fornidos caballeros, el experto técnico del grupo. Agne Kullberg, apodado «La Bala», siendo a todas luces imposible para un tipo duro llamarse Agne. Sólo ha pasado una vez por la cárcel, por un delito de lesiones. Dejó ciego de una paliza a un pizzero turco en Hagsätra y salió hace seis años tras cumplir la pena. Tiene treinta y seis, y mientras estaba en la prisión de Hall estudió telecomunicaciones. Sin embargo, nunca ha trabajado como ingeniero. No se le relaciona directamente con la extrema derecha, pero es miembro de un club de tiro de dudosa reputación del que también forman parte dos de nuestros colegas más tristemente célebres del distrito de Norrmalm, así como Bergwall.

—¿De dónde coño han salido estas fotos? —interrumpió Hultin sin desviar la mirada de las ampliaciones.

—¿Podemos esperar un poco con eso? —dijo Chávez antes de proseguir—. Es que todavía nos falta la foto 3. En ésta tampoco aparece la Banda 2, ya que se debió de tomar cuando los porteros habían conseguido bloquear la puerta del Kvarnen. Los hinchas del Hammarby se quedan a charlar un poco, saben que la policía tarda en llegar, así que no hay prisa. La famosa cola que, según las informaciones recibidas, suele componerse de «complicados individuos de otras culturas» ya se ha disuelto, como podéis ver. Sólo están los hinchas y este hombre *aquí*, al que por desgracia tapan y que sin duda debe ser el supuesto «policía».

Contemplaron al individuo. Apenas se le veía. Sólo el lado izquierdo del cuerpo. Posiblemente era moreno, posiblemente llevaba vaqueros. Lo que mejor se distinguía era el zapato del pie derecho: una deportiva de la marca Nike Air.

—A ver lo que los técnicos pueden hacer con la foto... —añadió Chávez—. Están en ello.

—¿De dónde han salido las fotos? —insistió Hultin, desplegando su más gélida neutralidad.

Chávez lo observó. Hubo una pausa que dio la impresión de durar una eternidad. Una pugna. Hjelm incluso creyó vislumbrar los contornos de una futura lucha por el poder.

—Se sacaron desde un lugar alto en las inmediaciones —indicó Chávez sin decir con ello gran cosa.

—El gatillazo de Haglund —intervino Söderstedt, que vivía por la zona. Chávez permaneció callado.

—¿De dónde han salido las fotos? —repitió Hultin con inalterada gelidez. Chávez salió del *clinch*, se apoyó contra las cuerdas y jadeó aliviado.

—De momento no lo puedo decir —fue lo único que contestó.

—A mi despacho —ordenó Hultin.

Tras asentir durante unos instantes, Chávez replicó:

—De acuerdo, pero permíteme que haga un resumen primero.

Hultin le dejó resumir.

—Las horas —dijo Chávez, que se puso a pintar una especie de diagrama de flujos en la pizarra, al más puro estilo Hultin—. ¿Dónde empieza todo esto? ¿Qué es lo que sucede primero? El «policía» prepara un ataque contra Rajko Nedic. ¿Por qué? ¿Le vende algo? ¿Lo chantajea? ¿Es el comienzo de una futura colaboración? En cualquier caso, contacta con Nedic, y éste accede a realizar la entrega de aquello que luego contendrá el famoso maletín. Supongo que cada vez hay más indicios de que se trata de dinero. De alguna forma, alguien de la Banda 2 se entera de que se va a llevar a cabo la entrega. Teniendo en cuenta que Niklas Lindberg es, a todas luces, el líder, podemos suponer que es él, o al menos alguien de su «grupúsculo nazi» en Kumla, quien se entera de eso. La información, con toda probabilidad, sale de Lordan Vukotic, la mano derecha de Rajko Nedic. A la banda pertenecen Sven Joakim Bergwall y Dan Andersson. Este último queda libre en febrero, de modo que seguramente ya está fuera cuando la información alcanza a la agrupación nazi en el talego. Bergwall sigue dentro hasta mayo, al igual que Lindberg, quien sale la mañana del 24 de junio. Posiblemente lo descubren por casualidad, oyendo alguna conversación que mantiene Vukotic con alguien de la cárcel. Se dan cuenta de que se trata de algo *gordo* —probablemente *mucho dinero*— y, a la espera del momento oportuno, forman una banda compuesta por el compañero del trullo Dan Andersson, el ingeniero Agne *La Bala* Kullberg, amiguete de Bergwall del club de tiro, y un par de colegas de la extrema derecha: Eskil Carlstedt, hasta entonces sin antecedentes penales, y el asesino Roger Sjöqvist. Al cabo de algún tiempo llega a sus oídos que se va a celebrar una reunión en el restaurante Kvarnen justo la noche antes de que Niklas Lindberg sea puesto en libertad, algo que él seguramente interpreta como una señal. Así que esa noche se entretiene dislocándole los hombros a Lordan Vukotic para sacarle todo lo que sepa o simplemente para divertirse un rato. El hecho de que Vukotic no diga nada a nadie sobre la paliza indica que Lindberg sin duda consigue hacerle hablar; probablemente le dice el lugar *aproximado* de la entrega. Pero todos los detalles se acuerdan en el Kvarnen durante la reunión que mantienen los hombres de Nedic con el «policía», quien habrá elegido un lugar tan público como ése porque no se fía de la gente de Rajko Nedic; evidentemente sabe muy bien de lo que son capaces tras un par de auténticos genocidios en la antigua Yugoslavia. Quizá también negocien una especie de seguro, para que tanto el «policía» como la Banda 1 sepan que van a salir ilesos del lugar de la entrega; quizá es sobre todo ese sistema de seguros sobre lo que versa la conversación en inglés que mantienen en el Kvarnen. En cualquier caso, allí están presentes cinco hombres: Sven Joakim Bergwall, el líder, Eskil Carlstedt, Dan Andersson, Roger Sjöqvist y Agne Kullberg, este último con un pequeño receptor en el oído, pues ha conseguido colocar un microscópico dispositivo de escuchas debajo de la mesa que ocupan el «policía» y la Banda 1. Cuando los hinchas del Hammarby entran en tropel, el acuerdo está casi cerrado y aunque

empieza a haber bastante jaleo en el local continúan con sus negociaciones. Y la Banda 2 se queda en su mesa en la pared opuesta, escuchando, a pesar de que los del Hammarby les molestan todo el tiempo. Por tanto, deben de haber alcanzado un acuerdo —la entrega se realizará a las dos de la madrugada siguiente, en el polígono de Sickla— poco antes de que a uno de los hinchas se le ocurra estampar una jarra de cerveza en la cabeza de un pobre chaval de Småland. Ambas bandas se dan cuenta de que tienen que largarse de allí cuanto antes, pero también consiguen mantener la cabeza lo suficientemente fría como para reflexionar sobre la situación. Todos los clientes del restaurante se convierten de repente en testigos, por lo que son conscientes de que ya no podrán permanecer en el anonimato, de que su existencia se llegará a conocer porque la policía analizará y reconstruirá minuciosamente lo que pasó en el local en el preciso instante del asesinato. El «policía» se asegura de que los yugoslavos se marchen antes que él con la intención de evitar que los relacionen; sin embargo, se queda unos segundos de más, por lo que no le queda otra opción que enseñar su placa para que le dejen salir del local. Bergwall, suponemos, decide que Carlstedt, al ser el único sin antecedentes, permanezca en el restaurante para encargarse del encuentro con la policía y convertir al misterioso grupo del pinganillo en una pandilla de compañeros de trabajo que han salido a tomar unas copas y a ligar. Y les sale bien. Después dedican el resto de la noche a perfeccionar el plan que Carlstedt presenta el día siguiente a la policía mientras Bergwall, Andersson, Sjöqvist y Kullberg se van a Kumla a recoger a Lindberg. Tal vez no se esperan que éste haga estallar una bomba en el búnker justo cuando están delante de sus muros, a la vista de todo el mundo, pero él lo lleva a cabo, sin duda también con el propósito de dejar claro quién es el jefe; ya se sabe que las manifestaciones de poder son siempre importantes entre la gente del hampa. A continuación van a buscar a Carlstedt; quizá incluso se planten delante de la comisaría con su furgoneta y esperen a que Paul y Kerstin terminen de tomarle declaración. Luego los seis van al escondite donde ponen en común el plan de esa noche. Poco antes de las dos llegan a Sickla, colocan una microbomba en el camino y aguardan el momento. A las dos aparece el Mercedes. En algún sitio de la zona está el «policía» esperando. Oye la explosión, se da cuenta de que algo ha ido mal y se marcha. Lindberg, Bergwall, Carlstedt, Andersson, Sjöqvist y Kullberg se acercan al coche reventado. Al igual que en la celda de Vukotic en Kumla, se trata de una carga explosiva preparada con una absoluta precisión, pues estalla justo debajo del asiento de atrás del coche. El «policía» se reunió en el Kvarnen con tres hombres, así que podemos suponer que son justo esos tres los que se hallan dentro del Mercedes. Uno de ellos ocupa el asiento trasero; probablemente el que lleva el maletín, que, al contener dinero, lo más seguro es que sea blindado. Así habrá sido. Ese hombre, 1A, muere reventado. Después sacan a los dos supervivientes del vehículo: 1B, en el lado del asiento del copiloto, y el conductor, 1C, en el suyo. Los cachean. Bergwall rodea el automóvil y se queda vigilando en el otro lado. Entonces, Carlstedt se acerca, coge el maletín y corta la cadena con una

cizalla que, dicho sea de paso, hemos encontrado. A partir de ahí, las cosas se complican. Algo ocurre que hace que la concentración se relaje. Los criminales de guerra, 1B y 1C, auténticos obsesos de las armas, cuentan con algún tipo de dispositivo en las mangas de sus americanas, detalle que nos han confirmado los técnicos, que hace que puedan ocultar sus pistolas y sacarlas como un rayo. Como Robert de Niro en *Taxi Driver*. Se produce, por tanto, un tiroteo. 1B dispara *por encima del hombro* y le da a Bergwall en el ojo. Carlstedt, que es incapaz de empuñar su arma porque sostiene el maletín, opta por salir corriendo. 1C le pega un tiro en la espalda que le penetra en el corazón y le mata en el preciso instante en el que está a punto de ponerse a cubierto detrás de la nave. A esas alturas, 1C ya ha recibido algún que otro tiro, pero sigue disparando de todos modos; al final cae muerto con cinco proyectiles en el cuerpo. 1B, tras encajar seis disparos, también yace en el suelo, tal vez muerto, aunque lo más probable es que todavía estuviera vivo, ya que Niklas Lindberg (o quizá Sjöqvist o Kullberg) se acerca y descarga dieciocho balas sobre él. Un hombre con zapatillas Reebok del número 40 va a por el maletín y lo halla empapado en la sangre de Carlstedt. Es Kullberg, el más pequeño del grupo y que efectivamente calza un 40. El que ha resultado herido es Dan Andersson, alias Danne Morcilla, grupo sanguíneo AB negativo. La cantidad de sangre indica que se trata de una herida bastante grave, pero no ha ingresado en ningún hospital, así que a menos que el grupo se haya dispersado, Andersson continúa con ellos. Eso, claro, si no se lo han cargado así por las buenas. Tal vez ya empieza a ser una carga. Del resto de la banda, los que siguen en plena forma, vivitos y coleando, son: Roger *Rogge* Sjöqvist, Agne *La Bala* Kullberg y, por supuesto, Niklas Lindberg. ¿Y cómo van las cosas por el otro frente? Aunque en realidad habría que hablar de otros dos frentes: el «policía» y Rajko Nedic. ¿Toma el primero alguna medida? Es posible que no. O bien espera hasta que Nedic haya recuperado el dinero, o bien exige pasta nueva ya que la metedura de pata de Nedic no es culpa suya. Pero Nedic no mete la pata nunca, es más: odia la idea de fallar. Gestiona sus actividades ilegales con la precisión de un mecanismo de relojería. Consigue llevar las riendas de un narcotráfico de amplias dimensiones y al parecer encuentra placer en poder dedicarse también a dirigir un negocio legal de hostelería. Seguro que no ha habido muchas cosas en su vida que le hayan salido mal, así que me atrevería a afirmar que en este preciso instante está que echa chispas. Sin embargo, la situación ya no es la misma, ni para Nedic ni para el «policía». Este último ha dado con sus huesos en una pesadilla: difícilmente podía haber previsto que cinco personas iban a morir por culpa de su dinero, ni tampoco debe de encontrarse muy cómodo con que exista una investigación policial de gran envergadura en curso y que se centra precisamente en su pequeña transacción pecuniaria. Ya nada se podrá hacer a escondidas. Nedic también sabe que le vamos pisando los talones y se ha dado cuenta de que nosotros sabemos más de lo que los medios de comunicación dicen. Tiene que buscar una solución que no sólo le permita recuperar el dinero, sino que también consiga castigar a los ladrones y contentar al

«policía». Otra alternativa sería eliminar a este último, quien sin duda es consciente de que ahora el riesgo de que eso suceda es mayor. Necesita un buen seguro de vida, y probablemente lo tiene. Por consiguiente, lo que debería ocurrir *ahora mismo* es lo siguiente: la Banda 2 se esconde de Rajko Nedic. Éste va a por ellos con todos los medios que tiene a su disposición. El «policía» está de los nervios, pero permanece a la espera. *End of story*.

El despacho de Hultin. Un alumno arrepentido ante el director del colegio. Aunque no exactamente. Tampoco se trata de un compañero rebelde y trepa que se enfrenta a su jefe. No, eso tampoco. Más bien es un hombre *orgulloso*. Un hombre orgulloso que defiende sus derechos —que no son tales— ante su superior.

El superior se sentía cansado. Jorge Chávez era el mejor hallazgo de Jan-Olov Hultin, su apuesta personal. El resto del Grupo A se formó con la ayuda de consultas e ideas de diferentes distritos policiales, pero a Chávez lo encontró él solo. El único poli sudaca del norte del país, tal y como se autodenominaba cuando, a la sazón, prestaba servicio en Sundsvall. Un destino terrible para él. Y la verdad es que resultó un acierto total; Chávez era el policía con más energía que Hultin había conocido en toda su vida. Y ahora iba y le salía con esa —¿cuál era el término correcto?— falta de subordinación. Esa negativa a obedecer las órdenes. Primero, le traía un hallazgo fantástico, las fotografías, y luego le venía con esa incomprensible rebelión, negándose a revelar la fuente.

Contempló a Chávez a la espera de una explicación. Aguardó tranquilamente. Al final Chávez dijo:

—Es complicado.

Nada más. Hultin siguió esperando. Luego Chávez continuó por el estilo:

—Es un conflicto moral, un dilema ético. Las fotos nos han ayudado con las identificaciones, así que ya no las necesitamos. Son historia.

—No exactamente —dijo Hultin—. Tenemos que publicar la foto del Hinch Homicida en los medios de comunicación.

—Pero podemos hacerlo sin revelar la fuente.

Y añadió como implorando:

—Es que en el mismo momento en el que te lo diga a ti, Jan-Olov, también se lo digo a Mörner, al jefe de la policía y a todo el maldito cuerpo.

—No necesariamente —replicó Jan-Olov Hultin de forma neutral.

—Seguro que sí —insistió Chávez, mirándole a los ojos—. No puedes permitirte el lujo de ocultarle nada a Mörner después de lo que pasó con el caso del Asesino de Kentucky. Te han dado una segunda oportunidad y no tienes intención de desaprovecharla.

La mirada de Hultin se cruzó con la de Chávez con firmeza.

—En eso te equivocas, Jorge. Es todo lo contrario, no tengo nada que perder.

Nada de nada.

Chávez tragó saliva y tomó una decisión. Dijo:

—Las sacó un pedófilo que vive en la Torre de Söder. El gatillazo de Haglund, como dijo Arto. Lo detuvo Sara Svenhagen, no sé si la conoces...

—Pues claro que la conozco —intervino Hultin—. La conozco desde que era muy pequeña. Es la hija de Brynolf. Una policía magnífica.

—Pero Sara ha recibido la orden de su jefe de llevar la investigación de ese caso de forma *privada*. No puede revelar nada, bajo ninguna condición, ni siquiera internamente.

—Hellberg —recordó Hultin mientras acusaba un ligero cansancio—. Un tipo de comisario *más moderno* que yo. ¿Por qué?

—No tengo ni idea —contestó Chávez—. Todo lo que sé es que Ragnar Hellberg le ha impuesto un silencio absoluto. Y que ya lo ha roto al enseñarme las fotos a mí. Las revela en su casa ella misma. Tuvo la *intuición* de que el pedófilo podía haber recogido en alguna de sus fotos los instantes posteriores al homicidio del Kvarnen. Dio en el clavo.

—¿En su casa? —repitió Hultin cargado de intención.

Chávez permaneció en silencio, callado y orgulloso. Y orgulloso de su silencio.

—¿Por qué te preocupas tanto por Sara Svenhagen? —siguió Hultin, aunque empezaba a comprender por dónde iban los tiros.

Jorge Chávez se acercó un poco más e inclinándose sobre la mesa de trabajo dijo con voz clara y firme:

—Porque la quiero.

Capítulo 28

Y ella a él. Se sentía un poco patética.

Se sabía el manual de memoria. Tenía claro que el amor es algo que debe crecer lentamente y cultivarse con mucho esmero, que lo de establecer una relación requiere tiempo y esfuerzo, que el amor no es algo que surja así sin más, de golpe y porrazo, ni que aparezca como un regalo metido en una caja con su lazo y todo. Además no creía en absoluto en el amor a primera vista. Y la verdad es que con él tampoco había sido a la primera...

Pero casi.

Y ella que pensaba que era inmune, que pensaba que había visto y oído demasiado como para dejarse alcanzar por los disparos de Cupido. Ella que creía que las flechas lanzadas por los pedófilos habían puesto punto final a toda su vida sentimental. Pero fue consciente de lo *fuerte* que era, a pesar de todo, el ser humano, de su enorme capacidad de aguante.

Se hizo todas las preguntas críticas posibles. ¿Era realmente amor? ¿No habría aparecido ese hombre simplemente en un momento en el que todos sus sentimientos estaban a flor de piel? ¿No habría usado con ella su labia de una forma bastante deshonesto? ¿No habría sido víctima del típico ritual de seducción latino?

Pero con las preguntas críticas no llegaba a ninguna parte, pues pensaba en él todo el tiempo. Se sentía contenta, ilusionada, deseada. Invasada por una nueva energía, trabajaba con un entusiasmo sin precedentes.

Porque, por curioso que pueda resultar, el amor no surtía ningún efecto *paralizador* en ninguno de los dos enamorados, a diferencia de lo que les había ocurrido en la adolescencia. Quizá habría que llamar a esto un amor *más maduro*, un amor que también influía positivamente en el trabajo. Ambos trabajaban más duro que nunca, lo que podría parecer imposible, y a los dos les daba la impresión de que pensaban con más claridad. Jorge se había desenvuelto con brillantez al presentar su resumen del caso de la matanza de Sickla, y Sara veía de pronto su situación con una claridad cristalina.

Ella tenía dos cosas que hacer. Primero debía repasar un listado, la relación de direcciones donde había encontrado a John Andreas Witréus, esa que apareció de manera tan fugaz en aquella página web pedófila igual de efímera. Segundo, debía investigar el contenido de su ordenador. Ante todo, iba a intentar localizar esa página web que había sido capaz de detectar la dirección de correo electrónico de Witréus para luego incluirla en esa lista que ella después confundiría con una red, pero que más bien se trataba de una *potencial* red de contactos. Alguien, en algún lugar, se dedicaba a recopilar las direcciones de todos los que habían visitado una determinada página web, una página a la que claramente urgía localizar. Quizá así consiguieran

identificar a las personas que se encontraban detrás de esa nueva forma de crear redes pedófilas.

Era una labor complicada en la que, sin ningún tipo de ayuda experta, se estaba empleando a fondo. Aunque, a esas alturas, era casi una experta; empezaba a tener la sensación de que con un ordenador y una línea telefónica podía hacer cualquier cosa.

¿Cómo era posible vivir con la cabeza medianamente alta en un mundo como éste, en el que todo estaba en venta, en el que si se disponía de la suma adecuada todo era posible? ¿Cuántas personas en el mundo estaban en realidad metidas en ese negocio clandestino? ¿Con qué se había topado? ¿El infierno?

Por un instante pensó que, *efectivamente*, se trataba del infierno. El verdadero, el infierno bíblico. Ese que en cada época fluía como una corriente subterránea por debajo de la actividad humana normal, adaptándose a los tiempos y seduciendo a la gente vulnerable a su atracción. ¿Y cómo conseguía que la gente se volviera vulnerable?

Empezaba a contagiarse de ese virus conspiratorio que de vez en cuando infecta a todos los *hackers*. La mayoría pensaba que la conspiración venía del gobierno de Estados Unidos, que ocultaba ovnis en cuevas secretas y que producía el virus del sida en laboratorios para después probarlo en África. Otros seguían creyendo en el comunismo y la teoría del dominó. A ella se le había metido en la cabeza —y eso ya era señal de que debía empezar a tener cuidado— que eran precisamente esas teorías las que conformaban la propia conspiración, porque la gran conspiración no consistía, claro está, en una élite que lo gobernaba todo desde alguna especie de cuartel general, como en una novela negra barata, sino que se trataba de una *ideología invisible*. Sobraban los guardias fronterizos físicos porque lo que se pretendía era una interiorización de la ideología, asegurarse de que el ideólogo pudiera actuar libremente dentro de las cabezas de la gente. El siglo xx era el siglo de la democracia, pero también el siglo en el que, de forma más perseverante que en ningún otro, se combatía la democracia, sobre todo desde dentro. ¿Cómo conseguían —y ellos eran por supuesto el mercado, la ideología más grande y realmente la única de la contemporaneidad, un sistema de pensamiento uniforme y absolutamente inflexible que se basaba en la maximización del beneficio y en nada más que eso— hacerle creer a la gente que tenía el poder al mismo tiempo que se le despojaba del mismo? Pues impidiendo que pensarán, naturalmente. *Toda* estrategia de *marketing* persigue que la gente deje de pensar para que, en su lugar, se centre en unas bien estudiadas imágenes idealizadas, es decir, se trata de vender una imagen. ¿Qué más? Una masiva acumulación de entretenimiento televisivo descerebrado que hacía que todos los adolescentes soñaran con ser presentadores de televisión; una fijación con los famosos; pornografía; histeria deportiva; pensamiento étnico; la obligación de dedicar tiempo a realizar elecciones absurdas, desde la empresa para la recogida de basuras hasta el suministrador de electricidad; la limitación de cualquier pensamiento económico a la propia cartera, que cada vez confluía más con las cotizaciones

bursátiles; así como el determinismo biológico que Sara Svenhagen veía como la guinda de esa idea que al parecer había que propagar *costara lo que costase*: o sea, que no tenemos ningún control sobre nuestras vidas. Una vez que nuestros cerebros ya eran lo bastante blandos y esponjosos y la confianza en nosotros mismos estaba lo suficientemente baja, llegaba el momento de recibir el golpe de gracia: la convicción de que en realidad carece de importancia lo que hagamos o lo que nos hagan, porque, de todos modos, absolutamente todo en nuestra vida está regido por nuestra genética. Ése era el golpe de gracia, y se daba desde todos los frentes, en todos los medios a la vez. Pienses lo que pienses, no creas que vas a ser capaz de hacer nada para cambiar tu situación, porque ya viene determinada por una serie infinita de antecedentes familiares que te han precedido.

Así que si algún pariente tuyo era pedófilo, ya sabes que tú también lo serás. En otras palabras, no tiene mucho sentido intentar resistir la tentación. Hagas lo que hagas, resultará inútil.

Sara empezaba a alterarse. Era hora de regresar a la realidad concreta.

En el ordenador de Witréus se habían acumulado una gran cantidad de páginas pedófilas, la mayoría de ellas ya conocidas pero algunas desconocidas y bien camufladas tras nombres falsos como «Calendario sobre la actividad de la Universidad de Gotemburgo» o «*Spitfire aeroplanes. An historical outlook*». Podía tratarse de cualquier cosa, en cualquier lugar y en cualquier momento. En el ordenador de Witréus desfilaban esas páginas web ocultas, desvelando de nuevo un universo paralelo; y por todas partes se topaba con listas de direcciones de diversa índole.

Pero sobre todo se encontró con una serie de pseudónimos con los que no se había cruzado antes. Aparecían mencionados en ciertas presentaciones peculiares y en general estaban relacionados con una dirección de correo electrónico de Hotmail. De entre las páginas web hasta entonces desconocidas, sacó todo un conjunto de seudónimos tipo: «crushy_tomboy», «limmestone», «rippoman», «sweetfacepowder», «lungan», y «brambo». Con esas direcciones como punto de partida intentó buscar las direcciones IP. Nada fácil. Esas figuras no cometían el mismo error que John Andreas Witréus: los números no conducían más que a instituciones públicas repartidas por todo el mundo, y los arriba mencionados, en concreto, correspondían a direcciones IP suecas.

Entró en el ordenador central de la policía y buscó esos seis seudónimos en el material del grupo pedófilo. Tres habían aparecido con frecuencia y las personas que se escondían tras ellos estaban detenidas. Quedaban «rippoman», «sweetfacepowder» y «brambo». Al final dio con «rippoman» y «sweetfacepowder» en la amplia documentación que existía en torno a Operation Cathedral, el gran operativo internacional. A los dos los habían localizado en Suecia, e incluso se había podido identificar los ordenadores desde donde habían usado esos seudónimos.

Ahora el asunto se complicaba de verdad.

Tras realizar un estudio extremadamente minucioso del material de la investigación llegó a la siguiente conclusión: que *algún policía* había entrado con anterioridad en todas esas páginas web.

En internet «rippoman» aparecía *únicamente* junto con «brambo».

Pero en la investigación «brambo» ya no estaba.

En toda la documentación policial no había ni rastro de «brambo».

Aun así, el policía que introdujo a «rippoman» en la documentación tenía que haber conocido también a «brambo». Investigar a aquel sin hacer lo mismo con «brambo» era una falta profesional de extrema gravedad.

Y a «rippoman» ya lo habían condenado por distribución de pornografía infantil y abusos sexuales contra menores. Detrás de ese seudónimo se escondía un estudiante de medicina de veinticuatro años de Linköping, que desde el mes de abril estaba cumpliendo su sentencia en Hall.

¿Por qué demonios —nunca mejor dicho— no aparecía ese pseudónimo «brambo» en el material del caso?

Cuánto más tiempo seguía indagando en el tema, más claro veía lo que había sucedido.

El investigador había excluido deliberadamente a «brambo» de la investigación. Y esa persona *procedía de su propio grupo*: la unidad de la policía nacional para asuntos de pedofilia.

La invadió un profundo e intenso malestar.

Pulsó la tecla de retroceso de página y dejó que el texto desfilara en la pantalla. Quería volver al comienzo del informe.

Para ver el nombre del policía que lo había redactado.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

Sabía quién era. Llevaba todo el día esperándolo. Estaba enamorada de él.

Pero esto no lo podía compartir con él. Ahora no.

Mientras el texto seguía pasando ante sus ojos, el timbre volvió a sonar.

Tenía que encontrarlo. Ya.

Por favor, ¿dónde está?

Al borde de la desesperación gritó:

—¡Ya voy! ¡Un momento!

El timbre siguió sonando.

El texto se detuvo y apareció el nombre.

El que suponía.

El comisario Ragnar Hellberg.

Tras cerrar el documento, se abalanzó hacia la puerta.

Jorge Chávez nunca olvidaría el abrazo que recibió cuando la puerta por fin se abrió.

Capítulo 29

El viernes 2 de julio terminó la mala racha del Hammarby: ganó 3-0 al Norrköping en casa. Hans Berggren rompió su sequía goleadora y Kennedy Bakircioglu metió su primer gol de la temporada.

Quizá la victoria fuera consecuencia de lo que había ocurrido ese mismo día por la mañana.

Poco antes de las diez, dos jóvenes algo desaliñados accedieron a la comisaría por la calle Agnegatan. Insistían en ver a Paul Hjelm y Kerstin Holm, lo que generó cierto desconcierto en la recepción pues al encontrarse en la entrada a las dependencias de la policía regional los nombres de los dos policías no le sonaban a nadie. Durante la larga espera que vino después, el hombre más alto y de más edad mantuvo todo el tiempo su brazo alrededor del hombro del individuo más bajo y más joven.

Al final, la recepcionista encontró los nombres de los dos agentes, los llamó y les pidió a los dos individuos que tomaran asiento en un sofá cercano. Ninguno de los dos se sentó, pues eran físicamente incapaces de realizar dicha acción.

Hjelm y Holm llegaron juntos. Reconocieron de inmediato al hombre más alto, el mayor: Jonas Andersson, de Enskede, miembro de la junta directiva de Hammarby Fans. Tras unos instantes también identificaron al otro individuo, gracias a una fotografía en blanco y negro que habían visto sujeta en una pizarra con unos imanes en forma de mariquitas. A esas alturas ya les resultaban muy familiares ese pelo rubio, sucio y desgredado y ese pequeño bigote que bajaba un poco hacia el mentón.

Pero no habían contado con unos ojos hinchados y enrojecidos por el llanto.

—Lo encontré sentado delante de nuestro local esta mañana —explicó Jonas Andersson—. Dijo que ya no quería hacer más daño al club.

Lo saludaron con un movimiento de cabeza.

—Gracias, Jonas —dijo Kerstin Holm.

Jonas Andersson mostró una débil sonrisa y se marchó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Paul Hjelm al Hincha Homicida.

—Conny Nilsson —respondió el hombre con un hilo de voz, con sus cuerdas vocales hechas un nudo.

—¿Por qué apareces ahora?

—Vi mi foto en el periódico. No el dibujo, sino la fotografía. Y me he dicho: ya basta. Lo he pasado muy mal.

—Lo entiendo —dijo Paul Hjelm antes de acomodarse en el sofá de la recepción de la policía regional.

Con unas palmadas sobre el asiento que había a su lado, le indicó a Conny Nilsson que se sentara. Era bastante pequeño, compacto y estaba completamente

hecho polvo.

—¿Dónde te has escondido? —preguntó Kerstin Holm mientras tomaba asiento al otro lado del Hincha Homicida.

Sin intercambiar palabra, decidieron no emplear nunca más ese apelativo.

—En casa —contestó Conny Nilsson—. Vivo con mis padres en Haninge.

—¿Y cómo has podido mantenerte escondido? ¿Tan leales son tus amigos?

—Mis amigos... No los conozco, ni ellos a mí. Simplemente me junté con un grupo de seguidores después del partido. Estaban tan cabreados por el empate contra el Kalmar en casa que ni siquiera creo que notaran que iba con ellos. En el Kvarnen empezaron a meterse con unos tipos de Småland. Había una tensión de la hostia. Los tipos esos mintieron y dijeron que no iban con el Kalmar. De repente, uno de ellos me empujó. Y después no sé lo que pasó, está todo negro. Supongo que quería demostrarles que conmigo no se bromeaba, que no era un tipo del que podían pasar como de la mierda empujándome al suelo así sin más. Ya había pasado la boca del metro cuando me di cuenta de que tenía en la mano un trozo de cristal lleno de sangre. Lo tiré y seguí corriendo hasta Stadsgården, donde cogí un autobús. Eso fue todo. Llevo una semana enfermo.

—¿De baja?

—No. No tengo trabajo. Nadie aparte de la vieja ha notado que he estado enfermo. Una noche la oí despotricar contra ese maldito Hincha Homicida, preguntándose en qué mundo vivía.

—Bueno, pues ahora ya lo sabe.

—Sí, dentro de poco lo sabrá —asintió Conny Nilsson—. ¡Mierda!

No tenían mucho más que decir.

Se lo entregaron a la policía local.

La conversación los dejó con mal cuerpo.

Capítulo 30

Arto Söderstedt llevó a los niños a la guardería. Era algo que le encantaba hacer durante el verano. Le gustaba observar ese pequeño cambio de actitud cuando su hija pasaba de ser la niñita de papá a una más de las chicas. Se trataba de una auténtica metamorfosis.

Aunque en invierno no la veía. Entonces no había suficiente energía.

Cuando despidió a la pequeña Lina con un abrazo, le asaltó el pensamiento de que le quedaba poco. Tenía cinco hijos, y durante los casi quince años en los que había ido y venido con ellos de la guardería nunca antes se le había pasado por la cabeza que eso alguna vez podía terminar. El año que viene ya no llevaría a nadie a la guardería. De hecho, *nunca más* llevaría a uno de sus hijos a la guardería.

A lo mejor a los nietos. Aunque no demasiado pronto, esperaba.

Lina, la pequeña rubiales, se encaminó hacia los demás niños corriendo y saltando. Al verla abrazar a un pequeño chaval llamado Rutger, le resultó evidente que ya no era la niñita de papá.

Se quedó unos segundos contemplándola. La benjamina.

Mientras salía a la dubitativa mañana veraniega del barrio de Södermalm, se le ocurrió que ésta sería una buena escena para una novela negra: un inspector de policía que dejaba a su hija en la guardería. La gente se podría identificar con eso. Aunque, claro, quedaría mejor si él fuera una mujer...

No, decidió Arto Söderstedt. Esto no era una novela negra. Esto era la realidad.

Bajó andando por Bondegatan. El sol intentaba perezosamente penetrar las poderosas capas de nubes. La calle, escenario de una continua lucha entre el sol y la sombra, se hallaba extrañamente veteada. Fue a dar a Götgatan justo enfrente del rascacielos de Hacienda que brillaba con el mismo curioso resplandor veteado que se movía sin cesar. Ahí dentro ya estaba Ania inspeccionando las declaraciones de la renta —todos los días en la mesa del desayuno solía informarle de los más asombrosos intentos de engañar al fisco—, de modo que no tenía por qué pesarle demasiado la mala conciencia por dejar que los niños pasaran el verano en la guardería y en campamentos. La culpa estaba bien repartida entre los cónyuges y la compartían fraternalmente.

En Götgatan lo esperaba el Audi recién sacado del parque automovilístico de la policía. Sin multas en el parabrisas. Ya empezaba a controlar las complicadas reglas de aparcamiento de la zona. El acelerador le pareció bien engrasado y el embrague ágil. Se quedó un rato *simulando* que conducía. Esperaba de todo corazón que nadie lo estuviera observando mientras cruzaba la meta del Rally Safari como el ganador más indiscutible de todos los tiempos.

Al final arrancó y se dirigió hacia Kungsholmen. Sabía lo primero que haría ese

día. Es cierto que estaba previsto que, junto con Viggo, fueran al extrarradio sur de la ciudad para registrar las casas de Roger Sjöqvist y Dan Andersson, pero antes tenía otra cosa que hacer.

Antes iba a comprar un coche por internet.

Se trataba de una decisión que había ido madurando, si no poco a poco al menos... No, lo cierto era que había sido muy rápido. Una decisión que se había madurado en muy poco tiempo. Con unos métodos no muy democráticos había afianzado la decisión en el seno de la familia. Ania, su mujer, que llevaba dos años dándole la lata con que se compraran un coche, lo había mirado con escepticismo intentando averiguar sus motivos ocultos. Pero Arto no reveló nada. Con cara de póquer jugó sus cartas marcadas, desplegando toda una serie de razones de lo más altruistas: podrían ir de vacaciones a Escania, hacer excursiones de un día a Kolmården y dar una vuelta por el golfo de Botnia hasta Vasa para ver si todavía les quedaban amigos en Finlandia.

Y todo eso porque no podía desvelar el verdadero motivo: que conducir le divertía.

Lo que la megafamilia necesitaba era un coche de esos que se denominaban «familiares». Mientras entraba en el aparcamiento subterráneo del edificio de la policía en Kungsholmen, reflexionó sobre el concepto de «coche familiar». En realidad se trataba de minibuses, pero, claro, así no se les podía llamar, sonaba muy poco sofisticado. Justo esos días, una comisión europea de seguridad vial acababa de presentar los resultados de un amplio estudio sobre esos automóviles. En Suecia, especialmente, se recibió el informe con los brazos abiertos, ya que durante el último año se habían producido un par de accidentes en los que este tipo de vehículos se habían incendiado al colisionar, con consecuencias catastróficas. Por suerte, los tests realizados mostraban que también existían modelos seguros.

Entró en el despacho y, tras saludar con un distraído movimiento de cabeza a Viggo Norlander, quien de nuevo se parecía a algo que el gato hubiera cogido en la calle —hoy más bien se asemejaba a un maltrecho carbonero común que alguien hubiese logrado sacar en el último momento de la boca del felino—, se sentó delante del ordenador dispuesto a entrar en internet.

—Nos tenemos que ir —anunció Norlander malhumorado—. Primero a Handen, y luego...

—... alquilamos un tándem —completó Arto Söderstedt antes de teclear su clave de acceso.

—Cállate —le espetó Viggo Norlander.

—¿De modo que has tenido a Charlotte esta noche? ¿Ha ido todo bien?

—Joder, menuda paliza.

—¿Te estás empezando a echar atrás?

—No, qué va, si me encanta, de verdad. Lo que pasa es que es una paliza. Tres veces por noche estoy convencido de que está muerta. Ya sabes, el síndrome de

muerte súbita del lactante.

—¿Y Astrid?

—El jueves por la noche queda con sus amigas.

—Ajá, «el grupo de costura» —comentó Arto Söderstedt mientras esperaba a que su contraseña fuese aceptada.

—¿Qué?

—Hay que andarse con ojo porque luego resulta que son susceptibles a las palabras. Antes se les llamaba grupos de costura, ahora lo llaman reunión de chicas o cena de chicas. Si te pilla en un mal día puede que se te ocurra también la palabra gallinero, aunque eso es mejor no decirlo en alto. ¿Cómo está?

—Uf, decir vital es quedarse bastante corto. Es como si hubiera vuelto a nacer. Por fin ha sido madre. Efervescente. Se dice así, ¿no? Está efervescente.

—Se puede si es eso lo que uno quiere decir.

—Eso es lo que quiero decir. ¿Qué coño estás haciendo? Llevo un cuarto de hora esperándote. Venga, nos tenemos que ir.

—¿Qué quieres decir con efervescente? Sólo han pasado tres semanas desde el parto. ¿No ha sufrido ninguna secuela?

—Hubo algún pequeño desgarro, pero nada que la frene en realidad.

—¿Sexualmente?

—Oye, eso es cosa nuestra, ¿no te parece?

—Exactamente —asintió Arto Söderstedt mientras tecleaba la dirección del *Gula Tidningen*—. Las cosas nuestras son las que uno comparte con sus amigos.

—Cállate —soltó Viggo Norlander.

Söderstedt se volvió hacia él.

—Venga, Viggo. Estás metido en tu primera relación monógama en Dios sabe cuántas décadas, y sólo quiero saber cómo te va. Lo llaman red social. Y tu red social soy yo.

Las facciones de Viggo Norlander sufrieron un cambio drástico. Una soñadora sonrisa estiró la «cara huecatorcida».

—Entiendo —dijo Söderstedt, mostrando una sonrisa aviesa—. Sí que se ha recuperado rápido, sí. Anda, baja al coche que ahora mismo voy. Esto sólo me llevará cinco minutos.

Norlander desapareció. Menudo carbonero que está hecho el cabrón, pensó Söderstedt mientras contemplaba los anuncios en la pantalla.

El *Gula Tidningen* era, desde hacía unos veinte años, el principal diario para anuncios gratuitos. Y también, sin duda, para el negocio de la compra-venta de objetos robados. Aquí se podía comprar de todo. *No questions asked*. Coches, por ejemplo. En concreto, coches familiares. Y naturalmente, el servicio ya llevaba un tiempo disponible en internet y, aunque el sistema todavía tenía que mejorar mucho la oferta, no estaba nada mal.

Encontró siete objetos interesantes, sobre todo los modelos Renault Espace y

Toyota Picnic. Precios astronómicos, cierto, pero no le quedaba más remedio que tragar. Envió siete correos para manifestar su interés. Luego regresó a la página de inicio.

El encabezamiento de «El correo del corazón» despertó una curiosidad que, dicho sea de paso, no era muy difícil de activar. A Arto Söderstedt le encantaba leer los anuncios de contactos, las declaraciones de amor y los mensajes personales. No sabía muy bien por qué; tal vez se trataba simplemente de una perversión o tal vez esas pequeñas y concentradas frases albergaban *los anhelos de nuestros tiempos*. Eso sí, rigurosamente podados, pues la compleja vida sentimental de una persona debía reducirse a unas pocas líneas, y lo que ocurría entonces desataba su interés. Pensó por un momento en Norlander, que estaría con un cabreo monumental en el coche. Aunque se olvidó de él enseguida. Con el exaltado sentimiento de vergüenza propio de un *voyeur*, acometió la lectura de los anuncios recogidos bajo el epígrafe «El correo del corazón». Algunos resultaban de lo más sugerentes.

«Harald mi semental. Ardo en deseo por tu celo. Tu yegua Edna».

«BK es CF. 3 12 13 18 24 28 30. DL».

«Stefan. Vuelve. Todo está perdonado. Incluso el incidente del congelador. T. Q. Rickard».

«3+3=5. Still waiting. D & la pandilla».

«Eurídice. “Ningún crimen es peor que la amarga traición, dijeron las hermanas Florento”. 82 12G 14. Orfeo».

«Sábado 3. Ya sabes dónde. Licking Jack».

«Las pollas son divertidas. Servicio Secreción Vaginal».

En ese punto se cansó, cerró el ordenador y salió corriendo hacia el garaje. Viggo Norlander, furioso, se movía de un lado para otro delante del viejo Volvo.

—¡Gilipollas! —espetó.

—Söderstedt —replicó Söderstedt.

Pusieron rumbo a Handen, a unos veinte kilómetros al sur de Estocolmo. Norlander conducía como ese maltrecho carbonero común que alguien había logrado sacar de la boca del gato. En el centro de Handen estaba situado el piso de Dan Andersson, que no era como la cabaña carbonera de ese tocayo suyo, el poeta, sino un pequeño apartamento de un dormitorio que parecía asombrado de lo immaculado que estaba. Una limpieza de precisión. Los técnicos sin duda no darían con una sola huella dactilar. Exactamente como en el piso de Eskil Carlstedt, en Kungsholmen. Repasaron las carpetas y los pocos libros que había, todos alineados en perfecto orden. Si hasta habían peinado los flecos de las alfombras... Un aroma a jabón seguía flotando por debajo de la incrustada peste a tabaco. En una estantería se veía una foto: Danne Morcilla en Mallorca, mostrando una amplia sonrisa y con un más que generoso cubata en la mano. El rostro, efectivamente, tenía un ligero color morado. Mucho más no había en el apartamento. Aquí también brillaba por su ausencia cualquier manifestación de simpatía hacia la ultraderecha. Aquí también estaban en

una casa que sabía que iba a ser registrada por la policía y que, por tanto, había adoptado un aspecto lo más anodino posible.

Arto Söderstedt cumplió con su deber, pero no mucho más. Pues en algún sitio debajo del gris trabajo rutinario había algo que le provocaba cierta desazón. Se preguntaba qué podía ser.

¿Un granito de arena que se estaba convirtiendo en una perla?

Se dirigieron al norte, a Hökarängen, donde se encontraba la última guarida conocida de Roger Sjöqvist. Después de nueve años sin salir de la prisión de Tidaholm, Sjöqvist huyó durante su primer permiso no vigilado. Había indicado que iba a alojarse en esa dirección que resultó ser la casa de sus padres y por la que llevaba más de diez años sin aparecer. Tanto Söderstedt como Norlander se dejaron convencer por el alicaído matrimonio Sjöqvist. El padre —si es que era el padre—apestaba tanto a alcohol que la más mínima chispa habría hecho estallar todo el barrio. Abandonaron rápidamente la zona de riesgo.

—Ah, qué día más fructífero —comentó Norlander en el coche de vuelta a Kungsholmen—. Ah, qué útiles somos para la sociedad. Qué bien me siento tras aportar mi granito de arena para que vivamos en un mundo mejor.

—Cállate —le espetó Söderstedt.

Norlander lo miró asombrado.

Y es que Arto Söderstedt estaba pensando. Esa desazón le resultaba casi insoportable. El granito de arena *exigía* ser una perla.

Había visto, oído o pensado algo. En algún sitio durante esa mañana algo que debería haber captado su atención había desfilado por delante de él. Pero se le había escapado, y ahora le molestaba como un grano de arena dentro de un mejillón. O más bien como una mosca en el ojo que se hubiera metido detrás del globo ocular y que por mucho que parpadeara no saldría, a no ser que uno recurriera a la cirugía.

Los métodos quirúrgicos de Söderstedt eran fieles a la más pura ortodoxia clínica. Se dispuso a repasar mentalmente todo el día desde que despertó. Cuando abrió los ojos, Ania ya no estaba, se había ido a Hacienda para eliminar la grasa superflua de las declaraciones del contribuyente. Luego fue al baño. Pensamientos memorables, nulos, sólo la irritación que le causaba su lento estómago. Desayuno animado. Cuatro niños. Combate de carácter menor entre la niña de ocho años y la de diez. *Catfight*, había pensado, de eso se acordaba. El quinto estaba en un campamento al norte de Uppsala. Acompañó a tres de sus hijos —el de trece se quedaba en casa— a sus respectivas actividades; primero dejó a dos en el centro de la juventud, después a la peque en la guardería. Reflexiones sobre cómo era llevar a los niños a la guardería en verano en comparación con invierno. La repentina comprensión de que pronto ya no iba a tener que llevar a ningún niño a la guardería. La contemplación del juego de luces y sombras en Bondegatan y en el rascacielos de Hacienda. Fantasías extrañas de encontrarse en una novela negra. Reflexiones acerca del reglamento de aparcamiento en el centro de Estocolmo. La sobresaliente victoria en el Rally Safari.

Consideraciones sobre la adquisición de un automóvil. El concepto «coche familiar». Pruebas de choque de la asociación de seguridad vial europea. Viggo. Conversación en torno al síndrome de muerte súbita del lactante, grupos de costura, gallineros, y el concepto «efervescente». La sonrisa soñadora de Viggo al evocar su vida sexual. El *Gula Tidningen*. Coches familiares muy caros. Envío de siete correos para mostrar su interés por siete vehículos. Sentimiento de vergüenza. La sensación volvió. ¿Por qué sintió eso? La sección de «El correo del corazón». Eso es, el servicio de secreción vaginal. Ahí estaba, por ahí en algún sitio. Un mensaje.

¿Cómo era? Tu yegua Edna. El incidente del congelador. Licking Jack. Still Waiting. No, no le sonaba que fuese eso.

«Ningún crimen es peor que la amarga traición, dijeron las hermanas Florento». Eso debía de ser. ¿Las hermanas Florento? Algo hizo clic en su cabeza. Un *crimen* que recientemente había atraído mucha atención... ¿No eran las hermanas Florento unas delincuentes? En Estados Unidos, ¿no? ¿Un par de prostitutas que le habían timado un montón de dinero a algún chulo? Pero ¿por qué tenía importancia...?

¿Por qué se cita a un par de criminales en un mensaje privado en la sección «El correo del corazón» en la página web del *Gula Tidningen*?

Bueno, pero ¿y qué? No, no se trataba de eso. Lo que le había parecido importante era la combinación de eso con alguna otra cosa en el mismo mensaje. ¿Cómo era? ¿Orfeo y Eurídice? Sí, eso es. No, tampoco. ¿No había también unos números? ¿Unas combinaciones?

¿Cómo era eso que había leído?

BK, CF, DL. «3 12 13 18 24 28 30». No, sonaba como la serie ganadora de la Lotto. ¿No eran siete números en la Lotto? Las iniciales y la fila del número.

«3+3=5». No, eso venía en el mensaje del «still waiting». Faltaba uno de seis. Dos tríos. Quizá dos relaciones en trío que se querían juntar, dos pequeñas constelaciones aficionadas al sexo en grupo pretendían montar una orgía más grande. Pero uno no estaba por la labor. Eso sí que era presión de grupo...

Más. «Sábado 3». No, un encuentro. «Ya sabes dónde. Licking Jack». El clásico caso de adulterio. Que no era delito. Un encuentro entre una mujer y una lengua que lamía.

Solía acordarse de cosas. Memoria de elefante. ¡Venga, concéntrate! Orfeo y las hermanas Florento y... Una combinación de números.

«Eurídice. “Ningún crimen es peor que la amarga traición, dijeron las hermanas Florento”. 82 12G 14. Orfeo».

«82 12G 14». Ahí estaba. *Eso era*. Eso era lo que le roía por dentro, lo que no le dejaba en paz. Y seguía royéndole. ¿Por qué? ¿Cómo podía saber qué significaba esa combinación? Sólo eran números y una letra. Impenetrable. Déjalo, como solía decir Kerstin Holm.

Pero era incapaz de dejarlo. La desazón seguía. «82 12G 14».

La imagen de un coche apareció en su cabeza. Este coche. El Volvo del trabajo

que Viggo Norlander llevaba tanto tiempo sin devolver que hasta se podía considerar medio robado. ¿Por qué? ¿Cuándo? *Difícil de conducir*. ¿Y? ¿Por qué difícil de conducir?

Porque tenía que sostener un libro con la ayuda del volante.

Kumla. Un pequeño pueblo al sureste del lago Tåkern en la provincia de Östergötland.

La E18. Se pasó el desvío junto a Järva Krog.

Arto Söderstedt arrancó la guía del compartimento que había en la puerta del coche. *Guía de carreteras y rutas de Suecia*. Abrió la desgastada portada de plástico rojo y se puso a hojear frenéticamente el índice. Kumla. «44 8E 2».

¡Joder! Encajaba, pero aun así faltaba algo.

«82 12G 14».

«44 8E 2».

En el índice había instrucciones para interpretar la combinación. Primero aparecía la página. 82 y 44. Luego un cuadro en dicha página: 12G y 8E. Después de qué parte del cuadro se trataba: 1 abajo a la izquierda, 2 abajo a la derecha, 3 arriba a la izquierda, 4 arriba a la derecha. Y eso era lo que no cuadraba, porque la última cifra de la combinación sólo podía ser un número entre el 1 y el 4. No un 14.

Arto Söderstedt no entendía muy bien qué era lo que estaba haciendo. ¿Se trataba únicamente de un ejercicio de memoria? ¿Un *footing* cerebral para no oxidarse del todo cuando uno llegara a los setenta y cinco?

En resumen, se cita a unos criminales en la sección «El correo del corazón». ¿Por qué? Eso se combina con algo que da la impresión de ser una posición geográfica, aunque tampoco exactamente. ¿Se trataba, pese a todo, de una pista falsa? A pesar de todas las similitudes, ¿tendría «82 12G 14» de verdad algo que ver con la guía de carreteras?

—¿Se usa mucho esto? —preguntó Söderstedt mientras sostenía el plastificado libro rojo en el aire.

Norlander se lo quedó mirando durante tanto rato que llegó a suponer un grave peligro para el tráfico.

—Te has vuelto loco —constató al final—. Por fin has perdido el juicio. Sólo era una cuestión de tiempo antes de que se te fuera la olla por completo.

—Contéstame.

Norlander descubrió al camión que venía en dirección contraria justo a tiempo para evitar la colisión con un volantazo.

—Es la guía de carreteras estándar de Suecia —dijo al cabo de un rato.

Se oía el sonoro tictac de sus pulsos.

Söderstedt asintió con la cabeza. O sea que si uno buscaba una posición geográfica en el país, la idea de recurrir a esa guía no resultaba del todo descabellada. Siguió trabajando con esa hipótesis. La última cifra, entre 1 y 4, indicaba la división de cada cuadro; por ejemplo, si se tiene el 12G, éste se divide a su vez en cuatro

cuadros idénticos. En el mensaje ponía 14. Quizá si uno se imaginaba una división *aún más precisa* de cada nuevo cuadro, es decir, en este caso el cuadro «12G 1», dividido a su vez en otros cuatro, entonces uno daba con el cuarto cuadro *dentro* del cuadro uno, o lo que es lo mismo, 14.

Por consiguiente, de la referencia «82 12G 14» salió el cuadro «82 12G 1», y de éste una nueva división en cuatro secciones; Arto fijó su atención en la 4, es decir, en «82 12G 14». Abrió la página 82, el cuadro 12G, y luego se centró en la parte 1, abajo a la izquierda, y dentro de ésta en la sección 4, arriba a la derecha. Entonces dio con Avesta, una ciudad en el límite entre las provincias de Västmanland y Dalecarlia. Le pareció que su teoría se sostenía: la indicación apuntaba claramente a una ciudad.

Orfeo avisó a Eurídice de que se encontraba en Avesta y además aprovechó la ocasión para citar a las Florento de Estados Unidos, hermanas y delincuentes.

¿Y? El Grupo A se hallaba en medio de una de las investigaciones más importantes en mucho tiempo, ¿a qué venía su interés por ese pequeño mensaje? No lo podía describir de otra manera que no fuera con la palabra *olfato*. Esa sensación indescriptible de haber descubierto el rastro de algo.

Unos criminales, la indicación de una posición geográfica, la mitología... Ahí había algo.

Pero no podía permitir que influyera en la investigación en curso. Eso lo tenía muy claro.

Cuando volvieron al despacho, Söderstedt se metió inmediatamente en internet. Le habían llegado cuatro respuestas a los correos sobre los coches: vendido, vendido, vendido y vendido. Un poco repetitivo, la verdad.

La variación, en cambio, la encontró en una página del *Gula Tidningen*, bajo el encabezamiento «El correo del corazón». Ahora ponía:

«Orfeo. “Pero las hermanas se esfumaron”. 41 7C 31. Eurídice».

Söderstedt había cogido la guía de carreteras de Norlander sin que éste se percatara. La abrió en «41 7C 31».

Era Alingsås.

Había dado con algo, aunque no tenía ni idea de qué era.

Todo lo que tenía era olfato.

Capítulo 31

Ljubomir estaba allí. *Allí*. Y sabía perfectamente por qué. Se trataba de un test de lealtad.

Los dos suecos —«consultores de seguridad»— se habían presentado en el despacho del chalé luciendo camisas hawaianas y pantalones cortos. Conversaban con el Grande sentados pesadamente encima del escritorio en forma de «L» y con voces apagadas, para que Ljubomir, quien como siempre estaba apostado al lado de la puerta, no les oyera. Pero lo oía todo. El oído le funcionaba a la perfección.

—¿Sabemos quiénes son? —preguntó el Grande en tono áspero.

—No exactamente —respondió uno de los suecos—. Estamos en ello.

—Parece que tiene alguna relación con el racismo —indicó el otro—. Robarle la pasta a un «yugo». Es el número uno de la lista. Escalera real. Vamos, el no va más.

—¿Quién coño hizo que Lordan saltara por los aires? —exclamó el Grande.

—Como hemos comentado, no podemos acceder al material de esa investigación. Es imposible.

—Sois ex policías —alegó el Grande—. ¿Qué cojones es lo que sabéis entonces? ¿Qué hacéis para ganaros el sueldo que os pago?

Tras una pequeña pausa, se calmó y siguió:

—¿Podemos contactar con alguno de los que investigan el caso?

Los dos «consultores de seguridad» negaron con la cabeza.

—Gente complicada. Son viejos conocidos...

—El grupo es como una piña. Compenetrados, listos, un poco raros y, además, intocables.

—Nadie es intocable —aseveró el Grande—. ¿Y ese que estuvo aquí? ¿Hultin?

—Olvídelo —replicó el primer sueco con expresión algo atormentada—. Es de la vieja escuela, una roca, no se le puede tocar. Puede matarlo, pero no presionarlo.

—A la mierda con los maderos —comentó el otro—. Es cuestión de ir un paso por delante de ellos y ya está. Como siempre.

—¿Sabemos algo de nuestro hombre?

—No, no mueve ficha. ¿No va siendo hora de apretarle un poco las tuercas?

—En absoluto. Su seguro de vida es impecable. Y si decido que hay que apretarle las tuercas a alguien, lo hará mi gente. ¿Entendido?

La discusión terminó ahí y los suecos se marcharon sin dignarse siquiera a dirigirle una mirada a Ljubomir. Entonces, el Grande, sin pronunciar palabra, lo condujo fuera y lo arrastró a través del paradisíaco jardín. De cerca los seguían tres hombres que, nada más verlos, habían salido de la garita de vigilancia. Se detuvieron en la puerta del garaje y dejaron pasar a los tres individuos que entraron y pusieron en marcha el coche. Todo estaba en orden. Los tres hombres lo controlaban todo. Lo

cubrían con sus cuerpos, entraban siempre los primeros en todas las habitaciones, probaban su comida, abrían su correo, arrancaban su automóvil y lo conducían. Y eso era lo que hacían en ese preciso instante. Ljubomir iba apretujado entre dos fornidos guardaespaldas en el asiento de atrás mientras el coche se dirigía hacia el centro.

Y ahora se hallaban *allí*. En *aquel lugar*.

Todo estaba desactivado. Desinfectado. Un piso limpio, sin rastro de los horrores del pasado. Lo único que había era otros dos hombres exactamente iguales, con el mismo aspecto, como en una parodia de gánsteres. El *look* civil.

Y es que simplemente no sabían cómo vestirse en la vida civil. Los habían reclutado para formar parte de distintos ejércitos y fuerzas paramilitares antes de ser adultos, antes de aprender a vestirse.

Pero sabían obedecer las órdenes.

Nadie pronunció palabra.

Si uno hacía caso omiso de los prismáticos de precisión colocados delante de la ventana se trataba de un piso de lo más normal.

Si uno hacía caso omiso de los gritos que desde las paredes insonorizadas se elevaban a los oídos de Ljubomir.

Los gritos agudos y claros.

A Ljubomir le pareció que se habían almacenado en esas porosas paredes que estaban cubiertas por algo que se asemejaba a unos dorados cojines de burdel. Los gritos. Se alzaban todos hacia él en coro, como una aterradora acusación que lo penetraba todo. Se sintió abrumado. Notó que empalidecía. Se acercó a la ventana e intentó abrirla. Pero ningún aire fresco podía entrar por ahí. Estaba bloqueada.

El Grande se acercó a él y le rodeó los hombros con el brazo. No era un gesto de amistad, éstos los reservaba para después del trabajo. Era de control, para ver cuánto temblaba.

Para ver si estaba a punto de vomitar.

Allí se encontraban uno al lado del otro, los dos amigos de infancia del pequeño pueblo de la montaña en el este de Serbia, mirando hacia un banco al otro lado de la calle. Cualquiera diría que eran amigos.

Un hombre bajo y corpulento, con la cabeza cubierta por un gorro, acababa de entrar en el banco. Mientras accedía se rascó la frente, tapándose así el rostro con la mano. Durante unos instantes recorrió el local con la mirada. Una sucursal grande, del centro de la ciudad, que aún no había sido transformado en la típica oficina diáfana. Eran las diez y media de la mañana y había poca gente: cuatro clientes, de los cuales ninguno tenía pinta de héroe. Tres cámaras. Tras calcular el ángulo y su alcance, se cubrió la cara con el pasamontañas y miró por los agujeros que éste dejaba alrededor de los ojos. Acto seguido, sacó una pistola y, al mismo tiempo que los demás entraban corriendo, disparó contra las cámaras. Le bastaron tres tiros.

Uno de los atracadores, que apenas era capaz de levantar su metralleta, se apostó junto a la puerta. Otros dos se acercaron al mostrador con las armas en alto. Uno de ellos, que llevaba un pasamontañas dorado, dijo de forma nítida:

—Somos conscientes de que habéis activado la alarma, así que os pedimos que llenéis estas dos bolsas con dinero lo más rápido posible. Tenéis treinta segundos, luego empezaremos a matar a los clientes.

Las bolsas se llenaron de inmediato. Nadie gritó, nadie pronunció palabra. En el local reinaba un extraño silencio, como si todo el mundo se diera cuenta instintivamente de que esa voz hablaba en serio.

Al salir, se quitaron los pasamontañas y rodearon los pomos de la puerta con una cadena que candaron.

Con las dos bolsas en bandolera, los cuatro hombres bajaron la calle andando tranquilamente y giraron en una bocacalle. Nadie advirtió que uno de ellos apenas podía andar.

El hombre bajo y corpulento acababa de salir del banco acompañado de una joven rubia. Introdujo su cartera en el bolsillo interior de la americana y, antes de despedirse con un abrazo, alborotó la larga melena de la chica con la mano. El Grande lo señaló.

—Probablemente se ha cruzado con su hija en el banco. Un encuentro fortuito. Su *hija*. ¿Me entiendes, Ljubomir?

El Grande lo taladraba con la mirada. Ljubomir le miró a los ojos. El Grande siguió:

—Este piso no es más que un lugar de vigilancia. Debes borrar de tu mente todo lo demás, Ljubomir. Desde aquí lo vemos *todo*. Tarde o temprano vendrán hasta aquí, y entonces los cogeremos, así de sencillo. *Nadie* engaña a Rajko Nedic, Ljubomir, y *nadie* le traiciona. Quiero que de verdad lo comprendas.

Ljubomir asintió con la cabeza. Lo comprendía. Lo comprendía *perfectamente*.

Aun así, su mente no quería dejar que se borrara todo lo demás.

Capítulo 32

Estaban tan cerca el uno del otro como era posible. Las persianas no lograban cerrar el paso del sol. Pese a ello, permanecían apretados el uno contra el otro. La mayor parte posible del cuerpo de uno debía rozar el del otro. El calor nunca podía resultar demasiado agobiante.

La temperatura alcanzaba los cuarenta grados en el pequeño apartamento en Surbrunnsgatan.

Habían hecho algo que ninguno de los dos había hecho jamás: novillos. De pronto, sin más, como movidos por un impulso común, se habían ido a casa a hacer el amor, como si obedecieran una orden de una autoridad superior, más importante que el jefe de la policía.

Se dieron cuenta —más o menos a la vez— de que habían atravesado un desierto emocional consistente en trabajo y sólo trabajo, y que ahora habían llegado al oasis, no a otra quimera, sino al oasis. Y allí pensaban quedarse, allí pensaban instalarse y echar raíces.

Ninguna otra cosa podría arrancarles del deber.

Sólo esto: un deber más elevado, un derecho más elevado.

Iban a conocerse desde dentro hacia fuera y desde fuera hacia dentro. Sin secretos.

Aun así, el secretismo era precisamente lo que se estaba interponiendo entre ellos. Un muro doble se alzaba entre sus cuerpos íntimamente entrelazados: el muro del secreto profesional, construido desde ambos lados. Y en medio se extendía un extraño campo minado.

Intentaban convencerse de que el muro no les afectaba, que no tenía nada que ver con su relación, únicamente con el trabajo. Pero no funcionó porque el trabajo formaba parte de ellos.

En el fondo sólo había dos maneras de relacionarse con él. O haces lo que sea con la única condición de que la nómina te llegue a final de mes, o te orientas conscientemente hacia una profesión que de algún modo armonice con tu interior.

Tanto Sara Svenhagen como Jorge Chávez habían elegido lo último. Cuando trabajaban con sus casos, acercándose despacio, muy despacio, a una verdad oculta, en realidad hacían otra cosa, algo mucho más importante: restituían un orden, encontraban unas líneas directrices en la existencia, desvelaban estructuras ocultas y se aproximaban lentamente al *sentido* propiamente dicho. Eran personas *entregadas* a su trabajo. No se podía expresar de otra forma.

Y ahora, además, se habían entregado el uno al otro. Dos entregas enganchadas una a otra: en *clinch*.

A Jorge le angustiaba no poder mostrarle a Sara su gratitud. Con la convicción de

que «sólo» había conseguido localizar al Hinchita Homicida, Sara le había proporcionado al Grupo A un material fotográfico con el que había identificado a toda la Banda 2 y que también había ofrecido imágenes de la Banda 1 al completo. Era como una dádiva de amor. Por desgracia, la del «policía» resultaba casi inexistente, y era sobre todo ese «policía» el que constituía el motivo de su ausencia de muestras de gratitud. Si un policía realmente se hallaba implicado, entonces el secreto profesional más estricto era imprescindible, lo cual le impedía tratar cualquier aspecto importante de la matanza de Sickla con Sara. Pese a que estaba convencido de que un intercambio de ideas sobre Niklas Lindberg y *La Bala* Kullberg hubiese ayudado a hacer avanzar el caso. Le habría encantado escuchar las opiniones de Sara sobre Rajko Nedic y Lordan Vukotic, sobre Danne *Morcilla* y Roger Sjöqvist y Sven Joakim Bergwall y Eskil Carlstedt, así como acerca de una banda de probables criminales de guerra de la antigua Yugoslavia. Y, ante todo, lo que tenía que decir sobre el «policía». Pero no podía ser: un muro lo impedía.

Es cierto que Sara había preguntado qué significaba la extraña exclamación «el policía» que Jorge había soltado al ver la foto recién revelada de ese individuo al que apenas se distinguía. Pero pronto había desaparecido de su mente, enterrada por sus propios dilemas. Por su muro. El jefe, el comisario Ragnar Hellberg, había ordenado que su investigación se desarrollara con la más absoluta discreción, declarándola completamente confidencial, y ahora lo que le rondaba por la cabeza era si la verdadera intención de eso no habría sido cubrir la falta profesional del propio Hellberg. O incluso un delito. Hellberg había borrado, conscientemente, todos los rastros de una dirección de correo electrónico que aparecía con mucha frecuencia en diversas páginas pedófilas: la de «brambo». A todas luces, ese «brambo» era un activo pedófilo en internet. Sara no veía más que dos opciones: o confrontarlo con Ragnar Hellberg, o seguir indagando en la identidad de «brambo». Lo único que no podía hacer era hablar con Jorge. Esa parte del muro era *suya* y de nadie más.

Por tanto, allí estaban, tan cerca el uno del otro como era humanamente posible, y al mismo tiempo tan lejos.

Entre ellos se extendía un extraño campo minado.

Capítulo 33

Efectivamente, las hermanas Florento eran unas delincuentes, a las que Arto Söderstedt no tardó en encontrar en las hemerotecas. La historia había adquirido unas proporciones desmesuradas durante un par de días en torno a Midsommar —mucho más que eso no solía durar una noticia—, especialmente en los tabloides.

Las hermanas eran prostitutas en Atlanta, Georgia. Formaban parte de una gigantesca escudería de colegas bajo la dirección de un superchulo de nombre Big Ted Curtis, quien trataba bastante mal a sus putas, incluso para los estándares habituales de los proxenetes. Las hermanas, superando grandes dificultades, consiguieron hacerse con una conexión a internet, entrar en el banco de Big Ted, vaciar su cuenta y esfumarse sin dejar rastro. Éste, al encontrarse sin blanca, se suicidó y todas las prostitutas quedaron a su libre albedrío.

Hace unas semanas, las hermanas Florento dieron señales de vida, aunque desde un lugar secreto. Se comunicaban con la prensa mediante correo electrónico para contar su historia, aunque continuaban en paradero desconocido.

Ahora Söderstedt reflexionaba sobre esa historia. Cada segundo que no les dedicaba a Niklas Lindberg y a Rajko Nedic le creaba mala conciencia; aunque cada vez menos, la verdad. Simplemente no podía dejar de pensar en las hermanas.

Dos personas que probablemente son amantes usan los nombres Orfeo y Eurídice: el cantante de la antigüedad y su amada, a la que resucitó del inframundo con su música. Citan a dos hermanas criminales que también lograron regresar del reino de la muerte y a la vez hundir a su atormentador y hacerse con una fortuna. Se comunican sus respectivas posiciones en distintos lugares del país, por medio de la sección «El correo del corazón» en el *Gula Tidningen*. Todo eso olía raro.

En una mano, Söderstedt sostenía el abundante material de la investigación de la matanza de Sickla, y en la otra, las pocas hojas que había impreso del *Gula Tidningen*. Lo curioso no sólo era que los dos tacos de papeles pesaban igual, sino que además se atraían como dos imanes.

Dos posiciones: Orfeo en Arvika y Eurídice en Alingsås. Dos citas, con comillas y todo: «Ningún crimen es peor que la amarga traición, dijeron las hermanas Florento». «Pero las hermanas se esfumaron». De pronto se le ocurrió una idea genial, llamó al *Gula Tidningen* y pudo hablar con el *webmaster*.

Sí, el periódico tenía copias de seguridad de los anuncios de los últimos seis meses.

Söderstedt cerró el puño durante un instante en señal de victoria. Luego pidió que le mandaran los del último mes de la sección «El correo del corazón». Ningún problema. Apenas una hora más tarde lo recibió todo.

Repasó el abundante material con el buscador. Mientras un «Orfeo» tras otro

aparecía en la pantalla, pensó en cuánto esta pequeña función había mejorado la eficiencia policial. Al final había recopilado una serie de mensajes muy parecidos entre sí. La estructura era siempre la misma. Primero el nombre del receptor (Orfeo o Eurídice); luego, entre comillas, una pequeña frase con una relación más o menos obvia con las hermanas Florento; después la determinación de la posición basándose en la *Guía de carreteras y rutas de Suecia*, que siempre los ubicaba en una ciudad, y finalmente el remitente (Orfeo o Eurídice). Siempre seguían el mismo esquema.

El primer mensaje se envió el día de Midsommar, el 25 de junio. Söderstedt percibió cómo los dos tacos de papeles se atraían cada vez más: la madrugada anterior tuvo lugar la matanza de Sickla.

Miró el primer mensaje con más atención. Era de Orfeo. El código de la guía de carreteras lo ubicaba en Orsa, en la provincia de Dalecarlia. Y en éste no había cita sino una referencia: «Expr., 24.06, p. 12 arriba». La réplica de Eurídice llegó apenas dos horas más tarde junto con un código que señalaba a Falkenberg, en la costa oeste. Incorporaba también una cita: «Las hermanas eran sólo hermanas en alma».

¿«Expr.»? ¿«p. 12 arriba»? Seguro que era una referencia a la parte de arriba de la página doce del periódico *Expressen*. Pero no se publicaban diarios en Midsommar, ¿verdad? ¿Quizá Orfeo había conseguido hacerse con un ejemplar del periódico del día anterior y allí encontró...?

Söderstedt llamó a la biblioteca de la policía, y cinco minutos más tarde una chica le entregaba el *Expressen* del 24 de junio. Se habían centrado sobre todo en el homicidio en el Kvarnen, pero en la página doce, arriba de todo, había un artículo con el titular «Las hermanas que se esfumaron», que contenía más información acerca de las Florento. Un poco más abajo, en el cuerpo del artículo, se leía: «Las hermanas eran sólo hermanas de alma». Y unas líneas después: «Ningún crimen es peor que la amarga traición, dijeron las hermanas Florento».

Y el texto concluía con las palabras: «Pero las hermanas se esfumaron».

Revisó el resto de los mensajes. Todos llevaban citas del artículo del *Expressen*.

Hora de reconstruir, pensó Söderstedt, y se reclinó en la silla. Orfeo encuentra el artículo sobre las hermanas Florento. En su primer mensaje a Eurídice la remite a ese texto. Ella replica al cabo de dos horas —seguramente el tiempo que necesita para salir a buscar el *Expressen* del día anterior por las calles desiertas de Falkenberg en plena fiesta de Midsommar— y contesta con una cita del mismo texto: «Las hermanas eran sólo hermanas de alma». De ello se desprende que la pareja ha decidido de antemano llamarse Orfeo y Eurídice, los que resucitaron del reino de la muerte. Más tarde descubren un artículo acerca de un par de hermanas del alma que han logrado lo mismo y que encima se han procurado una fabulosa suma de dinero. Se identifican con ellas y se envían, cada vez que se comunican, una cita de la historia tal y como aparece en el *Expressen*. Viajan por Suecia, cada uno con un itinerario distinto, y se mantienen en contacto por medio de la sección más inofensiva y escondida del *Gula Tidningen*: «El correo del corazón». Vayan donde vayan en

Suecia, la pareja parece tener acceso inmediato a internet. ¿Cómo? ¿Y por qué internet? ¿Por qué no contacto directo? ¿Para evitar que alguien los pueda rastrear? Mmm...

El servidor, se dijo Söderstedt. Tenía que haber una manera de averiguar desde dónde se enviaban esos mensajes.

De nuevo se puso en contacto con el *webmaster*. Sí, Orfeo y Eurídice tenían el mismo servidor. Uno español y gratuito llamado Virtud. Lo encontró en la red. Tras cierta confusión por motivos lingüísticos, además de cierta resistencia general, el *webmaster* español de Virtud aceptó que Arto Söderstedt era policía sueco y le facilitó, a regañadientes, la información requerida acerca de Orfeo y Eurídice. Aparecían registrados como Baruch Spinoza y Elton John. Aunque eso no significaba gran cosa, lo importante era que había dos números de teléfono.

Dos números de móvil.

O sea, Orfeo y Eurídice se conectaban a la red mediante sus teléfonos móviles.

Buscó los números. Los dos estaban registrados en el operador Comviq. En la misma dirección: un restaurante.

El Thanatos, en el barrio de Östermalm.

Nuevas búsquedas, nuevos contactos, ahora con el registro industrial y comercial. ¿Qué era el restaurante Thanatos?

Al final, dio con el nombre del dueño.

El restaurante era propiedad de un hombre que se llamaba Rajko Nedic.

A Söderstedt lo embargó de inmediato una sensación de calma, de calma absoluta.

Capítulo 34

El eslabón perdido entre Sara Svenhagen y Jorge Chávez se llamaba Gunnar Nyberg, que hasta hace muy poco había trabajado con Sara, pero que ahora formaba pareja con Jorge.

Aunque lo de *pareja* quizá sea un poco exagerado, pues no se dedicaban a subir corriendo tramo por tramo unas tenebrosas escaleras con el arma reglamentaria en ristre, ni se protegían el uno al otro mientras se adentraban en callejones oscuros, ni jugaban a poli bueno, poli malo en alguna sala de interrogatorios por la noche. No, lo que hacían era estar sentados delante de unas pantallas de ordenador. Sin haberlo buscado, el poli culturista, antaño tan bestia, había pasado de las manos de un genio informático a las de otro, convirtiéndose en el camino en un hacha de internet.

Pero ahora estaba harto.

El regreso al Grupo A había reavivado los antiguos hábitos de alguna misteriosa manera; o mejor dicho los malos hábitos. Se lanzó al mundo del hampa, el territorio por excelencia del viejo Gunnar Nyberg. De pronto, se hartó del cibernazismo virtual y movilizó a una cantidad asombrosa de agentes en pos de representantes de ese negocio que nunca cerraba por vacaciones.

Primero, había una banda de atracadores. La integraban, en su mayoría, hombres jóvenes afines a la ultraderecha, aunque entre sus filas también contaban con simples delincuentes profesionales, como Danne Morcilla. Nyberg organizó unos amplios interrogatorios entre delincuentes profesionales, atracadores de bancos y cabezas rapadas, buscando pistas, sobre todo, de Danne Morcilla y Roger Sjöqvist.

De momento, sin que le hubiera reportado nada.

Segundo, había una banda de narcotraficantes. Es cierto que Rajko Nedic parecía inaccesible, pero en lo referente a los camellos tenía que haber algo de lo que tirar. Lo que fuera.

Y en esa tarea se encontraba inmerso en esos momentos. La vieja táctica de la intimidación la llevaba en la sangre. Incluyó sus —aún tan irritantemente inalterables— ciento cuarenta y seis kilos sobre un tipo flaco de nombre Robban, conocido camello a gran escala en Hjulsta. Robban estaba sentado en su apartamento observando boquiabierto la destrozada puerta que colgaba hecha jirones de las bisagras; no en astillas, ni en fragmentos de maltrechas tablas, sino, por curioso que pudiera parecer, en *jirones*. Robban pensó: ¿Cómo coño ha podido dejar la puerta así? Pero no fue eso lo que dijo. Con la voz temblando articuló:

—No sé de qué estás hablando.

—Piénsalo otra vez —insistió Gunnar Nyberg.

—Pero joder —sollozó Robban—. Tú sabes, tan bien como yo, que es un sistema a prueba de bombas. Nadie se conoce. Hacen una entrega. Se recoge y luego se les

entrega el dinero. Ellos ponen cara de contentos. Si no la ponen, es que estás muerto.

Nyberg se inclinó un poco más. La cara de oso *grizzly* se hallaba a escasos centímetros de la de Robban, que correspondía más al tipo conejo. El aliento del *grizzly*, sin embargo, no olía a carne cruda y a sangre fresca, sino a café.

—¿Yugoslavos? —rugió la bestia que apestaba a café.

—Podría ser —jadeó Robban—. Pero no lo sé. Tienen pinta de ser del sur, eso sí. Unos tipos muy duros. Entre ellos siempre hablan esa jergonza tan rara.

—¿Qué quieres decir?

De repente, a Robban le entró un inesperado ataque de coraje kamikaze.

—Vete a la mierda, gordo apestoso.

A consecuencia de dicho pronto, el oso *grizzly* cogió al conejo del cuello y le apretó un punto del mismo. El conejo tembló compulsivamente: un trozo de piel de segunda presa de intensas convulsiones.

—Esto se aprende en el cuerpo a cuerpo —le informó Gunnar Nyberg pedagógico—. Y lo cierto es que funciona.

—Espera, joder, espera —tembló Robban.

Nyberg le soltó. Se sentía mal; él, que se había prometido que nunca más emplearía la violencia estando de servicio... Pero había sido un acto reflejo, como si su credibilidad como *grizzly* lo exigiera.

Robban lo miró con *admiración*.

—¡Wow, man! —gritó mientras se masajaba el cuello—. ¡Qué fuerte! ¡Menudo zarpazo!

—Venga, al grano —murmuró Nyberg avergonzado.

—Vale. He oído que hay un narco que lo quiere así: toda la gente que trabaja para él siempre habla esa jergonza. Es una forma de cifrar todo el negocio.

Una forma de cifrar todo el negocio, pensó Gunnar Nyberg, que, como era de esperar, preguntó:

—¿Qué narco?

—Rajko Nedic.

—¿Y crees que ése es quien te suministra?

—Ni idea —replicó Roban antes de encender un pitillo mientras intentaba poner cara de tipo duro—. Y que conste que de eso yo no he dicho nada.

Nyberg volvió a su viejo cacharro Renault. Se quedó sentado un rato con las manos en el volante dejando que su mirada vagara por esa arquitectura de los años setenta, tan homogénea, del barrio de Hjulsta. El sol de julio se reflejaba abúlico en las filas idénticas de ventanas de los centenios edificios.

Vaya, pensó Gunnar Nyberg. Era el día más caluroso del año y estaba bañado en sudor; sus pensamientos intentaban heroicamente subir arrastrándose desde lo más profundo de las arenas movedizas en las que se había convertido la jornada. De nuevo pensó: vaya.

Y otra vez: vaya.

Pero luego, de golpe, las ideas se liberaron con un breve pero arrollador ímpetu.

Si los colaboradores de Rajko Nedic siempre se comunicaban entre ellos en serbocroata, ¿cómo lograron enterarse esos nazis más suecos que nadie de la cárcel de Kumla de que iba a realizarse una entrega?

Resulta imposible imaginarse que Niklas Lindberg hubiese torturado a Lordan Vukotic dos veces; eso no habría pasado desapercibido. Aun así, Lindberg sabía dos cosas: que iba a tener lugar una entrega importante y que iba a haber una reunión en el Kvarnen. ¿Cómo lo había descubierto?

El imperio de Nedic se basaba en una disciplina perfecta. Nadie se iba de la lengua jamás. Eso constituía el pilar fundamental del negocio. Eso era lo que le permitía ejercer de restaurador legal con tanto rigor. La voluntad de Nedic era ley.

¿Habría descubierto Lindberg una grieta en la muralla que rodeaba a Nedic?

Alguno de sus hombres encarcelados en Kumla tenía que haber cantado ya antes de que lo hiciera Vukotic. Tenía que haberse producido una filtración en el hermético sistema.

Gunnar Nyberg vio la oportunidad de sembrar un poco de mala hierba en ese jardín tan perfectamente podado. ¿No cabía la posibilidad de que toda la organización empezara a hacer agua si llegase a oídos de Nedic que se había producido una filtración?

Nyberg permanecía sentado en el coche. Las manos que agarraban el volante se tornaron blancas, aunque las gotas de sudor que se filtraban entre los dedos consiguieron relajarlas.

Tres hombres en Kumla. ¿Cómo se llamaban? Zoran Koco, Petar Klovic, Risto Petrovic. Tenía que hablar con ellos. Enseguida.

Se encontraba en Hjulsta, así que casi le pillaba de camino. Enfiló la E18 al volante de su viejo cacharro y puso rumbo a Örebro. Entre Bålsta y Enköping pasó un pueblo que se llamaba Grillby. ¿Grillby? Ese lugar le sonaba. Había estado en Grillby. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Aunque no entendía por qué pensaba en eso ahora. Sin duda, se debía a un cierto aturdimiento provocado por la velocidad. Después de Örebro giró y atravesó la llanura de Närke hasta Kumla. Tardó poco más de una hora en llegar. Tras ver al director de la prisión, se dirigió a una sala de interrogatorios donde encontró toda la documentación acerca de los tres hombres apilada sobre la mesa.

El material de la Interpol era voluminoso, aunque en realidad no muy completo. Había muchas zonas inexploradas en el paisaje criminal de los tres individuos, especialmente en relación con las guerras yugoslavas. Zoran Koco era un musulmán bosnio oriundo de Sarajevo que al parecer había sido un importante estraperlista durante la guerra de Bosnia. Petar Klovic era serbobosnio y había sido guardia en un campo de concentración para musulmanes. Nada de antecedentes penales de esa época, si uno no tenía en cuenta los crímenes contra la humanidad, claro. Risto Petrovic era croata y excomandante de un grupo paramilitar que también había tenido

un papel muy activo en la limpieza étnica, aunque de serbios en Croacia.

Una alianza la de estos tres muy poco santa, ciertamente.

La zona oscura del pasado de Niklas Lindberg era el año que había pasado en la Legión Extranjera: de mayo de 1994 hasta mayo de 1995. Por aquel entonces, Koco y Klovic ya vivían en Suecia, pero no así Petrovic, del que también había un llamativo vacío en el material durante ese mismo período. Llegó a Suecia en julio 1995 para entrar a formar parte de la banda de Nedic, dato que, por supuesto, no se había confirmado todavía; ya en septiembre fue detenido por tráfico de estupefacientes y desde entonces estaba en la cárcel esperando su extradición.

Nyberg contactó con los compañeros de la Interpol en Estocolmo, que a su vez contactaron con la Legión: una hora más tarde le llegaría un listado con nombres de personas que habían servido en ese cuerpo entre 1994 y 1995.

Durante esa hora, Gunnar Nyberg intentó hacer que las cosas cuadraran.

Un croata que había participado en la limpieza étnica. Todo desprendía un viciado olor a Ustasa, la organización fascista que había exterminado a serbios durante la segunda guerra mundial. No resultaba del todo inverosímil que Risto Petrovic se hubiese alistado en la Legión, bajo nombre falso, para eludir la justicia internacional. Allí podía haber conocido al correligionario Niklas Lindberg, recién dimitido comandante de los cazadores de montaña del ejército sueco. Más tarde Petrovic se infiltró en la organización de Rajko Nedic, quien no mostraba ningún interés en la limpieza étnica, con el objetivo de proporcionar a Niklas Lindberg información, por ejemplo, acerca de una inminente e importante transacción entre Nedic y un «policia» sueco. Pero ¿contaba Lindberg en realidad con los recursos suficientes como para introducir un espía en la organización de Nedic? ¿O había por detrás otras agrupaciones ultraderechistas más importantes que manejaban los hilos? ¿Y que daban instrucciones tanto a Petrovic como a Lindberg? Y en tal caso, ¿se ocultaban intereses de mayor calado detrás de la matanza de Sickla?

Gunnar Nyberg tenía la impresión de que las paredes de la pequeña sala de interrogatorios de la cárcel de Kumla se le acercaban cada vez más. ¿Qué significaban esas extrañas conexiones con las que se había topado? Y todo gracias a un camello de aspecto conejil llamado Robban.

De pronto, el fax se puso a chirriar y escupió tres extractos del registro de la Legión de los años 1994 y 1995: tres nombres yugoslavos y tres fotografías, no muy buenas pero que servirían.

Gunnar Nyberg llamó a Jan-Olov Hultin para explicarle la situación. Recibió una serie de órdenes; y con todas estuvo de acuerdo.

A continuación hizo llamar a Risto Petrovic. Una no despreciable sensación de satisfacción le recorrió todo el cuerpo al reconocer de inmediato la cara de una de las fotografías.

Petrovic se sentó y se lo quedó mirando. Era grande, compacto, con los músculos duros e hinchados de esa manera tan típica de la cárcel: un cuerpo que no se mueve

mucho pero que, en cambio, se pasa todo el santo día haciendo pesas. Y la mirada era cruel, en el límite de lo humano. Exactamente como se lo había imaginado.

Al abrir la boca sabía que en ese mismo momento estaba condenando a Petrovic a una muerte segura.

—¿Jovan Sotra? —leyó de uno de los papeles que acababan de salir del fax.

Petrovic se quedó helado. Comprendió de inmediato todas las consecuencias con meridiana claridad. En el preciso instante en el que Koco o Klovi o quien fuera que estuviera medianamente cerca de Nedic se enterara siquiera de que existía una sospecha sería hombre muerto. Lo que recorría el cuerpo de Gunnar Nyberg no era satisfacción, sino poder. Poder en su forma más pura. Comprendió lo que significaba tener la vida de alguien en sus manos. Y le resultó insoportable.

Quizá debería haberse quedado delante del ordenador al amparo del ciberespacio.

—*I don't know what you're talking about* —dijo Petrovic al final, aunque su mirada decía algo bien distinto.

Nyberg cambió al inglés y siguió. A trancas y barrancas.

—Durante un breve período después del final de la guerra en Croacia, usted pasó de ser comandante en jefe de una fuerza paramilitar a ser soldado raso en la Legión Extranjera, donde conoció a un ex oficial sueco llamado Niklas Lindberg. Más tarde, cuando volvieron a verse aquí en Kumla, usted le pasó información acerca de una importante transacción que iba a tener lugar entre su jefe, Rajko Nedic, y otra persona. Lindberg utilizó esa información para matar al hombre más cercano a Nedic, Lordan Vukotic, así como para atracar y matar a otros tres colaboradores suyos en la llamada matanza de Sickla, en la cual se robó el objeto de dicha transacción.

Petrovic no apartaba los ojos de Nyberg. La mirada buscaba una vía de escapatoria. No sabía si veía alguna en la cara de ese enorme policía que parecía un oso *grizzly*. Quizá. Repitió, más que nada porque eso era lo que se esperaba de él:

—*I don't know what you're talking about.*

Sonó tan vacío que Nyberg simplemente lo ignoró.

—*However* —dijo mientras asentía con la cabeza—. *There is a way out.*

Durante un instante, los dos clavaron sus ojos en los del otro. El comandante en jefe paramilitar y el policía más grande de Suecia. El legionario y Míster Suecia. Una descarga de testosterona que rayaba en lo absurdo.

—Estamos esperando a un policía que se llama Lars Viksjö. Él le llevará a un sitio seguro. Si testifica, le daremos la inmunidad, una nueva identidad y le instalaremos donde usted quiera de todo el mundo. A cambio, nos informa de lo siguiente: uno, cuál es la naturaleza exacta de la relación entre Niklas Lindberg y usted; dos, todo lo imaginable e inimaginable sobre la organización de Rajko Nedic; tres, de qué tipo de entrega se trataba; cuatro, quién la iba a recibir; cinco, para qué la quiere Lindberg, y seis, dónde se encuentran Lindberg y su banda en estos momentos.

Risto Petrovic cerró los ojos y permaneció completamente quieto. Al volver a abrirlos, resultaba obvio que ya había tomado una decisión.

—No sé dónde está Niklas Lindberg —dijo.

Y no añadió nada más.

Tras quince minutos de un silencio absoluto, llegó Lars Viksjö para llevarse a Petrovic, quien acababa de cambiar de vida otra vez.

Sería interesante ver la reacción de Rajko Nedic.

Gunnar Nyberg se permitió un momento de quietud y contemplación. No, reconoció para sí mismo, contemplación no, eso sería pasarse; más bien se trataba de un momento de pura autocomplacencia. Se sentía sumamente contento consigo mismo.

Luego llamó a Hultin para rendir cuentas del encuentro. Hultin dijo:

—Un trabajo cojonudo, Gunnar.

Nyberg contestó:

—Muchas gracias.

A continuación se sentó de nuevo al volante de su viejo cacharro Renault y puso rumbo a casa a un ritmo tranquilo. Poco después de Enköping llegó a Grillby. Tuvo que parar. ¿Qué era lo que le pasaba con este pueblo? ¿Por qué insistía tanto en llamarle la atención en ese momento de triunfo?

Grillby. Una pequeña cabaña. Una casa que pertenecía a la tía de uno de ellos. Una sensación de libertad y juventud. La graduación de la Academia de la Policía. Habían pasado veinte años de eso. Cinco hombres y una furgoneta llena de cervezas.

¿Y qué era lo que había dicho? «Voy al campo a cargar las pilas».

¿Por qué no intentarlo? Gunnar Nyberg siguió un mapa interior de hacía veinte años. Grillby probablemente no había cambiado nada, porque no se perdió. Dio con un camino de grava que lo llevó fuera del pueblecito para adentrarle en un gran bosque. Condujo un par de kilómetros por ese camino, cada vez en peores condiciones. El sol convirtió el viejo Renault en un horno y a Gunnar Nyberg en un pastel de carne picada. Las dudas sobre su memoria y sentido de la orientación iban en aumento. Al final, sin embargo, se hizo un claro en el bosque y apareció la pequeña casa. Seguía igual: situada en el lindero del bosque con un aspecto abandonado. Una casita rústica de labriego de principios del siglo xx, pintada del típico rojo de Falun. Muchas birras se habían transformado en orina aquí.

Ludvig Johnsson estaba apoyado contra el porche haciendo estiramientos. Levantó la vista mostrando unos ojos asombrados, casi aterrados. Al parecer, no acostumbraba a recibir visitas.

Nyberg le saludó con la mano. Entonces se le iluminó la cara y se acercó correteando al Renault. Al asomarse por la ventana del horno se echó hacia atrás.

—¡Madre mía! —exclamó—. Sí que llevas tiempo ahí dentro, sí.

—Hace bastante calor —dijo Gunnar Nyberg, que, contoneándose, salió de un coche excesivamente pequeño para su cuerpo. Luego se estiró y señaló la casita.

—Así que sigue en pie —constató.

Ludvig Johnsson asintió con la cabeza, y acto seguido regresó al porche para

continuar con sus estiramientos.

—Sigue en pie —contestó—. Sin luz, ni agua, ni teléfono. Vengo aquí cuando quiero retirarme del mundanal ruido. Algo que cada vez me pasa más a menudo.

Nyberg asintió.

—Entiendo lo que quieres decir —comentó—. Yo voy a ver a mi hijo y mi nieto en Östhammar, aunque este año tampoco he podido ir demasiado.

Johnsson dejó de estirarse y lo observó.

—Yo no tengo esa opción —replicó.

Nyberg se mordió la lengua. Demasiado tarde, evidentemente.

—Perdón —dijo.

Ludvig Johnsson se le acercó y le pasó el brazo por los hombros. Se convirtió en un abrazo. Allí estaban, delante de una casita aislada a las afueras de Grillby, abrasados por el sol y fundidos en un abrazo. El poder del pasado.

—No pasa nada —dijo Ludvig Johnsson al final—. Hace mucho tiempo de aquello.

Se sentaron en el porche, a la sombra. Johnsson sacó un par de cervezas que desaparecieron volando. Y otras dos hicieron acto de presencia enseguida.

—Nevera de gas butano —explicó Johnsson.

—Con ésta vale —indicó Nyberg—. Que luego tengo que coger el coche y volver. Hemos avanzado en el caso.

—De pedófilos a nazis —asintió Johnsson—. ¿Hay algo que quieras comentar?

—Creo que sí. Pero luego, más tarde. ¿La cabaña sigue siendo de tu tía?

Ludvig Johnsson se rió ruidosamente mientras se rascaba la simétrica calva.

—Ya sufría de demencia senil en aquella época, cuando estuvimos aquí celebrando la graduación. Y está igual, en la misma residencia, con el mismo aspecto, aunque tiene casi cien años, como si la demencia la conservara.

Tras hacer una pequeña mueca continuó:

—Después, cuando formé una familia, casi se me olvidó. Hanna y yo viajábamos mucho, y seguimos haciéndolo incluso después de tener a los chicos. Cuando murieron, tenían siete y nueve años y ya habían estado en catorce países. Presumían de ello en el cole. Catorce países. Y luego un día desaparecieron. Los tres. Hanna, Micke, Stefan. ¡Paff! Y fuera. No sé si se puede entender.

Reinaba un silencio absoluto. A Gunnar Nyberg le pareció que se podía oír brillar al sol. Un ruido de fondo, débil, muy débil. No sabía qué decir. No había nada que se pudiera decir. Él había conseguido reparar lo que estaba roto en su pasado. Ludvig Johnsson ni siquiera había tenido esa posibilidad. La terrible irrevocabilidad de la muerte.

—En fin —continuó Johnsson al cabo de un rato—. Más tarde me acordé de la casita. Aquí puedo estar solo. Lo necesito, necesito cargar las pilas ante los encuentros con el mundo de la pedofilia. Nadie sabe que esta casa existe. Hasta ahora.

—No me voy a chivar —aseguró Gunnar Nyberg. Y advirtió que había cometido un error.

Había pisado terreno sagrado. Había entrado a poblar una esfera que debía permanecer privada. Sin pensárselo dos veces había derribado la puerta que conducía a un espacio íntimo con tanta brutalidad que colgaba hecha *jirones*. Se sintió como un criminal.

Ludvig Johnsson se inclinó sobre la mesa, puso su mano sobre la de Gunnar Nyberg y lo miró a los ojos con una transparente mirada inquisidora.

—No te preocupes, Gunnar —dijo, sereno—. Quizá es eso lo que necesito. Ya no tengo fuerzas para ser un ermitaño.

Se contemplaron. De algún modo aún vivían en esa casa que habían compartido hacía veinte años. Ninguno de los dos la había abandonado de manera definitiva. Como nunca se abandona realmente ningún lugar. Todo siempre permanece. Y éstos habían sido años importantes en la vida. Ludvig, el hombre de mundo, y Gunnar, el cabezota enfurruñado, estaban allí de nuevo.

Luego Gunnar Nyberg se saltó el reglamento policial y le habló de la investigación. Necesitaba, más que nunca, un auténtico interlocutor con quien dialogar sobre el caso; y resultaba evidente que Ludvig sentía la necesidad de desempeñar ese papel. Por un momento pensó que iban a resolver el caso juntos, los dos, como en los viejos tiempos, en la Academia.

Empezó con el avance clave: Risto Petrovic, responsable de la filtración que se había producido en la organización de Rajko Nedic. Luego retomó todo el caso desde el principio, desde los acontecimientos en el Kvarnen y el búnker de Kumla hasta los mercenarios exyugoslavos y Niklas Lindberg, pasando por la Legión y las posibles organizaciones ultraderechistas que se hallaban detrás. Y terminó. Era una historia larga y complicada. Y aún no había tocado a su fin.

—La leche —dijo Ludvig Johnsson.

Fue su único comentario.

Cuando Gunnar Nyberg abandonó Grillby se sentía como si le hubiesen librado de una pesada carga. Una vieja amistad había resucitado de verdad, y sentía que tenía un amigo para siempre, con el que podía hablar de todo. Se sentía genial. Como si otra pieza perdida del *puzzle* de su pasado hubiese encajado en su sitio.

Enfiló la E18 y regresó a Estocolmo.

Capítulo 35

—¡Sí, sí, sí! —gritó La Bala—. Aquí está. La tenemos.

Era la segunda vez en un día. La primera vez sólo se habían cruzado con la señal de manera fugaz, posiblemente, aunque no muy probable, había sido una falsa alarma. Pero en esta ocasión no cabía la menor duda. La Bala se sintió muy contento, pues incluso él había empezado a perder la esperanza.

Niklas Lindberg lo advirtió: el cuerpo bajo y corpulento de su compañero tembló ante las nuevas expectativas, repentinas e inesperadas. Como un *soufflé*, pensó, sorprendiéndose a sí mismo.

Miró hacia la casa de su infancia, que se alzaba tan plácida en medio del valle. Esa agradable urbanización de chalés adosados donde lo habían engendrado. A salvo de extranjeros. Una infancia sana y limpia y honesta en un ambiente tranquilo y feliz. Trollhättan, entonces una ciudad tan genuinamente sueca y en la que ahora había pizzerías de dudosa legalidad en cada esquina, garitos de juego regentados por mafiosos, y donde una corrupta y traidora mentalidad inmigrata lo pervertía todo. Un mundo de violadores, camellos, navajeros pirados y parásitos que se aprovechaban sin el menor reparo de la seguridad social. Todo ello imbuido de la corrupción árabe-judío-católica y de una cobardía disfrazada de actitud de macho. Al menos tenía muy claro contra qué luchaba. Lo que no estaba tan claro era a favor de qué...

—Ya ha desaparecido —anunció La Bala con voz apagada sin dejar de manipular sus botones.

—¿Alguna pista sobre la dirección? —preguntó Niklas Lindberg.

—Sí —contestó La Bala—. Hacia el este. O por la 44 o por la 42.

—¿Qué es lo que hay por ahí? ¿Rogge?

Roger Sjöqvist se puso a hojear la guía de carreteras.

—Pues no se ve bien, es que pilla justo entre dos páginas. La 44 se bifurca y con ese nombre sigue hasta Vänern y Lidköping, y ya como 47 hasta Falköping, pero ésta también conecta con la E20, que a su vez lleva a Skara y Skövde. ¿Qué más has dicho? La 42. Ésa no va a ningún sitio, sólo a pueblos tipo Vårgårda, Fristad.

—Necesitamos otra indicación más —dijo La Bala.

Niklas Lindberg reflexionó.

—Sigue por la 44 —ordenó—. Y písale a fondo.

—¿Y el límite de velocidad?

—Que le jodan al límite. Estamos cerca.

—¿Tú qué crees, Nicke? —preguntó La Bala.

—Pues creo que vamos a tener otra indicación —respondió Niklas Lindberg—. Y entonces sabremos.

Capítulo 36

Al comisario Jan-Olov Hultin le hacía muy poca gracia que Jorge Chávez estuviera sentado encima de su mesa balanceando las piernas. Pero muy poca. Aunque no entendía muy bien por qué se sentía así.

Probablemente porque se había convertido en alguien invisible.

Era viernes, 9 de julio, y el tiempo apremiaba. Y mucho. No había pistas calientes. Muchos nuevos indicios —entraban sin cesar— pero nada realmente caliente, urgente. Quizá hoy las cosas mejoraran.

¿A qué se debía ese repentino optimismo?

Las últimas reuniones celebradas en el cuartel general del alto mando habían estado dominadas más bien por una suerte de resignación algo triste. Tanta información y tan poco margen de actuación. Nedic no movía ficha, y la emisión de una orden nacional de busca y captura de Niklas Lindberg y sus hombres se hacía más real por momentos; pero si se hacían públicos sus nombres, los tabloides inflarían la matanza de Sickla como sólo saben hacer ellos, Lindberg sería presentado como el anticristo y los demás como apóstoles de la oscuridad. Querían evitarlo hasta donde fuese posible. De momento, Hultin contaba con el apoyo de Mörner, el jefe de la policía criminal y el jefe de la DGP, para mantener ocultas las identidades de Lindberg, Sjöqvist, Andersson y Kullberg, pero a medida que las pesquisas seguían sin dar resultado alguno la necesidad de publicarlas se incrementaba. Pronto no quedaría más remedio que acudir al Gran Detective de la Opinión Pública y con eso ampliar considerablemente el campo de actuación de Rajko Nedic, pues así él sabría quiénes le habían robado. Sin embargo, dentro de poco no habría otra salida. Hultin temía ese momento, temía que eso paralizara la investigación, que les atrapara en una desconsolada comprobación de un sinfín de avisos telefónicos realizados por los ciudadanos, algo que dejaría al grupo sin las manos libres.

¿Y qué sería del Grupo A con las manos atadas?

La presencia de Gunnar Nyberg, con pinta de tener las manos más libres que nunca al fondo de la sala, constituía una de las razones por las que Hultin experimentaba esa misteriosa sensación de optimismo. Pero había algo más. *Todos* daban la impresión de estar con las pilas puestas; posiblemente a excepción de Viggo Norlander, quien en ese instante dormía con la boca abierta, babeando. Menudo bocado más exquisito para los tabloides: «Así se ocupa la policía de la búsqueda de los criminales más peligrosos del país», jugoso titular que sería acompañado de una foto de la babeante boca de Norlander. Muy bonito, sí, señor.

Hultin había aprendido a interpretar los rostros de los integrantes del Grupo A hasta tal punto que ya sabía más o menos lo que iban a decir. Jorge irradiaba energía desde encima de la mesa, lo cual era una buena señal, pues llevaba unos días

visiblemente ausente. Sin duda por culpa de su enamoramiento, aunque también había advertido una manifiesta tensión en sus gestos, como si algo le impidiera entregarse del todo al amor. Paul, por su parte, parecía estar de un humor excelente, estado en el que, ciertamente, había entrado desde el mismo instante en el que fue emparejado con Kerstin; Hultin sospechaba que eso podría generar ciertas complicaciones. Kerstin también se le antojó llena de energía; pero ella, la verdad, siempre tenía buena cara. A pesar de todo, el rostro que más se delataba era el de Arto: las comisuras suecofinlandesas estaban tensas como tiempo atrás. No le extrañaría que el dichoso Arto Söderstedt hubiese resuelto todo el maldito caso él solo. O al menos eso parecía.

Por tanto, cuando le dio la palabra al Grupo A, no lo hizo sin expectativas.

Al lado de la mesa de Hultin había un televisor con vídeo que Chávez encendió con el mando de distancia, dando paso a una secuencia de escasos segundos de duración en la que un hombre bajo y corpulento, con un gorro en la cabeza, entraba por la puerta de un banco. El individuo, sabiendo lo que hacía, se tapó el rostro con la mano para, enseguida, salir de la imagen. Ya no se veían más que las piernas y unas botas que, durante un par de segundos, permanecieron quietas junto a una mesa. Luego, la imagen desapareció envuelta en un ruido de fondo. Chávez volvió a poner la secuencia.

—Esto es el atraco a un banco en Gotemburgo —explicó—. Antes de que destrozaran a tiros las cámaras de vigilancia. Mirad los pies. Las mediciones efectuadas en el lugar del crimen demuestran que se trata de un cuarenta.

—Aunque no de unas Reebok de hace cuatro años —intervino Arto Söderstedt.

Todos los ojos se posaron en él a la espera de una continuación que no llegó.

—No —admitió Chávez—. No de las Reebok que pisaron la sangre de Eskill Carlstedt en el polígono de Sickla. Pero la gente cambia de zapatos, ya sabes, a veces pasa.

Acompañó sus palabras con una desafiante mirada dirigida a Söderstedt, que no reaccionó. Chávez siguió:

—Este atraco, que tuvo lugar ayer, fue la culminación de algo que poco a poco se ha ido perfilando como una auténtica ola de robos por todo el suroeste de Suecia. Han atracado desde tiendas de licores hasta bancos a lo largo de la costa. Todo empezó el día de Midsommar en una gasolinera en Skillingaryd, entre Jönköping y Värnamo, en plena provincia de Småland. O sea, el día después de la matanza de Sickla.

—Pero Skillingaryd no está en la costa oeste —objetó Kerstin Holm.

—Cierto —reconoció Chávez—. Pero luego sí actuaron en la costa. Otras seis ciudades han sido víctimas de atracos: Ängelholm, Mellbystrand, Halmstad, Varberg, Ulricehamn, y ayer remataron la gira en Gotemburgo cuando consiguieron una suma de cuatrocientas veinte mil coronas. Como prácticamente no hay testigos, aún no sabemos si es la misma banda la que ha perpetrado todos los robos. Pero teniendo en cuenta la experta actuación que mostraron en el banco en Gotemburgo y las botas con

el número 40, no resulta del todo inverosímil que sean nuestros chicos los que están recorriendo la costa oeste. Además, los atracadores eran cuatro, de los cuales uno, a todas luces, iba herido. Yo diría que se trata de los hombres que andamos buscando. Y aún hay otro elemento más.

—¿Y ese elemento es...? —preguntó Hultin con paciencia.

—Los testimonios del banco —respondió Chávez—. Cuatro atracadores. Tres con pasamontañas negros, pero el cuarto lo llevaba de otro color, dorado para más señas. Seguramente os acordáis de los hilos dorados que hallamos en Sickla...

Hultin asintió con la cabeza aunque objetó:

—Primero roban a Rajko Nedic una jugosa suma de dinero, es probable que varios millones, luego siguen cometiendo una serie de pequeños atracos que conllevan un alto riesgo; uno de los cuales sólo les aporta algo más de cuatro mil coronas. Me parece bastante inverosímil.

—Es que lo es —intervino Söderstedt.

De nuevo, todas las miradas se dirigieron hacia él. Desde luego, les estaba ocultando algo.

—Es inverosímil por la simple razón de que las premisas son falsas —aclaró Söderstedt—. Si las cambiamos, no sólo se vuelve verosímil sino cierto.

No es que esa explicación contribuyera a aclarar mucho las cosas que digamos.

—Os ruego que me dejéis retomar este asunto después —concluyó mientras desviaba la mirada a la pared.

Chávez pensó que seguramente debería cabrearse, pero, para su gran asombro, no lo hizo; la curiosidad pudo con él. Bajó de la mesa de un salto para regresar a su sitio de siempre.

—¿Kerstin? —dijo Hultin.

—Muy bien —empezó Kerstin Holm, quien, tras subir a la tarima, puso una gran fotografía en la pizarra sujetándola con las mariquitas magnéticas—. Bueno, esto tendrá que ser un mero entreacto en espera de las grandes revelaciones de Arto. Como ya sabéis, hemos cogido al Hincha Homicida, que resultó ser un tímido y discreto chaval llamado Conny Nilsson. Poco que ver con un sangriento asesino. No sé cómo explicarlo, pero es como si sólo fuese una herramienta al servicio de algo que se mueve en estos tiempos, algo más grande. Un hombre joven, algo abúlico, que sin comprender *cómo*, de repente se encuentra con el asa ensangrentada de una jarra en la mano. No sé, ahí hay algo que es horrible, aunque no soy capaz de formular exactamente qué es. En cualquier caso, el hecho de que le hayamos detenido no nos ha facilitado la tarea de volver a localizar a los testigos del restaurante. Se han ido todos de vacaciones, por lo visto, esparcidos por el viento. Un par de ellos parecen haberse borrado de la faz de la tierra y a los otros nos ha costado una barbaridad encontrarlos. Como ya sabéis, Paul y yo nos hemos centrado en el supuesto «policía», y por fin empezamos a ver algo de resultado: cada vez está más claro que el «policía» era moreno y que tenía barba. Los testigos coinciden más o menos en que no

superaba los cuarenta años. El de mejor memoria, el llamado Maricón Man, afirma rotundamente que llevaba una pequeña perilla negra, de ese tipo que rodea la boca. Y si estudiamos con detenimiento esta ampliación de la fotografía, limpiada con meticulosidad científica, donde los seguidores del Hammarby casi lo tapan por completo, podemos, efectivamente, entrever —*aquí*— fragmentos de una barba de esas características.

—Y entonces —intervino Paul Hjelm— nos preguntamos dónde fue la última vez que habíamos visto a un policía con una perilla de esas características —y que conste que aún no sabemos, naturalmente, si en realidad se trata de un policía o no—, y nos dimos cuenta de que no hacía mucho que habíamos conocido a uno, moreno, que más o menos ronda esa edad y que lleva perilla. Aunque supongo que habrá muchos más.

—¡Dios mío! —exclamó Chávez al tiempo que Sara aparecía ante sus ojos. La maravillosa Sara Svenhagen. Se le vinieron a la mente los muros que se alzaban entre ellos y no pudo impedir que se le escapara:

—¡El jefe de Sara!

Gunnar Nyberg se sobresaltó y le clavó una mirada llena de escepticismo. ¿Realmente se refería a su musa luminosa? Y ella ¿qué tenía que ver con Jorge? ¿Y su jefe? O mejor dicho, ¿su otro jefe? ¿Ragnar el Verbenero?

—Tranquilidad. Sobre todo mucha tranquilidad —articuló Jan-Olov Hultin con suma nitidez—. Que nadie, repito, *nadie*, suelte acusaciones precipitadas contra un colega nuestro sin que se hayan comprobado todos los datos muy, pero que muy, a conciencia. ¿Entendido? ¿Hay siquiera algún otro motivo, el que sea, que nos haga sospechar del comisario Ragnar Hellberg? ¿Aparte de su pequeña perilla morena? Por favor, seamos serios, señores.

—¿Estáis hablando de Ragnar Hellberg? —exclamó Nyberg—. ¿Ragnar el Verbenero? Pero si es una persona completamente... Inofensiva.

—Hombre, no creo que se pueda afirmar que ningún comisario de la policía criminal sea una persona completamente inofensiva —replicó Hultin mordaz mientras clavaba su mirada en Nyberg—. Pero en el fondo Gunnar tiene razón: no existe sospecha alguna contra Ragnar Hellberg ni contra ningún otro miembro del cuerpo en este país. Ahora sigamos con lo que tenemos entre manos, ateniéndonos a los hechos. ¿Verdad, Gunnar?

Nyberg se había quedado de una pieza; primero lo de Jorge y Sara, luego Ragnar Hellberg. Ragnar el Verbenero, que a sus ojos no era más que el maquillaje de la unidad de pedofilia, una especie de figurón de proa que adornaba una embarcación robusta pero poco llamativa, en realidad obra de Ludvig Johnsson.

El poli verbenero contra el poli ermitaño.

Al final, Gunnar Nyberg logró concentrarse y, con un tono ausente, emprendió su propia marcha triunfal:

—Niklas Lindberg no puede haber escuchado a escondidas una conversación entre los hombres de Rajko Nedic en la cárcel de Kumla, porque éstos *siempre* hablan

serbocroata entre sí; es el distintivo de la banda. Por lo tanto, *alguien* tiene que haberse ido de la lengua. Primero alguien reveló que iba a producirse una importante entrega y que, la noche del 23 de junio, el día antes de que se liberara a Niklas Lindberg, iba a celebrarse una reunión preliminar en el Kvarnen. Luego Lindberg torturó a Vukotic para averiguar el lugar de la entrega, mientras sus hombres, por su parte, descubrían lo mismo escuchando la conversación en el restaurante. Comprobación doble, como ya se ha dicho. *Pero* el que puso todo en marcha fue otro, un pájaro muy raro en el círculo de Nedic: un soplón. Dicho soplón, tras servir con todos los honores en los cuerpos encargados de la limpieza étnica, se alistó en la Legión Extranjera, donde conoció a un sueco que compartía su ideología ultraderechista. Ese sueco era Niklas Lindberg. Más tarde, cuando los dos, por motivos diferentes, acabaron en Kumla, el chivato se convirtió en el enlace de Lindberg con el imperio de Nedic. Su nombre es Risto Petrovic.

—«Un par de yugoslavos de la misma calaña» —soltó de repente un recién despertado Viggo Norlander.

Todos estaban convencidos de que hablaba en sueños.

—Risto Petrovic —continuó Gunnar Nyberg— se encuentra en estos momentos en un lugar secreto, bajo estricta vigilancia, como potencial testigo con inmunidad. Tiene mucho que contar acerca de su camarada Niklas Lindberg y su jefe Rajko Nedic. En cambio, no sabe dónde están Lindberg y sus hombres ahora.

—Pero eso lo sabe Arto —replicó Hultin mientras todos los demás aún miraban asombrados a Gunnar Nyberg, quien ya había vuelto a sentarse, sumergiéndose en su voluminoso cuerpo.

—Deberíamos haber comprobado el pasado de todos ellos —comentó Söderstedt a modo de autocrítica.

—Eso no nos habría servido de nada —dijo Nyberg—. Petrovic empleó un nombre falso en la Legión: Jovan Sotra. Y por aquel entonces, Niklas Lindberg tampoco figuraba en la investigación.

—Pero aun así, deberíamos haberlo hecho —insistió Söderstedt de forma absurda.

Se levantó y se acercó a la pizarra mientras sacudía la cabeza en señal de decepción consigo mismo. A continuación, colocó un enorme mapa encima de todas las fotos, flechas y apuntes. Representaba la mitad sur de Suecia. En tres sitios repartidos por todo el país había pintado unos garabatos de distintos colores, como serpentinadas abandonadas en la mesa después de la fiesta del cangrejo.

—Bueno, amigos —empezó con aire distraído—. Lo que he encontrado resulta bastante curioso. Puede que se trate de una casualidad, pero no lo creo. El otro día, no sin una intensa labor mental, di con una serie de misteriosos mensajes en la sección «El correo del corazón» del *Gula Tidningen* en internet. Dos personas intercambiaban información acerca de su ubicación, asistidas por unas referencias caseras a una obra maestra de la literatura: la *Guía de carreteras y rutas de Suecia*. Lo que llamó mi

atención fue el hecho de que citaran a las hermanas Florento. ¿Os acordáis de ellas?

—Sí —asintió Kerstin Holm—. Las esclavas sexuales que se rebelaron y le robaron un montón de pasta a su chulo.

—Sí, más o menos. ¿Por qué querría alguien citar a unas delincuentes en la sección «El correo del corazón»? Contacté con la revista y me mandaron todos los mensajes que se habían enviado. Desde el 24 de junio, Midsommar, habían intercambiado información en dieciséis ocasiones. Eso me dio dos rutas. La amarilla *aquí*, por las provincias de Dalecarlia y Västmanland. La azul *aquí*, por las de Halland y Västergötland. La ruta amarilla va desde Orsa hasta Köpingy, la azul desde Falkenberg hasta Skara. Las referencias a Köping y Skara aparecieron en la red hace poco más de una hora. Además, diez minutos antes de que empezara nuestra reunión nos avisaron de un nuevo atraco en una gasolinera en Falköping. El atracador, según las informaciones recibidas, llevaba un pasamontañas de un color que podría denominarse dorado. Ahora bien, si unimos con una línea roja los lugares de los atracos —que pasa por Skillingaryd, Ängelholm, Mellbystrand, Halmstad, Varberg, Ulricehamn, Göteborg, Falköping— vemos cómo la ruta roja se va acercando cada vez más a la azul.

Arto Söderstedt hizo una pausa, recorrió la sala con la mirada enfrentándose con una serie de caras incrédulas.

—Están buscando a Eurídice —aclaró.

Esa afirmación tampoco ayudó demasiado a borrar el desconcierto de los rostros de sus compañeros.

—En cuanto me di cuenta de eso, todo quedó mucho más claro. Como Jan-Olov muy bien comentó hace un momento: ¿por qué lanzarse a una gira de robos mediocres por el oeste de Suecia *si acaban de robar a Nedic*? Es precisamente ese *si* lo que cambia las premisas, porque si se hubieran llevado, pongamos, unos diez millones de Nedic, no habrían atracado gasolineras por mera calderilla. Pero *no han robado a Rajko Nedic*. Lo han intentado y, sin embargo, han fracasado. Alguien les robó la entrega ante sus mismísimas narices: un hombre pequeño con zapatillas Reebok de hace cuatro años, del número 40. Ahora recordad las huellas de sangre que se alejan del cuerpo de Eskil Carlstedt. Son las huellas de Orfeo. Cuando presioné a los técnicos admitieron que las pisadas, cito textualmente, «con una cierta, aunque no del todo satisfactoria, probabilidad» habían sido dejadas por un hombre *ligero*, no por *La Bala* Kullberg, que pesa ochenta y ocho kilos. Ni tampoco por una mujer.

—¿Orfeo? —dijo Paul Hjelm al tiempo que echaba una ojeada a Kerstin. Ella se la devolvió.

—Efectivamente, Orfeo, el hijo de Apolo y Calíope —sermoneó Söderstedt como un senil profesor de instituto—. Se hacen llamar Orfeo y Eurídice. Pero sigamos, Orfeo y Eurídice roban el maletín y se van, cada uno por su lado, de viaje por el país. ¿Por qué? Eso resulta más complicado explicar, pero probablemente porque, por alguna razón, saben que los están persiguiendo. Saben que nuestra Banda 2 les va

pisando los talones, así que intentan escapar. No sé, quizá han escondido el dinero y esperan que al menos uno de los dos se salve, porque lo cierto es que la Banda 2 poco a poco les está ganando terreno. Quizá cuentan con algún tipo de dispositivo de búsqueda para localizarlos, aunque no está claro. En cualquier caso, podemos sacar un par de conclusiones. La primera, que efectivamente la Banda 2 necesitaba el dinero para un fin determinado, porque aprovechan cualquier oportunidad, donde pueden, para hacerse con más dinero e ir acumulando un capital nuevo, aunque considerablemente menor que lo que había en el maletín. O sea, el dinero va destinado a algún fin concreto. Y ahora el misterio: la segunda conclusión. He localizado los números de teléfono de Orfeo y Eurídice. Los mensajes que envían a la sección «El correo del corazón» salen siempre de los mismos teléfonos móviles. Y esos dos móviles aparecen registrados en la misma empresa: el restaurante Thanatos en el barrio de Östermalm. Y el dueño de dicho restaurante es... Rajko Nedic.

—¿Estás diciendo que Rajko Nedic roba su propio dinero? —preguntó Hultin desconcertado.

—Bueno, como he dicho, es un misterio. He contactado con Nokia y se trata de los móviles más modernos que existen, con ordenadores incorporados. Más bien prototipos. Uno puede conectarse a internet con ellos. En cuanto Orfeo o Eurídice llegan a un sitio nuevo mandan un mensaje a la sección «El correo del corazón» del *Gula Tidningen*. Con cierta probabilidad, se trata de un hombre y una mujer que, también probablemente, se quieren. Quizá Nedic se esté dedicando a un sutil doble juego, o quizá los dos jóvenes enamorados se hayan escapado de la organización.

—Al parecer, hay bastantes agujeros en esa organización que se suponía tan hermética —comentó Chávez.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Hultin—. ¿Toda esta osada teoría, de consecuencias transcendentales, se basa en una cierta correspondencia geográfica entre las líneas rojas y las azules? ¿Partiendo de una pareja de enamorados que intercambian direcciones en internet, sacas la conclusión de que ellos han robado a los que a su vez robaron a Rajko Nedic?

—Los móviles son propiedad de Nedic —argumentó Söderstedt mientras señalaba el mapa—. Y prestad atención a las líneas. Además, está el factor tiempo, que es por lo que insisto tanto en esto a pesar de que no estoy del todo seguro. Si echamos un vistazo a la velocidad que, hasta ahora, han mantenido la línea roja y azul respectivamente, o sea, la de la Banda de Lindberg y la de Eurídice, y si miramos los lugares por donde han pasado los últimos días, Falköping y Skara, entonces, sin duda, van a cruzarse mañana por la mañana. En Skövde.

—¿O sea, tú crees que...? —empezó Hultin. Pero fue interrumpido.

—¿Que podemos coger a Niklas Lindberg, Roger Sjöqvist, Dan Andersson y Agne Kullberg en Skövde mañana? Sí. Y además echar el guante a la misteriosa Eurídice. Muchos pájaros de un tiro.

Hultin calló. Pensaba. ¿Qué pasaría si Söderstedt se equivocaba? No mucho, una

operación fallida simplemente; no había riesgos como en el caso del Asesino de Kentucky. Todo resultaba bastante vago. Y Dios sabe cómo Söderstedt había conseguido dar con los misteriosos Orfeo y Eurídice. ¿Las hermanas Florento? ¿El *Gula Tidningen*? ¿La sección «El correo del corazón»? ¿Y si era Nedic el que estaba detrás de todo eso? ¿Y si lo de los móviles del restaurante Thanatos era una pista falsa creada por Nedic? Pero ¿sería capaz de perdonarse alguna vez si dejaba pasar esta oportunidad? ¿Y lo haría el Grupo A?

Contempló la roja línea curva en el mapa. ¿Eran realmente los hombres de Lindberg? El pasamontañas dorado... Småland, Skåne, Halland, Västmanland... Estaba claro que el viaje no respondía al azar, pues al llegar a Ängelholm dieron la vuelta y siguieron hacia el norte. Iban de caza, y mientras perseguían a la verdadera presa aprovechaban el camino para dedicarse un poco a la caza menor. Eso cuadraba. ¿Y la línea azul? Zigzagueaba por el oeste de Suecia. ¿Por qué? ¿Y la amarilla? ¿En Dalecarlia? Pero las fechas concordaban perfectamente. Empezaron a la vez las tres. Los atracos y los mensajes enviados al *Gula Tidningen* empezaron el mismo día: en Midsommar, el día después de la matanza de Sickla. Y resultaba evidente que las líneas, roja y azul, iban a coincidir. Por primera y seguramente última vez. Y por supuesto, había que proteger a Eurídice, porque si no, ella —si es que era una mujer— con toda probabilidad moriría.

Entonces, Jan-Olov Hultin movió la cabeza afirmativamente. Un único y breve movimiento. Neutro.

—De acuerdo —dijo—. Nos vamos a Skövde.

Capítulo 37

Eran las 10.26 del sábado 10 de julio.

Estaba tumbado en una mugrienta cama en una cabaña de un *camping* a las afueras de Arboga. Su tercer fin de semana en solitario acababa de empezar y se preguntaba cuánto más aguantaría.

Con esta llave la caja fácil se abre.

La rima se burlaba de él. ¿En cuántas cajas con las cifras 4, 0, 1, ya hipnóticas, había metido la llave? ¿En cincuenta? ¿En más? No lo sabía. Los últimos días estaban envueltos en una niebla. Lo único que hacía era ir de una ciudad a otra en coche para entrar en distintas sucursales bancarias, después buscaba su posición en la guía de carreteras y mandaba breves mensajes codificados por internet. No existía otra cosa para él.

Hasta que llegaba el fin de semana. Entonces, el mundo se le venía encima. La ausencia. La desesperanza. La convicción de haber perdido.

De que los sueños se quedarían sólo en eso, en sueños.

Pero lo peor era la ausencia de ella. Todo su ser —su cuerpo, alma, espíritu, todos sus pensamientos— la pedía a gritos. Los fines de semana se convertían en un prolongado e interminable sufrimiento. Un calvario.

Himeneo ha sido convocado a Tracia en vano.

Abrazó la mugrienta almohada hasta que las plumas empezaron a salir y a volar por la cabaña. La mirada se detuvo en el pequeño despertador digital, que en ese preciso instante marcó las 10.31.

Entonces llegó el golpe.

Todo su ser fue recorrido por una descarga eléctrica, un violento impulso que salió disparado de todas y cada una de las células nerviosas de su cuerpo para, de inmediato, transmitirse a las conexiones más etéreas del alma y del espíritu. Todo era dolor. Lo único que existía era dolor, y el dolor lo era todo. Todo menos la repentina y brusca comprensión:

Debe de haber vuelto la cabeza sin darse cuenta.

Orfeo debe de haber vuelto la cabeza y mirado hacia atrás.

Y Eurídice se desvaneció hundiéndose de nuevo en las profundidades tenebrosas de Hades.

Eran las 10.26 del sábado 10 de julio.

Estaba tumbada en una mugrienta cama en la planta baja de un hotel en Skövde. Su tercer fin de semana en solitario acababa de empezar y se preguntaba cuánto más aguantaría.

¿Se habría equivocado, a pesar de todo? ¿Y si la víbora no había metido el dinero en una caja de algún banco de la provincia? ¿Se le había pasado algún detalle por alto? ¿No había algo de lo que debería haberse acordado, algo que debería haber tenido en cuenta? ¿Algo que su mente bloqueaba a propósito?

Pensó. Pensar siempre había sido su mecanismo de defensa, y en ese momento sintió —cuando el fin de semana ya estaba ahí dispuesto para ahogar la hiperactividad del resto de la semana— que su pensamiento daba un pequeño paso acercándose más a la verdad.

Faltaba un elemento en sus previsiones.

¿El tío Lubbe...? ¿No había otra cosa allí...?

¿No debería ella *saber* dónde estaba el banco que buscaban?

Había llegado la hora del hechizo pálido del pensamiento...

Él era rubio, ella morena, y lo echaba de menos. Eso era lo único que tenía claro. Eso era lo único incuestionable en la vida. Lo único puro, absolutamente inmaculado.

No era posible estar separados mucho más tiempo.

Abrazó la mugrienta almohada hasta que las plumas empezaron a salir y a volar dando vueltas por la cabaña. La mirada se detuvo en el pequeño despertador digital, que en ese preciso instante marcó las 10.31.

Entonces llegó el golpe.

La puerta se abrió, no se había molestado en cerrarla con llave.

Tres hombres con los rostros cubiertos por pasamontañas —dos negros y uno dorado— entraron con zancadas firmes y cerraron la puerta tras de sí, mientras un cuarto accedió por la que daba a la pequeña terraza. Los cuatro empuñaban pistolas y los cuatro estaban empapados.

Se le heló la sangre.

—Hay que ver cómo llueve —comentó el coronado mientras la apuntaba con la pistola.

Clavó su mirada en un par de ojos de un azul gélido; era lo único que se veía a través de la cortina dorada.

No podía respirar. Le resultaba imposible. Era incapaz de llevar aire a sus pulmones.

—Tranquila —continuó el hombre—. Anda, respira tranquilamente. Puedes sentirte contenta; has conseguido evitarnos durante dos semanas. No está mal teniendo en cuenta todos los que andan detrás de ti. Por cierto, ¿estás sola?

Seguía sin dar con el aire. Advertía que su cara se tornaba azul. Y en medio de todo ese horror *pensaba*. Su estrategia de defensa. Pensó: esto ya lo he vivido, ha habido otros momentos en mi vida en los que no he podido llevar aire a mis pulmones.

El hombre del pasamontañas dorado se acercó a ella y le propinó una buena bofetada. Volvió a respirar, pero cada aspiración le dolía. Se encontraba lejos de allí; de camino a *otra habitación*.

—¿Estás sola? —repitió el hombre.

Los otros tres permanecían en un segundo plano, en fila, como en posición de firmes. Uno de ellos parecía herido. Los había visto antes, con la misma ropa. Había visto cómo el hombre herido recibía un balazo. Él y otros cuatro más. De la sangre de uno de ellos se había rescatado un maletín.

El educado hombre coronado cambió abruptamente. Volvió a golpearla, esta vez más fuerte, y gritó:

—¡Contesta, puta inmigrata de mierda!

—Estoy sola —contestó con voz débil.

Sentía que empezaba a apagarse, a morir poco a poco. Como si volviera a descender al inframundo, a las profundidades tenebrosas de Hades.

El hombre volvió a cambiar de modales.

—Gracias —dijo educado—. Sin embargo, ya no hace falta que nos ayudes a localizar el maletín.

Se volvió e hizo un gesto al más bajo, que llevaba unos auriculares encima del pasamontañas y en la mano un pequeño aparato. Se dirigió al armario, levantó unas mantas y sacó el maletín. Acto seguido se lo entregó al coronado, quien tras abrirlo asintió con la cabeza.

—La radio y la llave —confirmó—. Estupendo. Ahora quiero que nos cuentes todo lo que sepas de esto. Ante todo: ¿quién eres?

Otro de los hombres acababa de abrir su bolso. Sacó un móvil con una pantalla bastante grande.

—Anda, mira esto —comentó mientras sostenía el teléfono en el aire—. Tiene conexión a internet.

—Sí, hay móviles de esos —intervino el más bajo con tono de experto—. Son prototipos. Cuestan un pastón de la hostia. Llevan incorporado un pequeño ordenador. Nokia, claro...

—Monedero —continuó el otro hombre mientras seguía removiendo el contenido del bolso—. Carné de conducir a nombre de Sonja Karlsson. Y un pasaporte con el mismo nombre. Bastante dinero en efectivo, unos cinco mil seguramente.

—Un pasaporte —repitió el coronado—. ¿Qué? ¿Tenías previsto un viaje al extranjero, Sonja Karlsson?

Se hundía cada vez más. La realidad empezaba a desvanecerse. Otra la sustituía. Era como una cueva, en vertical, como un embudo dirigido a la tierra, y descendía entre paredes cavernarias, estalactitas, estalagmitas, y en algún sitio bien al fondo había una abertura, como una puerta: la puerta al reino de Hades.

—Bueno, ya es hora de que hables —insistió el hombre con el pasamontañas dorado—. ¿Sonja? ¿Karlsson? Y una mierda, tú no te llamas así. ¡Pero si eres una puta inmigrata, joder! Este nombre es falso. Odio los nombres falsos. Como cuando un tal Johan Bengtsson aparece para la entrevista de trabajo y resulta que es un puto negro de mierda. Ésa es la peor forma de infiltración. No, tú no te llamas Sonja

Karlsson. ¿Qué eres? ¿Iraní? O yugoslava, claro. ¿Qué tienes tú que ver con Rajko Nedic?

Seguía cayendo. Notaba cómo sus brazos y piernas se movían muy lentamente, como si el aire fuera agua.

Encajó otro golpe, pero esta vez no fue una bofetada sino un puñetazo en el estómago. El dolor se movía por algún sitio en las afueras de su existencia, sólo vagamente perceptible.

—Parece bastante ida —indicó el hombre herido con voz hueca—. Ten cuidado que no se vaya del todo.

El coronado lo miró y asintió.

—Tienes razón. Volvamos a lo importante. ¿Has dado con la caja, Sonja?

Apenas lo veía, sólo vislumbraba esos ojos azul gélido en medio del oro. Dos orificios taladrados. «Caries», pensó ella confusamente.

Luego se le aclaró la cabeza. Hablar, a pesar de todo, significaba mantenerse con vida.

—No —dijo—. He estado buscando pero no la he encontrado.

—¿Por qué buscas por aquí?

—Distribuye las drogas en tres zonas de Suecia —informó ella con una voz de repente cristalina—. Ésta es una de ellas. Las otras son la de Dalecarlia y Västmanland, y la de Norrbotten y Västerbotten. Son sus territorios. No controla ni Estocolmo ni Gotemburgo ni Malmö. Intenta meterse pero no le va demasiado bien; menos en algunas zonas del extrarradio.

—¡Vaya, vaya! —replicó el coronado—. Pero si habla un sueco bastante bueno a pesar de esa mierda de acento de inmigrata que tiene.

Se volvió hacia el más bajo.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Obviamente también estaba buscando —contestó el más bajo—. O de alguna manera se ha escapado de la organización de Nedic, quizá es una puta, recepcionista, camello o algo así, yo qué sé... O habrá pensado que había pasta en el maletín, igual que nosotros. No creo que podamos sacarle mucho más.

—Pero tenemos la llave —dijo el coronado—. Es un paso importante. Voy a avisar a nuestro suministrador. Intentad averiguar todo lo que podáis, los bancos por los que ha pasado y los que le quedan, si tiene algún cómplice... Ya sabéis lo que hay que hacer.

Luego añadió en voz bastante más alta:

—Tenéis carta blanca.

El segundo hombre más grande se frotaba las manos, mientras el herido daba rienda suelta a una especie de risa hueca.

Acto seguido, el coronado abandonó la habitación.

Quedaban tres. Ella se hundía cada vez más rápido. El más bajo dijo:

—Ahora ya no hay nada que te proteja, Sonja. Personalmente no me van mucho

las violaciones, pero a veces la necesidad carece de ley. Por tu culpa llevamos dos semanas en carretera a dos velas, y a los colegas aquí como que les empieza a apetecer un poco de chocho. Cuanto más hables, más oportunidad tendrás de librarte. Queremos saber lo siguiente: uno, ¿qué relación tienes con Nedic? Dos, ¿cómo sabías que la entrega se iba a realizar en Sickla? Tres, ¿estás realmente sola en esto? Cuatro, ¿dónde tenías pensado seguir buscando la caja?

Ya no descendía, se hallaba en caída libre. Se estrelló contra la puerta del reino de la muerte. Era una puerta normal y corriente de un apartamento. Estaba delante de ella. Presionó el cuerpo contra la puerta y empezó a atravesarla, lenta y dolorosamente.

El más bajo se encogió de hombros y se apartó.

El herido se acercó a ella. En la entrepierna de los holgados pantalones militares se revelaba un bulto. Se inclinó hacia delante. Pudo ver el dolor en los ojos del hombre mientras él la agarraba de los pantalones. Tiró de ellos hacia abajo con tanta fuerza que cuando se los quitó, los zapatos salieron volando. Ella advirtió que su pie izquierdo se torcía de forma extraña. Acto seguido, el hombre se bajó los pantalones militares. Y los calzoncillos. De repente, ella se encontró mirando fijamente su pene erecto. Él se subió encima y le acercó el miembro a la cara. Una peste a sudor y genitales sucios la envolvió.

Y consiguió traspasar la puerta. Estaba allí. En *ese lugar*. Las tenebrosas profundidades del Hades. Y vio un miembro que se acercaba. Sintió la peste a sudor y genitales sucios. Vio los *flashes* de las cámaras. Vio fotografías de niños. Escuchó gritos que debían haber sido los suyos. Y apartó la cabeza. Ya no estaba allí. Miró por la ventana y se puso a pensar. Su estrategia de defensa. La calle al otro lado de la ventana. Los coches que pasaban. Las matrículas. AGF. Películas Agfa. BED. Cama en inglés. DTR. Ditrambo; sea lo que sea eso. EID. Eider. O First Eid. Aunque no se escribe así. Y al fondo, bajo las nubes siempre tan oscuras, la floristería, la tienda de vídeos, el peluquero, el banco.

El banco.

En ese preciso instante, alguien echó la puerta abajo. Escuchó tiros. El hombre encima de ella disparó, gritó y cayó. Un líquido pringoso resbalaba sobre su cuerpo.

Todo era caos.

Y antes que todas las cosas fue el infinito Caos.

La comisaría de Skövde estaba bajo mínimos, por decir algo. Sólo había un oficial de guardia, el resto de la pequeña plantilla se encontraba en la calle: dos agentes se ocupaban de un robo que se había cometido la noche anterior en los almacenes de Konsum y los demás patrullaban. Al oficial de guardia, como cabía esperar, le pareció muy raro que en su comisaría se presentaran de repente siete inspectores de policía.

Tenía sesenta y un años, y esperaba ansioso la jubilación.

—¿Están seguros de que no debemos llamar a la Unidad Nacional de Intervención? —dijo por cuarta vez.

A pesar de que su pregunta encerraba una verdad incómoda, Jan-Olov Hultin decidió ignorarlo.

Contempló a su equipo. Todos los integrantes del Grupo A se hallaban allí. En esos instantes se congregaban en torno a dos planos: el primero era de la ciudad de Skövde y el otro un plano detallado de un edificio concreto.

—Retomémoslo desde el principio —dijo Hultin—. El hotel está aquí, a las afueras de la ciudad. La mujer, joven y sola, que se ha registrado como Sonja Karlsson —y que probablemente es nuestra Eurídice— se ha alojado en un cuarto situado en una esquina de la planta baja. Aquí. Hay dos maneras de entrar, desde el pasillo del hotel y desde una pequeña terraza. Además, en la pared de enfrente hay una ventana, aunque no sabemos a qué altura. Dos acceden por la terraza, Hjelm y Holm. Dos se apuestan delante de la ventana, Chávez y Nyberg; coged unas banquetas para que podáis subir. Tres entramos por la puerta principal del hotel, Norlander, Söderstedt y yo. Todos con los chalecos antibalas puestos. Primero comprobamos qué es lo que está pasando dentro. Mantenemos el contacto por los *walkie-talkie*. Si la banda de Lindberg está allí, Norlander echa la puerta abajo. Los demás esperáis hasta que lo oigáis. Entonces entráis. Máxima precaución en todo momento. Puede convertirse en una toma de rehenes, por lo que, efectivamente, *puede* darse una situación en la que debemos llamar a la Unidad Nacional de Intervención. Pero eso llevaría su tiempo. Lo mejor es, evidentemente, que los cojamos por sorpresa. Sabemos que no es muy probable que se entreguen voluntariamente. ¿Preguntas?

—¿Vecinos? —quiso saber Söderstedt.

—El hotel es bastante sencillo y no muy popular. Está casi vacío. No hay nadie en las habitaciones contiguas. Y los edificios de alrededor se hallan bastante lejos. No podemos desalojar a todo el vecindario sin llamar la atención. Eso, claro, si resulta que están allí. Mi conclusión es que podemos llevar a cabo esta operación sin poner en peligro a nadie más que a nosotros mismos.

—Y a Eurídice —apostilló Söderstedt.

—Aunque si los de la banda de Lindberg están allí, ella ya se encuentra en una situación de peligro acuciante. Bien. Venga, vamos.

Salieron a la calle y subieron a dos coches de alquiler con los que atravesaron tranquilamente la ciudad hasta una zona donde las construcciones de la verdadera área urbana empezaban a escasear. Pronto llegarían a su destino.

Eran las 10.26 del sábado 10 de julio.

Había amanecido un día muy feo. Llovía a cántaros. Se trataba de una de esas tormentas que daba la impresión de querer hacernos pagar por todos los días bonitos para así equilibrar un poco la estadística. La visibilidad era extremadamente reducida.

Todos activaron sus *walkie-talkies*, se metieron los pinganillos en los oídos y se marcharon a ocupar sus respectivas posiciones.

Todos menos Hjelm y Holm, que rodearon el edificio y se dirigieron hacia la modesta entrada del pequeño hotel. Al llegar a la escalera, Nyberg y Chávez se separaron del grupo, cada uno con una pequeña banqueta en la mano, para avanzar despacio y con mucho cuidado a lo largo de la pared del hotel hasta las ventanas de la esquina. Por su parte, Hultin se llevó a Norlander y Söderstedt hasta el vestíbulo. Una especie de sucedáneo de botones se apoyaba con aire holgazán en el mostrador de la recepción.

—Habitación 12 —indicó Hultin mientras mostraba su placa—. Se trata de una mujer joven. Hemos hablado con usted por teléfono hace un par de horas.

El sucedáneo de botones no varió excesivamente su actitud al ver la placa del comisario de la policía criminal. Todo lo que hizo fue bajar la vista hacia el registro que descansaba abierto delante de él.

—Karlsson —dijo con una voz cansina—. Sonja Karlsson. Tiene visita.

—¿De cuatro hombres? —preguntó Hultin.

—Tres. Uno se acaba de marchar.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Unos cinco minutos; quizá diez.

—¿En coche?

—He oído cómo alguien arrancaba uno, pero no estaba aparcado aquí delante.

—Vale —dijo Hultin—. Ahora métase en el despacho y cierre con llave.

Los ojos del imitador de botones se abrieron del todo por primera vez. Fue su única reacción. Acto seguido desapareció.

Hultin, Söderstedt y Norlander atravesaron una puerta doble que conducía al pasillo mientras desenfundaban sus armas reglamentarias. Avanzaron despacio hacia la habitación 12. El número brillaba como un espejismo al fondo del pasillo.

Hjelm y Holm fueron por la parte de atrás. Entraron por la esquina opuesta del hotel y tuvieron que bordear toda una serie de terrazas vacías, provistas con verjas altas por donde crecían enredaderas. Al llegar a la última se detuvieron. Hjelm hizo un movimiento de cabeza y Holm intentó echar un vistazo por encima de la verja.

—No se ve nada —susurró—. Maldita lluvia.

—En posición —susurró Gunnar Nyberg por el *walkie-talkie*—. Hay cortinas en la ventana. Vemos movimiento pero no mucho más.

—Nosotros no vemos nada —dijo Holm—. Tenemos que acercarnos más.

—Están ahí —susurró Hultin—. Nos han confirmado que hay tres hombres en la habitación. Repito: *tres*, uno se ha marchado.

—¿Y Eurídice? —preguntó Nyberg.

—Ella también. Probablemente la están apuntando con sus armas. Máxima precaución. Nos encontramos delante de la puerta. Necesitamos información *exacta* sobre lo que está pasando. ¿Paul y Kerstin?

—Ahora nos acercamos.

Kerstin Holm iba primero. Sus pasos sobre la embarrada hierba producían un ruidoso chapoteo. Hjelm le pisaba los talones. No fue hasta la mitad del camino que pudieron ver bien la puerta: una puerta típica de terraza con madera por debajo y cristal arriba; delante había unos escalones. Agachados, avanzaron sigilosamente hasta ellos. Estaban empapados, se pasaron la mano por la cara para limpiarse el agua. Hjelm se señaló, acto seguido se levantó despacio, elevando primero la frente y luego los ojos por encima del borde de madera de la puerta. El agua resbalaba por la puerta.

A través del lluvioso cristal, pudo ver a tres hombres con pasamontañas y una mujer en bragas. Uno se bajó los pantalones y se subió encima de la mujer para acercarle su miembro a la cara. Empuñaba una pistola. Los otros dos llevaban sus armas en la cinturilla de los pantalones.

El rostro de Hjelm se torció en una mueca al tiempo que se agachaba de nuevo. Susurró en el *walkie-talkie*:

—Están a punto de violarla. El violador tiene una pistola en la mano y los otros dos las llevan en la cinturilla del pantalón. El cabecero de la cama apunta en vuestra dirección, Jan-Olov, inmediatamente a la derecha, detrás de la puerta al abrirla. No le vais a poder alcanzar bien, tenemos que neutralizarlo nosotros desde aquí. Cuando entréis, os encontraréis al maestro tirador La Bala justo enfrente y al tercer hombre a la izquierda, debajo de vuestra ventana, Gunnar.

—De acuerdo —susurró Hultin—. ¿Gunnar y Jorge, veis algo?

—No —susurró Chávez—. Primero tendríamos que romper la ventana y descorrer la cortina. Va a ser difícil.

—De acuerdo, lo haremos nosotros y vosotros, Paul —dijo Hultin—. ¿Echas abajo la puerta o rompes el cristal, Paul?

Paul miró a Kerstin, quien mostraba una tensión rara en ella, como si fuera otra persona. Sus labios formaban la palabra: el cristal.

—El cristal —dijo Paul Hjelm.

—¿Todos preparados? Ahora Viggo echa la puerta abajo. Tres, dos, uno.

La puerta salió volando. Hjelm lo vio a través de la ventana. Como a cámara lenta, vio a Norlander entrar rodando y encajar un tiro en el pecho disparado por el hombre que estaba encima de la mujer. Entonces le disparó. Desde atrás, en diagonal. A través del cristal de la puerta de la terraza. La bala lo alcanzó en el lado derecho del tórax. El tipo se desplomó encima de la mujer. Sangraba profusamente. Los otros dos levantaron las manos de forma instintiva. El cristal de la ventana que había encima de ellos se rompió y los trozos les llovieron encima. La cara y la pistola de Nyberg se asomaron. Hjelm abrió la puerta de la terraza de una patada. La mujer se echó al suelo. El herido de la cama volvió a disparar. Los proyectiles pasaron a escasos centímetros por encima del hombro de Hjelm, quien respondió con dos balazos en la cara que atravesaron el pasamontañas. Hultin entró. Norlander se levantó mientras

miraba el agujero humeante en su pecho. Hultin, Söderstedt y, desde la ventana, Nyberg, apuntaron a los dos hombres que estaban con los brazos levantados en el aire. Chávez rodeó el edificio corriendo y de repente gritó:

—¡Kerstin!

Hjelm se dio la vuelta y vio a Kerstin Holm tirada en el suelo de la terraza con las manos apretadas contra la sien. La sangre se filtraba entre sus dedos. Chávez se agachó a su lado mientras Hjelm se acercaba tambaleando. En ese momento, al individuo grande de debajo de la ventana se le ocurrió coger su pistola. Logró sacarla y disparar. Hjelm sintió como era arrojado al suelo y aterrizaba junto a Holm. El dolor lo invadió en oleadas.

Hultin disparó al hombre. Sin compasión, cuatro tiros en pleno corazón.

—¡Dios! —exclamó Gunnar Nyberg desde la ventana.

Hultin se acercó al más bajo, que seguía allí de pie con las manos levantadas, le arrancó el pasamontañas, le metió la pistola en la boca y le empujó contra la pared. Tenía la cara completamente blanca. Los ojos aterrados estaban abiertos de par en par.

—¡Jan-Olov! —gritó Söderstedt a pleno pulmón.

El dedo del gatillo temblaba. El cañón de la pistola repiqueteaba contra los dientes del hombre.

—No lo hagas, Jan-Olov —insistió Söderstedt—. Apártate.

Hultin metió el cañón de la pistola aún más en la garganta. El hombre bajo intentaba controlar las arcadas. Sollozaba e hipaba ruidosamente. Al final vomitó con la pistola todavía en la boca.

—Apártate —insistió Söderstedt—. Ves a ver cómo están Paul y Kerstin. Eso es lo importante. ¡Ahora! ¡Ya!

Hjelm yacía boca arriba contemplando la lluvia. Vio como las gotas se volvían cada vez más grandes. Todas se hacían más y más grandes. *No* cambiaban de carácter. *No* estaba a punto de morir. Se volvió hacia Kerstin. Jorge apretaba su americana contra la cabeza de ella. Gritaba. Gritaba a pleno pulmón. Una figura difusa pasó por detrás de Paul. Pero Paul no se dio cuenta, él miraba fijamente el rostro de Kerstin. El rostro se movía. Formaba una palabra, y esa palabra era:

—Paul.

—Sí, Kerstin, estoy aquí. Todo saldrá bien.

—Paul, te quiero.

—Todo irá bien, Kerstin, todo irá bien.

Hultin sacó con brusquedad la pistola de la boca del hombre bajo, llevándose un par de dientes consigo. Acto seguido se inclinó hacia él y de un cabezazo le rompió las cejas. Eso sí se lo podía permitir.

Desde arriba, en la ventana, Nyberg le apuntaba con su arma y Söderstedt hacía lo mismo desde dentro de la habitación. El tipo se acurrucó en el rincón sollozando.

Norlander estaba sentado en la cama intentando arrancarse el chaleco antibalas.

Un poco de humo salía de su tórax.

—Hostia, lo que duele —se quejó Viggo Norlander.

—Cállate —replicó Arto Söderstedt.

Hultin le quitó con violencia el pasamontañas al hombre muerto que yacía debajo de la ventana.

—Roger Sjöqvist —constató con decepción.

A continuación se acercó a la cama y repitió la operación con el cadáver de los pantalones bajados. La cara se esparció sobre la cama. Una vez había sido morada.

—Dan Andersson —constató con decepción aún mayor.

No fue hasta ese momento que descubrió a Jorge, Paul y Kerstin bajo la lluvia en la terraza. La sangre corría por la manga de la chaqueta de lino de Paul. Y la cabeza de Kerstin estaba envuelta en la americana de Jorge, que no paraba de gritar.

Hultin se acercó a él y le dio una bofetada. Entonces se calló.

—¿Cómo está? —preguntó Hultin.

—Le han pegado un tiro en la cabeza, joder —replicó Chávez con voz apagada—. ¿Cómo quieres que esté?

Hultin sacó el móvil y llamó a una ambulancia. Norlander salió con *La Bala* Kullberg esposado, lo tiró al suelo y con el pie le aplastó la cara contra la hierba embarrada.

—Déjalo —le dijo Hultin con voz neutral.

Nyberg apareció por la esquina en el mismo instante en que Söderstedt salía a la terraza. Se arrodilló al lado de Kerstin.

—Joder, Kerstin —susurró—. ¿Qué has hecho?

—Muy poco todavía —replicó Kerstin Holm, mostrando una esforzada sonrisa.

Söderstedt enfundó la pistola en la funda sobaquera y suspiró:

—Qué habría pasado si llega a estar también Niklas Lindberg...

—¿Dónde coño está Eurídice? —preguntó Paul Hjelm antes de desmayarse.

Jan-Olov Hultin pensó en la mala hierba y la buena.

Acto seguido vomitó.

Capítulo 38

En Estocolmo, sin embargo, ese sábado 10 de julio brillaba el sol. Lo cierto es que el tiempo no podía ser más canicular. La ciudad jadeaba bajo un manto de calima, y allí donde había una mancha de hierba se veía gente sobre ella, como si hubiesen sido expulsados por la ciudad, eliminados por el sudor de la urbe. Las nubes huían por miedo a secarse del todo ante el avance del sol, que parecía haberse aproximado a la Tierra como para examinarla de cerca; y al no poderse creer lo que estaba viendo, se arrimó un poco más.

Sara Svenhagen se había sentado en Sundbergs Konditori, en la plaza Järntorget, en pleno casco viejo, al lado de un nutrido grupo de turistas alemanes procedentes todos del mismo autobús. Como el viejo café difícilmente poseía la capacidad suficiente para acoger a un autobús entero de teutones estaban un pelín apretujados.

A Sara le gustaba sentirse un pelín apretujada.

Cuanta más gente la arropara, mejor.

Mientras esperaba, repasaba en su cabeza lo que había sucedido durante esos días. Rendía cuentas de la última parte de su vida. ¿Había algo que podría haber hecho de otra manera? Daba vueltas a los acontecimientos, aunque sin hallar ningún paso en falso: sus pasos habían sido medidos pero firmes, y la habían conducido irremediabilmente hasta este punto. Hasta este momento.

«Brambo» la había traído hasta aquí.

Se trataba de una identidad en la red, uno de esos seudónimos que aparecían antes de la arroba en una dirección de *e-mail*. Recapituló:

Gracias al ordenador de John Andreas Witréus, el pedófilo pasivo que vivía en la Torre de Söder, había conseguido localizar algunas páginas de pornografía infantil desconocidas para ella. Se hallaban bien camufladas detrás de una inofensiva fachada que las convertía en inaccesibles para los buscadores de internet. En esas páginas web encontró toda una serie de identidades; algunas de ellas resultaron ser suecas, o al menos podían relacionarse con direcciones IP suecas, lo cual no era exactamente lo mismo. Esas identidades, evidentemente, hacían todo lo posible para permanecer anónimas, pero con una investigación más minuciosa, en el mejor de los casos se podría llegar a identificarlas. Resultó que todos esos seudónimos figuraban ya en el abundante material de la investigación internacional —una pequeña parte del cual había sido redactada por la unidad de pedofilia de la policía sueca— de la que Sara formaba parte. Todos menos uno: «brambo». En las páginas web en las que se hacía referencia a ese «brambo» siempre aparecía un tal «rippoman». Este «rippoman» había sido condenado por, entre otras cosas, abuso sexual a menores; una condena que fue posible gracias al policía sueco que lo detuvo. Sin embargo, ese agente también debería haber detenido, o al menos haber buscado, a «brambo», ya que

«rippo_man» y «brambo» eran inseparables en las clandestinas páginas web pedófilas. Pero no lo había hecho. Al contrario, «brambo» había sido eliminado conscientemente de toda la documentación. Y en todos los casos en los que esto había sucedido el responsable era el mismo: el jefe de Sara Svenhagen, Ragnar Hellberg, comisario de la policía criminal.

De modo que o confrontaba el asunto con Hellberg directamente o intentaba averiguar un poco más acerca de ese «brambo», más que nada para tener las espaldas bien cubiertas a la hora de enfrentarse con su jefe. Eligió la segunda opción. No resultó fácil.

«Brambo» era una identidad que se disfrazaba muy bien. No tenía intención de revelar sus deseos ocultos a nadie, eso quedaba fuera de toda duda. Utilizaba un par de programas sumamente sofisticados —e ilegales— que podían bajarse de internet y que hacían que la procedencia de la IP se difuminara por completo. Si esos dos programas se ejecutaban a la vez, algo que requería unos conocimientos informáticos profesionales, uno podía moverse por la red de forma absolutamente anónima; en eso coincidían todos los expertos.

Entonces, a Sara se le ocurrió que Hellberg tal vez simplemente había decidido cometer una pequeña falta profesional y borrar a «brambo» porque resultaba imposible identificarlo.

Pero esa explicación no la convenció del todo. Sabía que los verdaderos expertos informáticos no eran funcionarios con nómina en la policía ni, dicho sea de paso, en ningún otro sitio, sino que los verdaderos expertos eran los *hackers*. A menudo gente muy joven. Ésos sí que estaban al día. Así que Sara se metió en distintos foros de la red en los que, con una calculada ingenuidad femenina, lanzó sus preguntas en medio de los *chats* más avanzados que pudo encontrar, donde, por ejemplo, Chen, 18, hablaba con Bob, 16, del nuevo sistema de seguridad del Pentágono o de las pésimas rutinas financieras de la bolsa neoyorquina. Interpretaba, con éxito, el papel de la típica rubia tonta con problemas que era incapaz de resolver por sí misma, provocando así inmediatas respuestas puberales, cargadas de testosterona y una frustrante castidad. Sí, nena, esos programas ya estaban pasados, no habían sido actualizados en meses; se podía descifrar el código, pero para eso hay que tenerlos bien puestos; escucha, guapa, lo que tienes que hacer es lo siguiente... Y de repente, Sara lo consiguió. Mientras veía cómo la dirección IP aparecía en la pantalla, pensó en los riesgos y las posibilidades de la sociedad de la información.

Tras no pocos esfuerzos, averiguó que la IP correspondía a un ordenador de un restaurante: el Thanatos, en el barrio de Östermalm en Estocolmo.

¿Thanatos?, pensó mientras buscaba al propietario en el registro de empresas. ¿No era ése el nombre del reino de la muerte de la antigüedad griega? ¿La parte más profunda del Hades?

Los agujeros más profundos del infierno.

Menudo nombre para un restaurante.

¿No era algo freudiano también? ¿Eros y Thanatos? ¿Los dos instintos más fuertes del hombre? ¿El sexual y el mortal?

El propietario del restaurante era... Rajko Nedic.

¿Rajko Nedic?, pensó, ¿no era así como se llamaba ese narcotraficante que siempre conseguía evadir a la justicia? Pero si nunca se le había relacionado con la pornografía infantil, ¿no?

Comprobó las horas. «Brambo» había entrado en las páginas web pedófilas a cualquier hora del día y de la noche. Resultaba difícil imaginarse a alguien del restaurante viendo pornografía infantil en plena hora punta en la cocina. Contactó con Telia. Allí le comunicaron que se trataba de una IP que, de forma sutil y secreta, había sido desviada. Tuvo que recurrir a todos los métodos policiales imaginables para salvar el muro de silencio profesional que rodeaba a la teleoperadora.

Sí, la IP estaba desviada. A *casa* de Rajko Nedic, en Danderyd.

De repente, las cosas empezaron a aclararse; Nedic no estaba metido en el negocio de la pornografía infantil. La realidad era mucho más simple: Rajko Nedic era pedófilo.

Comenzó entonces a recopilar todas las imágenes pornográficas en internet que podían tener alguna relación con «brambo». Se convirtió en una colección de corte muy típico. Tan trivial y a la vez tan insoportable... Los rostros. Siempre eran los rostros de los niños los que la atrapaban, los que no podía olvidar, los que la cautivaban y la acusaban; la acusaban de haberse librado, de haber podido disfrutar de una infancia en paz, de no ayudarlos inmediatamente, allí mismo, en ese preciso instante, de estar ausente cuando se hacían las fotos. Las caras formaban un grito aterrador, mudo, enmudecido por el terror, que se elevaba hacia el horizonte y barría el mundo llevándosela consigo y provocándole recurrentes pesadillas en las que presenciaba una escalofriante doble penetración en mitad de un parto. Esas miradas. Siempre tan oscuras; rotas pero a la vez cristalinas. La apresurada y prematura madurez. La infancia robada. El acto incomprensiblemente grotesco.

Sara Svenhagen intentó calmarse. Conocía muy bien la situación. Intentó volver a ser policía, recuperar la mirada objetiva, indagadora, la que buscaba pistas. Se trataba siempre del mismo procedimiento, la misma reducción del campo de visión. Al final lo logró.

Aunque a través de una neblina de lágrimas.

En la mayoría de las fotos salía la misma niña, una pequeña niña morena en diferentes edades, pero también aparecían otros. Se trataba siempre de la misma habitación, el mismo fondo. A todas luces la habían insonorizado; las paredes estaban cubiertas por algo que se asemejaba a unos dorados cojines de burdel. Por lo demás, no se apreciaba nada que ayudara a identificar la habitación. El perpetrador nunca mostraba su rostro en las fotos, y de su cuerpo se veía poco más que el miembro, que no tenía nada de especial, aparte de lo que hacía, claro está.

Con toda probabilidad pertenecía a Rajko Nedic.

Bueno, pensó Sara mientras se estiraba. Recorrió el apartamento con la mirada: las huellas de Jorge estaban por todas partes. La visión de sus calzoncillos colgando de la lámpara de la mesilla de noche la llenó de calor; una oleada de calor que ascendió desde los dedos del pie hasta la coronilla.

Bueno... Pero Ragnar Hellberg nunca había sido un hacha con la informática; su especialidad era más bien tener buen rollo con los medios de comunicación. Aun así, Hellberg posiblemente había conseguido averiguar el complicadísimo código que ella misma acababa de descifrar, pero en su caso había contado con la ayuda de unos *hackers* de primera. Luego se dio cuenta de con qué se había topado: una manera de atrapar a alguien que no se dejaba atrapar. Había dado con la puerta trasera para llegar a la organización del inaccesible Nedic. Pero entonces, ¿por qué no había utilizado esa puerta? ¿Por qué había hecho todo lo contrario? ¿Por qué se había cerciorado de que no quedara ni el más mínimo rastro de él en el material de la investigación?

¿Porque había contactado con Rajko Nedic sin decírselo a nadie?

¿Porque el comisario había decidido chantajear a Nedic?

Desde un punto de vista racional no había más que dos alternativas: o Hellberg había sentido una cierta vergüenza por no poder desenmascarar a «brambo», y por esa razón lo había eliminado; o había utilizado la información con el objetivo de chantajear a Rajko Nedic.

Sara Svenhagen estaba a punto de enterarse de cuál de esas dos opciones era la correcta, porque en esos momentos, abriéndose paso entre las hordas de turistas alemanes que ocupaban el Sundbergs Konditori de la plaza Järntorget, aparecía Ragnar Hellberg, comisario de la policía criminal, también conocido como Ragnar el Verbenero. Se dejó caer en la silla que había enfrente de la de Sara mientras, con una cara de profunda concentración, se acariciaba lentamente la pequeña perilla negra. Hizo un pequeño gesto con la mano y preguntó:

—¿Por qué aquí?

—Porque prefería que nos viéramos aquí —respondió Sara.

Ragnar Hellberg asintió con la cabeza, como si lo entendiera.

—Pues tú dirás —dijo.

—Rajko Nedic —replicó ella.

Él la contempló. Sara nunca había visto una mirada tan escrutadora en su jefe. Por lo demás, no hubo ninguna otra reacción.

—Continúa —pidió.

—«Brambo» es el narcotraficante y restaurador Rajko Nedic. Y tú has evitado conscientemente incluirle en la investigación.

Él sonrió. La verdad es que Ragnar Hellberg estaba sonriendo. A continuación puso su mano sobre la de ella y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella, retirando la mano.

—Por no ser tú —respondió él.

Ella advirtió que lo miraba con asco.

—¿Y ahora qué historia me vas a contar? —inquirió ella.

—Lo siento —contestó—. Tenía que ponerte a prueba. Al principio, cuando te pedí que trabajaras en casa, sólo quería asegurarme de que el nuevo material no llegara al grupo. Luego se me ocurrió que podría ser el test decisivo, porque con toda probabilidad te cruzarías con esas páginas web ocultas y, quizá, incluso llegarías a descifrarlas. Aunque eso, la verdad, era lo de menos. Lo importante era si me ibas a acusar o no.

Sara se dio cuenta de que su mirada se había tornado directamente asesina. Él siguió:

—Hace un par de semanas, por razones que no vienen al caso, estaba repasando mis antiguas investigaciones relacionadas con la Operation Cathedral y encontré muchos más informes que llevaban mi nombre que los que había redactado en realidad. O sea, alguien había entregado material de investigación *en mi nombre*. Conseguí separar los documentos que no eran míos de los que sí lo eran y me puse a estudiarlos. Busqué en todas las páginas web en las que aparecían esos seudónimos, y al final —al igual que tú— di con ese «brambo» al que nadie había mencionado. Sin embargo, no pude descifrar su identidad.

—¿Y se supone que me tengo que creer esto? —exclamó ella en voz alta, provocando toda una serie de escépticas miradas alemanas.

Ragnar Hellberg continuó impasible:

—Lo que sí conseguí fue aislar a dos posibles culpables. Sólo había dos candidatos. Alguien de mi equipo había entregado documentación manipulada en mi nombre. Alguien que quería deshacerse de mí, pensé. Pero ahora entiendo que eso más bien era un daño colateral, y que lo importante era el chantaje. Ahora, ese policía tiene todo el material pedófilo de Rajko Nedic en su poder, y si a alguien se le ocurriera investigar el tema, llegarían a mí. Y tú, Sara, fuiste uno de los dos candidatos posibles.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando esto? —preguntó Sara.

No sabía si realmente era una pregunta. Ya no sabía qué creer, pero entendía muy bien hacia dónde apuntaba todo.

Notó cómo empalidecía.

—No tengo ninguna posibilidad de probarlo —prosiguió Hellberg—. De eso se ha asegurado. Se trata de su palabra contra la mía, y yo sé que la mía no tiene mucho peso en el grupo. El figurón de proa. Ragnar el Verbenero. ¿Quién soy yo al lado de Ludvig Johnsson? El hombre que perdió a toda su familia en un accidente de coche y que luego construyó toda la unidad de pedofilia desde cero. Y a quien le robaron el puesto de jefe para ponerme a mí, al figurón de peso ligero.

—O sea, ¿estaba entre Ludvig y yo? —dijo Sara.

Pero pensó que debería haber dicho otra cosa. Tenía delante a ese hombre al que

veía más en la tele que en comisaría acusando a su mentor, al único policía al que realmente admiraba, Ludvig Johnsson, que junto con Gunnar Nyberg eran los únicos policías a los que de verdad se atrevía a llamar compañeros.

—Sí —dijo Hellberg—. O eras tú o era Ludvig. Plantéatelo así: ¿crees que yo sería capaz de desenmascarar a «brambo»? ¿Crees que sería capaz de llevar una operación de chantaje de esa envergadura contra un tipo tan notoriamente peligroso y poderoso como Rajko Nedic? ¿Me habría atrevido a enfrentarme con todo su clan de torturadores y criminales de guerra? ¿Yo, Ragnar el Verbenero? Piénsalo bien.

Sara Svenhagen cerró los ojos.

Estaba convencida.

Y abrumada por la tristeza.

Ludvig Johnsson. Su padre en funciones.

Con un fuerte manotazo, tiró la taza de café salpicando a los alemanes que ocupaban la mesa de al lado.

Ragnar Hellberg, con el traje lleno de manchas de café, no se inmutó.

A continuación, Sara le propinó una sonora bofetada.

Capítulo 39

—Kerstin está bien.

Durante un instante, en el cuartel general reinó el silencio, pero acto seguido explotó el júbilo, breve aunque intenso, como una tapa que se abrió un segundo para luego volver a cerrarse.

Paul Hjelm siguió:

—Vengo del hospital. Pasé a verla de camino. La bala le dio encima de la oreja, se llevó un poco de hueso justo detrás de la sien y también un vaso sanguíneo, así que la herida tenía peor pinta de lo que era en realidad. Tiene una conmoción cerebral pero os manda recuerdos a todos.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Hultin desde su mesa.

Sus miradas se cruzaron por primera vez desde Skövde. Las miradas de dos hombres *que habían matado*. Hasta ese momento no fueron conscientes de que acababan de traspasar un umbral muy extraño. Ninguno de los dos le había dado muchas vueltas al tema en las últimas veinticuatro horas, pero ahora la verdad se precipitaba sobre ellos con toda su fuerza.

«Hemos matado a otro ser humano».

No había nada que decir.

—Bien, gracias —respondió Hjelm—. La bala me atravesó el brazo y se quedó en el chaleco. He sufrido una leve fractura en las costillas, pero el brazo se ha salvado. Sólo es una herida superficial, aunque duele un huevo.

Hultin asintió y preguntó:

—¿Todo el mundo ha hablado con los de Asuntos Internos?

Todos asintieron, todos habían hablado con Asuntos Internos. Ya en el hospital de Skövde, Hjelm se había enfrentado a un viejo atormentador llamado Niklas Grundström; sin embargo, y para su sorpresa, fue un encuentro muy tranquilo.

Nadie había mencionado aún los disparos que habían salido de la pistola de Hultin, actuaban como si no hubiese ocurrido. El propio Hultin parecía extrañamente indiferente.

—Bien, ahora escuchadme todos —empezó incorporándose en la silla—. En esta actuación, hay factores que hablan tanto a nuestro favor como en nuestra contra. Lo más positivo e importante es que hemos salvado a Eurídice. Lo negativo es que consiguió huir. El hecho de que Niklas Lindberg acabara de marcharse no fue culpa nuestra; posiblemente podríamos haber llegado un cuarto de hora antes, pero eso se escapaba a nuestro control. A pesar de que uno de los miembros más lúcidos del equipo —Hultin dirigió una mirada rápida pero llena de gratitud a Söderstedt— tuvo la suficiente serenidad para redirigir la ambulancia y así minimizar el revuelo, no fue suficiente como para que Lindberg volviese. Sin duda, se olió que algo iba mal y se

esfumó. Los disparos a Roger Sjöqvist y Dan Andersson hay que considerarlos justificados. Naturalmente, fue un error permitir que Sjöqvist tuviera la oportunidad de disparar a Paul y que Andersson pudiera hacer lo mismo con Kerstin, pero en ningún caso se debe considerar como una falta profesional por nuestra parte. Todo pasó muy deprisa. En nuestro poder obran los zapatos de Eurídice, unas sandalias marrones del número 40, el maletín con la llave de una caja bancaria, así como Agne *La Bala* Kullberg. Además, como ya sabéis, el ultraderechista Risto Petrovic se encuentra en un lugar seguro. Los interrogatorios deberían darnos una idea del futuro plan de acción que ha previsto Niklas Lindberg. De momento, sin embargo, los dos permanecen sorprendentemente callados. En cambio, no tenemos a Niklas Lindberg, ni la furgoneta, ni el botín de la serie de atracos que perpetraron por el oeste de Suecia y que asciende a casi un millón de coronas. Si Lindberg tiene futuros planes en mente, sin duda no los ha abandonado. De modo que esta operación, lamentablemente, no ha puesto punto final al caso.

—La llave de la caja bancaria es estándar —intervino Chávez—. Puede pertenecer a una caja de cualquier banco y en cualquier lugar de Suecia. Si hubiera que reconstruir la historia, podríamos suponer que la desconfianza ya evidente entre Nedic y el «policía» era de tales dimensiones que aquél ni siquiera se atrevía a darle el dinero en efectivo. En su lugar, le entregó la llave y una radio policial ultramoderna. Probablemente, la idea era avisar al «policía» de qué banco se trataba en el momento en el que ya se hubiese realizado alguna contraprestación. ¿De qué tipo? Eso es algo que aún desconocemos. En cualquier caso, eso resultó en que el ingeniero *La Bala* Kullberg se puso manos a la obra y montó un dispositivo electrónico de búsqueda para localizar el maletín que Orfeo y Eurídice habían robado. Como ya no tienen la llave, seguramente podemos dar por concluida su participación en este drama. Tendrán que contentarse con estar vivos y tenerse el uno al otro. Cabe añadir que hasta ahora, por curioso que pueda parecer, hemos conseguido la hazaña de mantener apartados a los medios de comunicación de todo esto.

Mientras echaba una mirada lateral, Chávez añadió:

—En gran medida, y como ya se ha mencionado, gracias a la perspicacia de Arto, quien, además, fue el que nos condujo hasta allí.

Los inesperados elogios dejaron pasmado a Söderstedt, quien desconcertado no paraba de hojear sus papeles.

—Yo había pensado contaros una historia —murmuró—. Sobre la metamorfosis de todas las metamorfosis.

Todos los ojos se posaron en Söderstedt, ese inverosímil policía que iba de hallazgo en hallazgo. Esperaban su próximo paso con gran expectación.

—Hoy es lunes —anunció Arto Söderstedt con admirable precisión—. La mañana del lunes 12 de julio. El sábado a la una, es decir, dos horas después de nuestro incidente en Skövde, apareció un breve mensaje en la sección «El correo del corazón» del *Gula Tidningen*. Desde entonces no ha habido más mensajes, de modo

que podemos deducir que los dos amantes vuelven a estar juntos. El del sábado rezaba así: «Filemón. Punto de partida. Baucis».

Lo observaron con absoluta perplejidad.

—Si la policía hubiese carecido de conocimientos sobre la mitología clásica —continuó—, ese pequeño y misterioso mensaje se nos habría pasado. Sin embargo, ése no es el caso. Filemón y Baucis son otra pareja de amantes de la antigüedad, aunque, de alguna manera, opuesta a la de Orfeo y Eurídice. Su relación no es tormentosa ni drástica, sino más bien pura y sosegada. Si entrelazamos las dos historias, se podrían resumir más o menos así: Himeneo, el dios del matrimonio, es llamado a Tracia, donde Orfeo se va a casar con Eurídice. Pero Himeneo llega en vano porque Eurídice está muerta: «Mientras paseaba por un prado acompañada por un grupo de náyades, halló la muerte al ser mordida en el talón por una serpiente». Orfeo, no obstante, siendo la deidad musical que es, consigue bajar al inframundo donde le implora a Hades: «Un préstamo os ruego, no un regalo». Todo el inframundo se deja seducir, incluso Sísifo cesa por un momento de subir su piedra por la montaña, y Eurídice surge de entre las tinieblas. Si Orfeo no se da la vuelta para mirar a su amada hasta que no hayan salido del reino de la muerte, devolverá entonces a Eurídice al mundo de los vivos. Pero Orfeo, preocupado por ella, no puede contenerse y mira, a pesar de todo, hacia atrás. Evidentemente resulta imposible saber por qué tipo de infierno ha pasado nuestra joven pareja, pero justo cuando Eurídice está a punto de hundirse de nuevo en el inframundo, justo cuando Orfeo está a punto de regresar para ser despedazado por las mujeres tracias, en ese preciso momento, la transformación se transforma. La metamorfosis pasa por una metamorfosis. En vez de Orfeo y Eurídice en Tracia, se convierten en el viejo matrimonio Filemón y Baucis de Frigia. Al pueblo llegan dos dioses, disfrazados de mortales, para poner a prueba a los habitantes del lugar. Piden una morada donde pasar la noche, pero de todos los lugareños reciben una respuesta negativa excepto de Filemón y Baucis. El pobre matrimonio invita a los dioses a compartir todo lo que tienen, y reciben su recompensa. Los dioses revelan su identidad:

«Dioses somos —dijeron—; vuestros impíos vecinos merecido castigo sufrirán, pero a vosotros dos de este mal se os libraré. Abandonad vuestro hogar, y seguid nuestros pasos, acompañándonos hasta la cima de la montaña».

La modesta cabaña de Filemón y Baucis se convierte en un templo dorado y la pareja en sus guardianes. Cuando los dioses les piden que formulen un deseo, la pareja sólo tiene uno: morir juntos. Y al final de su vida se transforman, los dos a la vez, en árboles. «“El verdor de las hojas selló sus bocas”, en latín: “*ora frutex*”».

Söderstedt se detuvo y miró a los reunidos en la sala, enmudecidos todos.

—Espero que sepáis apreciar la sutil transformación: justo cuando Eurídice está a

punto de regresar al reino de la muerte, es salvada y se convierte en la pobre pero laboriosa Baucis, quien junto con su marido acompaña a los dioses a la cima de la montaña y que al final muere en el mismo instante que su amado. «*Cura deum di sint, et qui coluere colantur*». Tal vez habría que llamarlo madurez.

—¿Me permites que te pregunte de qué fuente son las citas? —intervino Paul Hjelm.

—Por supuesto —respondió Arto Söderstedt—. De Ovidio, *Las metamorfosis*.

Capítulo 40

Gunnar Nyberg, al acceder por la ventana a la habitación del hotel en Skövde con el objetivo de encañonar a los malhechores, logró la proeza de desarrollar codo de tenista, una dolencia que probablemente se debía a la excesiva presión que ejercía sobre el arma, pues los extraños hoyos de la culata así lo indicaban.

O tal vez lo que le pasaba era que sufría de brazo de ratón.

Esto es algo que afecta a los enganchados a internet. Una nueva epidemia amenazaba al pueblo sueco. Ya no se trataba de silicosis, ni de espaldas encorvadas y doloridas, sino del brazo de ratón. Está claro que los avances sociales se manifiestan de múltiples maneras.

Acomodado en su silla en el despacho miraba a su alrededor. Le parecía tan vacío... Kerstin Holm, con quien podía haber cantado a dúo, no estaba. No había nadie. ¿Y cuánto tiempo hacía que no visitaba a su nieto Benny en Östhammar? Le daba miedo que Benny ya no se acordara de su abuelo.

Por otra parte, su hijo, Tommy, no lo había olvidado aunque hubiesen pasado veinte largos años. Habían recuperado la relación de una forma asombrosamente natural. Aquello le devolvió la vida; y la sangre, que había fluido tan lenta y trabajosamente por sus venas, recorrió con renovada energía el maratón de las venas del policía más grande de Suecia.

Pero esa sangre había vuelto a espesarse de nuevo. Se acordaba de la sensación que le embargó al caer de rodillas en la hierba fangosa al lado de la ensangrentada cabeza de Kerstin Holm. La fugacidad de la vida. Fue como si la vida misma se desprendiera de su cuerpo y saliera volando entre los cielos lluviosos. Jamás olvidaría esos instantes.

Se sentía muy cercano a Kerstin Holm. Compartían un amor por el canto coral que, a menudo, podía alcanzar unas dimensiones insólitas. Personas que cantan juntas, personas que llevan las posibilidades de la voz hasta el límite... ¿Se podía llegar más cerca de Dios?

Durante los veinte años de vacío que Gunnar Nyberg atravesaba, sólo existía otra mujer por la que sentía la misma cercanía que con Kerstin Holm, y en ese preciso instante, mientras hacía estiramientos con su enorme brazo de ratón, esa otra mujer se disponía a entrar en su despacho. Por un momento, se le vinieron a la cabeza las correspondencias místicas.

Sara Svenhagen no se parecía a la Sara que él conocía. Daba la impresión de estar destrozada, abatida, como si llevara varios días sin dormir. La camiseta blanca tenía más de una mancha de café y los pantalones cortos estaban absurdamente arrugados.

—Gunnar —dijo mientras se pasaba la mano por el rapado pelo rubio dorado—. Necesito que me ayudes.

Se acercó a ella y puso un paternal brazo protector sobre sus hombros. Por una parte, le pareció un gesto oportuno, por otra no, pues profesionalmente hablando la figura paternal era más bien Sara; había sido ella quien lo había guiado en su entrada a los horrores del infierno de la pornografía infantil. Ella y Ludvig Johnsson.

La condujo hasta la silla de Kerstin Holm y la ayudó a sentarse. Él se apoyó en el borde de la mesa, sin importarle que se combara de manera inquietante.

—¿Y Jorge? —preguntó—. ¿Qué puedo hacer yo que él no?

Lo observó asombrada, o al menos eso pretendió.

—¿Lo sabes?

—Lo he adivinado —contestó Gunnar Nyberg, sintiéndose un poco cabrón—. ¿No he acertado?

—Sí, sí —dijo Sara Svenhagen—. De lleno. Lo quiero, y él a mí. Ha supuesto un renacer para los dos. Lo que pasa es que ahora también hemos levantado unos muros protectores entre nuestros casos, sin entender muy bien por qué. Supongo que por algún tipo de instinto de protección invertido: que él se libre de mis problemas; que ella se libre de mis problemas. La verdad, Gunnar, es que el único vínculo, realmente, entre las dos investigaciones eres tú. Además, te afecta personalmente.

Malos presagios se cernieron sobre Nyberg.

—¿Personalmente? —repitió—. ¿No profesional sino personalmente?

—Me temo que sí —dijo Sara, mirándole a los ojos.

—Vale —suspiró Gunnar—. Venga, suéltalo.

—Puedo ahorrártelo —comentó ella—. Puedo marcharme y te libras de toda esta mierda.

—Suéltalo —insistió Gunnar.

Sara Svenhagen levantó la vista al techo. No sabía muy bien por dónde empezar. Decidió no andarse con rodeos.

—Un pedófilo en internet, que se oculta tras el pseudónimo «brambo», fue excluido conscientemente de nuestra investigación. Ocurrió hace casi seis meses. Cuando indagué en el tema, descubrí que había sido la misma persona la que había manipulado todos los informes.

Malos presagios volvieron a cernirse sobre Nyberg. Eran ellos los que le corrían por las venas en vez de la sangre, de nuevo coagulada por completo.

—Fue Ragnar Hellberg —anunció.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Ragnar el Verbenero?

—Sí, ya... La verdad es que debería haberme dado cuenta de que no podía ser... Bueno, de todos modos, seguí intentando identificar a ese tal «brambo». Al final lo conseguí. Es un narcotraficante llamado Rajko Nedic.

Gunnar Nyberg se quedó de piedra. Múltiples hilos revoloteaban en su interior, buscándose unos a otros, intentando formar un tejido.

—Entiendo —mintió al final.

—Vale. Ragnar me ordenó que trabajara en casa. Tuve la sensación de que me

quería ocultar algo. Y luego me pareció clarísimo: me obligó a trabajar extraoficialmente para así, en caso de que yo averiguase algo, poder impedir que saliera a la luz. Y con lo que me encontré es que él, Ragnar Hellberg, estaba chantajeando a Nedic. Era imposible que se tratara de otra cosa.

—La maldita perilla... —espetó Gunnar Nyberg mientras pensaba en el restaurante Kvarnen, en Tjärhovsgatan, a las 21.42, el 23 de junio.

Ella lo observó con escepticismo, pero siguió:

—Llegué a un punto que no podía más. No tenía más remedio que confrontarlo con él, así que el sábado pasado quedamos fuera del trabajo. Y entonces, me contó una historia a la que llevo dos días dándole vueltas y más vueltas. No he pegado ojo. Afirmó que había descubierto que se usaba su nombre para firmar informes de investigaciones que él no había realizado, es decir, que *otra persona* había utilizado su nombre con la intención de inculparlo. Y para esa *otra* persona no había más que dos posibles candidatos. Lo he repasado una y otra vez, y hasta ahí tiene razón, porque sólo existen dos personas en el grupo que podían haberlo hecho, y una de ellas soy yo. En parte fue por eso por lo que me obligó a trabajar en casa; o sea, para comprobar si era culpable o no. Pero si hubiese sido yo, evidentemente, no le habría llamado para hablarle sobre la existencia de «brambo», así que sólo quedaba el otro candidato.

Gunnar Nyberg advirtió que lloraba por dentro.

—Ludvig —fue lo único que dijo.

—Ha sido un largo fin de semana —continuó Sara Svenhagen—. ¿En quién debía confiar, en ese poli hortera y guasón o en mi propio mentor, el compañero en el que he confiado más que en ninguna otra persona en el mundo? No he dejado de devanarme los sesos ni un segundo.

—¿Y has llegado a la conclusión de que...?

—De que creo en la historia de Ragnar. Por la sencilla razón de que a él jamás se le habría ocurrido lo del chantaje, ni mucho menos habría tenido la capacidad de llevarlo a cabo. No me cabe duda de que Ludvig Johnsson ha chantajeado a Rajko Nedic y, de paso, ha inculpado al hombre que le robó la unidad de pedofilia. El figurón de proa.

—¿Has hablado con Ludvig?

—Está de vacaciones, y cuando tiene vacaciones, no hay manera de dar con él. Nadie sabe dónde está.

—¿Qué quieres hacer? ¿Qué quiere hacer Hellberg?

—La verdad es que, se piense lo que se piense sobre él, no es un formulista. Está dispuesto a esperar. Sabe que te iba a consultar. Y *tú*, ¿qué quieres hacer?

Gunnar Nyberg la miró a los ojos.

—A Ludvig déjamelos a mí —dijo.

Ella asintió.

—Me imaginaba que dirías eso. Mientras tanto veré si puedo organizar un cara a

cara con Nedic.

—Ten mucho cuidado. Es extremadamente peligroso.

—Lo sé. Intentaré dar con un modo de hacerlo.

—¿Qué has encontrado en la red?

—Las fotos de «brambo». Las he traído. ¿Quieres verlas?

—No, no quiero —dijo Gunnar Nyberg mientras estiraba su brazo, aquejado del síndrome del ratón, para coger las fotos.

Eran copias en color obtenidas de internet, en las que se recogían las humillaciones habituales. Había pensado que no iba a tener que verlas nunca más. Se tomó su tiempo. Estaba hecho un lío. Detrás de cada imagen veía la cara de Ludvig Johnsson.

—No creo que entre sus planes esté dejar que Nedic se salga con la suya —comentó—. Tiene que haber tramado algún tipo de doble juego: coger el dinero, marcharse del país y dejar en evidencia a Nedic. No me puedo imaginar otra cosa.

Sara asintió.

—Sí, sé lo importante que ha sido esto para él. La unidad era su pasión. Sus hijos habían muerto, pero podía salvar a otros niños. Esto siempre ha sido algo personal para él, quizá demasiado personal. Tanta pasión acabó quemándolo. Pero vamos, jamás de los jamases permitiría que un pedófilo quedara impune por dinero.

Nyberg asintió con la cabeza mientras le devolvía las fotos.

—Hay una niña allí... —dijo, señalando una de ellas.

—Sí —respondió Sara mientras echaba una mirada al taco de fotos—. Es una pobre niña que sale mucho más que ningún otro. Creo que voy a intentar identificarla, y la habitación también, esa con los cojines dorados.

—Me parece buena idea —convino Gunnar, que le cogió la mano—. Pensábamos que la organización de Nedic era hermética, pero ya hemos dado con más de un agujero. Ésta es una oportunidad de acabar con él. Si hay un miembro de la organización que sabe que es pedófilo, no creo que sea algo que le agrade. Intenta encontrar a alguien al que podamos presionar.

Sara Svenhagen se levantó. Seguían cogidos de la mano.

—¿Y tú te ocupas de Ludvig? —preguntó—. Hazlo bien, ¿vale? Prométemelo.

Gunnar asintió con la cabeza mientras le apretaba la mano.

—Te lo prometo, Sara —respondió.

El viaje a Grillby no era un viaje cualquiera. Era una travesía de sufrimiento. Pero también significaba una metamorfosis. Y es que Gunnar Nyberg se largó, sin más. Cortó el amarre, abandonó el Grupo A. Quizá lo despidieran, quizá incluso lo llevaran a juicio, pero eso no le preocupaba lo más mínimo en esos momentos. Lo que le pasaba por la cabeza era:

«Que el capullo de Ludvig se vaya preparando, porque por mis cojones que va a

arreglar la que ha montado, hostia».

En el asiento del copiloto había dos portátiles con conexión a internet, dos teléfonos móviles y un adaptador para el encendedor del coche. Había trabajo que hacer.

Se detuvo en una gasolinera para comprar comida, cervezas y café. Pero nada de pastas ni galletas.

Comprobó, incluso, que nadie lo siguiera, porque no se fiaba de Ragnar Hellberg.

Los campos de colza brillaban amarillos, y cuando Gunnar Nyberg enfiló el camino que conducía a la pequeña casa de campo en las afueras de Grillby, en Uppland, vio que el coche de Ludvig Johnsson estaba pero su dueño no. Seguro que había salido a correr. Nyberg probó a abrir la puerta. No la había cerrado con llave, así que entró con las bolsas, abrió la nevera y lo metió todo tal cual. Luego cogió una cerveza y se sentó en el porche. El sol caía amablemente sobre él.

Una hora más tarde apareció Ludvig Johnsson y, en efecto, venía corriendo. Al encontrarse con Gunnar Nyberg sentado en su porche mostró una débil sonrisa. Nyberg la vio. Vio lo que contenía, supo que era la sonrisa de alguien que acababa de comprender algo.

Comprender que todo se había ido a la mierda.

—Hay un cubo con agua de lluvia en la parte de atrás —dijo—. Me ducho echándomela por encima.

—Eso puede esperar —replicó Nyberg.

—Sí, tienes razón —asintió Ludvig Johnsson. Y se sentó en el porche—. Eso puede esperar. ¿Me das una cerveza?

—No te voy a dejar entrar solo en la cabaña —indicó Nyberg—. Ni tampoco te voy a dejar solo aquí. Ni un momento.

Ludvig Johnsson levantó los ojos al cielo. Su mirada pareció perderse en el cielo azul.

—¿Cuánta gente lo sabe? —fue su único comentario.

—Fue Sara la que te encontró. El «policía». Lo hizo a través de «brambo», no sé si te suena.

—Sara —repitió Johnsson con una sonrisa—. Debería habérmelo imaginado. ¿Y Hellberg?

—Hellberg también lo sabe, pero de momento no le ha dicho nada a nadie. Está a la espera de lo que salga de este encuentro, así que no te servirá de nada matarme.

—¡Pero Dios mío! —exclamó Ludvig Johnsson—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Lo que pienso es que tu pequeña maniobra ha costado, *hasta ahora*, ocho vidas. Tres criminales de guerra de la antigua Yugoslavia, un tal Lordan Vukotic, así como Eskil Carlstedt, Sven Joakim Bergwall, Roger Sjöqvist y Dan Andersson. Con eso podría haber vivido, pero el otro día también dispararon a dos de mis compañeros e íntimos amigos, Paul Hjelm y Kerstin Holm. Los conociste hace poco. Con Kerstin estuviste hablando sobre el maratón en esa recepción que hubo por lo del World

Police and Fire Games, no sé si lo recuerdas.

Sus miradas se cruzaron. La de Johnsson estaba rota, no quedaba nada allí dentro.

—¿Cómo están? —preguntó.

—Vivirán, pero por poco, cuestión de centímetros.

—Todo lo que quería era irme a un lugar donde el invierno fuera más corto...

Permanecieron sentados un rato a la sombra. El sol intensificó su brillo sobre los campos de colza cercanos. Todo lucía amarillo. El color de la traición.

—No pensaba dejarle escapar —explicó Ludvig Johnsson—. Sólo quería marcharme. Luego me encargaría de que el material le llegara a la policía. Sólo buscaba una pequeña bonificación.

—Pues ha salido muy cara esa bonificación.

—Tú sabes que monté la unidad de pedofilia yo solo. Fui yo el que se aseguró de que se empezara a tomar en serio la pornografía infantil en este *tolerante* país defensor hasta sus últimas consecuencias de la maldita libertad de expresión. Mis hijos murieron. Después vi sufrir a todos esos niños, fui testigo de cómo internet supuso una explosión de todo tipo de abusos sexuales a menores. Cada niño que salvé se convirtió de alguna manera en mi propio hijo. Preparé a Sara y nos convertimos en un equipo cojonudo. Y entonces llegó Ragnar el Verbenero para colgarse la medalla. Aunque no creas que aquello me afectó tanto, así funciona el mundo, aunque también es verdad que no me importaba demasiado elegirlo como cabeza de turco.

—Ya, y luego vas y te pones una barba postiza para tu reunión con la banda de Nedic en el Kvarnen.

Johnsson bufó.

—Sí, bueno, reconozco que fue un poco ridículo, pero necesitaba una salida. Y en ese momento decidí convertirlo en el chivo expiatorio. Esos tipos eran duros negociadores. Estuvimos un buen rato dándole vueltas a un posible lugar de encuentro, y eso que lo que iba a cambiar de manos no era ni siquiera dinero ni el material de la investigación, sino sólo un par de llaves de unas cajas bancarias y un equipo de comunicación. Después, al cabo de algún tiempo, nos pondríamos en contacto para comunicarnos de qué bancos se trataba. Como ves, un procedimiento bastante complicado, pero lo dejé en sus manos. Todo lo que hice fue coger la radio policial más moderna con la que contábamos. En fin, que allí estábamos discutiendo en el Kvarnen, y acabábamos de decidir que nos reuniríamos en Sickla a las dos de la madrugada del día siguiente cuando ese chalado estampó una jarra de cerveza en la cabeza de otro. Les dije a los yugos que se largaran inmediatamente mientras daba gracias a los dioses por haberme puesto esa ridícula perilla. Esperé hasta que estuvieron fuera; pero entonces, los gorilas bloquearon la puerta, y no me quedó más remedio que enseñarles la placa para poder salir.

—Os estaban escuchando. ¿No comprobasteis las mesas de alrededor? Había toda una banda de nazis escuchándoos.

Ludvig Johnsson asintió con la cabeza.

—¿Así que eso fue lo que pasó? Ya, supongo que fue un descuido por nuestra parte no controlar bien el sitio, pero en mi caso, simplemente, es que estaba acojonado. Esos tipos eran de cuidado. Tres auténticos monstruos de Bosnia. Se les podría haber ocurrido torturarme para que les revelara dónde tenía escondido mi seguro de vida.

—¿Seguro de vida?

—Sí, lo típico. Dejé una copia de todo el material de la investigación en casa de un amigo de la infancia, así, en caso de que me pase algo, la documentación se entregará a la policía y se descubrirá que Rajko Nedic es pedófilo.

—Cuando salisteis del bar, había un pedófilo que vivía en la Torre de Söder que os hizo fotos a todos. Un poco irónico, ¿no te parece?

—¿O sea que hace tiempo que sabéis que fui yo?

—Por desgracia saliste muy mal en la foto. Sólo se veía un poco de barba, nada más.

Ludvig Johnsson rió.

—Ya ves —dijo—. A pesar de todo tuve algo de suerte en toda esta desgracia.

—Venga, cuéntamelo todo, anda.

—Vale, vale. Sería por febrero, sí, más o menos por esa época di con una serie de páginas web clandestinas y pude identificar unos cuantos seudónimos. Detuve a todos menos a uno. La idea se me ocurrió en cuanto descubrí que «brambo» era Nedic. Robarle dinero al diablo no me pareció tan malo. Mi vida se había ido a la mierda y lo único que hacía era correr, correr por mi vida, como el maratón original. Odiaba el invierno cada vez más. Fue en invierno cuando mi familia entera desapareció de la faz de la tierra. Esas putas carreteras invernales. Quería marcharme, morirme en algún sitio donde hiciera más calor. Incluso llegó a rondarme la ridícula idea de largarme sin más a una isla de la Polinesia y dedicarme a beber hasta morir; y eso que no me gusta mucho el alcohol. En cualquier caso, envié el material a mi amigo y me puse en contacto con Nedic. Lo dejé perplejo. Había pensado que estaba completamente a salvo en la red. Me inventé una suma que sonaba bien, diez millones, y él la aceptó. Me quedé mudo. *La aceptó. ¡Diez millones!* Da que pensar cuánta pasta puede tener un tío como él... Nos pusimos de acuerdo en que debía ver a sus hombres para establecer un lugar de entrega. Propuse el Kvarnen, lo más público posible. Y eso, por lo visto, se filtró de alguna manera.

—El hombre más cercano a Nedic se llamaba Lordan Vukotic y estaba al tanto de que se iba a celebrar la reunión en el Kvarnen. Cumplía condena en el búnker de Kumla y estudiaba Derecho Mercantil, seguro que para encargarse después de las finanzas del imperio. A todas luces, se lo comunicó a los compañeros de la trena, y uno de ellos, un croata de nombre Risto Petrovic, informó a uno de sus viejos amigos de la Legión, un ex oficial ultraderechista llamado Niklas Lindberg. Éste parece haber sido el cabecilla de una especie de grupúsculo nazi en Kumla en el que participaban Sven Joakim Bergwall y Dan Andersson. Este último fue puesto en libertad en

febrero, o sea, ya estaba en la calle cuando salió la información acerca de la entrega de los diez millones en...

—En mayo —intervino Johnsson.

—En mayo también sale Bergwall, el ideólogo del grupo. Para entonces, Andersson probablemente ya ha empezado a reclutar gente para la banda que robará los diez millones. Lindberg permanece encerrado hasta el 24 de junio, un día después de vuestro encuentro en el Kvarnen y uno antes de la cita en el polígono de Sickla. Sabe que Bergwall y sus hombres van a escuchar vuestra conversación en el Kvarnen, pero por si acaso tortura a Vukotic para averiguar si sabe dónde se va a efectuar la entrega. A la mañana siguiente, lo liberan y los compañeros van a buscarlo a Kumla en una furgoneta. Nada más poner un pie en la calle, activa una bomba que hace saltar por los aires al recién torturado Vukotic. Así se despide de Kumla, le manda un saludo a Nedic y borra cualquier posible rastro de la paliza. Todo a la vez. Más tarde la banda de los seis ultraderechistas se va a Sickla. Lindberg explota el coche con tus tres monstruos de Bosnia dentro y uno de ellos muere en el acto. Roban el maletín con la llave y la radio pero se quedan de piedra cuando ven que el maletín no contiene dinero, momento que abre el camino para los dos monstruos bosnios, expertos veteranos de guerra, que de unos mecanismos especiales que llevan en las mangas de sus americanas sacan sendas pistolas y matan a tiros a dos, Carlstedt y Bergwall, y hieren a un tercero, Andersson. Naturalmente, ellos también acaban muriendo, pero durante ese tiroteo *desaparece el maletín*. Otra banda que se hacen llamar Orfeo y Eurídice, unos desertores del imperio de Nedic, también se han enterado de tu pequeña entrega y en medio de ese tiroteo consiguen hacerse con el maletín. Tampoco ellos, se supone, se ponen muy contentos al ver que dentro, en vez de billetes, hay una llave y una radio. Se dividen y cada uno por su lado recorre Suecia para buscar la caja de seguridad; por tanto, deben de tener alguna idea de dónde está el banco, lo que significa que su relación con Nedic es bastante estrecha. En la banda nazi quedan Lindberg, Sjöqvist, Kullberg y el herido Andersson. Kullberg es ingeniero y construye un dispositivo que es capaz de localizar la radio, lo que les permite seguirle la pista a aquella persona de la banda Orfeo y Eurídice que tiene el maletín con la radio. Resulta que es Eurídice. Tras un par de semanas de caza dan con ella en Skövde. Nosotros vamos para allá, matamos a Sjöqvist y Andersson y cogemos a Kullberg. Lindberg se escapa, al igual que Eurídice. Hjelm y Holm resultan heridos.

Ludvig Johnsson miró asombrado a su colega antaño tan apático.

—Dios mío —dijo—. ¡Un trabajo impresionante! Y ¿Orfeo y Eurídice de dónde salen?

—No lo sabemos, pero eso ya no importa porque tenemos la llave. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar el banco?

—No, pero no debe de ser demasiado lejos de la ciudad. O sea, de Estocolmo. La caja donde he guardado el material de la investigación está en la sucursal de

Handelsbanken, en Odenplan. ¿Por qué me cuentas todo esto a mí? ¿Al criminal? ¿Al «policía»?

—Para que arregles la que has montado. En el coche tengo equipo informático y teléfonos móviles con cargadores para que dos hombres en una cabaña sin luz ni teléfono puedan usarlos sin problemas. He llenado tu nevera de comida. Y por mis cojones que tú y yo nos vamos a quedar aquí hasta que hayamos resuelto esto.

—Pero ¿qué es lo que queda? —exclamó Ludvig Johnsson.

—De momento pasamos de Nedic —aclaró Gunnar Nyberg—. Creo que Sara se encargará de él. Pasamos también de Orfeo y Eurídice, están fuera de juego. Lo que queda —y ya lo creo que queda— es Niklas Lindberg, que iba a destinar tus diez millones a algún objetivo en concreto. Es un tipo que siente predilección por unas sofisticadas microbombas con enorme fuerza explosiva y que, de paso, aprovechó el viaje de búsqueda de Eurídice para robar otro millón. Dudo que pueda acceder a los diez millones si no va a por Nedic directamente, pero tal vez el millón que tiene le resulte suficiente.

—¿Qué crees tú? —preguntó Johnsson.

—Pues que las primeras bombas no eran más que pruebas. Reventó a Vukotic para divertirse, ni más ni menos, y al coche en Sickla se le podría haber detenido perfectamente sin bomba. Lo que está haciendo son ensayos, pedazo de idiota. Como los franceses en Polinesia. Lo que está testando son *pequeñas muestras*. Creo que los diez millones los iba a destinar a una enorme carga de ese material explosivo líquido que, al parecer, es algo que ha sido desarrollado por los servicios secretos de Sudáfrica. Servicios que están vinculados al mismo ultraderechismo internacional con el que Lindberg entró en contacto cuando estuvo en la Legión Extranjera y que también provocó que el colaborador de Nedic, el fascista croata Petrovic, le diera el soplo a Lindberg. Consiguieron introducir el material explosivo en la cárcel de Kumla, y ahora creo que lo van a utilizar para algo más gordo. Así que tú y yo nos vamos a encargar de averiguar qué es lo que Niklas Lindberg pretende y detenerlo. Eso es lo que vamos a hacer. Me lo debes a mí, a Sara y al mundo, estúpido hijo de puta.

Ludvig Johnsson contempló a Gunnar Nyberg y lo que vio era algo extraño: una especie de concentrada energía, una determinación absoluta que nunca jamás se habría imaginado en él. Pero, por otra parte, nunca había trabajado en el Grupo A.

—¿Y tú qué? ¿Has dejado el Grupo A?

—Si arreglamos esto, tal vez podamos salvar el pellejo los dos —comentó Gunnar Nyberg mientras se dirigía hacia su viejo Renault.

Capítulo 41

A Kerstin Holm la habían trasladado al hospital Karolinska. Era martes y le dolía la cabeza.

No había de qué extrañarse; en la radiografía parecía como si un agujero le atravesara la cabeza. Pero lo que en realidad ocurría era que la zona ósea que hay encima de la oreja era igual de fina que la cáscara de un huevo. Transparente. Y la bala de Dan Andersson le había arrancado una esquirla del cráneo. Como en una balada. La bala de una balada. Esa pequeña parte de su cabeza se había quedado enterrada en un empapado trozo de césped en la ciudad de Skövde. Quizá echaría raíces y una pequeña Kerstin Holm, para el gran asombro de los clientes del hotel, empezaría a crecer entre la hierba.

Aunque, pensándolo bien, no resultaba muy probable.

Se volvió hacia Paul Hjelm, que, sentado junto a la cama, la miraba con ese gesto *de compasión* que los visitantes en los hospitales siempre ponen.

—Déjalo —dijo ella.

—¿Que deje qué? —replicó Paul.

—Esa cara que pones.

—Perdón.

—No tiene por qué significar nada.

—¿El qué?

—Lo de *Las metamorfosis* de Ovidio. Puede ser casualidad.

—Tienes razón.

—No me des la razón sólo porque estoy aquí metida y me huele el aliento a hospital. Dime que me equivoco. Quiero que me llesves la contraria.

—Te equivocas.

—Gracias. ¿Por qué me equivoco?

—No te huele el aliento.

—¿Por qué *me equivoco*?

—Porque durante todo este tiempo no nos hemos podido quitar de la cabeza a ese chico. Porque el tipo reaccionó de una manera muy rara cuando comentamos lo de Orfeo. Porque estaba leyendo *Las metamorfosis* de Ovidio en medio de un Kvarnen hasta arriba. Porque los testigos decían que sólo *fingía* leer. Porque a pesar de la supuesta lectura no se le escapó *nada* excepto, curiosamente, todo lo que tenía que ver con el grupo que ocupaba la mesa de al lado, los que hablaban en inglés prácticamente encima de él. Porque es uno de los tres testigos a los que no hemos podido encontrar y porque los jóvenes amantes, al comunicarse entre ellos, usan no una sino dos de las metamorfosis de Ovidio. No sólo Orfeo y Eurídice *sino también* Filemón y Baucis.

—Bueno, vale. Son bastantes cosas.

—Per Karlsson. No estoy diciendo que centremos toda la investigación en él, pero habría que tenerlo en cuenta, ¿no te parece?

—Me parece muy bien. Entonces, ¿qué pasó en realidad? Per Karlsson, un joven en paro, sin estudios superiores, de veinte años de edad, está en el Kvarnen escuchando a tres exyugoslavos y a un supuesto policía que negocian el lugar de una entrega. ¿Es casualidad que se encuentre allí? ¿Se entera de todo eso de pura casualidad o ha ido allí *para espiarlos*? Si es así, ¿cómo sabe que esos gánsteres se han citado en el restaurante? Él y su amada utilizan unos teléfonos móviles conectados a internet que pertenecen al restaurante Thanatos, nombre que significa el reino de la muerte. Pero falta algo. Evidentemente, Per Karlsson puede haber tenido un trabajo temporal en el restaurante —o sea, en negro, sin estar dado de alta— como camarero o lavaplatos, aunque esa explicación no me acaba de convencer; tenían dos teléfonos muy sofisticados y sabían lo de la reunión. Eso indica una relación estrecha con Rajko Nedic, que es un hombre que no deja que nadie se le acerque demasiado.

—Supongo que a pesar de todo *puede* tratarse de una mera casualidad. Puede que vaya al Kvarnen simplemente para leer y que más tarde se fije en la conversación. Se pone a escucharla fingiendo que sigue leyendo y no nos dice nada de ese grupo porque le ha caído del cielo una oportunidad de oro: millones de coronas en las manos de un pobre desempleado. Supongo que también es posible.

—Pero luego se van a buscar la caja bancaria cada uno por su lado. ¿Por qué han elegido esas rutas y no otras? ¿Por qué uno va a Dalecarlia y Västmanland mientras que el otro se dirige a Halland y Västergötland? No creo que pretendan recorrerse todo el país, ¿verdad? ¿No indica, a pesar de todo, que conocen muy bien a Nedic?

—Quizá. Pero sea como sea, no le podemos dar tanta prioridad como a Niklas Lindberg. Per Karlsson no daba la impresión de ser un tipo especialmente peligroso; además, ahora Orfeo y Eurídice parecen estar fuera del juego.

—Ya. Joder, todo me da vueltas otra vez.

Hjelm se levantó y la miró con fijeza, pero para Kerstin Holm, Paul no paraba de girar sin perder ese gesto tan *torpe* que los visitantes de los hospitales siempre ponen.

—Déjalo —dijo Kerstin Holm mientras todo seguía dando vueltas a su alrededor.

Capítulo 42

A través de la verja se divisaba el paraíso, pero los muros eran altos y los vigilaba un querubín armado.

Que en este caso había adoptado la forma de una cámara de videovigilancia, un telefonillo y una voz metálica que resonaba:

—Nombre y motivo de su visita.

Ella carraspeó mientras contemplaba a los cuatro agentes con pinta de tíos duros que la acompañaban, todos con la mirada clavada en la cámara, como si de un concurso de cazatalentos de la tele se tratara.

—Sara Svenhagen, inspectora de la policía criminal —dijo—. Queríamos hablar con el señor Rajko Nedic.

—El señor Nedic no se encuentra en este momento —respondió la voz metálica.

—En ese caso, nos gustaría hablar con otra persona. ¿Hay alguien que nos pueda atender?

Tras unos instantes de silencio, las puertas del paraíso se abrieron deslizándose lentamente. El fabuloso jardín no había permitido que un solo matiz cromático se le escapara y el sol resplandeciente no hacía más que intensificar los colores. Sara Svenhagen se sentía casi cegada por el esplendor y drogada por la riqueza de aromas. Se trataba realmente de un lugar fantástico. El jardín del Edén.

Un individuo de unos cincuenta años elegantemente trajeado se acercó por la vereda para recibirlos. El hombre le tendió la mano a Sara, quien se la estrechó.

—Me llamo Ljubomir Protic —dijo en sueco con un ligero acento—. Trabajo para el señor Nedic. ¿En qué puedo servirles?

—¿No está en casa? —preguntó Sara Svenhagen.

—Lamentablemente no —respondió educado Ljubomir Protic—. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Eso depende de quién sea usted.

—Se podría decir que soy el hombre para todo del señor Nedic.

—Yo pensaba que ese puesto lo ocupaba Lordan Vukotic; aunque ahora que me acuerdo ha muerto, vaya, es verdad.

Protic conservó su sonrisa educada mientras contestaba:

—Me temo que ese nombre no me resulta familiar.

—¿Tiene usted una estrecha relación con Rajko Nedic, Ljubomir? —preguntó Sara.

—Sí, nuestra relación es muy estrecha, señora Svenkragen.

—Svenhagen. Y no soy señora, sino Sara. Me puede llamar Sara, Ljubomir, porque durante un tiempo vamos a vernos muy a menudo. Y claro que tienen una relación muy estrecha, puesto que si no me han informado del todo mal, dejaron

Yugoslavia juntos hace unos treinta años. Los dos solos, Rajko y Ljubomir, haciendo autostop por Europa rumbo a un futuro dorado en Suecia.

Ljubomir Protic se la quedó mirando. La sonrisa empezó a apagarse.

—¿Adónde quiere ir a parar? No tengo nada más que decir. Creo que es mejor que se vaya ahora.

—Creo que se me ha pasado informarle de dónde vengo; pertenezco a la unidad de pornografía infantil de la policía criminal nacional. Esto no tiene nada que ver con el narcotraficante Nedic, lo que me interesa es el *pedófilo* Nedic.

La posible reacción de Ljubomir Protic al escuchar esas palabras era fundamental.

Desde la conversación con Gunnar, Sara había dedicado su tiempo a conseguir toda la información posible acerca de la organización de Nedic. La brigada de estupefacientes contaba con mucha documentación sobre su estructura. Ljubomir Protic, que había conocido a Rajko Nedic prácticamente toda su vida pero que hasta hace muy poco no había entrado en la organización, era el más importante de entre los nuevos fichajes. Desde fuera, Protic daba la impresión de ser el eslabón más débil, aunque también era verdad que existían lazos de amistad entre él y Nedic que sí eran muy fuertes.

La reacción resultó clarísima: Protic empalideció ligeramente. Intentó mantener una expresión cortés, pero su rostro iba perdiendo color por momentos. Ésa era la respuesta que Sara deseaba.

Se dirigió a uno de los agentes:

—Llévatelo —ordenó antes de echar a andar hacia las puertas del paraíso.

Ljubomir estaba sentado en la sala de interrogatorios. Se sentía raro. Solo entre las cuatro paredes. Le daba la sensación de que en cuanto soplara, se le caerían encima, de modo que trataba de contener la respiración. Cada vez que respiraba le parecía que se le escapaba la vida.

Y al final no quedaba casi nada de ella.

Llevaba ya dos horas en la sala. Nadie había entrado a verlo, pero sabía que lo observaban desde algún lado. Y a esas alturas, sin duda, el Grande ya se habría enterado de que estaba aquí. Lo cierto es que no veía un gran futuro por delante.

Se acordaba muy bien de la lección del Grande. Un pequeño manual de buena conducta en caso de que hubiera una confrontación con la policía: sé siempre educado y servicial; niégalo todo con cara de lamento; controla hasta el más mínimo gesto y, por último, no digas ni una sola palabra que no sea absolutamente necesaria. El Grande ya le había dejado claro que le consideraba un peligro potencial para la seguridad. A estas alturas, entendía más o menos cuál sería su razonamiento: Ljubomir lleva dos horas con la policía, así que ya les habrá contado todo lo que sabe. Es una suerte que no sepa nada.

Pero el Grande ignoraba en *qué* departamento de la policía se encontraba. La

unidad de pedofilia. Y acerca de eso Ljubomir sí que lo sabía *todo*.

Se abrió la puerta y entró la mujer policía del pelo rapado. Por fin. Su aspecto era tan insignificante. Frágil. Que una mujer frágil te arruinara la vida seguramente no era, a pesar de todo, tan poco frecuente. Y ahora, ella jugaría todas sus bazas. ¿Sería capaz de mantener la calma si hablaba de *ese lugar*?

El tema salió enseguida.

Sara Svenhagen posó un buen taco de papeles en la mesa y empezó:

—A estas alturas, él pensará que nos lo ha contado todo, ¿verdad? Lo que significa que su vida ya no vale gran cosa. Por tanto, lo mejor que puede hacer es contárnoslo todo. Por ejemplo, háganos de esa guarida pedófila que tiene las paredes insonorizadas con algo que parecen los cojines dorados de un burdel.

—¿Creen realmente —replicó Ljubomir, como si recitara una lección de memoria— que es así de fácil desmontar la organización? ¿No creen que sea más sólida que todo eso?

—Seguro que sí —asintió ella—. En lo que respecta al narcotráfico, sí. Ahí no hay nada que hacer; todo está perfectamente blindado. Pero esto no trata del narcotráfico. Aquí lo que vamos a hacer es entrar en la organización por la *puerta de atrás*, gracias a las aventuras sexuales de Rajko Nedic.

—No sé de qué me está hablando, Sara —dijo Ljubomir—. Lo siento.

—Por supuesto que no. ¿Qué opina usted de la pornografía infantil, Ljubomir? ¿Qué le parecen esas vaginas infantiles reventadas hasta el ombligo por botellas de Coca Cola rotas? ¿Qué le parecen los chavales de cinco años con anos tan destrozados que la mierda simplemente les sale como si hubieran abierto un grifo?

—¡Dios santo! —exclamó Ljubomir mientras la miraba fijamente.

—Le voy a mostrar un centenar de fotografías de su jefe en ese tipo de situaciones, y va a mirarlas todas, aunque tenga que clavarle los párpados a la frente. ¿Me ha entendido?

Ljubomir contemplaba a la frágil mujer del pelo rapado. Advirtió su determinación y comprendió que estaba jodido. Iba a luchar porque tenía grabado en la cabeza qué era lo que había que hacer, pero sabía que estaba jodido. Iba a echarse a llorar. Le iba a obligar a volver a *ese lugar* para ver todo aquello de lo que llevaba toda una vida apartando la mirada. Todo se le caería encima. Lo supo cuando sus ojos se cruzaron con los de Sara Svenhagen, y se dio cuenta de que ella lo sabía.

—Rajko Nedic, «brambo» en internet, ha ejercido una actividad sumamente intensa en el contexto pedófilo. Por desgracia no ha sido hasta hace muy poco que le hemos identificado. En la práctica ya está fuera de juego, pero resultaría de gran ayuda que pudiera contarme un poco más, Ljubomir. ¿Cómo era? ¿Era pedófilo ya cuando llegaron a Suecia, dos jóvenes con el mundo a sus pies? ¿Había algo en su infancia que lo convirtió en la persona que es?

—Quiero hablar con un abogado —fue la respuesta de Ljubomir.

—También lo quería hace dos horas y la respuesta sigue siendo la misma: no

puede. Lo único que le dejaré hacer es mirar estas fotos. El que las ha colgado en internet es su jefe. En cuanto al narcotráfico es un general de lo más cauteloso, pero luego va y le enseña a todo el mundo su polla metida en niños pequeños. Llevo mucho tiempo trabajando con pedófilos, demasiado, la verdad, pero nunca voy a comprender ese extraño deseo, por lo visto irrefrenable, de exhibir las perversiones de uno. Olvidándose de cualquier precaución.

Le acercó el taco de fotos. Ljubomir lo contempló, acto seguido cerró los ojos.

—No —dijo—. No quiero.

—Sí —insistió ella—. Va a mirarlas.

Luego levantó la primera y la sostuvo delante de sus ojos.

Era *ella*.

En la primera foto salía, naturalmente, *ella*.

Y siguió y siguió, una tras otra, y aunque se echó a llorar, siguió y siguió, una tras otra. Y en todas las fotos aparecía *ella*.

Se derrumbó. No podía más. Se desplomó hacia delante encima de la mesa manchando las imágenes impresas con sus lágrimas; los colores se deshicieron y se extendieron por la mesa en una pringosa mezclanza multicolor en la que su rostro se restregaba, tanto que su cara se convirtió en la de un payaso, un *clown* con lágrimas de alegres colores.

—Pude haberlo impedido —sollozó—. Venía a verme siempre. Cada vez que ocurría venía a verme, se sentaba en mis rodillas, me llamaba tío Lubbe y lloraba un llanto que estaba más allá de cualquier llanto y me miraba fijamente, sin lágrimas, y sin pronunciar palabra, porque no tenía palabras para eso, y cada vez me decía a mí mismo que ésa tenía que ser la última, aunque tuviera que matar a ese cabrón. Pero no lo hice, no hice nada, desviaba mi mirada de su rostro cuando sentada en mis rodillas me llamaba tío Lubbe, cuando lo que en realidad quería decir era ayúdame, tío Lubbe, está pasando algo que no entiendo y tú que eres tan bueno puedes ayudarme. Pero yo no era bueno, yo era el peor de todos los malos, porque desviaba mi mirada, como si no hubiera visto nada.

Durante un instante, Sara Svenhagen cerró los ojos. Pensaba sin palabras. A continuación le tendió un pañuelo a Ljubomir Protic, que tras secarse las lágrimas se quedó observando el juego cromático del pañuelo como un jardín paradisíaco.

—¿Quién es «ella»? —preguntó Sara Svenhagen.

Ljubomir la miró con expresión ofendida a través de la niebla de lágrimas.

—Pues Sonja, quién va a ser si no —dijo—. Mi querida Sonja.

—¿Y Sonja es...?

—La hija de Rajko. Su *hija*, ¡joder!

—¿Y es ella la que sale en estas fotos?

El rostro de Ljubomir se torció en una mueca. Luego asintió.

—¿Cuántos años tiene Sonja Nedic ahora? ¿Veinte?

—Sí —dijo Ljubomir—. Justo veinte.

—¿Y qué tipo de vida lleva?

—Tiene casa y coche propios. Estudia matemáticas en la universidad. Hace un año intentó quitarse la vida. Se cortó las venas. A lo largo. Estuvo a punto de morir, pero últimamente, cuando la he visto por la casa, me ha parecido más feliz. Recuerdo que pensé: espero que haya encontrado a alguien, alguien que la pueda hacer feliz, que la ayude a recuperar un poco esa infancia que nunca tuvo. Espero de verdad que sea así.

—¿Puede contarnos algo más?

—Rajko tuvo la misma infancia. Lo sé porque cuando éramos niños, allí en Serbia, en nuestro pueblo en la montaña, me sentaba con él igual que hice luego con Sonja. Y tampoco logré consolarlo. Fue por eso por lo que nos marchamos, para escapar de todo. Él pensaba que podía dejarlo atrás y convertirse en otro, pero en cuanto nació Sonja todo volvió. Empezó a repetir el comportamiento de su propio padre. Y yo no hice más que quedarme de brazos cruzados. Otra vez. ¡Joder! Qué asco. El tío Lubbe.

—¿Y el resto de la familia?

—Tiene dos hijos. Resistió la tentación con el hijo. Tiene tres años más que su hermana y ya está trabajando en la organización. Pero con Sonja no lo pudo resistir. Y su esposa aparta la mirada aún más que yo; se pasa el día de compras para escaparse de la realidad. Y Rajko cultiva su jardín con la intención de crear un paraíso que nunca ha entendido.

—¿Y ha habido otros niños?

—Sí, pero no sé de dónde vienen. Ahora que Sonja es adulta hay otros niños. Quizá los compra.

—¿Algo más?

—Ya es demasiado tarde. Le contaré todo lo que sé, Sara. Me da la impresión de que es una mujer que vale mucho, pero que sepa que, en realidad, yo no sé gran cosa. Puedo empezar con los «consultores de seguridad». Dos tipos repugnantes que han sido policías, de la Säpo. Se llaman Gillis Döös y Max Grahn.

—El resto lo tendrá que tratar con los de estupefacientes. Le esperan. Yo lo que quiero que me diga es la ubicación exacta de la guarida pedófila; ese apartamento con las paredes insonorizadas con algo que parecen cojines dorados de un burdel.

Tras su pringosa máscara multicolor, Ljubomir mostró una leve sonrisa.

—Está allí ahora —dijo—. En *ese lugar*.

—¿Cómo? —exclamó Sara Svenhagen—. ¡Y me lo dice ahora!

—No, no —replicó Ljubomir—. Es que ahora se usa para otra cosa, ya no tiene nada que ver con los niños.

Sara suspiró aliviada. Luego preguntó:

—¿Y dónde está el piso?

—En Hornstull, en la calle Hornsgatan, número 131, en la cuarta planta. Pone Ahlström en la puerta. Pero lo acompañan cinco hombres por lo menos, así que tenga

cuidado, Sara. Van armados hasta los dientes.

Sara asintió con la cabeza mientras contemplaba al hombre que tenía delante. Algo se había encendido en sus ojos, algo que llevaba años encerrado y bien sellado acababa de salir al aire libre. Y quizá, de alguna manera, había devuelto una pequeña, pequeña parte de la deuda que tenía con Sonja Nedic. Su querida Sonja.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos.

Ahora Ljubomir podía morir en paz.

Volvió a ser el tío Lubbe.

Y ahora, por fin, no se había quedado de brazos cruzados.

Capítulo 43

Paul Hjelm había matado.

Y a él le habían disparado y herido.

Kerstin Holm, creyéndose en las últimas, le había dicho que lo quería.

Cada una de esas cosas por si sola sería suficiente como para cambiarle la vida por completo. Pero, de momento, debía apartarlo todo de su mente y meterse en el rol de interrogador.

Hultin había repartido los papeles entre sus hombres.

—¿Por qué coño tiene que dejar que le peguen un tiro precisamente ahora? ¡Joder! —se quejó Hultin, adusto—. Como Kerstin no está, te tendrás que llevar a Jorge. Os encargáis de interrogar a Kullberg y a Petrovic.

Y así los dos héroes de antaño se convirtieron en interrogadores autorizados.

Jorge Chávez había sufrido un ataque de pánico en pleno tiroteo.

Había encajado una fuerte bofetada de su jefe.

Había erigido unos extraños muros entre él y la mujer que amaba.

También esas cosas bastaban para provocar un par de metamorfosis, y también en el caso de Jorge Chávez debía apartarlas de su mente.

Entraron en la sala de interrogatorios, ubicada en una parte de la comisaría bien insonorizada. Allí ya estaba sentado un hombre bajo y corpulento, con un hueco en la dentadura, parches en las cejas y moratones en la cara. Les mostró una sonrisa sardónica.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó Agne *La Bala* Kullberg—. Pero si es el poli chillón.

Chávez, a quien el comentario le cayó como un tiro, se sentó. Hjelm permaneció de pie un instante clavando la mirada en Kullberg. ¿Por dónde cogerlo? Sobreponiéndose al eterno dolor que le roía el brazo intentaba descubrir por dónde coger a Kullberg.

—Aunque hay que reconocer que ese puto vejete que tenéis de jefe es un tipo duro —continuó Kullberg.

—Bueno, Agne —comenzó Hjelm—. Hablando de chillones, todos vimos como lloraste y vomitaste en la pistola...

Hjelm se sentó. De momento iban empatados; ahora la cuestión era cómo continuar. La Bala parecía un poco tocado. Había bajado los ojos a la mesa.

—Necesitamos información sobre los planes de Niklas Lindberg —anunció Hjelm con voz tranquila.

—Sí, ya. Lleváis dando la lata con eso un buen rato —se quejó Kullberg sin levantar la vista de la mesa—. Y yo qué sé, joder. Buscábamos diez millones de coronas. Ése era el único plan que yo tenía en mente, os lo puedo asegurar.

—¿De modo que era un robo normal, Agne? ¿Sin componentes ideológicos?

—Sí. La pasta. Nada más.

—Háblame del dispositivo de búsqueda, Agne.

—No me llames Agne.

—Vale, Agne, te lo prometo. Ahora cuéntame.

—Bueno, antes de que el maletín desapareciera en Sickla, vimos la radio y también había un papel donde se indicaba la frecuencia. Al saber el tipo de radio y la frecuencia, pude montar un receptor que captaba la pequeña señal que ese tipo de aparatos emiten permanentemente. Conseguimos sintonizarla unas cuantas veces al principio y la seguimos por la E4, pero luego desapareció. Hasta Escania no nos dimos cuenta de que el maletín debía haberse desviado en algún lugar. Probablemente hacia el oeste. Así que empezamos a subir hacia el norte y en Trollhättan la captamos de nuevo. Y luego en Falköping. Por eso nos pareció lógico pensar que iban a Skövde, y, efectivamente, allí la cogíamos todo el rato. No tuvimos más que seguirla hasta el cuarto del hotel.

—¿No deberías emplear tu talento para algo mejor?

—Espero que me den la oportunidad de seguir estudiando en Kumla. Luego me convertiré en un ciudadano ejemplar.

—¿Por qué robasteis todo lo que encontrabais por el camino?

—¿Por qué no? Lo robamos porque estaba allí, por ningún otro motivo en especial. Éramos una banda de atracadores que buscaba pasta, y mientras no logramos echar mano al maletín nos contentábamos con calderilla. De algo hay que vivir.

—No necesariamente. Muchos murieron en el camino, Agne. Por cierto, no pareces muy triste por haber perdido a tus amigos.

—No eran mis amigos. Eran compañeros de trabajo.

—¿Y Lindberg?

—Un buen líder. Nada más. Un tío en una forma física impresionante.

—Prácticamente, todos en la banda pertenecéis a organizaciones de la extrema derecha. ¿Y me quieres decir que no os movían motivos ideológicos?

—Yo no pertenezco a ninguna organización de extrema derecha.

—Venga, Agne, no me jodas, pero si eres miembro del mismo club de tiro que algunos ultraderechistas más que conocidos, entre otros, un grupo de colegas nuestros de dudosas afinidades políticas; en fin, gente a la que se ha investigado en relación con el asesinato de Olof Palme.

—Ya, investigados por esos locos defensores de las teorías conspirativas que salían en la tele. No, yo estoy en el club porque me gusta el tiro. La motricidad fina es fascinante. La precisión. Y deja ya de llamarme Agne.

—Vale, Agne, te lo prometo. Necesitamos algunas cosas: la marca, el color y el número de matrícula de la furgoneta, así como el actual paradero de Niklas Lindberg.

—De eso no sé nada.

—¿No sabes en qué coche ibas, Agne?

—Se me ha olvidado. Lo siento.

—Poco antes de que llegáramos al hotel, Niklas Lindberg se marchó. ¿Por qué? La Bala calló. No era un comportamiento muy habitual en él.

—Muy bien —intervino Chávez—. Creo que ya tengo una idea bastante clara de lo que pasó. Estás haciendo un esfuerzo de la leche, Agne, para hacernos creer que erais una banda de atracadores normal y corriente a la que sólo le interesaba el dinero. ¿Por qué es tan importante que nos traguemos esa historia? ¿Y por qué no se te ocurre algo lógico y creíble para explicar la ausencia de Niklas Lindberg cuando llegamos nosotros? ¿No podía haber... No sé, por ejemplo, haber salido a buscar el dinero que habíais dejado en la furgoneta?

—Algo así fue lo que pasó —contestó La Bala con pereza—. La situación estaba bajo control. Quería dejar que Danne y Rogge se divirtieran un poco con la tía. Pero como ése no era su estilo, salió un rato para comprobar que todo seguía en orden en la calle.

—Muy bien, Agne —dijo Chávez—. Entonces ya tenemos una explicación lógica y natural para ese hecho también.

—¿Y tú, Agne? ¿Era tu estilo, Agne? —preguntó Hjelm.

—¿El qué? —replicó La Bala.

—¿«Divertirse un poco con la tía»? La verdad es que, si no recuerdo mal, cuando entramos se estaba cometiendo una violación.

—Y tú le disparaste a Danne por la espalda, sí. Muy valiente por tu parte. Sí, señor. En plena espalda, y luego en la cara dos veces cuando estaba en el suelo. Y eso que a Danne ya le habían herido antes.

—Te he preguntado si ése era tu estilo, Agne.

—No, no era mi estilo. No entraba en mis planes violarla, pero alguien tenía que vigilar.

—¿Conoces a Risto Petrovic?

—No.

—Anda, a eso le llamo yo contestar rápido. ¿No te parece, Jorge, que Agne esta vez ha contestado extremadamente rápido?

—Sí, en esa respuesta Agne ha mostrado una rapidez realmente impresionante. Pues tienes que saber que fue él quien filtró la información a Lindberg, en Kumla, sobre la entrega que Nedic iba a realizar.

—Nicke se encargaba de todo eso. Yo no tenía nada que ver con lo de Kumla.

—Petrovic es un criminal de guerra, un fascista declarado y el amiguito de Nicke de su época en la Legión Extranjera.

—No me digas.

—Pues sí, sí te digo, Agne. Y lo que *a mí* me dice eso es que erais todo menos una banda habitual de atracadores. Más bien sois una facción fascista en una misión dirigida por alguna organización internacional de extrema derecha que, sin duda,

también sabe perfectamente quién asesinó a Olof Palme.

—¡Estás de coña!

—Sí, claro, es coña, Agne. Porque, obviamente, a Danne Morcilla y a los servicios secretos de la Sudáfrica del *apartheid* —que, dicho sea de paso, siguen gozando de muy buena salud— como que no les acabo de ver jugando en la misma liga.

—No me llamo Agne.

—No, Agne, el atentado que estáis planificando, y estoy seguro de que Nicke no se ha dado por vencido, es idea vuestra. Pero para echar mano al material explosivo se requieren contactos con la extrema derecha internacional. El problema es que hay que pagarles. ¿No te das cuenta, Agne, de que sois unos patéticos delincuentes de poca monta? Exigen que les paguéis. No tienen el más mínimo interés en financiar vuestros pequeños y ridículos atentados.

Chávez se detuvo. Hicieron una pausa para observar a Kullberg, cuyo rostro, en ese instante, debería haber cambiado sutilmente. Debería expresar algo como: «ya veréis... No sabéis lo que os espera, putos paletos de mierda».

La Bala clavó una mirada en la mesa que decía «ya veréis... no sabéis lo que os espera, putos paletos de mierda».

—Gracias —dijeron Hjelm y Chávez al unísono.

—¿Por que? —replicó La Bala mientras los observaba con desconfianza.

—Por la pista que nos acabas de dar, Agne —explicó Hjelm—. Nuestro más sincero agradecimiento.

—Pero ¿a qué estáis jugando, gilipollas?

La preocupación se extendió por la cara de La Bala. El cuerpo empezó a rebullirse en la silla. «Puto paleta de mierda», pensó Chávez.

—¿Por qué nos dijiste que no te llamas Agne, Agne?

—¿Era porque no te llamas Agne, Agne?

—Porque el que se llama Agne, Agne, es con el que se mete todo el mundo en clase, y al que le hacen comerse la grava en el patio del colegio Östra Real.

—Pero a ese Agne lo has dejado atrás, ¿no, Agne?

—Pero qué lejos está el empollón Agne, el peque de la clase.

—Pero cuánto hace que los chicos grandes le daban una paliza tras otra a Agne.

—Pero cuánto hace que las chicas, una a una, desfilaban por delante de Agne para mirar y reírse de su pequeño pito calvo.

—Pero cuánto hace que el pequeño Agne vomitó en el cañón de una pistola en Skövde.

—Pero cuánto hace que a Agne no se le levantó cuando iba a violar a una pequeña tía inmigrata en un hotel de Skövde.

—Eres un puto mierda, Agne.

—No eres más que un puto cero a la izquierda, Agne. Nadie te quiere, nadie quiere estar contigo, porque eres un gusano.

—Un pequeño gusano. Igual que tu polla. Un pequeño gusano que la tiene como un gusanito. Agne, el gusanito.

Y de repente, un silencio abrupto.

Ahora pasaban olímpicamente de La Bala. Se mostraban indiferentes, ausentes.

—¿Tomamos un café? —propuso Chávez.

—No sé. Tengo que ir a buscar a Lotta a la guardería.

—¿Pasamos de esto ya? Me aburre. Este tío es un coñazo. ¿Cómo dices que se llamaba? ¿Arne?

Se dirigieron a la puerta sin dejar de charlar.

—¿Sabes la diferencia que hay entre uno de Estocolmo y los espermatozoides?

—No.

—Pues que pocos acaban siendo hombres hechos y derechos.

—Un chiste de Gotemburgo, supongo. ¿Has hecho la quiniela? ¿Has puesto a Fulham como ganador contra West Bromwich?

—¡Qué va! Oye, que tengo que pasar por Systembolaget a comprar unas cosillas. ¿Qué hora es?

—Exactamente la misma que ayer a esta hora.

—Vete a la mierda, sudaca. Por cierto, ¿has probado los nuevos condones esos que llevan tacos?

—¿Con tacos? ¿Y eso para qué? ¿Para jugar en terrenos más resbaladizos?

—¿Has apostado a los caballos, hoy? *Dame Edna* está corriendo que te cagas; para mí que ganará la séptima de Valla.

—Es que *Benny Björn* me parece un nombre jodido para un caballo.

Cerraron la puerta tras de sí y se acercaron enseguida a la ventana de espejo. La Bala parecía tocado, se toqueteaba la frente de una forma rara.

—¿«Ir a buscar a Lotta a la guardería»? —preguntó Chávez mientras observaba al detenido.

—O voy a buscar a *Benny Björn*... —replicó Hjelm, que también miraba por la ventana—. Lo mismo da.

Acto seguido abrieron la puerta de golpe y entraron en la sala de nuevo. Hjelm se dirigió directamente a La Bala y a escasos centímetros de su cara gritó:

—¡World Police and Fire Games!

La Bala se puso rígido. Resultaba más que obvio.

—De eso no sé nada —murmuró.

—Gracias —dijeron Hjelm y Chávez al unísono.

—«Condomes con tacos» —exclamó Ludvig Johnsson antes de seguir leyendo las transcripciones en la pantalla del ordenador.

Gunnar Nyberg, por su parte, que también leía en el suyo, se echó a reír.

—Jorge nunca censura sus interrogatorios al pasarlos a limpio —explicó.

Prosiguieron con la lectura. Al terminar, Johnsson comentó:

—Vaya interrogatorio más raro.

Nyberg se reclinó en la silla mientras daba mordiscos a un muslo de pollo frío.

—Son cojonudos —replicó—. Poco ortodoxos quizá, pero saben muy bien lo que hacen. Yo me limito a inclinarme como un *grizzly* sobre los tipos a los que interrogo.

—¿Qué opinas?

—Pues creo que han dado en el clavo. Primero consiguieron desequilibrarlo un poco, derribar el muro, para luego entrar al ataque. Y todo encaja. Hoy es miércoles 14 de julio. La ceremonia inaugural de los World Police and Fire Games se celebra en el Estadio Olímpico de Estocolmo el sábado a las 15.00. ¡Como me llamo Gunnar que el hijo puta de Lindberg va a por los policías del estadio!

Continuaron hasta un pequeño piso en Tumba, a las afueras de Estocolmo. Llamaron a Lars Viksjö desde el coche para avisarle de que iban de camino. Viksjö, el corpulento poli de la provincia de Närke, se había convertido de la noche a la mañana en el canguro personal de Risto Petrovic.

En el recibidor estaban sentados tres agentes uniformados.

—Muy buenas tardes, caballeros —saludó Chávez con elegancia a los polis X—. ¿Qué? ¿Habéis pescado algunas quisquillas últimamente?

Los polis X se miraron cabreados.

Entraron en el salón donde Lars Viksjö se encontraba sentado fumando un pitillo mal liado del que se desprendían y volaban por toda la estancia hebras de tabaco al rojo vivo, mientras Risto Petrovic engullía un plato de espaguetis cómodamente instalado delante de la tele. A Hjelm la escena le recordó una película, pero no dio con el título; sin duda, habría más de una.

Tras saludar a Viksjö, arrastraron dos sillas hasta la mesa de Petrovic y apagaron la tele.

—Para ser el tipo de testigo que eres no nos has dicho gran cosa —empezó Hjelm en inglés—. Ésta es tu última oportunidad. Si no, te mandamos de vuelta a Kumla. Y ya sabes lo que te va a pasar allí...

—Nuestro colega Gunnar Nyberg te puso deberes —continuó Chávez—. Uno: la relación entre Niklas Lindberg y tú. Dos: todo lo imaginable e inimaginable acerca de la organización de Rajko Nedic. Tres: la naturaleza de la entrega. Cuatro: el receptor de la misma. Cinco: el uso que Lindberg va a dar a esa entrega. Seis: el paradero actual de Lindberg y su banda. Vayamos de atrás a adelante, con una pequeña modificación en la pregunta ¿dónde se encuentra en estos momentos Niklas Lindberg?

—No tengo ni idea —respondió Risto Petrovic con medio kilo de espaguetis enrollado en el tenedor.

—¿Posibles escondites?

—Lo siento pero no conozco ningún escondite. Sé muy poco de Suecia. Vine aquí para hacer un trabajo y me detuvieron enseguida.

—Entonces, vamos con la quinta pregunta. ¿Qué uso iba a dar Lindberg al dinero?

—Comprar cosas. Uno compra cosas con el dinero, por eso todo el mundo lo quiere.

—Gracias por el cursillo básico de economía capitalista. O sea, ¿no tenía previsto emplearlo para un objetivo específico?

—Que yo sepa, no.

—La cuarta. ¿Para quién era el dinero?

—Pero si me preguntáis lo mismo que todos los demás...

—¿Para quién?

—Para un policía sueco. Es lo único que sé. Uno que chantajeaba a Nedic. Diez millones de coronas.

—No conocíamos esa suma, es mucho dinero. En otras palabras, el policía tenía en su poder algo muy valioso, algo que podía hundir toda la organización de Nedic.

—Sí —dijo Petrovic con la boca llena de espaguetis—. Eso debe de ser. Pero no sé qué.

—Mira, con eso ya hemos respondido la tercera también —intervino Hjelm—. Y eso que habíamos decidido que cada uno se encargara de la mitad. Venga, vamos a la segunda: la organización de Rajko Nedic.

Petrovic asintió con la cabeza mientras tragaba lo que tenía en la boca. Cuando terminó, se inclinó debajo de la mesa para buscar un taco de papeles escritos a mano.

Hjelm los cogió y se puso a hojearlos. Parecía un trabajo bien hecho. Algo a lo que había dedicado mucho tiempo y energía. Al parecer, hundir a Nedic era lo único que le interesaba.

—Gracias —dijo Hjelm—. Impresionante. Así me gusta.

—*Thank you* —respondió Risto Petrovic, que se dedicó de nuevo a enrollar espaguetis en su tenedor, una vuelta tras otra.

—Vamos a la primera pregunta: ¿cuál es la naturaleza exacta de tu relación con Niklas Lindberg?

—Nos conocimos en la Legión. La verdad es que a ninguno de los dos nos gustaba aquello. Nos hicimos amigos y aguantamos un año juntos. Después volvimos a vernos en Kumla. Fue una gran alegría encontrarnos otra vez. Yo trabajaba para Nedic y le dije a Nicke que Nedic iba a entregar diez millones de coronas a un policía. Luego Lordan habló de ese encuentro que se iba a celebrar en un restaurante que se llamaba Kvarnen, cosa que también le conté a Nicke.

—¿Y qué sacaste de todo eso?

—Nada. Somos amigos. Si hubieseis pasado por lo que nosotros en la Legión, lo entenderíais. Si no, es imposible de entender.

Hjelm asintió con la cabeza y se quedó mirando a Chávez. Chávez repitió los

gestos de su compañero.

—Bien —dijo Hjelm—. Entonces, sabemos más o menos qué podemos esperar de ti. Quieres hundir a Nedic cueste lo que cueste y proteger a Niklas Lindberg cueste lo que cueste. Una situación muy dura os unió, y ahora sois amigos más bien a lo árabe. *Friends for life*. Uña y carne.

Esa última expresión le costó en inglés.

—¿Te suena todo esto? —le preguntó a Chávez en inglés.

—Sí, acabo de oír la misma historia hace un momento —contestó Chávez en inglés—. *Sólo* somos una banda de atracadores de bancos. *Sólo* somos amigos. Parecen cortados por el mismo patrón.

—Aunque ahora no considero oportuno hablar de condones con tacos.

—No, no creo que eso sirviera de gran cosa, no. Creo que es mejor que hagamos esto.

Acto seguido, Jorge Chávez cogió el taco de papeles escritos a mano por Petrovic y lo rompió en tiras.

A Petrovic se le atragantó la comida. Trozos de espaguetis medio masticados cruzaron volando la habitación uniéndose a las hebras incandescentes de tabaco del inspector Lars Viksjö, quien presenciaba la escena boquiabierto.

—Al parecer, piensas que estás aquí protegido como testigo para irte de la lengua sobre Rajko Nedic. Te equivocas. Nos importa una mierda Rajko Nedic. Lo que nos interesa es el atentado previsto en el Estadio Olímpico de Estocolmo dentro de un par de días. World Police and Fire Games. Dinos todo lo que sabes porque si no te mandamos de vuelta a Kumla, a los brazos de Zoran Koco, Petar Klovic y el resto de los hombres de Nedic.

Petrovic dejó de toser. Los espaguetis colgaban como jirones de carne en torno a su boca. Parecía la escena final de *Tiburón*.

Jaws.

—¿Qué coño pone aquí? —se preguntó Ludvig Johnsson—. ¿En el paréntesis?

—«JC rompe en tiras el mtrl de P sobre N» —leyó Gunnar Nyberg—. Al parecer, Jorge se cargó los papeles que había redactado Petrovic sobre Nedic.

—¿Y cómo lo justifica?

—Ahí hay gato encerrado. Se estará marcando un farol, seguro que tienen una copia. Pero el truco es estupendo. Va a ser interesante ver lo que pasa a continuación.

—Lo más probable es que pertenecieras a una organización de extrema derecha ya antes de que estallase la guerra en Croacia —dijo Hjelm—. Alguna organización derivada de los viejos extremistas de Ustasa, unidos por el odio a los serbios. Más tarde, durante la guerra, te tomaste muy en serio tu papel como comandante de una fuerza paramilitar, lo que te permitió ampliar tu red de contactos internacionales, obtener papeles falsos a través de ella y huir a la Legión. Allí aprovechaste para

reclutar a otros simpatizantes fascistas para esa red internacional. Entre ellos Niklas Lindberg, que posteriormente acabó en la trena después de que le hubiera dado por los atentados con bomba y los ataques a kurdos. Él, a su vez, buscó compinches para la red que organizaba dentro de la cárcel de Kumla: el llamado «grupúsculo nazi», del que formaba parte el conocido ultraderechista Sven Joakim Bergwall, que murió en la matanza de Sickla. Los tres juntos planificasteis un atentado de gran envergadura en Estocolmo, ¿y qué mejor ocasión que los juegos de policías y bomberos de este verano? World Police and Fire Games. Hacer que salten por los aires no sólo maderos sino también guardias de prisiones. ¡Menudo festín! Sabías de la existencia de un material explosivo adecuado que podrías conseguir a través de tus contactos internacionales. Un líquido hiperactivo y seguro que se detona mediante un microdispositivo electrónico. Los servicios secretos de Sudáfrica lo habían desarrollado para su uso en mítines de masas organizados por el CNA, pero el sistema del *apartheid* se hundió antes de que pudieran hacer uso de él. Conseguiste introducir una muestra en Kumla y se la diste a Lindberg, asegurándote además de que dispusiera de suficiente financiación como para hacerse con grandes cantidades de ese explosivo. El dinero se obtendría robándole a tu jefe, Rajko Nedic, el puto serbio que dentro de su red de narcotráfico había logrado unir a antiguos enemigos. Una auténtica organización de paz. Así matarías dos pájaros de un tiro: te quitarías de en medio a policías y serbios a la vez. Bien visto. Lindberg sigue ahí fuera, no con diez millones pero sí con uno al menos, y a pesar de todas las cagadas que ha habido en esta historia es perfectamente capaz de ejecutar el plan. Así, mientras te dedicas tranquilamente a zamparte espaguetis, protegido por cuatro policías de primera, hundes a Nedic y obtienes del estado sueco una nueva identidad. De nuevo hay que reconocértelo: bien visto. Pero se te olvidó el Grupo A.

—¿Qué se me olvidó *qué*? —exclamó Risto Petrovic.

—Nada —respondió Hjelm—. Nada en absoluto. Era un paréntesis.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó Chávez—. Si no, te devolvemos a Rajko Nedic. Así de claro. ¿Dónde se colocará la bomba? ¿Dónde estará Lindberg cuando la active? ¿Cuándo se colocará? ¿Cuándo se activará? ¿Y cómo va a llevarse a cabo todo?

—Os equivocáis —comentó Risto Petrovic mientras se limpiaba la boca—. No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque hay cosas que son más grandes que el individuo.

—¿Qué quieres decir?

—Mandadme de vuelta a Kumla si queréis. Esto es mucho más grande que yo. No soy más que una pieza prescindible en una gran maquinaria.

Hjelm y Chávez se miraron. Con lo bien que les había ido hasta entonces para que ahora vaya y les salga con algo tan inesperado como... el idealismo.

Un idealismo enfermo, negro.

La variante más peligrosa.

—¿Lo van a mandar a Kumla? —preguntó Ludvig Johnsson.

Nyberg lo observó mientras daba mordiscos a otro muslo de pollo frío.

—No creo —dijo—. Todavía puede resultar un testigo valioso.

—De eso no estaría yo tan seguro —objetó Johnsson—. No creo que vaya a hablar. Está formado en un idealismo distorsionado. Cree realmente en la limpieza étnica y la pureza de la raza. El eslabón débil es Kullberg. Ahí todavía existe una oportunidad.

—Si es que sabe lo suficiente. Tengo mis dudas sobre eso.

—A mí me parece que sí. Creo que en eso tienen razón tus compañeros. Y estoy de acuerdo contigo: son muy buenos. Una pena que los pasara por alto cuando formé la unidad de pedofilia. Creo que también aciertan respecto a que la planificación se ha llevado a cabo en Kumla. Tres fascistas inteligentes idearon un atentado inteligente: Petrovic, Lindberg y Bergwall. Pero aún hubo otro facha inteligente más al que recurrir: Kullberg. No creo que lo dejaran fuera. Los otros tres —Carlstedt, Andersson y Sjöqvist— eran meros soldados de a pie, simple carne de cañón. Pero Kullberg no. Kullberg sabe.

—Quizá tengas razón. ¿Qué piensas que va a hacer Niklas Lindberg ahora?

—La entrega del material explosivo se realizará seguramente dentro de poco. Se lo compra a esa organización ultraderechista, pero sigue cabreado por no haber podido echar mano a los diez millones. Podría haber sido una explosión inolvidable. Aunque, la verdad, por un millón también se puede montar una que no esté mal. Pero Lindberg quiere los diez.

—¿Quieres decir que...?

—Sí. Yo creo que Niklas Lindberg va a ir a por Rajko Nedic directamente.

Capítulo 44

Él es rubio, ella morena, y están sentados al sol en la escalera de la iglesia de Högalid, enlazados en un abrazo. No están solos. En la escalera hay otras muchas parejas abrazadas que lamen con avidez los rayos del sol. No destacan entre los demás.

Es como un trozo de naturaleza enquistado en medio de la ciudad. El verdor se extiende en todas las direcciones, pero sólo en un espacio reducido. Luego el asfalto recupera el terreno. La jungla del asfalto.

No saben si es un oasis o una quimera, aunque dentro de muy poco lo averiguarán.

En el cielo azul claro sobre la bahía de Riddarfjärden unos ligeros velos nubosos emprenden su danza. Se transforman sin cesar, adquiriendo nuevas figuras siempre fugaces.

Es la danza de la metamorfosis.

Él baja la vista a sus zapatillas Reebok de hace cuatro años, del número 40; le parece ver un poco de moho. Han recorrido un camino demasiado largo. Ella contempla sus sandalias blancas, recién compradas, del número 40, luego alza sus ojos buscando los de él hasta que su mirada responde y sale a su encuentro. Las bocas se unen en un beso. El leve juego de las lenguas. La descarga que recorre el cuerpo.

No pueden dejar de tocarse. Nunca más van a estar solos. Pase lo que pase ahora, nunca más estarán solos. Piensan morir juntos, cuando el verdor de las hojas selle sus bocas.

Pero entonces serán viejos.

Acompañarán a los dioses hasta la cima de la montaña.

Se levantan y atraviesan el verdor del parque de Högalid. En la escalera de la iglesia queda un *Expressen* del 24 de junio. El titular, sobre el que alguien ha trazado un círculo con bolígrafo, anuncia a gritos: «Las hermanas que se esfumaron».

De *Las metamorfosis* de Ovidio, en cambio, no se separan; él se mete el pequeño libro en el bolsillo.

Un árbol grande se inclina sobre ellos. Les rodea los hombros con un brazo protector, que descansa todavía sobre ellos cuando llegan a la calle Hornsbruksgatan, enfilan la breve curva de Lignagatan y salen a Hornsgatan. Allí giran a la derecha, en dirección a Hornstull.

Luego se detienen y se quedan un rato delante de la sucursal del Föreningsparbanken.

Ella echa una mirada rápida, aviesa y huraña al otro lado de la calle. Levanta los ojos hasta la cuarta planta del edificio que está enfrente. Supone que la figura negra que le parece divisar en la ventana es algo que sólo existe en su imaginación.

Acto seguido entran en el banco.

El Grande está delante de la ventana contemplando la calle. Hace un calor insoportable. Un moscardón de resplandecientes tonos verdes le ha cogido cariño al sudor del hombre y desciende en picado una y otra vez sobre su frente. Ni siquiera se molesta en ahuyentarla con la mano; bastante peores son los moscardones que le atacan la frente desde dentro.

Y a éstos no se les aparta con un manotazo.

Filtraciones. Hace tan sólo un par de semanas esa palabra le resultaba desconocida. No formaba parte del vocabulario sueco de Rajko Nedic. Ahora surgía un día sí y otro también.

Todo empezó con el molesto policía Ludvig Johnsson, que había dado con aquello que no se podía dejar que nadie, bajo ningún concepto, encontrara. Estaba dispuesto a pagar lo que fuera para quitarse de en medio ese problema. Sabía muy bien lo que les ocurría a los pedófilos en la cárcel. Luego vino la traición de Risto Petrovic. Testigo en su contra. ¿Cómo manejaría ese asunto? Posiblemente se podrían limitar los daños porque los colaboradores no tenían acceso a suficiente información como para poder hundirle, en especial si eran hombres que venían importados directamente de los Balcanes. Más grave era la traición de Ljubomir; aunque él tampoco sabía gran cosa de los negocios. De éstos se iba a encargar Lordan. Pero Lordan murió. Ésa había sido su única traición. Y además estaban aquellos móviles que habían desaparecido del restaurante; su instinto le decía que no se encontraba ante un robo normal.

Eso también era una filtración. De alguna manera.

En ese momento ve algo —aunque no entiende lo que está viendo, sus células cerebrales no son capaces de hacer la conexión—, ve... A su hija. Ve a Sonja delante del banco en compañía de un jovenzuelo. Y no le cuadra. Es una ecuación imposible. Está delante de la ventana en la habitación de paredes insonorizadas con algo que parecen unos dorados cojines de burdel y no entiende nada. Se queda helado.

Dos móviles robados del restaurante Thanatos.

No le da tiempo a reaccionar. No le da tiempo a dar luz verde a sus hombres, a dar la orden de entrar en el banco, porque en ese preciso instante la puerta se abre de golpe y una lluvia de silenciosas balas siembra la muerte en la habitación. No se oye el menor ruido cuando caen. Tres de cinco. Contempla su cuerpo: no hay agujeros, no hay heridas ocultas de balas traicioneras, de esas que uno descubre cuando ya es demasiado tarde.

Los dos que han sobrevivido levantan los brazos. Sus rostros impasibles apenas se han inmutado. Al verlos comprende lo que hace la guerra con la gente.

No puede ver la cara del hombre, la tapa un pasamontañas dorado. El pequeño silenciador de la metralleta desprende un poco de humo. El individuo cierra la puerta

tras de sí, como si fuera una visita de cortesía. Habla un inglés cristalino pero con acento sueco:

—Conozco esos artilugios que lleváis en las mangas de las americanas. Haced el favor de no usarlos y sobreviviréis. Ahora sacad con mucho cuidado las pistolas que escondéis.

Los dos hacen lo que se les pide. El hombre se dirige a Rajko Nedic, a quien por primera vez en su vida le apunta una pistola.

—Y usted, señor Nedic, mantenga la calma —ordena el hombre en un sueco educado.

Tiene acento, piensa el Grande desconcertado, de Bohuslän o Västergötland. Puede que de Uddevalla o Trollhättan.

En el sofá hay un cadáver sentado, como si se hubiese dormido en su puesto, una idea de lo más inverosímil. El resto de los cuerpos yacen en el suelo. Resulta irreal. No puede estar pasando. Echa una mirada por encima del hombro, por la ventana. Sonja y el chico entran en el banco. Entonces sonrío. Una sonrisa torcida. De repente todo está muy claro.

—Sentaos —dice el hombre al tiempo que señala el sofá.

Los dos se sientan junto al cadáver y entregan las antes escondidas pistolas. El hombre los inmoviliza con manos rápidas y expertas, rodeándolos con una sólida cinta aislante. Parecen momias de plata.

Rajko Nedic siente el transcurrir del tiempo. Calcula cuánto le cuesta cada segundo que pasa. Sonja todavía no habrá entrado en la sala donde se hallan las cajas de seguridad. Todavía hay tiempo. Diez millones de coronas.

Diez millones o una hija.

El hombre se vuelve hacia él. Los ojos detrás de la cortina dorada son de un azul gélido.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí? —pregunta Rajko Nedic.

Tenía que ganar tiempo, pensar mientras hablaba, pensar en otras cosas.

El hombre lanza un bufido, pero la mirada no se desvía.

—Los he seguido desde Danderyd —explica en un tono lleno de desprecio para, con la mayor nitidez, añadir—. Necesito los diez millones.

—Yo también —replica Rajko Nedic—. Sin embargo, no puedo llegar a ellos yo solo. Pero no entiendo... ¿Usted no tiene la llave?

—Hay muchas cosas que usted no entiende. ¿Dónde está el dinero? ¿En qué banco? ¿Y cuál es el número de la caja de seguridad?

El Grande ya no se siente tan grande. Se imagina un curso de acontecimientos en el que le dice al hombre: «En el de ahí enfrente. Una chica y un chico están sacando el dinero *ahora mismo*». Al oírlo el individuo sale corriendo. El Grande libera a sus dos hombres aún vivos y lo siguen al banco, donde se produce un tiroteo. Sus héroes, monstruos de guerra, matan al sujeto. Y Rajko Nedic recupera sus diez millones.

Pero entonces debe sacrificar a su hija.

Matarla por segunda vez.

Y en ese instante, los gritos se desprenden de las paredes. Aquellos chillidos agudos y claros que se han almacenado en las porosas paredes que se parecen a dorados cojines de burdel. Penetran en los oídos de Rajko Nedic con un rugido ensordecedor, rompiéndole los tímpanos.

Dice:

—Eso no lo sabrás nunca.

Y por primera vez en su vida, el Grande se siente grande.

El individuo echa una ojeada a la ventana por encima del hombro de Nedic. A Nedic no le gusta esa mirada. Puede que descubra a Sonja cuando salga del banco. Quizá la reconozca.

Pero lo único que ve el hombre es un fugaz atisbo de ocho personas inconfundibles que se acercan sigilosamente al portal por Hornsgatan. En cabeza va una mujer joven con el pelo rapado.

El hombre suspira, le ata las manos a Rajko Nedic con la plateada cinta aislante, saca una pequeña cajita metálica del bolsillo, se la mete en la boca y luego le amordaza con la cinta. Envuelve su mandíbula como si fuese la de un cadáver. El Grande siente la diminuta cajita encima de la lengua. Sabe a acero. No tiene ninguna posibilidad de escupirla.

—Es una vieja promesa —indica el coronado antes de desaparecer.

Sara Svenhagen avanza con sus hombres. En la escalera se cruzan con un individuo de cuerpo atlético, pelo rapado y ojos de un azul claro que les saluda con un movimiento de cabeza. Como si ya se conocieran, le parece a Sara. Le hacen señas con la mano para que se aleje de allí y siguen subiendo las escaleras.

Al llegar a la cuarta planta desenfundan sus armas reglamentarias. Se dirigen a la puerta con el letrero donde pone Ahlström. Se congregan en torno a ella.

Entonces descubren que no está cerrada del todo, aunque lo parecía. Ven que alguien la ha abierto de una patada.

Se arriman a la pared de al lado, con las pistolas a la altura de la barbilla y pegadas al cuerpo. Abren la puerta.

Ven sangre. Mucha sangre. Tres cuerpos sin vida y dos momias de plata sentadas en un sofá.

Y otro más delante de la ventana. Sara reconoce a Rajko Nedic. En cuanto el apartamento está bajo control, se acerca a él. Está lívido bajo la cinta plateada y cabecea de un modo extraño. Quiere comunicarle algo. Ella extiende la mano para quitarle la mordaza, pero él niega con la cabeza frenéticamente y acto seguido sigue cabeceando arriba y abajo.

Entonces ella comprende.

El gesto quiere decir: *¡sal de aquí, maldita sea!*

Ella reacciona rápida como un rayo y sale con sus hombres al rellano de la escalera.

Cuando ya no están, el Grande se siente grande por segunda vez en su vida. A continuación, su cabeza revienta.

Sara Svenhagen oye la explosión. La comprende, pero aun así no del todo. Vuelven con mucho cuidado.

Rajko Nedic yace delante de la ventana. La cinta aislante de la boca se ha abierto y la sangre se filtra por el agujero. Sara manda toda precaución a la mierda, se acerca corriendo y despega la cinta.

Un trozo de carne sanguinolento cae al suelo. Su lengua.

Alguien le ha volado la lengua a Rajko Nedic.

Sara Svenhagen se pone en pie y se dirige tambaleante hacia la ventana. Necesita aire fresco. No puede. No consigue abrirla. No hay ningún aire fresco disponible.

Un moscardón de tonos verdes cae en picado sobre su frente.

Vomita contra el cristal de la ventana en el piso de las paredes insonorizadas que parecen dorados cojines de un burdel.

Salen del banco. Van de la mano. Se agarran fuerte. Muy fuerte. Entre ellos cuelga una bolsa atiborrada.

Ella echa una mirada rápida, aviesa y huraña al otro lado de la calle. Levanta los ojos hasta la cuarta planta del edificio que está enfrente. En la ventana hay una vomitona.

Ella sonríe. Le parece una digna despedida.

Capítulo 45

A Sara Svenhagen se la veía pálida y fatigada. Estaba sentada encima de la mesa de Hultin balanceando las piernas. A éste le parecía una imagen encantadora. El muy machista.

Lo que Sara acababa de contar, en cambio, no resultaba igual de encantador. Pero sí clarificador. Terriblemente clarificador.

Se hallaban todos menos Gunnar Nyberg y Kerstin Holm, de modo que difícilmente se daría un canto coral esa mañana de viernes de mediados de julio. Ese día comenzarían, con antelación, algunas disciplinas de los World Police and Fire Games y el sábado a las 15.00 tendría lugar la ceremonia inaugural. Pese a que no habían acudido tantos participantes como se preveía, y que los organizadores del evento habían sido llevados a juicio por su pésima gestión, el Estadio Olímpico de Estocolmo rebosaría policías procedentes de todos los rincones del mundo.

—¿Así que al subir la escalera os cruzasteis con Niklas Lindberg? —preguntó Arto Söderstedt.

—Sí —dijo Sara Svenhagen—. Aunque no sabíamos que existiera alguien con ese nombre. Los muros que hemos levantado entre nosotros han sido demasiado altos.

Echó un vistazo en dirección a Jorge Chávez, quien pálido y fatigado cruzó su mirada con la de ella. Su rostro reflejaba una profunda tristeza.

—¿Rajko Nedic ha dicho algo? —quiso saber Viggo Norlander.

Sara Svenhagen mostró una amarga sonrisa. Aunque, en realidad, por mucho que lo pareciera, no se trataba de una sonrisa.

—No —contestó—. No puede hablar. No podrá hablar nunca más.

—Pero ¿está vivo?

—Sí. Se encuentra ingresado en el hospital de Söder. Están intentando remendarle la boca. Aunque la lengua no se ha podido salvar.

—Una carga explosiva calculada con gran precisión —constató Hjelm—. ¿Tu papá ha dicho algo acerca del material?

Sara le lanzó una mirada oscura.

—Sí, mi padre ha dicho que se trata del mismo material explosivo. Y Rajko Nedic está detenido por abuso sexual a menores y distribución de pornografía infantil. Sin duda, vais a poder completar los cargos más adelante.

—Interesante que hayan aparecido Gillis Döös y Max Grahn —comentó Söderstedt—. ¿O sea, que esos dichosos ex inspectores de la Säpo, que en su momento casi se cargan una de nuestras investigaciones, han estado informando a Nedic sobre el caso?

—Sí, se hacen llamar «consultores de seguridad». Aunque no parece que hayan

podido averiguar gran cosa.

—Consultores sobrepagados, el pan nuestro de cada día —concluyó Söderstedt.

—Y el «policía» es, por tanto, Ludvig Johnsson —constató Hultin—. Chantajeaba a Nedic porque descubrió que era pedófilo. Y que se ha ido de vacaciones a un lugar desconocido. ¿Realmente no hay nadie que conozca su paradero?

—Sí —respondió Sara Svenhagen—. Y esa persona está con él ahora mismo.

—Gunnar, querido Gunnar —dijo Hultin con tristeza en la voz—. ¿Crees que corre peligro? ¿Crees que Johnsson sería capaz de cargarse a Nyberg para escapar?

—No —replicó Sara con absoluta convicción—. Eso es imposible.

—De nuevo Gunnar Nyberg se ha separado del Grupo A, pero en esta ocasión no creo que pueda argumentar que la ley está de su parte.

—¿Habrías actuado tú de otra manera? —preguntó Sara mientras lo miraba a los ojos.

Hultin cabeceó pesadamente.

—Lo cierto es que no —admitió—. Por eso no pienso tomar medidas contra él. De momento. Veremos cómo evoluciona el tema.

—Creo que están trabajando en una investigación paralela —intervino Hjelm—. A Gunnar se le ha metido entre ceja y ceja que Ludvig debe limpiar tras de sí. Y cuando a Gunnar se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien lo pare. Nunca.

—Sí, parece probable —convino Hultin—. Bueno, en cualquier caso, todo eso no es más que un paréntesis, porque ahora de lo que se trata es de evitar una masacre en los World Police and Fire Games. Nos quedan poco más de veinticuatro horas, así que de un momento a otro tendremos que empezar a plantearnos si la ceremonia inaugural se cancela o no. Lo cual no supondría precisamente una buena prensa para Estocolmo y la policía sueca. Nos convertiríamos en el hazmerreír de todo el mundo; por tanto eso es algo que debemos evitar. ¿Puedes resumir los interrogatorios que habéis realizado, Paul?

—Risto Petrovic está detrás de toda esta mierda. Tiene contactos con personas de mucho peso dentro de la extrema derecha, y esas mismas personas son las que van a proporcionarle a Niklas Lindberg las cantidades oportunas del material explosivo líquido. Un pepinazo de un millón de coronas; no es uno de diez millones, cierto, pero suficiente como para que el Estadio Olímpico pase a la historia. Y en el peor de los casos, puede matar a miles de personas, sobre todo a policías. Así que la cuestión es ¿cómo podemos llegar a Lindberg? Hay cuatro maneras: a través de sus amigos, de Kullberg, de Petrovic o de aquella organización paraguas de extrema derecha. Esto último resulta casi imposible; se trata de una organización que opera en la más absoluta clandestinidad, probablemente compuesta por individuos pertenecientes a las altas esferas de la sociedad en distintas partes del mundo que quieren ver una limpieza étnica a gran escala. La tercera alternativa es difícil. Creo que sólo saldría bien si pudiéramos encontrar un punto débil en Petrovic, algo que le hiciera pensar

como un ser humano y no como el sociópata gravemente trastornado por la guerra que es. La segunda es seguramente nuestra mejor opción. Ayer conseguimos desequilibrar a Agne Kullberg y sacarle lo de los World Police and Fire Games sin que se diera cuenta en realidad. Creo que todavía podemos conseguir más información de él. La primera opción es difícil, pero es posible que aún tengamos tiempo para husmear en el círculo de amistades de Lindberg y dar con alguien como... Una novia o un novio o alguna otra persona de confianza.

Hultin parecía *cool*. *Cool under fire*.

—Ya no estamos solos —dijo—. Mörner ha salido con todo a los medios de comunicación, pero como no se ha enterado de gran cosa, la información que les ha proporcionado ha sido bastante pobre. Lo que se les ha dado de momento son cuatro incidentes que se han convertidos en cuatro jugosos titulares: «La Bomba de Kumla», un muerto; «La Matanza de Sickla», cinco muertos y un herido; «El Tiroteo de Skövde», dos muertos y dos heridos; «El Ataque de Hornstull», tres muertos y un herido. Esto se parece cada vez más a un campo de batalla. Llevamos once cadáveres, y como todos conocemos la afición de los del *Svenska Dagbladet* por contarlos, creo que ya va siendo hora de que esto pare. No se ha revelado nada sobre Nedic, el «policía», Orfeo y Eurídice, ni de la amenaza que se cierne sobre los juegos policiales. Evidentemente, la prensa intenta que las piezas encajen lo mejor posible, lo que, a ratos, ha desatado unas especulaciones bastante entretenidas, si a uno le va el humor macabro, claro. Algo que no es nuestro caso. De todos modos, el rostro de Niklas Lindberg aparece en las portadas de todos los periódicos del país, lo que debería reducir algo su campo de actuación. Ahora tenéis a vuestra disposición a tantos policías como podáis encontrar. Poned una porra en manos del jefe de la DGP y saldrá por ahí a blandirla en el aire. El poder está en vuestras manos.

—O posiblemente en las tuyas —apostilló Söderstedt.

Hultin lo ignoró por completo.

—El poder está en vuestras manos —repitió—. Usadlo bien. Respetaremos el siguiente reparto de tareas: Paul y Jorge seguís con los interrogatorios. Pulsad todas las teclas que encontréis. Golpead bajo. Arto y Viggo os encargáis del material internacional sobre Petrovic. Buscad posibles puntos de chantaje, padres, hermanos, lo que sea.

Hultin abrió la boca para continuar. Pero no había continuación, se le había acabado el personal.

Aunque no del todo.

—Yo puedo ayudar con los amigos de Lindberg —se ofreció Sara Svenhagen—. Si derribamos los muros.

De nuevo dirigió una mirada hacia Jorge.

—De acuerdo —replicó Hultin con gesto neutro—. Tú y yo trabajamos con los círculos de amistades de Lindberg. Algo deberíamos encontrar.

Se levantó Jorge Chávez. Su rostro reflejaba una profunda seriedad. Parecía pesar

sobre él la gravedad de la situación.

—Respecto a los muros que hay que derribar —empezó, como si tuviera la intención de pronunciar un largo discurso—. Si Sara y yo no los hubiésemos levantado entre nosotros, este caso se habría podido resolver antes. Habríamos localizado antes al «policía», a Nedic y, sobre todo, Sara habría podido detener a Lindberg en la escalera de Hornsgatan, 131. De alguna manera, estoy contento de que no lo hiciera, porque él no se habría entregado sin oponer resistencia. Y entonces, la vida de mi futura esposa habría estado en peligro.

Se miraron. Se formó un vacío en medio del cuartel general del alto mando. El tiempo, a punto de agotarse, quedó suspendido. Pesadas cargas se levantaron de los hombros, pero sólo durante un instante.

Durante el cual Jorge Chávez dijo:

—No más muros, Sara. Nunca más. Te pregunto ante las personas que me son más cercanas: ¿quieres casarte conmigo?

En los labios de Sara Svenhagen se dibujó una leve sonrisa.

—Si cogemos a Niklas Lindberg —respondió.

Luego se unieron en un beso delante de la mesa de Hultin.

Él no tuvo la más mínima objeción.

Capítulo 46

De noche. Un garaje abandonado en alguna parte de Estocolmo. Un coche que esperaba. Una sombra que se subía a él.

Una luz muy débil caía sobre el conductor. Un rostro imperturbable. No se dio la vuelta. No le hacía falta; veía de todas maneras.

—Puedes quitarte eso —dijo en inglés.

Niklas Lindberg se quitó el pasamontañas dorado. En la mano llevaba una bolsa de Konsum.

—¿Es eso el dinero? —preguntó el individuo con un cierto tono de repugnancia—. ¿Cómo es posible que te hayas dejado escapar los diez millones? No es buena señal.

—Lo lamento —replicó Lindberg—. Aquí dentro hay novecientas veintiséis mil setecientas setenta coronas.

El hombre cogió la bolsa y la sopesó.

—Mmm —gruñó—. Procura esmerarte algo más en el futuro, ¿eh? Porque si no, no nos serás de ninguna utilidad. Por cierto, a Petrovic lo han cogido.

—¿Lo han cogido?

—La policía lo está interrogando. Los inspectores Hjelm y Chávez. ¿Los conoces?

—¿Un puto sudaca? No.

—¿No? Pues han destapado todo vuestro plan. Esto no pinta nada bien. No nos gustaría que os relacionaran con nosotros.

—Risto no hablará, así que no tenéis por qué preocuparos.

—¿Y Kullberg?

—Kullberg tampoco. Todo está en orden.

El hombre inclinó la cabeza hacia atrás unos milímetros. Pareció que pasaba una eternidad antes de que dijera:

—¿Que todo está en orden? Vas dejando rastros a diestro y siniestro y luego dices que todo está en orden. Pues yo te digo: *No* todo está en orden. ¿Entendido?

—No hablarán, te lo prometo. ¿No te basta con eso?

—Cambiemos de tema. ¿Las muestras han sido de tu agrado?

—Absolutamente. ¿Y la carga explosiva? ¿Ya se ha colocado?

—Está en su sitio. Y la bandera puesta.

—¿La bandera? ¿No habíamos quedado en un poste de corner?

—Ha habido cambios de última hora. Ahora las premisas son otras. La policía ha activado la alerta máxima y no podemos correr el riesgo de que los perros antiexplosivos encuentren algo. Todos los tests han indicado que la sustancia no les hace reaccionar, pero hay que estar cien por cien seguros.

—¿Qué bandera?

El hombre del rostro imperturbable, por muy sorprendente que pudiera parecer, soltó una carcajada. Seca y breve.

—La sustancia se ha introducido en la bandera que se va a llevar en el desfile inaugural. En *la bandera sueca*. De alguna manera nos pareció lo más oportuno.

—Ahí sí que se puede hablar de abanderar la causa —se rió Niklas Lindberg.

El hombre le lanzó una mirada gélida y Lindberg se calló de inmediato.

Le entregó un sobre. Lo abrió y sacó una llave, un papel, así como una pequeña cajita negra y plana provista de un botón rojo. Parecía una calculadora de bolsillo, del tamaño de una tarjeta de visita.

—La llave de la puerta —informó el hombre—. En el papel tienes el nuevo código del portal; lo cambiaron ayer. Y el detonador ya lo conoces. ¿Por qué le volaste la lengua a Nedic?

—Para cumplir una vieja promesa —explicó Niklas Lindberg; acto seguido metió las cosas en el bolsillo y abrió la puerta del coche.

El hombre lo detuvo cogiéndole del brazo.

—Otra cosa —señaló—. Existe el riesgo de que cancelen la ceremonia inaugural. Si eso ocurre, no volveremos a vernos nunca más. Y eso realmente significa *nunca*. ¿Queda claro?

—De acuerdo —respondió Niklas Lindberg con énfasis—. No os voy a traicionar. Soy un gran admirador vuestro, desde febrero del año ochenta y seis^[4].

—No debías de ser muy mayor por aquel entonces —dijo el hombre, soltándole el brazo.

A continuación Lindberg se transformó en una sombra que se fundió con la oscuridad.

Durante un instante, el hombre del rostro imperturbable se dejó llevar hasta el mes de febrero de 1986. Aquello merecía respeto, pues habían conseguido cambiar el rumbo de un país. Un golpe de estado invisible.

Una bomba había explotado en la bandera sueca.

Y había llegado la hora de nuevo.

Ya estaba bien de nostalgia. El hombre del rostro imperturbable arrancó el coche y se marchó.

Lejos de allí.

Capítulo 47

—No la van a cancelar —dijo Gunnar Nyberg y se reclinó en la silla.

Estaban sentados a la luz de las velas y de las lámparas de queroseno en la vieja cabaña del siglo XIX de la provincia de Uppland. Delante de ellos tenían unos modernos ordenadores portátiles con los que a través de sus teléfonos móviles se conectaban a internet y al ordenador central de la policía.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Ludvig Johnsson mientras se acariciaba la calva.

—Un informe interno —explicó Nyberg, señalando la pantalla—. El director de la DGP, el jefe de la policía criminal, el ministro de Justicia, el primer ministro, el jefe de la Säpo y Mörner llevan reunidos casi toda la noche. Es imposible. La pérdida de prestigio sería demasiado grande. Además, ha habido presiones internacionales. Las fuerzas policiales del mundo entero se convertirían en el hazmerreír de todos. Si no podemos protegernos a nosotros mismos, entonces ¿cómo vamos a proteger a los demás? Se corre el riesgo de que eso sea el golpe de gracia para la policía tal y como la conocemos.

—Y si estalla la bomba, ¿qué te parece eso como golpe de gracia?

—Pues qué quieres que te diga... Su razonamiento es más o menos el siguiente: No podemos permitir que estalle una bomba. No puede estallar una bomba. En fin, una argumentación con un profundo arraigo práctico.

Ludvig Johnsson se quedó quieto. Cerró los ojos. No sabía si realmente también se le podía considerar el responsable de todo esto, pero le daba igual porque todo era culpa suya, lo sabía, y ahora la situación estaba a punto de descontrolarse por completo.

Tomó una decisión.

—¿Otra cerveza? —preguntó mientras se levantaba. La ropa de deporte permanecía adherida al cuerpo.

—¿Por qué no? —contestó Nyberg—. No creo que podamos avanzar mucho más. Nos hemos atascado. ¡Joder! Estaba convencido de que íbamos a encontrar un resquicio en alguna parte pero es imposible. Me cago en diez, es imposible. ¡Mierda!

Johnsson volvió y puso una lata abierta de cerveza delante de su amigo. Acto seguido, abrió la suya y le pegó un par de buenos tragos. Nyberg se bebió media lata de una vez.

—Joder, Ludvig —dijo—. Lindberg machacó a Nedic. Le reventó la lengua. ¿No hay ninguna pista ahí?

Ludvig Johnsson permaneció inmóvil, con la mirada perdida en el vacío y negando lentamente con la cabeza.

—No hay ninguna solución —sentenció.

—¿Qué hora es? —preguntó Nyberg.

Johnsson se tomó otro trago de cerveza y miró el reloj.

—Casi las seis. Las seis de la mañana del sábado 17 de julio. Quedan nueve horas para la inauguración.

Ludvig Johnsson ya no estaba quieto; muy despacio, había empezado a dar vueltas hasta que al final atravesó la habitación girando mientras ésta se plegaba como un libro.

Nyberg se desplomó encima de la mesa de plástico. Se quedó tumbado apoyado en la mejilla mientras la habitación seguía plegándose, una y otra vez, hasta que sólo quedó un pequeño cuadrado en medio de la gran negrura.

—Lo siento, Gunnar —se oyó decir a la voz de Ludvig Johnsson desde algún lejano lugar—. Ahora la limpieza corre de mi cuenta. No hay otra forma de hacerlo.

Luego se hizo plop, y el pequeño cuadrado desapareció.

Bien es cierto que Agne *La Bala* Kullberg parecía algo fatigado, pero la mirada era cristalina. No se dejaría engañar una segunda vez. Ya conocía los trucos. Tenía una única estrategia: estarse calladito, no abrir la boca ni una sola vez.

Lo había logrado durante casi veinticuatro horas. Eran las once, y Paul Hjelm sentía cómo la desesperación se iba apoderando de él.

Quedaban tres horas para la inauguración de los World Police and Fire Games en el Estadio Olímpico de Estocolmo.

Había sido una noche extraña. Nadie había dormido. Söderstedt y Norlander habían localizado a los padres de Petrovic. Vivían en Alemania y a través de ellos dieron con un hermano que tenía problemas con la justicia. Se hicieron con una orden de extradición falsa para el hermano que le obligaría a volver a Serbia. Hjelm y Chávez llevaron el documento a Tumba para enseñárselo a Petrovic. El inspector Lars Viksjö desprendía una sensación inequívoca de llevar seis meses durmiendo vestido con esa misma ropa.

—Hemos conseguido probar que tu hermano es serbio y que debe ser extraditado a Serbia —indicó Hjelm.

Petrovic los observó, la mirada oscilaba como un péndulo de Hjelm a Chávez, de Chávez a Hjelm.

Luego soltó una estruendosa carcajada.

—Mi hermano es retrasado —aseveró.

Vaya, la idea se acababa de ir al garete. Y Petrovic no dijo nada más. Mostraba un aguante envidiable. Volvieron a los calabozos donde estaba Agne *La Bala* Kullberg, aún más callado. Una terrible sensación de impotencia empezaba a apoderarse de ellos.

Sara Svenhagen comunicó desde Trollhättan que había conseguido sonsacarles a

los padres y a la ex mujer de Lindberg tres direcciones en Estocolmo hasta el momento desconocidas. Hultin y Norlander fueron a comprobarlas y hablaron con gente que no comprendía nada, que nunca había oído hablar de Niklas Lindberg y que encima se mostraba de lo más antipática. Y aunque eran dos policías que no dudaban en tratar con mano dura al personal si resultaba necesario, no les servía de nada en ese caso, pues los antipáticos, simplemente, no sabían nada.

A Söderstedt se le ocurrió una nueva aunque vaga idea para hacer hablar a Petrovic. Encontró una página web de una organización fascista que le pareció inesperadamente oficial. ¿Y si le amenazaran con difundir que había cantado? Hjelm y Chávez le lanzaron la amenaza a Petrovic quien, efectivamente, pareció algo tocado, aunque no lo suficiente. Le presionaron con todos los medios a su alcance pero no sirvió de nada. Siguió inmerso en su mutismo.

Hordas de policías registraron el Estadio Olímpico y sus alrededores. No creían que Lindberg se atreviese a activar la bomba desde el mismo Estadio; pero lo más probable era que se apostara en algún sitio desde donde pudiera verlo. Por lo tanto, recorrieron todas las casas del barrio de Östermalm desde las que se alcanzaba a ver el Estadio, y no fueron pocas. La operación puerta a puerta ya estaba en marcha y hasta el momento había dado algunos datos de posible interés, aunque nada realmente concluyente. Lo que sí se podía concluir, sin embargo, era que la gente no tenía en gran estima a sus vecinos.

La noche pasó. Hjelm y Chávez continuaron apretándole los tornillos a La Bala sin resultado alguno. No iba a hablar.

Llegaron a considerar métodos más ilegales. Incluso se planteó la posibilidad de recurrir a *la tortura*. Fue un momento profundamente desagradable, algo de lo que no se dieron cuenta hasta después. Como si la democracia de repente se ausentara. Como si la bandera sueca de pronto estallara en mil pedazos.

Al final, dieron las once y no hacían más que mirarse fijamente. En un lado de la mesa La Bala y en el otro Hjelm y Chávez.

Punto muerto.

—Quedan tres horas —constató Hjelm fatigado—. Si un atentado tiene lugar en el Estadio Olímpico, nunca más verás la luz del día sin rejas de por medio. Esa carrera que querías hacer va a ser muy larga.

La Bala los observaba con los ojos entornados.

—¿Estás dispuesto a tirar tu vida por la borda por este ridículo atentado? —inquirió Chávez con el mismo tono de cansancio que su compañero—. ¿Tan importante te parece matar a unos cuantos bomberos de Venezuela?

La Bala seguía impassible.

—¡Me cago en la puta madre que te parió! —gritó Chávez, que abandonó la celda dando un portazo.

Hjelm se quedó. Sonó su móvil.

—Una última oportunidad —le informó Hultin—. Uno de los antipáticos nos ha

llamado hablando de una posible novia de Lindberg que por lo visto vive en Gnesta. ¿Venís?

—Sí —respondió Hjelm sin dudarle ni un instante.

Llamó al guardia y se aseguró de que Agne *La Bala* Kullberg quedara a buen recaudo en su celda. El agente era un veterano del lugar quien, tras echar el cerrojo, volvió arrastrando los pies al mostrador que había en la entrada a los calabozos. Se quedó mirando a Hjelm cuando éste salía. Toda la noche, pensó moviendo incrédulo la cabeza. ¿Es que no tenéis vida, chavales? ¿No tenéis familia ni amigos? Miradme a mí, entro a las nueve y salgo a las cinco. Eso sí que es vida. ¿De qué os sirve trabajar tanto? ¿Creéis que sois más felices así?

Un par de minutos más tarde, un hombre se acercó al mostrador, enseñó su placa y dijo:

—Agne Kullberg, por favor.

El guardia, mientras movía la cabeza incrédulo, dijo:

—Hay que ver, ustedes no se rinden nunca, ¿verdad? Firme aquí, señor inspector.

El guardia acompañó al inspector por los pasillos y le dejó entrar en la celda de Agne Kullberg. Un preso muy solicitado.

El guardia se quedó mirando al policía durante unos instantes. Hasta ese instante no había sentido el olor a sudor viejo que desprendía su ropa. ¿No podían al menos ducharse antes de venir? ¿Y vestir algo un poco más apropiado, y no un viejo chándal sucio?

El guardia movía incrédulo la cabeza mientras regresaba a su mostrador, donde pasaba todos los días de nueve a cinco. Una vida cómoda bien merecida.

Ludvig Johnsson entró en la celda y le mostró a *La Bala* su identificación. Acto seguido, sin mediar palabra, se acercó al preso y le inyectó algo en el brazo.

Gunnar Nyberg fue recobrando poco a poco la conciencia. De pronto, en algún sitio, se le apareció un pequeño cuadro que lentamente se iba desplegando, paso a paso, hasta que recuperó todo el campo de visión. Aunque no guardaba ningún parecido con lo de antes. Las sienes le palpitaban violentamente y cuando intentó levantarse, los ciento cuarenta y seis kilos volvieron a desplomarse ruidosamente en la silla.

Los ordenadores se habían quedado sin batería, las pantallas estaban negras. Levantó el primer teléfono móvil. También muerto. En el otro aún quedaba algo de vida.

Mientras marcaba el número de Hultin intentó reconstruir los acontecimientos. Consiguió levantar el brazo y echar un vistazo al reloj. Dios mío, pensó, las tres menos veinticinco. Todo estaba perdido.

En vez de desesperarse trató de pensar. Había una cosa, sólo una cosa, en la que Ludvig Johnsson había insistido una y otra vez durante su intento de investigación conjunta: Agne *La Bala* Kullberg era el eslabón débil.

—Hultin —dijo alguien a su oído.

—¿Dónde estás? —preguntó Nyberg sin reconocer su voz, algo que, sin embargo, era una sensación ya conocida.

—¿Gunnar? ¿Y tú dónde estás?

—En Grillby. Pero olvídalo. Esto es importante.

—Acabamos de volver a la comisaría. Hemos ido a Gnesta a hablar con la novia de Lindberg, pero resulta que lo dejaron hace seis meses y sólo se habían visto en Kumla. No nos ha aportado nada en absoluto.

—Ludvig ha ido a por La Bala. Compruébalo.

—¡Mierda! —replicó Hultin—. ¿Vienes?

—En cuanto pueda —respondió Nyberg antes de colgar.

Intentó levantarse de nuevo. Esta vez le fue mejor. Aunque a saber si sería capaz de conducir un coche.

Lo único que tenía claro era que nunca más vería a su amigo de juventud.

Eso estaba muy claro. Más claro que el agua.

Y la tristeza le brotó desde dentro como lava ardiente.

Hultin, Hjelm y Chávez se encaminaron a toda prisa a los calabozos. En el mostrador, el guardia tenía aspecto de cansado. No, una vez más no, por favor. *Get a life, guys*. Sí, un inspector de la policía criminal llamado Ludvig Johnsson había estado. Vestido con un chándal sudoroso. Sí, estuvo en la celda de Kullberg durante casi una hora. No, desde entonces nadie había entrado en la celda.

Recorrieron los pasillos a la carrera. Al guardia le tocó imitarlos. Hacía mucho que sus piernas no se movían con tanta rapidez.

Les abrió la puerta.

Encontraron a *La Bala* Kullberg atado a la silla con cuatro cinturones de cuero. Tenía la cara hinchada y llena de moratones. Las uñas sobresalían de los dedos en ángulos raros. Llevaba los pantalones por los tobillos y todo el bajo vientre y los órganos genitales estaban morados. Le había amordazado con cinta aislante plateada.

Tenía los ojos cerrados.

Hultin arrancó la cinta. La Bala se despertó. Los observó aterrado.

—No me matéis —consiguió pronunciar con voz débil.

Hjelm lo miró a los ojos. La mirada le resultaba rara.

—Está drogado —dijo.

—¡Dios mío! —exclamó Chávez.

—Parece que Ludvig se ha tomado esto de forma personal —continuó Hultin—. Vale, a ver, Agne. No te vamos a matar. Tranquilo. Dinos solo lo que le contaste a Johnsson. Entonces salvaremos a Lindberg.

—Teníais razón —admitió La Bala mirando a Hjelm y Chávez de forma extraña—. En el colegio era un empollón. Agne el Mierda. Así me llamaron durante todo el

colegio. Matrícula de honor para Agne el Mierda. *No me llamo Agne, cabrones.*

—¿Qué le has contado a Ludvig Johnsson? —insistió Hjelm—. Venga, Bala, dínoslo.

—Le dije que delante de mí nunca han desfilado chicas para reírse de mi polla calva. Nunca. Pero me acuerdo de cuando me ataron con toallas y me la golpearon hasta que se me puso azul. Mira lo azul que es.

—Ha sido Ludvig Johnsson quien te ha hecho eso, Bala —dijo Chávez—. Ya nadie te llama Agne.

—No —jadeó La Bala—. No. Me llamo La Bala. Soy la munición más dura que hay.

—¡Bala! —gritó Hjelm—. ¡Concéntrate! ¿Dónde está Nicke?

—Pues en Valhallavägen, 88, claro, ¿dónde va a estar? Pero ¿vosotros qué os habíais creído, hijos de puta?

Lo soltó así. Sin más.

Atravesaron corriendo los pasillos del edificio de la policía.

—¿Hora? —preguntó Hultin.

—Y cinco —respondió Chávez.

—La Unidad Nacional de Intervención —dijo Hjelm—. ¿Dónde está?

—En el Estadio —contestó Hultin mientras marcaba un número—. ¿Oiga? Tenemos una dirección. Valhallavägen, 88. Probablemente en la última planta. Lo único importante es que no consiga apretar el botón del detonador. Todo lo demás carece de importancia.

—Vamos al coche —dijo Hjelm.

Estaba sentado en el balcón. En la mano descansaba la pequeña calculadora del tamaño de una tarjeta de visita con su único botón rojo. Acariciaba el borde suavemente con el pulgar. Todo el poder concentrado en un punto. Como debía ser. Así todo era más sencillo. El hombre carecía de capacidad para adaptarse a la democracia. La era de la democracia había sido la más sangrienta en toda la historia de la humanidad; un dato que hablaba por sí solo. Una vida sencilla y pura. Eso era todo lo que quería. Y para alcanzarla resultaban imprescindibles algunos sacrificios.

Bajó la mirada hacia el Estadio Olímpico de Estocolmo. Unas vistas perfectas. Contaban con unos recursos increíbles. Estaba impresionado, y eso no pasaba muy a menudo. En realidad, no le sucedía desde el mes de febrero de 1986.

La ceremonia inaugural dio comienzo. Hacía sol, pero las nubes acechaban más allá de Gärdet. Pronto el tiempo cambiaría.

De verdad.

Primero la música, que le llegaba extrañamente distorsionada. Después empezaría el desfile. Era muy probable que Suecia lo encabezara. La bandera iba a implosionar. Algo que llevaba tanto tiempo preparándose... Los parásitos llevaban tanto tiempo

comiéndose la bandera. El orgullo de la nación.

Sintió un pinchazo en la mano. Como un calambre. Al bajar la mirada, una avispa se aferraba a su dedo pulgar. Dejó el detonador en la mesa y la aplastó con el dedo corazón. El dolor se extendió por toda la mano.

Qué ironía, pensó, y oyó un clic.

El clic del seguro de un arma.

Desvió la mirada hacia el interior del apartamento. En la puerta había un hombre calvo en chándal que le apuntaba con una pistola.

—Llevo un cuarto de hora esperando a que dejaras ese chisme —dijo Ludvig Johnsson.

—Una avispa me ha picado —explicó Niklas Lindberg.

—Policías de todo el mundo salvados por una avispa. Qué ironía.

—¿Verdad?

—Un solo movimiento en esa dirección y disparo. Levántate y acércate despacio hacia aquí.

Niklas Lindberg permaneció quieto. La pistola le sobresalía de la cinturilla de sus pantalones. No le daría tiempo a cogerla. Pero ¿y el botón del detonador? Bueno, pues, sí, sería... Un sacrificio. Tendría el reconocimiento póstumo.

Lo intentó. Movié la mano lo más rápido que pudo.

Ludvig Johnsson vació todo el cargador sobre Lindberg. La mano alcanzó el borde de la mesa pero no más lejos. Se deslizó por ella, cayó y se quedó colgando.

Johnsson permaneció quieto respirando pesadamente.

Hanna, Micke, Stefan: mi regalo para vosotros.

Salió al balcón y con mucho, mucho cuidado, levantó la pequeña placa negra con el botón rojo.

En ese momento, la puerta salió volando y la Unidad Nacional de Intervención irrumpió en la casa.

Vieron al hombre en el balcón. En cuestión de una milésima de segundo identificaron el mecanismo en su mano y lo acribillaron a balazos.

Los disparos fueron tantos que nunca iban a poder contarse. El cuerpo se elevaba y continuaron disparando. El cuerpo fue arrojado por encima de la barandilla del balcón y continuaron disparando. Y siguieron incluso cuando el cuerpo caía en picado a través del aire del barrio de Östermalm como un mediocre paracaidista y aterrizó en la calle Valhallavägen con un ruido sordo, más allá de lo humano.

Encima de la mesa del balcón, junto al cadáver de Niklas Lindberg, estaba el detonador.

Había caído con el botón rojo hacia arriba.

En el Estadio Olímpico la ceremonia de inauguración seguía su curso.

Capítulo 48

Gunnar Nyberg cantaba. Cantaba como si su vida dependiera de eso. En un extremo de la fila del coro, rodeado por la esplendorosa belleza de la iglesia de Kungsholmen, elevaba su voz con toda la fuerza que su enorme cuerpo era capaz de movilizar. Su bajo casi ahogaba al resto del coro.

«Llega el verano y vuelven las bellas flores a los campos...»^[5].

Ni más ni menos.

En el entierro de Ludvig Johnsson cantó solo. Un aria de Verdi. Uno más de los muchos homenajes en el funeral de un héroe. El comisario Ragnar Hellberg pronunció un discurso magnífico en el que pasó por alto cualquier detalle dudoso del difunto. Todo lo contrario, el cuerpo de policía tenía por fin a su esperado héroe. La historia se modificó para adaptarse mejor a los periódicos vespertinos, que eran los que dirigían la dramaturgia del país: Johnsson se había lanzado en solitario tras la pista de Lindberg y había conseguido neutralizarlo, pero sin poder evitar caer en esa última batalla. Murió como un héroe.

Un héroe que había torturado a un sospechoso.

Dos días después de su deceso llegó el material completo sobre los crímenes pedófilos de Rajko Nedic, enviado por el amigo de la infancia de Johnsson que vivía en Säffle.

Mientras cantaba, por un breve instante Nyberg creyó divisar a una familia sentada al fondo. Dos chavales, una madre y un padre. El padre los abrazaba mientras se reía ruidosamente, de todo y de nada.

Aunque, por otro lado, cuando cantaba le afloraban todo tipo de visiones.

En cuanto esto terminara, cogería vacaciones. Iría a Östhammar y se autoinvitaría a la casa de su hijo. Durante mucho, mucho tiempo.

En el abundante material de la investigación tampoco se mencionaba ningún tipo de actuación por parte de Gunnar Nyberg que no fuera ejemplar.

Mientras cantaba por la vida, dirigió la mirada al otro extremo del gran coro de la policía. Allí estaba Kerstin Holm, cantando con la cabeza vendada y sonriéndole. Le devolvió la sonrisa.

Kerstin Holm cantaba la segunda voz del alto. Hacía que las demás voces se unieran, aunque lo que entonaba no se parecía en nada a la melodía del salmo.

Cantaba por la vida, porque algunos inexplicables milímetros la habían separado de la muerte. Cantaba y daba gracias, pero no sabía a quién. Ni siquiera dentro de esa iglesia en la que se hallaba sabía a quién agradecerse. Ni por qué.

Y pensaba en Orfeo y Eurídice. Había ido con Paul al apartamento de Per Karlsson en Aspudden. Hacía mucho tiempo que nadie lo pisaba. Una capa de polvo

se había acumulado sobre *Las metamorfosis* de Ovidio, que yacía abierto sobre la mesa. Entre el desorden de la casa dieron con un álbum fotográfico del colegio Samskolan, en Danderyd. Tras buscar un rato encontraron la clase de Per Karlsson. Séptimo curso. Era un pequeño rubiales, una cabeza más bajito que el segundo más menudo de la clase. Tenía un aire *porfiador*. Al fondo se veía a una chica morena bastante grande. Con aire de *dura*. Se llamaba Sonja Nedic.

Eurídice se había registrado en el hotel de Skövde con el nombre de Sonja Karlsson. Luego se convirtió en Baucis.

La hija de Rajko Nedic era, por tanto, quien debía de haber cogido los dos teléfonos móviles del restaurante de su padre, el Thanatos, en Östermalm. De alguna manera se enteraría de que su padre planeaba una gran transacción económica y que el lugar del encuentro se iba a decidir en el restaurante Kvarnen, en Södermalm, la noche del 23 de junio. Hasta allí envió a su amado Per Karlsson, ese Orfeo que la había salvado del inframundo con su canto, ese Filemón que iba a morir junto a ella en la vejez, y él descubrió que la entrega se iba a realizar en el polígono industrial de Sickla. La pareja se dirigió hasta allí, y si hubiesen intentado robar a los despiadados criminales de guerra enviados por su padre, con toda seguridad ahora estarían muertos. Sin embargo, no fue así. En su lugar, el maletín acabó en sus manos como caído del cielo, gracias a, por paradójico que pueda parecer, una banda de atracadores nazis. De modo que lo cogieron y se largaron, pero dentro no había dinero, sino sólo una llave. Sonja reflexionó sobre posibles bancos en los que podía estar la caja de seguridad. No tenía ni idea, aunque sabía en qué zonas distribuía su padre la droga, así que se dividieron y cada uno buscó por su lado. Dos caminos serpenteantes que recorrieron el mapa de Suecia.

Paul y Kerstin siguieron registrando el pequeño apartamento de Per Karlsson. Por todas partes se veían extrañas esculturas de madera en todas las formas imaginables, y también encontraron un vestidor reconvertido en taller. El suelo estaba cubierto de limaduras de hierro y en una papelería descubrieron una plancha, de la que se había extraído una llave. Al compararla con la de la caja de seguridad, resultaba evidente que se trataba de los mismos dientes y guardas.

Poco más de una semana después de la inauguración de los World Police and Fire Games, la ADNS, la Asociación para los Derechos de los Niños en la Sociedad, comunicó que habían recibido una cuantiosa suma de dinero, concretamente cinco millones de coronas. El dinero se había ingresado en la cuenta de la organización desde un banco en París.

De modo que Filemón y Baucis encontraron al final su caja de seguridad.

Kerstin Holm cantaba y, por primera vez en su vida, le parecía que se había hecho justicia.

Fijó la vista en Jan-Olov Hultin, quien, en compañía de su mujer, estaba sentado en la primera fila de la iglesia, en medio de la numerosa familia Chávez. Chávez padre, Carlos, echaba de vez en cuando una mirada llena de suspicacia al hombre de

la voluminosa nariz y las gafas de búho. ¿No era un individuo con ese aspecto el que una vez, durante un partido de fútbol entre equipos de veteranos, le había partido las cejas de un cabezazo?

Hultin echaba de menos su césped. Estaba ansioso por subir y bajar, como Sísifo, su cortacésped manual por la pendiente, esquivando cada mata de mala hierba según el principio «vive y deja vivir», lema tristemente desatendido.

Luego se daría un chapuzón en el lago Ravalen, jugaría de nuevo en el equipo de fútbol de veteranos de la policía de Estocolmo, viajaría a Grecia y nunca más volvería a matar a una persona. Ya estaba bien.

Pero la jubilación todavía tenía que esperar.

Y eso que le resultaba más difícil que nunca separar la mala hierba de la buena.

Echó una ojeada furtiva al otro lado del pasillo hacia Viggo Norlander, que se hallaba sentado al lado de su Astrid, embutido en un frac demasiado pequeño. Sobre el hombro le colgaba la pequeña Charlotte con la «cara hueca-torcida», de la que salió una vomitona blanca que cayó en el frac como la mierda de una gaviota. Luego se echó a llorar. Norlander le dio suaves palmaditas en el culo y no dijo «cállate» ni una sola vez.

Norlander, por su parte, miró con disimulo al otro lado del pasillo hacia una curiosa agrupación de cabezas muy blancas. Nunca había visto a la familia Söderstedt al completo. Arto, peinado con una raya impecable, como un bracero de los años treinta en día festivo, siguió la mirada de Norlander mientras ésta trepaba peldaño a peldaño por cinco cabezas infantiles de pelo blanco, pasando por una materna, con pelo igual de blanco, hasta alcanzar la repeinada cabeza del padre. Éste advirtió que estaban sentados en la escalera, sonrió y se señaló el hombro. Norlander tocó el pringue que manchaba el suyo moviendo la cabeza en un gesto de impotencia.

Söderstedt pensaba en el crédito que se había visto obligado a pedir en el banco para poder pagar el flamante vehículo familiar Toyota Picnic. Sabía que había otras muchas cosas en las que debería centrar su atención, pero le daba pereza. Ahora mismo no. Pensaba en lo divertido que sería conducirlo. Por fin estaban de vacaciones y la familia tenía coche, aunque no se podían permitir ir a ningún sitio. Le pareció que se aproximaba a una fundamental paradoja de la sociedad. Sin embargo, le daba pereza seguir el hilo del pensamiento que lo conduciría a ella. Ahora mismo no.

El coro dejaba que el salmo se fuera apagando en un extraño y prolongado tono bajo que fue sustituido por los más que conocidos primeros acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn.

Los novios avanzaban lentamente por el pasillo. Él era moreno, ella rubia. Y ya no había muros entre ellos.

Sara Svenhagen contempló a su padre mientras recorría el pasillo. Brynolf Svenhagen, el jefe de los técnicos forenses, áspero como una roca primaria, lloraba como una Magdalena. Era un poco pronto para eso, ¿no?, pensó Sara. Luego pensó

también en las distorsionadas imágenes que crea la soledad, en que había visto demasiado para su edad y en pesadillas que lentamente empezaban a volatilizarse. El estómago grande seguía iluminado, pero sin ser violentado. Pensó en Ludvig Johnsson, en la muerte de los padres y en cómo los pasos de uno abrían un camino que nunca se podía seguir del todo. Pensó en el mundo virtual, en el contraste entre los ligeros pasos del ciberespacio y los pesados de la realidad. También en las relaciones entre Eros y Thanatos, entre el amor y la muerte, en la peculiar justicia del destino y en la lengua de Rajko Nedic. Y en Jorge Chávez, en lo imprevisible que es el amor, en todas las condiciones que lo hacen posible. Entonces lo miró a los ojos y, por primera vez, ella sonrió completamente entregada, sin reservas.

Luna de miel en Chile, y luego de vuelta al nuevo trabajo: en el Grupo A.

No estaba nada mal.

Por el contrario, Jorge Chávez no pensaba mucho. Más que nada le preocupaba que toda su familia no fuera capaz de mantener la discreción que requería la fría iglesia protestante. Le dio la impresión de que los chilenos eran mayoría. Una imprevisible masa de cabezas morenas en ebullición. Se sorprendió a sí mismo intentando ver la escena con los ojos de Niklas Lindberg. ¿Por qué resultaban tan amenazadores? ¿Qué era lo que ponían en peligro? Sin duda, nada más que la distorsionada imagen que tenía de sí mismo. El sueco que se mira en el espejo y percibe algo diferente de lo que ven todos los demás: donde el resto ve un hombre, Niklas Lindberg vio un superhombre. ¿Cómo se produjo esa transformación? ¿Sucedió de la misma manera que cuando el pequeño empollón Agne se convirtió en La Bala, «la munición más dura que hay»? ¿O eso era demasiado simple?

Luego se le ocurrió que no debería pensar en esas cosas ahora que atravesaba el pasillo de la iglesia para unirse en matrimonio con el amor de su vida. Aún quedaban actitudes de soltero por pulir. En los dos lados de las ruinas del muro. Y había que construir sobre esa zona antiguamente minada. Aunque con mucho cuidado.

Cambió el chip. Estaba feliz, sin más, con una alegría que le brotaba por todas partes. Eso debía bastarle. De momento.

Descubrió a Paul Hjelm sentado en una de las filas más al fondo, solo. Paul le sonrió, casi feliz, como si la felicidad fuese algo que realmente se pudiera compartir. Jorge le devolvió la sonrisa convencido por un instante de que sí se podía.

Hjelm se había sentado atrás porque no había ido con alguien, era el único que se había presentado solo. Incluso a Mörner, en primera fila, lo acompañaba su mujer. O al menos una mujer estaba con él. Pero Cilla y los niños se habían quedado en la isla de Dalarö. Llevaba una semana y pico intentando acercarse a su familia; regresó como el hijo pródigo y poco a poco, lentamente, volvía a ser parte de ella. Podían hacer lo que quisieran, y si eso era quedarse en la isla: ¿por qué no? ¿Por qué hacer una montaña de ese grano de arena?

Después de la matanza de Sickla y de todo lo que había traído consigo, resultaba difícil hacer toda una historia de algo insignificante. O se trataba de madurez, o de

cansancio. A menudo la línea que separa las dos es muy fina.

Lo que sí tenía claro era que él era un hombre que había matado.

Pensó en las cimas de las montañas, en varias cimas diferentes. Por ejemplo en la que había alcanzado el Grupo A, convertido por fin en una unidad permanente. Habían escalado hasta la cima de su montaña, claro, pero no sólo se había amañado la versión oficial del caso, sino que también faltaban en la resolución del mismo un par de personas y, con ellas, aquello que había estado en el centro de todo, aquello que se había llevado por delante todas esas vidas: el dinero.

Siempre el dinero.

Y con eso, su reflexión pasó a otra cima, la de Filemón y Baucis:

«Dioses somos —dijeron—; vuestros ímpios vecinos merecido castigo sufrirán, pero a vosotros dos de este mal se os libraré. Abandonad vuestro hogar, y seguid nuestros pasos, acompañándonos hasta la cima de la montaña».

Sonrió un instante y se le vino a la cabeza una cita de Shakespeare, del *Sueño de una noche de verano*: «Subiremos, mi reina, a la cima de la montaña, y escucharemos la música disorde, de los perros y su eco entremezclados».

Pasó a la siguiente cima. La de un iceberg. Pensó en Conny Nilsson. El Hinchado Homicida. La cima de una montaña de hielo. Y ahora ya había visto bastante del resto, de lo que había debajo de la superficie.

¿Crecía o estaba a punto de derretirse?

De la banda nazi sólo quedaba un maltrecho Agne Kullberg, también conocido como La Bala. ¿Hasta qué punto eran peligrosas ese tipo de personas? ¿Cuántas había? ¿Constituían una verdadera amenaza contra la democracia? ¿Estaban a punto —de una manera más imperceptible que en la matanza de Sickla— de infiltrarse en toda la sociedad? ¿Estaban ganando terreno aquellos valores que defendían? ¿O sólo se trataba de la versión contemporánea de aquella inhumana corriente subterránea que está siempre presente en todas las sociedades?

Lo único que sabía Paul Hjelm es que no lo sabía.

También se podía dar la vuelta al razonamiento. Si Conny Nilsson no le hubiese destrozado la cabeza a Anders Lundström en el restaurante Kvarnen, a las 21.42, el 23 de junio, los complicados entresijos de la matanza de Sickla no se habrían esclarecido jamás. Había sido como cortar el nudo gordiano.

Intentó encontrarle la moraleja a ese hecho. No lo consiguió, pero seguiría buscando.

Los novios habían llegado. La ceremonia comenzó.

Pero Paul Hjelm no prestaba mucha atención. Estaba en otro lugar. Intentaba encontrar *el sentido*. Se preguntaba si habría algún sentido, pues esto no era ninguna obra literaria.

No obstante, durante un breve instante le pareció divisar el sentido oculto.

Quizá residía en la metamorfosis. La transformación constante, necesaria, complicada, inevitable y difícil. Mantener la nariz por encima de la superficie, con independencia del tiempo que haga.

La ceremonia nupcial tocó a su fin. Los novios se besaron. El coro de la policía —liderado por un rugiente bajo— entonó un canto de júbilo. Y Paul Hjelm pensó: un nuevo milenio. Pensó: Suecia. Pensó: el ser humano.

Y todo el tiempo, sin descanso, le atravesaba una voz que con sus últimas fuerzas decía: «Paul, te quiero».

Y con la mirada buscó a Kerstin, a Gunnar, a los novios, Sara y Jorge, a Jan-Olov, a Arto y a Viggo.

La canción, que resonaba contra las paredes de la iglesia y se mezclaba con su propio eco, se convirtió en una música disorde. Y de repente, por un breve, brevísimo instante, le pareció haber entendido *Las Elegías de Duino* de Rilke.

«Pues lo bello es sólo el comienzo de lo terrible, el límite de lo que soportamos».

Y Paul Hjelm cantó.

No sabía muy bien qué era lo que estaba entonando, pero él también cantaba.

Al final.

Capítulo 49

Ha perdido la lengua. Espera sentado, enroscado sobre sí mismo. Se ha convertido en un pequeño bulto desprovisto de lenguaje. Los pasos se acercan y él espera sin hacer ruido. Se tumba en el suelo y se sube la sábana hacia la cara, como si eso lo pudiera proteger. Se ha echado allí porque ya no es capaz de dormir en la cama. Las camas le aterrorizan. Oye cómo la puerta se abre deslizándose de esa manera inconfundible que pretende ser silenciosa pero que en realidad no lo es. Más bien todo lo contrario. El eco aún resuena en su cuerpo, y sabe que así será el resto de su vida. Dure lo que dure ésta. La sábana se arranca, se baja una cremallera, se oye una risa ruda y llora un llanto que está más allá de cualquier llanto. Y es incapaz de pronunciar palabra, porque ya no tiene palabras para eso.

Ha perdido su lengua.

Ha descendido hasta las tenebrosas profundidades de Thanatos.

Capítulo 50

La aurora despunta sobre el brillante mar turquesa. Del juego cromático se desprende el azul celestial. Una ligera bruma tiembla en el horizonte, y por encima de las copas de los árboles flota una niebla leve, fugaz. Unas nubes que anuncian lluvia se agrupan encima de la casita de piedra sin llegar a cubrir el sol, que todavía titubea encima de la curvatura terrestre.

Y la curvatura terrestre resulta tan visible...

Todos los juegos meteorológicos, todas las horas del día y de la noche parecen haberse reunido en el mismo lugar.

En el porche de la pequeña casa hay un hombre sentado leyendo. Hace calor, pero cae una ligera lluvia que repiquetea acogedoramente sobre el techado del porche, y cuando levanta la mirada del libro, el vapor se eleva entre las gotas.

Una mujer sale de la casa y se le acerca. Ella le pone la mano encima del hombro y él le rodea la cadera con el brazo.

Ella ve aparecer la espuma en la superficie del mar turquesa. Y escucha un sonido, un misterioso chasquido. Y de repente se da cuenta de lo que es.

Es el canto de los delfines.



ARNE DAHL (Solentuna, Suecia, 11 de enero de 1963). Es el seudónimo con el que el autor sueco JAN LENNART ARNALD firma las novelas que le han dado fama internacional. Doctor en Teoría de la Literatura, es crítico del *Göteborgs-Posten*, y editor de las publicaciones *Artes y Aiolos* y de una de las revistas de literatura de la Academia de Suecia, que concede cada año el premio Nobel.

En los últimos años ha entusiasmado al público y a la crítica con las novelas que protagoniza el agente Paul Hjelm y sus compañeros de la unidad especial de investigación de la policía sueca, con las que ha ganado el premio Palle Rosenkrantz en 2004 (Dinamarca), el Silverpocket en 2005 (Suecia) y dos veces el Deutscher Krimi Preis (Alemania), a los que hay que añadir el reciente Radio Bremen Crime Fiction Award 2010 y la nominación al Premio Europeo de Literatura Negra del mismo año.

Notas

[1] Cornelis Vreeswijk (1937-1987), cantautor y poeta sueco. (N. de los T.). <<

[2] Georg Stiernhielm (1598-1672), lingüista y poeta sueco. Autor del poema épico *Hércules* (1658). (N. de los T.) <<

[3] Pintor sueco nacido en 1934. (N. de los T.). <<

[4] El primer ministro sueco Olof Palme fue asesinado el 28 de febrero de 1986. (N. de los T.). <<

[5] *Den blomstertid nu kommer*. Salmo sueco tradicional. (N. de los T.). <<